

Stefan Brijs

El hacedor de ángeles



Una novela sobre
las sombras de la
manipulación
genética

Lectulandia

Victor Hoppe, un investigador de dudosa moral y cierta ceguera emocional, se ve obligado a dejar la universidad. Después de haber estado ausente durante dos décadas, regresa a su pueblo natal, Wolfheim, una pequeña urbe en la frontera de Holanda, Bélgica y Alemania. La estrechez de miras de los lugareños les lleva a reaccionar con recelo. Sobre todo cuando comprueban que al misterioso y huraño doctor le acompañan unos trillizos afectados por cierta anomalía. Sus arcangélicos nombres son Gabriel, Miguel y Rafael. Tras lograr unas curaciones milagrosas, la popularidad del doctor mejora en el pueblo, pero el hecho de que apenas se vea a los trillizos levanta todo tipo de rumores y chismes que corren de boca en boca. Se sospecha que están gravemente enfermos, lo que llevará al doctor a tomar una drástica decisión, marcada por su pasado, sus traumas y taras infantiles, y su particular educación religiosa que le ha aportado una peculiar visión moral de lo que es bueno y malo, de lo divino y lo demoníaco.

¿Puede un hombre llegar a creerse Dios? ¿Quiénes son los trillizos? ¿Qué relación tienen con Victor Hoppe?

Lectulandia

Stefan Brijs

El hacedor de ángeles

ePub r1.0

libra 19.06.13

Título original: *De engelenmaker*

Stefan Brijs, 2009

Traducción: Julio Grande

Editor digital: libra

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Primera Parte

Algunos habitantes de Wolfheim siguen afirmando que lo primero que oyeron fue el llanto a tres voces de los bebés en el asiento de atrás y, sólo después, el sonido del motor producido por el taxi que entró en el pueblo. Cuando éste se detuvo ante la antigua vivienda del doctor, en la Napoleonstrasse 1, las mujeres dejaron de barrer las aceras al instante, los hombres salieron del café Terminus con las copas aún en las manos, las niñas cesaron de jugar a la pata coja y, en la plaza del pueblo, Meekers el Largo se dejó robar el balón por Gunther Weber, sordo de nacimiento, que tiró a portería pasando por delante de Seppe el del panadero, quien había girado la cabeza hacia atrás. Fue el 13 de octubre de 1984. Un sábado por la tarde. En aquel preciso instante se oyeron tres tañidos de campana procedentes de la torre de la iglesia.

Un pasajero se bajó del taxi y lo que en seguida llamó la atención de todo el mundo fue el color rojo encendido de su barba y su cabello.

La mojigata Bernadette Liebknecht se santiguó, apurada, y un par de casas más allá la anciana Juliette Blérot se llevó la mano a la boca a la vez que murmuraba:

—Dios mío, igualito que su padre.

Tres meses atrás, el escuálido oficial del notario Renard de Eupen había puesto al corriente del regreso de Víctor Hoppe a los habitantes de este pequeño pueblo belga, atrapado durante toda su existencia entre los vigorosos muslos de la neerlandesa Vaals y la alemana Aquisgrán y cercano al punto de los tres países, lugar de confluencia de estas naciones. El oficial había venido a llevarse el amarillento cartel colocado ante la lánguida villa, donde aparecía escrito ZU VERMIETEN, «se alquila» en alemán, y le había contado a Irma Nüssbaum, la vecina de enfrente, que Herr Doktor tenía intención de regresar a Wolfheim. Más detalles no tenía, ni siquiera pudo dar una fecha.

Para los habitantes de Wolfheim constituían un enigma las razones que pudieran haber llevado a Victor Hoppe a tomar esta decisión después de veinte años. Lo último que habían oído de él era que trabajaba como médico en Bonn, pero de eso ya hacía mucho tiempo. Se especuló con todo tipo de causas que pudieran explicar su regreso. Uno opinaba que se había quedado sin trabajo; el otro sostenía que era un asunto de deudas; Florent Keuning, el de la Albertstrasse, pensaba que sólo venía a arreglar la casa para poder venderla luego; e Irma Nüssbaum sugería que el doctor podría haber formado una familia y ahora deseaba escapar de los agobios de la ciudad. Y así, sin saberlo, fue quien más cerca de la verdad estuvo, aunque a la postre ella también se apresurara a admitir que fue un duro golpe comprobar que el doctor Hoppe era el padre de unos trillizos deformes de sólo un par de semanas de edad.

A esa desagradable conclusión llegó en seguida Meekers el Largo la primera

tarde. Después de que el taxista abandonara el coche para ayudar a Victor Hoppe a abrir la oxidada verja de acceso a la casa, Meekers el Largo se deslizó hacia el taxi, atraído por el llanto continuado, y echó un vistazo por la ventanilla. Lo que vio entonces en el asiento trasero le asustó tanto que se desmayó allí mismo y pasó a convertirse de golpe en el primer paciente del doctor Hoppe, quien devolvió la consciencia al escuálido muchacho dándole algunas bofetadas en la mejilla. Meekers el Largo abrió los ojos parpadeando, miró rápidamente primero al doctor y luego al coche, se incorporó con dificultad y, acto seguido, salió corriendo sin volver una sola vez la vista atrás de regreso a donde había dejado a sus colegas. Todavía un poco tambaleante, pasó un brazo por los anchos hombros de su compañero de clase Robert Chevalier —los dos estaban en cuarto curso— y la otra mano la posó en el hombro izquierdo de Julius Rosenboom, que era tres años menor y dos cabezas más bajo que él.

—¿Qué has visto, Largo? —preguntó Seppe el del panadero, que se encontraba enfrente de sus camaradas con el balón de cuero bajo el brazo y la cara vuelta hacia el sordo Gunther Weber, para que éste también pudiera interpretar sus palabras.

—Ellos... —empezó a hablar Meekers el Largo, pero se detuvo y volvió a palidecer.

—¡No te hagas el interesante! —reaccionó Robert Chevalier dándole un empujón a Meekers con el hombro—. ¿Qué quieres decir con «ellos»? ¿Hay más de un bebé?

—Tres. Son tres —respondió Meekers el Largo mientras alzaba tres escuálidos dedos.

—¿Tes ninas? —preguntó Gunther con una risilla desagradable al ver los tres dedos levantados.

—Eso no he podido verlo —dijo Meekers el Largo—. Pero lo que sí que he visto... —Se agachó, su mirada quedó por un instante clavada en la lejanía, donde en ese momento el doctor Hoppe y el taxista abrían las dos mitades de la puerta de acceso al jardín, e hizo una seña a sus colegas para que se acercaran.

—Sus cabezas... —dijo despacio—, sus cabezas están rajadas. —Y con un rápido movimiento de la mano derecha extendida trazó una línea vertical que recorrió su frente, justo por encima de la nariz, hasta llegar a la parte inferior de su barbilla—. ¡Zas! —exclamó mientras lo realizaba.

Gunther y Seppe, asustados, dieron un paso hacia atrás, mientras que Robert y Julius seguían mirando la estrecha cabeza de Meekers el Largo, como si en cualquier momento ésta fuera también a partirse en dos.

—Os lo juro. Podía verse hasta detrás del cuello. Y también, os lo juro de verdad, también se les podían ver los sesos desnudos.

—¿Loz qué? —preguntó Gunther.

—¡Los-se-sos! —repitió Meekers el Largo golpeando levemente la frente del

chaval sordo con el dedo índice.

—¡Aaajjj! —exclamó éste.

—¿Qué aspecto tenían? —preguntó Robert.

—Eran como una nuez, pero mucho más grandes, y más babosos.

—Vaya —dijo Julius, que sintió un escalofrío recorriéndole la espalda.

—Si la ventanilla hubiese estado bajada —continuó Meekers el Largo en plan duro, tendiendo el brazo hacia delante—, habría podido tocarlos con la mano.

Los otros muchachos siguieron con la boca abierta el movimiento de la mano transformada en garra, pero al punto esa misma mano señaló hacia delante, más o menos treinta metros más allá, enviando así todas las miradas hacia el taxi, cuya puerta trasera abría ahora Victor Hoppe. Medio cuerpo del doctor desapareció dentro del coche y, al cabo de un par de segundos, volvió a aparecer de nuevo con una gran cuna de viaje de color azul oscuro que seguía emitiendo un llanto terrible. Enfiló el sendero del jardín con la cuna agarrada por las dos asas hasta llegar a la vivienda, seguido muy de cerca por el taxista cargado con dos grandes maletas. Al cabo de unos tres minutos, en los que la plaza del pueblo y sus alrededores se habían convertido en un hervidero de voces, el taxista salió, cerró la puerta de la casa a sus espaldas, se apresuró a entrar en el coche y se puso en marcha después visiblemente aliviado.

En el café Terminus, Jacques Meekers era quien llevaba esa tarde la voz cantante, ofreciendo una descripción detallada de lo que había visto su hijo y sin prescindir de ninguna de las exageraciones mientras lo contaba. Fueron sobre todo los lugareños de más edad quienes mayor atención pusieron, y llegaron a decir que el propio Victor Hoppe también tenía una anomalía en el rostro.

—Un labio leporino —aclaró Otto Lelieux.

—Como su padre —recordó Ernst Liebknecht—. Por lo demás, son como dos gotas de agua.

—Pues habrán salido de un grifo roñoso —chanceó Wilfred Nüssbaum—. ¿Le habéis visto el pelo? ¿Y esa barba? Tan roja como... como...

—¡Como el pelo del diablo! —exclamó de repente el tuerto Josef Zimmermann, tras lo cual se hizo el silencio en el café. Todas las miradas se dirigieron al anciano, quien tenía un dedo admonitorio levantado al aire y hacía sonar de nuevo su voz medio ebria—: ¡Y ha traído consigo a los ángeles vengadores! Mantened los ojos bien abiertos, porque atacarán tan pronto como tengan ocasión.

Fue como si sus palabras hubieran desatado algo, porque de pronto entre los demás también empezaron a borbotar historias que ponían en descrédito al doctor. Todo el mundo sabía algo sobre él o sobre sus padres, y, conforme iba avanzando la noche, aumentaba el número de historias contadas que la mayoría sólo conocía de oídas pero cuya veracidad nadie ponía en duda.

—Se crió en un manicomio.

—Eso le venía de su madre. Ella murió de locura.

—El párroco Kaisergruber le bautizó. El chaval gritaba como un condenado.

—Según parece, su padre... ya sabéis... en el árbol que hay junto a su casa.

—El hijo ni siquiera estuvo en el entierro.

—Después ya no volvió a vérselo el pelo por aquí.

—La casa sólo la alquilaron una vez. Los inquilinos no duraron ni tres semanas.

—Estaba llena de espíritus. Eso decían. No paraban de dar golpes.

Durante las semanas siguientes, el doctor Hoppe hacía sus apariciones en el pueblo con la regularidad de un reloj. Todos los lunes, miércoles y viernes por la mañana, a las diez y media en punto, seguía el mismo recorrido que le llevaba desde la sucursal del banco, en la Galmeistrasse, hasta la tienda de ultramarinos de Martha Bollen, frente a la plaza del pueblo, pasando antes por la oficina de correos situada en la Aachener Strasse. Con paso firme y cabizbajo, se apresuraba de un lugar a otro como si supiera que estaba siendo vigilado y quisiera regresar lo más rápido posible a casa. Sin embargo, era precisamente esa celeridad lo que más llamaba la atención, y quien le veía acercarse a lo lejos casi siempre dejaba la acera en que estaba y se dirigía al otro lado de la calle para seguirle con la mirada hasta que desaparecía de vista.

Tanto Martha Bollen como el empleado del banco Louis Denis y el funcionario de correos Arthur Boulanger contaban que el doctor Hoppe era hombre de pocas palabras. Parecía muy tímido, pero siempre se comportaba con exquisita amabilidad. *Guten Tag, Danke schön y Auf Wiedersehen*; daba los buenos días, decía muchas gracias y hasta la vista, y, cuando hablaba, siempre se percibía su defecto.

—Se traga algunos sonidos —decía Louis Denis.

—Habla por la nariz —aseguraba Martha— y siempre con el mismo tono monótono. Y nunca mira a los ojos al hablar.

A la pregunta que tantas veces le planteaban sobre las compras que hacía el doctor, ella daba siempre la misma respuesta: «Las cosas habituales. Pañales, alimentos para bebés, leche, maicena, detergente en polvo, pasta de dientes y más cosas por el estilo».

Pero a continuación se inclinaba un poco más sobre el mostrador, se ponía la mano a mitad de la boca y continuaba susurrando: «También se lleva cada vez que viene dos carretes para la polaroid. ¿Quién puede hacer tantas fotos de unos niños como éstos?».

Los clientes de la tienda reaccionaban casi siempre con perplejidad, y Martha aprovechaba para indicarles por señas que se acercaran más, para concluir en un tono como si les estuviera refiriendo la perpetración del más terrible de los crímenes: «Y siempre paga con billetes de mil francos».

Sobre la procedencia de esos billetes, Louis Denis podía a su vez revelar que el doctor iba al banco de vez en cuando a cambiar marcos alemanes por dinero belga. Sin embargo, nunca había abierto una cuenta, así que todo ese dinero debía de guardarlo en algún lugar de la casa.

Como el doctor Hoppe no hacía ningún esfuerzo por granjearse pacientes y tampoco había colocado ningún cartel en la valla con el horario de consultas, los lugareños concluyeron que de momento podría vivir de los ingresos atesorados en el pasado mediante no se sabe bien qué ocupación.

Sin embargo, todo indicaba que su intención era ejercer algún día su profesión en el pueblo, porque durante esas primeras semanas un camión procedente de Alemania se detuvo al menos tres veces ante la vivienda para entregar equipamiento médico. En la casa de enfrente, Irma Nüssbaum, semioculta tras las cortinas de la ventana de la cocina, anotaba siempre la matrícula y la hora y tomaba apuntes sobre la carga entregada. Algunas cosas, tales como una camilla de reconocimiento, una gran báscula y un soporte para el suero, las reconoció en seguida, pero casi todas las cajas de madera blanca mantenían oculto el contenido, y por eso ella las llenaba en su imaginación con monitores, microscopios, espejos, vasos graduados y tubos de ensayo. Después de cada entrega, remitía un detallado informe a las demás mujeres del pueblo, y cuando una gélida mañana de algún día a principios de enero vio a su vecino con una bata blanca y un estetoscopio al cuello recogiendo el correo del buzón y oteando después la calle con circunspección, anunció a los cuatro vientos que la consulta del doctor Hoppe había sido oficialmente inaugurada y que estaba aguardando, muerto de impaciencia, a sus primeros pacientes.

Alguno de los habitantes más arrojados expresó su intención de pasarse por la consulta el día menos pensado, aunque sólo fuera para recoger un atisbo de los niños. Después de todo, durante todas esas semanas no se habían dejado ver, lo que hacía que el misterio hubiera ido en aumento hasta superar el de la Santísima Trinidad. Pero la homilía del párroco Kaisergruber, que llevaba ya casi cuarenta años vinculado a la parroquia, había infundido el miedo hasta en los últimos indecisos durante la primera misa dominical.

—¡Estáis advertidos, creyentes! —había gritado desde el pulpito con el dedo levantado—. ¡Estáis advertidos, porque el gran dragón ha sido arrojado, esa vieja sierpe que se llama Diablo o Satán y seduce al mundo entero! ¡Os lo digo, ha sido arrojado sobre la Tierra, y sus ángeles han sido arrojados con él!

Al cabo, el pastor del pueblo intercaló una breve pausa en la que recorrió con la mirada los más de doscientos feligreses, para luego advertir en voz alta, señalando a la primera fila donde estaban sentados los chicos del pueblo repeinados y con sus mejores trajes:

—¡Sed sensatos y estad alerta! ¡El diablo, vuestro enemigo, merodea como un

rugiente león en busca de alguien a quien devorar!

Y todos los presentes vieron cómo durante esas últimas palabras su trémulo dedo índice se había quedado señalando a Meekers el Largo, quien palideció y durante los días posteriores ya no volvió a aparecer por la plaza del pueblo.

La desgracia presagiada no cayó sobre Wolfheim. Decesos, accidentes, riñas entre vecinos, robos y demás problemas dejaron de incordiar a los habitantes del pueblo en los meses que siguieron a la llegada del doctor Hoppe. Incluso llegaron a disfrutar del primer invierno suave después de muchos años y también la primavera fue más cálida que en otras ocasiones, por lo que las lilas que había junto a la capilla de la Virgen María ya se encontraban en plena floración la última semana de abril, lo que para muchos era una señal de esperanza.

Durante todo ese tiempo el doctor Hoppe había mantenido la misma rutina, haciendo su ronda tres veces por semana. Nunca llevaba a los niños consigo. Nadie había vuelto a verlos o a oírlos, ni siquiera de lejos, a través de las ventanas, ni mucho menos en el jardín, pese a que varios lugareños solían espiar de vez en cuando por el seto de majuelo. Algunos empezaban a preguntarse si Meekers el Largo no se lo habría inventado todo, y en un número de hogares cada vez mayor se proponía con cautela que tal vez habría que darle una segunda oportunidad al doctor. Sin embargo, nadie se atrevía a dar el primer paso, y no fue hasta un domingo de mayo de 1985, transcurridos siete meses del retorno del doctor, cuando el primer residente invocó su ayuda, aunque no fuera del todo por voluntad propia.

Ese domingo, aproximadamente al mediodía, el niño George Bayer, que padecía de asma, mientras se hallaba a la altura del número 16 de la Galmeistrasse, sacó del bolsillo de su pantalón una canica de color naranja veteadado que había encontrado un par de días antes en el patio del colegio. El pequeño mozalbete la lamió primero y, a continuación, mientras su padre se hallaba sentado en el banco, pasando una página del periódico *Das Sontagsblatt*, y su madre trajinaba en la cocina poniendo las patatas al fuego, se la metió sin ambages en la boca. Como si se tratara de un dulce y delicioso caramelo mágico, George hizo rodar la canica por la lengua, de izquierda a derecha y desde delante hacia... La canica se deslizó rodando por la garganta y quedó atascada en la tráquea; por mucho que lo intentara, el pequeño George no conseguía expulsar el objeto con sus toses. Tampoco las probaturas realizadas por el padre para sacarle la canica reportaron mejores resultados —primero le dio repetidos golpes al chaval en la espalda y después quiso extraérsela de la garganta con dos dedos—, y fue entonces cuando decidió recurrir al doctor Hoppe como impelido por un impulso, aunque tuviera que venderle el alma si fuera necesario.

Werner y Rosette Bayer no tardaron ni dos minutos en llegar con el coche ante la vivienda del doctor. Werner tomó a su hijo de los brazos de su esposa y se apresuró hacia la cerca mientras profería gritos en alemán, pidiendo ayuda al doctor: «*Herr Doktor! Hilfe! Herr Doktor! Bine! Hilfe! Hilfe!*».

En las casas cercanas se recorrieron y se alzaron las cortinas de inmediato y

desde las puertas se aproximaban ya corriendo los primeros vecinos. La única casa en que no se apreciaba movimiento alguno era la del doctor Hoppe, de manera que Werner empezó a gritar más fuerte, alzando al cielo gris el cuerpo medio laxo de su hijo, como si quisiera inmolarlo. En ese instante, el doctor Hoppe apareció por fin sobre el umbral de la puerta, se hizo cargo en seguida de la gravedad de la situación y corrió hacia la verja con un manojo de llaves en la mano.

—Se le ha metido algo en la garganta —dijo Werner—, se ha tragado algo.

Cuando el doctor Hoppe tomó al pequeño George de los brazos de su padre, había unos cinco hombres observando. Las miradas curiosas se clavaban más en la cabeza inclinada de cabello rojizo que en el rostro del niño, que mostraba ya un ligero tono cianótico. Sin decir palabra, el doctor pasó los brazos por detrás del torso del muchacho inconsciente, entrelazó las manos y apretó el delgado tórax con un vigoroso movimiento opresor, consiguiendo que el objeto redondo saliera de la garganta de la víctima. La canica rebotó contra la acera y siguió rodando hasta llegar a Meekers el Largo, que en ese intervalo se había unido al grupo de espectadores.

Luego, el doctor Hoppe tendió al niño sobre la espalda, se arrodilló junto a él y llevó su boca a la del chaval. Todo el mundo contenía la respiración, y podía oírse claramente cómo de vez en cuando aquí y allá alguien tragaba saliva. La madre de George sollozaba, e Irma Nüssbaum se santiguó y empezó a rezar en voz alta. Otros circunstantes apartaban la vista y se limitaban a oír cómo el doctor tomaba aire una y otra vez y lo insuflaba en los pulmones del muchacho. Irma acababa de invocar a Santa Rita cuando, de repente, un espasmo recorrió el cuerpo de George y éste, como un pez en tierra, empezó a buscar aire.

Un suspiro de alivio circuló por el grupo y Rosette Bayer corrió hacia su hijo para estrecharle entre los brazos.

—¡Hijo mío, hijo mío! —lloraba, al tiempo que le limpiaba con la mano la saliva que le caía por la barbilla. Aupó al niño, le puso la cabeza sobre su hombro y, con lágrimas en los ojos, miró al doctor Hoppe, que había retrocedido algunos pasos como si quisiera regresar ya a su casa.

—Gracias, Herr Doktor, usted le ha salvado la vida.

—De nada —dijo el doctor, y, aunque sólo pronunció dos palabras, su voz pareció hendirse como un cuchillo entre los presentes. Nadie sabía dónde mirar o cómo reaccionar. Se produjo un silencio desagradable que pronto fue quebrado por el padre de George.

—Herr Doktor, tiene que decirme qué le debo.

—Nada, Herr...

—Bayer. Werner Bayer.

Tendió su mano al doctor, volvió a retirarla de pronto, pero la extendió de nuevo después de que su mujer le diera un discreto empujón en la espalda.

—Nada, Herr Bayer, usted no me debe nada —dijo el doctor Hoppe. Con un movimiento rápido, le estrechó la mano tendida e, incómodo, desvió la mirada.

—Quiero agradecerse. Sea como sea. Permítame... permítame invitarle a una copa en el Terminus.

Werner había vuelto el rostro e hizo una seña hacia el café que había enfrente de la iglesia. El doctor Hoppe sacudió la cabeza y, nervioso, volvió a pasarse la mano por la barba, cuyos pelos rosados crecían en mechones fibrosos.

—Vamos, anímese, Herr Doktor, es sólo una copa —insistió Werner—. Invito a una ronda. Para todos. *Tournée générale!*

Se levantaron voces de aprobación y ahora otros lugareños eran quienes intentaban convencer al doctor. Meekers el Largo aprovechó el revuelo para agacharse sin ser visto y coger la canica. A hurtadillas, la hizo desaparecer en el bolsillo de su chaqueta.

—¡Sí, Herr Doktor, vayamos a beber! —gritó para desviar la atención—. ¡Por el milagro! ¡Larga vida al doctor Hoppe!

Por un momento pudo sentirse cierta vacilación en el grupo, pero entonces el pequeño George alzó la cabeza y, con ojos llorosos, miró en derredor por encima del hombro de su madre. Irma Nüssbaum cayó presa de la exaltación al contemplarlo y exclamó:

—¡Sí, ha sido un milagro! ¡Un verdadero milagro! ¡Larga vida al doctor Hoppe! Así, logró borrar las últimas tensiones y todo el mundo empezó a gritar y a reír.

—No puedo —meneó la cabeza el doctor. Su voz remontaba el vuelo por encima del bullicio—. Mis hijos, ellos...

—¡Entonces tráigase a sus hijos! —gritó Werner—. ¡Con un buen trago de ginebra crecerán bien! Y, además, queremos verlos después de tanto tiempo.

El público asentía aquí y allá de manera aprobatoria, otros contenían la respiración y aguardaban una reacción del doctor.

—Yo... Deme cinco minutos, Herr Bayer. He de hacer un par de cosas aún. Vayan ustedes yendo. Yo iré en seguida.

Justo después, giró y se encaminó por el sendero del jardín. Tras él empezaron a dispersarse los paisanos que habían acudido al suceso; algunos hacia sus casas, pero la mayoría directos hacia el Terminus, de manera que el pequeño café se llenó a rebosar en un santiamén y María, la hija del dueño, René Moresnet, tuvo que echar una mano.

Josef Zimmermann lo había observado todo desde su mesa habitual junto a la ventana y, cuando Werner Bayer llegó y empezó a hablar con grandes elogios del saber hacer del doctor, el anciano meneó la cabeza, se pimpló de un trago la copa de ginebra y gritó:

—¡Sólo Dios puede hacer milagros!

Werner hizo caso omiso de esa frase y consiguió que una copa de ginebra a su cuenta le suavizara de golpe el humor al viejo Zimmermann, quien, salvo algún que otro murmullo, se mantuvo en silencio. Cada vez que se abría la puerta del café, el resto de los presentes también callaba y levantaba la vista. Sin embargo, siempre era otro lugareño que acababa de enterarse de la noticia y había venido al café Terminus a toda prisa.

—René, dale a él también algo de beber —gritaba Werner entonces desde su taburete junto a la barra.

Con el transcurrir de los minutos, la tensión fue en aumento, y cuando Jacob Weinstein, el sacristán del pueblo, llegó también y gritó que había visto salir al doctor de su vivienda con una cuna de viaje, se cerraron rápido un par de apuestas sobre el sexo y el color del cabello de los niños, pero también, y sobre todo, acerca de la dimensión del corte en las caras.

—Apunta: dieciocho centímetros —dijo Meekers el Largo a su padre, que con un bolígrafo en la mano se inclinaba sobre un posavasos—. ¡Segurísimo, papá! ¡Yo, si fuera tú, apostaría por lo menos veinte francos!

—Si pierdo, lo cogeré de tus ahorros —dijo el padre, tras lo cual garabateó su apuesta y entregó el posavasos con una moneda de veinte francos al dueño del café, que lo ocultó bajo el cajón con el dinero de la caja.

El doctor Hoppe, que había cambiado su bata blanca por un abrigo largo y gris, entró reculando en el café Terminus, de manera que los lugareños vieron primero su espalda inclinada y sólo después la cuna de viaje azul oscura que llevaba delante con los brazos estirados. Aunque todo el mundo se percató de las dificultades que tenía para introducir la ancha cuna por el vano de la puerta, no hubo nadie que moviera un dedo para ayudarle. Hasta que Werner Bayer se adelantó por fin, una vez que le vio dentro, cuando miraba algo desorientado a su alrededor en busca de un lugar donde poder depositar la pesada carga. Recogió rápidamente algunos vasos de una mesa y señaló con amplio gesto hacia la superficie vacía mientras Florent Keuning, que estaba sentado allí, se pasaba ipso facto a otra mesa.

—Aquí, déjelo aquí —le indicó Werner.

—Gracias —repuso el doctor.

Su voz hizo que los presentes levantaran de nuevo los ojos, extrañados. El padre de Meekers el Largo llevó la boca hasta la oreja de Jacob Weinstein, quien oía por primera vez la voz, y le susurró:

—Es por el labio leporino. Echa mal el aire.

El sacristán asintió, aunque debido a su defecto auditivo apenas entendió lo que le dijo Meekers. Con la boca abierta, seguía cada movimiento del doctor, que se inclinaba sobre la cuna y empezaba a quitar la pantalla de plástico, mojada por la lluvia, que había colocado para proteger la capota.

—¿Qué quiere usted beber, Herr Doktor? —preguntó Werner.

—Agua.

—¿Agua?

El doctor asintió.

—René, un vaso de agua para Herr Doktor. Y para eh... —Movi6 la mano titubeando en direcci6n a la cuna.

—No necesitan nada —dijo el doctor, y, como si pensara que tuviera que justificarse, a1adi6—, los cuido bien.

—No lo dudo —convino Werner, aunque todos oyeron en el tono lo forzado de su respuesta. A excepci6n del doctor, por lo visto, porque no reaccion6. Se inclin6 sobre la cuna y baj6 la capota. Luego desat6 la lona de la parte superior y la retir6. Quienes se encontraban a algunos metros de distancia retrocedieron un paso o corrieron r1pido las sillas. S6lo los de la parte de atr1s se atrevieron a echar un vistazo y, para ello, llegaron a ponerse de puntillas, pero nadie logr6 mirar por encima del borde de la cuna.

El doctor se encontraba al lado meci6ndola un poco y callaba. Tenía la mirada clavada en el suelo. Salvo el ronquido del viejo ventilador en el techo, todo era silencio. El silencio se hizo inc6modo y Werner sintió que todas las miradas se dirigían hacia él.

—Oye, Werner, dale de una vez el vaso al doctor —gritó René Moresnet. El due1o del caf6 tenía en la mano un vaso de agua. La gente observ6 c6mo Werner le daba el vaso al doctor, quien lo acept6 con una educada inclinaci6n de cabeza.

—Muchas gracias —dijo ech1ndose a un lado para despejar el camino que llevaba a la cuna—. Puede mirarlos a sus anchas, Herr Bayer.

Werner dio un paso vacilante en su direcci6n.

—Están muy tranquilos —observ6—. ¿Duermen?

—No, est1n despiertos —respondió el doctor, quien a su vez ech6 un vistazo a la cuna.

—¡Oooooohhhhh! —Werner se asom6 con cautela y crey6 ver las cabezas de los bebés.

—¿Son ni1as? —pregunt6.

—No, tres chicos.

—Tres chicos —repiti6 Werner en voz baja, y se le oy6 tragar saliva. Pas6 por delante del doctor arrastrando los pies y se qued6 junto a la cuna. Desde el otro lado, Florent Keuning le gui1aba el ojo. Werner levant6 la comisura derecha de los labios por un momento y se dirigi6 de nuevo al doctor.

—¿C6mo se llaman?

—Miguel, Gabriel y Rafael.

Por todo el caf6 reson6 un murmullo, y Freddy Mach6n exclam6 asustado y

mucho más fuerte de lo que habría querido:

—¡Los ángeles vengadores!

El doctor Hoppe no sabía dónde mirar. En un intento de ocultar su turbación, tomó un pequeño sorbo del vaso. Jacob Weinstein, que se había perdido las palabras de Machón, se colocó entre los dos.

—Como los arcángeles, ¿no es cierto, Herr Doktor? Los mensajeros de Dios — exclamó el sacristán contundente, como para presumir de sus conocimientos bíblicos.

El doctor asintió, pero guardó silencio.

Werner seguía demorándose junto a la cuna y tomó de nuevo la palabra:

—¿Qué tiempo tienen, Herr Doktor?

—Casi nueve meses.

Intentó imaginarse la apariencia de su propio hijo a esa edad, lo grande que era entonces y si ya tenía dientes.

Con las manos a la espalda y los ojos entornados, se inclinó despacio. Por la imagen que veía en su memoria, hizo una mueca como si hubiera mordido algo ácido. Detrás de la barra, René Moresnet vio cómo Werner abría primero un ojo y luego el otro. Dos veces recorrió la cuna con la mirada, desde delante hacia atrás y vuelta a empezar. Entonces se le iluminó el rostro.

—¡Vaya, menuda sorpresa! ¡Los tres son igualitos! —exclamó con un suspiro de alivio. Miró un momento por encima del hombro al doctor y, acto seguido, volvió a dirigir la mirada a la cuna.

El doctor Hoppe asintió.

—Totalmente. Y nadie pensaba que pudiera conseguirlo.

Se oyeron risas, pero el rostro del doctor siguió imperturbable, por lo que en muchos surgió la duda de si lo había dicho como una ocurrencia. Werner no se inmutó e hizo señas a los presentes:

—¡Venid, tenéis que ver esto!

René Moresnet salió de detrás de la barra y empujó a Wilfred Nüssbaum, que estaba delante de él. Hasta que los dos hombres no se inclinaron sobre la cuna y reaccionaron con el mismo entusiasmo que Werner, no se acercaron los demás. Hubo tirones y empujones, y, entre crecientes gritos de «¡ooohhh!» y «¡aaahhh!», todo el mundo intentaba entrever a los tres bebés.

Lo que llamó de inmediato la atención de los curiosos fue la manera en que el doctor los había colocado en la cuna, porque los tres no cabían. Dos niños tenían la cabeza en el cabecero, apretando los laterales uno con la oreja izquierda y el otro con la oreja derecha, mientras que el tercero estaba tumbado con la cabeza en el extremo opuesto y tenía los pies entre las cabezas de sus dos hermanos.

—Como sardinas en lata —susurró Freddy Machon.

No había ninguna mantita que los tapara y, para protegerlos contra el frío, su

padre los había metido en unos trajecitos de lana de una sola pieza, color gris pardo, que les cubrían los cuerpos desde el cuello hasta los pies. En el bolsillo superior izquierdo de cada traje aparecía representado un velero, pero ese detalle no lo vieron la mayoría de los asistentes hasta después de haberles examinado el rostro, en el que no podía observarse ninguna hendidura abierta, como había descrito Meekers el Largo. Sí que habían recibido puntos de sutura en el labio superior y, como consecuencia, se les había quedado una cicatriz oblicua que, semejante a la del doctor, continuaba hasta mitad de la nariz ancha y aplastada. Sus grandes cráneos —«Por un momento creí que llevaban un casco», explicó René Moresnet— contaban con el revestimiento de un largo cabello rojo, aún demasiado fino para cubrir por completo el cuero cabelludo. Del padre también habían heredado los ojos grises azulados, al igual que la palidez de la piel. La frente despejada y las mejillas mostraban además escamas que aparecían también en el dorso de las manitas.

—Tienen la piel muy seca. Seguro que usa jabón Zwitsal —susurró María Moresnet, madre de un par de gemelos ilegítimos de un año y medio de edad.

En cualquier caso, todo el mundo convino en que los tres hermanos se parecían entre sí como gotas de agua y en absoluto eran los monstruos que muchos se habían imaginado. Estaba claro que no podía hablarse de niños guapos, y quien dijera que eran feos o susurrara esa palabra no obtendría réplica por parte de nadie, pero en lugar de repulsión despertaban compasión, sobre todo entre las madres jóvenes. Sin embargo, ninguno de los presentes los tocó o les acarició el pelo rojo, ni tampoco pronunció nadie sus nombres, como si temieran invocar así a los propios ángeles. Los lugareños siguieron moviéndose en torno a la cuna y todas esas cabezas bailaban como globos por encima de los tres muchachitos. Quien hubiera esperado que fueran a reaccionar aterrorizados, ahora que de repente eran el centro de atención después de meses de reclusión, se habría llevado un gran chasco. Sencillamente, no reaccionaban. Probablemente estaban abrumados por todo lo que veían, porque ninguno de los tres decía ni pío ante las repetidas muecas y los reiterados «ga, ga, ga» o «ajo, ajo, ajo».

—Parecen drogados —susurró René Moresnet.

Después de que la mayoría hubiera pasado por delante de la cuna, llegaron Meekers el Largo y su padre a echar un vistazo. Meekers el Largo recibió de inmediato un buen codazo en el costado.

—¡Dieciocho centímetros! ¡Mentecato! —le siseó el padre, provocando bastante hilaridad entre los presentes. Para desviar la atención, se dirigió en seguida al doctor —. ¿Saben hablar ya?

María Moresnet reaccionó burlona desde detrás de la barra:

—¡Con nueve meses desde luego que no!

El doctor Hoppe asintió y dijo secamente, como si se le estuviera diagnosticando

una gripe a un paciente:

—Desde los seis meses.

Meekers irguió la cabeza hacia el cielo, triunfal, y dijo mirando por encima del hombro:

—¿Veis? ¡Tengo razón!

—¿Tan pequeños, Herr Doktor? —dijo María llena de incredulidad.

El doctor asintió de nuevo.

—Francés y alemán —dijo con tanta seriedad que daba la impresión de que fingía.

Ahora María empezó a reírse:

—Vaya, está bromeando.

Pero el doctor seguía sin reír. Parecía incluso un poco ofendido.

—Debo marcharme —reaccionó de repente encaminándose hacia la cuna y subiendo la capota.

—¿No quiere beber usted algo más, Herr Doktor? —intentó René Moresnet.

El doctor negó con la cabeza mientras empezaba a tensar la lona sobre la cuna.

—¿Herr Doktor? —sonó desde algún lugar de la parte delantera una voz que no se había oído antes. Hubo un carraspeo y de nuevo alguien gritó, con mayor intensidad esta vez—: Herr Doktor, ¿podría ver yo también a sus hijos?

El doctor levantó la mirada, extrañado, y giró la cabeza hacia la voz. Un hombre con el rostro arrugado, en el que había un ojo cerrado, levantaba un poco la mano nervuda en el aire desde detrás de la mesa.

—Mi nombre es Josef Zimmermann, Herr Doktor.

Aquí y allá pudieron oírse unas cuantas risas contenidas. Con su único ojo, el viejo Zimmermann recorrió con mirada severa todo el café.

—¿No podría traérmelos aquí? —se dirigió de nuevo al doctor—. Tengo dificultades para andar.

—Con una inclinación de cabeza señaló hacia el bastón que colgaba del reposabrazos de su asiento.

—Si usted así lo desea, Herr Zimmermann —dijo el doctor.

De nuevo se apoderó el silencio del café y los presentes contemplaron con suspense cómo el doctor Hoppe cogía la cuna por las dos asas y la levantaba de la mesa con un amplio movimiento giratorio. Caminó hacia el otro lado, junto a la mesa donde estaba sentado el viejo Zimmermann, se inclinó hacia delante y dejó la cuna en el suelo, justo al lado de las escuálidas piernas del anciano.

—Gracias —dijo Zimmermann, siguiendo los contornos de la espalda curvada que se movía ante él.

El doctor volvió a bajar la capota de la cuna y se incorporó, mientras el anciano le miraba de manera penetrante con su único ojo que podía ver, cuya pupila negrísima

casi llenaba la totalidad de la retina. El otro no era más que una pequeña franja horizontal rodeada por costras amarillentas.

—Yo conocí a sus padres —dijo Zimmermann.

En los movimientos del doctor pudo verse un titubeo, como si hubiera sentido una punzada en algún lugar del cuerpo. Luego siguió incorporándose e intentó mantener la compostura. Cruzó los brazos sobre el pecho, volvió a dejarlos caer y, por último, se quedó con ellos en jarras.

—Su padre, ese sí que era un buen doctor —continuó el anciano—. Como ésos ya no se hacen hoy en día.

Había algo mezquino en esa observación, pero el doctor Hoppe no reaccionó. Sólo se quedó mirando la cuna con fijeza y sin decir nada. Josef Zimmermann suspiró de manera audible y se desplazó hacia delante, agachándose despacio sobre la cabecera de la cuna.

—Vaya, vaya, así que son éstos. Se parecen a usted. —Hizo una breve pausa y luego dijo—: ¿Dónde está la madre, si puedo preguntar?

A espaldas del doctor, algunos lugareños se miraron sorprendidos. Todos se habían hecho esa misma pregunta durante meses, pero nadie se había atrevido a planteársela.

El doctor Hoppe no pareció turbarse, como si la hubiera estado esperando. Respiró un momento y dijo entonces, tras una breve pausa:

—No tienen madre. Nunca la han tenido.

Por un instante, Josef Zimmermann pareció desconcertado, pero luego se recompuso y dijo, retrepándose:

—Lo lamento, Herr Doktor, no sabía...

Entonces los bebés rompieron el silencio de repente. Los tres abrieron sus bocas a la vez y empezaron a llorar, casi con los mismos sonidos, de manera que el llanto parecía proceder de una sola garganta.

Los berridos hicieron temblar los tímpanos de los presentes. Hasta Weinstein, que era débil de oído, se tapó las orejas. El doctor se puso nervioso ante el llanto, pero no hizo ningún intento de apaciguar a los niños. A toda prisa, subió la capota de la cuna y volvió a colocarle la protección de plástico. Luego levantó la cuna, con lo que el llanto pareció aumentar aún más, y maniobró con ella entre sillas y mesas hasta alcanzar la puerta, que intentó abrir en vano. Werner Bayer se adelantó corriendo y se la abrió tanto como le fue posible, mientras inclinaba nervioso la cabeza. Se quedó mirando cómo el doctor cruzaba la calle y luego volvió a cerrar la puerta, se volvió de golpe y le lanzó una mirada furiosa a Josef Zimmermann.

—¿A qué venía todo eso? —gritó—. ¡Él es quien ha salvado la vida de mi hijo!

Quien durante los primeros días del incidente con George Bayer tuviera aún sus dudas en acudir a la consulta del doctor Hoppe cambió de idea después de enterarse de que el párroco Kaisergruber le había visitado para que le tratara una gastroenteritis. En realidad no fue esa dolencia crónica lo que le llevó a la consulta del doctor, sino la curiosidad. También su conciencia tenía algo que decir. En el pasado habían ocurrido cosas y se preguntaba qué recordaba todavía el doctor.

—Usted se parece mucho a su padre.

Así había comenzado la conversación después de que el doctor le recibiera con bastante frialdad y pragmatismo en la antigua consulta, aún repleta de cajas de cartón y que, como únicos muebles, contaba con una mesa y dos sillas.

Ante la observación, Victor Hoppe sólo había reaccionado con una inclinación de cabeza, para pasar a informarse con más detalle sobre las molestias que aquejaban al párroco.

Poco después, el sacerdote volvió a intentarlo: «Su madre era una cristiana buena y piadosa». Ella sí, habría querido añadir.

Otra vez la misma inclinación de cabeza, pero ahora adivinó una vacilación en sus movimientos. Eso ya era algo.

El doctor le había pedido que se quitara la sotana y el párroco se la había quitado, aunque tuvo la sensación de estar despojándose del escudo que le protegía contra el mal. Por eso, durante el examen médico estuvo tocándose repetidas veces de manera llamativa la cruz de plata que le colgaba de una cadena que llevaba al cuello, con la esperanza de imponer un poco de respeto al doctor.

Luego dijo, como de pasada:

—La semana que viene es la festividad de Santa Rita. Todo el pueblo irá a la peregrinación en el calvario de La Chapelle. Donde las hermanas clarisas.

El doctor le apretó fuerte en la boca del estómago, justo en el lugar donde más le dolía. El párroco dio un grito y reprimió una maldición.

—Ahí está —había asentido el doctor Hoppe—, donde el esófago se une con el estómago. —Así fue como evitó de nuevo el tema planteado, pero el cura Kaisergruber sabía que el doctor había sentido tanto daño con su observación como él con el dedo en el vientre.

Para el tratamiento de la dolencia le entregó un jarabe casero, y, cuando iba a pagarle, el doctor meneó la cabeza diciendo:

—Es mi deber hacer el bien. Por ello no debo pedir dinero.

Esas palabras sorprendieron al sacerdote. Se preguntaba si el doctor lo habría dicho con ironía. De manera casi automática le respondió que era muy generoso y se marchó algo confuso. La acidez le había abrasado el estómago.

Al llegar a casa, tomó una cucharada del jarabe, pero menos cantidad que la prescrita —«imagínate que es veneno», se había infundido miedo a sí mismo—, y la sensación de ardor en el estómago se mitigó al instante. Al cabo de dos días, ya casi había desaparecido del todo, y después de otros dos días se sentía como si nunca hubiera existido la dolencia. Eso le alivió tanto que durante la misa siguiente leyó el capítulo 6 del evangelio de San Lucas, aunque el calendario litúrgico prescribía un texto distinto.

—No juzguéis —dijo el domingo— y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados.

Y todos los presentes vieron cómo el sacerdote durante la comunión, por primera vez en muchas semanas, no había hecho ninguna mueca al tragar el vino barato de misa que otras veces le abrasaba el estómago.

Un ojo de gallo, una tos seca, sabañones, un divieso, una rozadura: desde la curación del sacerdote Kaisergruber, para los habitantes de Wolfheim la menor dolencia era razón suficiente para tocar el timbre que había junto a la valla de la vivienda del doctor. Pero también los lugareños con enfermedades incurables, como una hernia crónica o, en el caso de Gunther Weber, sordera innata, se pasaban por casa del doctor, desde luego con la esperanza de que fuera a obrar un nuevo milagro.

Aunque Irma Nüssbaum hubiera afirmado lo contrario, el doctor no parecía ni mucho menos preparado para la llegada de todos esos pacientes. Como ya lo había visto el sacerdote, no podía hablarse de una auténtica consulta, ni tampoco la vieja sala de espera resultaba del todo arreglada, de manera que los pacientes a veces debían esperar en el pequeño vestíbulo que daba a la puerta de la calle y donde siempre había corriente.

El doctor se disculpaba una y otra vez por las molestias, decía que todavía no había desembalado todo y que por eso debía salir de la habitación con frecuencia durante el examen médico para recoger materiales como el tensiómetro o un poco de desinfectante.

El doctor Hoppe siempre era amable y atento, y a ningún paciente pedía emolumentos, por lo que, quizá sin quererlo, se hizo aún más popular entre los habitantes del pueblo. Al poco tiempo empezaron a pasarse por allí a todas las horas imaginables del día, desde muy temprano por la mañana, a veces ya a las seis y media, tan pronto como se veía luz tras alguna de las ventanas de la vivienda del doctor, hasta bien entrada la noche. Incluso a altas horas de la madrugada la gente acudía alguna que otra vez al doctor, como cuando Eduard Mantels, de la Napoleonstrasse 20, no pudo conciliar el sueño ni siquiera después de haberse tomado dos tazas de tila con ron y, ya desesperado, sacó de la cama al doctor para que le diera un somnífero.

Un sábado del mes de julio, un par de semanas después de la resurrección de George Bayer, apareció un cartel en la valla de la vivienda del doctor con las horas de consulta: de nueve a diez por las mañanas y de seis y media a ocho por las tardes; sólo los días laborables. Y quien deseara pasarse fuera de horas debía concertar cita telefónica con anterioridad. Algunos lugareños se indignaron, ya que en su opinión un doctor siempre debería estar dispuesto para atender a sus pacientes, pero la mayoría comprendió la decisión del doctor Hoppe, quien para compensar las molestias había arreglado la sala de espera y la consulta. El trabajo se lo encargó a Florent Keuning, que se sacaba un dinerillo extra haciendo chapuzas. Le dio una nueva mano de pintura a las paredes, pintó las ventanas y las puertas y lijó y barnizó los suelos de madera. También realizó todo tipo de faenas en el resto de la casa: engrasó bisagras y picaportes, arregló ventanas y puertas descajadas, trató humedades en paredes y techos y restañó algunas goteras, llevándole todo un mes de trabajo en total.

Para su sorpresa, durante ese mes tuvo ocasión de ver de vez en cuando a los trillizos. Después de que el doctor enseñara a sus hijos en el café Terminus, ya no se les había vuelto a ver ni dentro ni fuera de casa. Ni siquiera se les volvió a oír llorar, por mucha atención que pusieran los lugareños que iban a la consulta para ver si lo oían.

—Los niños están tan callados... —le comentaban al doctor.

—Son muy tranquilos —respondía él una y otra vez—. No hace falta que me ocupe mucho de ellos.

Ésa fue la primera pregunta que le hicieron a Florent cuando contó en el café Terminus que había visto a los chavales.

—En efecto, estaban callados —confirmó—. Estaban en uno de esos balancines con la mirada perdida, como si estuvieran reflexionando sobre un problema muy difícil. Ni siquiera levantaron la vista cuando me puse a clavar un clavo en la pared, a menos de cinco metros de ellos. Creo que ni me vieron.

—Valium —observó René Moresnet—, seguro que les da Valium.

—¡Venga, no exageres —intervino su hija—, a lo mejor estaban pachuchos o cansados o algo así! ¡No te pongas siempre en lo peor!

María quiso saber si los niños seguían teniendo ese aspecto tan raro. En realidad, lo que quería decir era ese aspecto tan feo, pero se abstuvo de decirlo en voz alta.

—El pelo lo tienen más rojo que cuando estuvieron aquí por primera vez —respondió el fontanero—. No ese rojo intenso del doctor, sino más un marrón rojizo, como si hubieran metido las cabezas en un cubo de minio.

—Y su... —dijo Jacques Meekers señalándose el labio superior.

—El trabajo de un ebanista chapucero. Alguien que ha intentado cerrar una grieta en la madera con masilla y virutas recogidas del suelo. Una chapuza, me parece a mí.

—¿Y es cierto que ya saben hablar? —quiso saber María.

Florent se encogió de hombros.

—Yo, de todas formas, no les he oído decir nada.

—Ya lo decía yo —dijo María.

También por la calle, Florent Keuning se veía abordado con regularidad durante los siguientes días. Así, algunas mujeres querían saber si el doctor podía hacerse cargo él solo de los quehaceres domésticos.

—Creo que sí. Todo está siempre limpio e insiste en que procure no hacer demasiado polvo.

—¿Pero les cambia los pañales a los bebés con la suficiente asiduidad? —preguntó Irma Nüssbaum, madre de dos hijos adultos.

—¿Y llevan las ropitas limpias? —preguntó Helga Barnard, que había criado a tres hijas.

—¿Prueba la leche antes de dársela para ver si está demasiado caliente? —preguntó Odette Surmont, que ya tenía cuatro nietos.

—De esas cosas yo no tengo ni idea —dijo Florent—, éstos no son asuntos de hombres.

—A eso es a lo que me refiero, sin una mujer allí no debe de ser fácil. El doctor necesita ayuda con urgencia —fue la decisión tomada.

Las mujeres, unas tras otras, pasaron pronto de las palabras a los hechos. Se simuló un ataque general de migraña y se informaron de si el doctor tal vez no quisiera emplear a una asistente o a una niñera, pero él fue rechazando cada uno de los ofrecimientos y se mantuvo en sus trece, insistiendo en que él solo podía con todo. No obstante, con visible interés, tomó buena nota de los consejos que le iban dando; por ejemplo, para mitigar el dolor cuando salen los dientes.

—Que muerdan una corteza de pan congelada, Herr Doktor —le aconsejó Odette Surmont, mientras que Helga Barnard juraba que a ella con sus hijas le había ayudado mucho un aro de cebolla fresca.

Por tanto, hubo cierta consternación cuando un par de días más tarde Irma Nüssbaum, Helga Barnard y Odette Surmont se enteraron por Florent Keuning de que Charlotte Maenhout iría a cuidar de los hijos del doctor. Las tres mujeres, mientras barrían sus aceras respectivas, se juntaron por la tarde en la esquina de la Napoleonstrasse con la Kirchstrasse y en seguida pusieron cerco al fontanero, que a la sazón cumplía con su último día de trabajo en la vivienda del doctor y se dirigía al café Terminus para gastarse la generosa propina. La noticia hizo que sus escobas callaran, mientras que ellas mismas empezaron a protestar con vehemencia. Frau Maenhout, como antigua maestra, podía tener mucha experiencia en la educación de

niños —había pasado muchos años dando clase al primer curso del colegio de Gemmenich—, pero nunca había tenido prole propia ni tampoco un hombre. ¿Cómo podía entonces saber, en nombre del cielo, lo que hacía falta para atender a un grupo de párvulos?

Helga preguntó al fontanero si estaba seguro, tras lo cual éste le contó que esa misma mañana, mientras le estaba dando una última mano de pintura a una puerta, vio por una rendija cómo entraban el doctor Hoppe y Frau Maenhout en la cocina, donde, como siempre, los niños esperaban sentados en sus tronas igual que si fueran muñecos de trapo.

—¿Era de verdad Charlotte Maenhout —interrumpió Irma en seguida—, la de la Aachener Strasse?

Florent asintió, seguro de sí mismo, y dijo que reconocería a Charlotte Maenhout a un kilómetro de distancia, lo que nadie se atrevió a rebatir, porque ninguna mujer en todo el pueblo tenía una constitución tan robusta como la maestra de sesenta y ocho años, que tres años atrás, desde su jubilación, se había trasladado a vivir a Wolfheim. Era muy alta —un metro ochenta y cuatro— y tenía una ancha espalda un tanto curvada por la constante inclinación a que se había visto obligada durante años, varias horas al día, para ayudar a mover sobre la hoja la inexperta mano escritora de los alumnos más jóvenes. Por esa curvatura se le había hundido la nuca entre los huesudos hombros y, para concederse a sí misma más cuello, llevaba siempre recogido el largo cabello plateado en un moño o lo mantenía sobre la cabeza con un prendedor de madera. También eran llamativos sus grandes pechos o, como el propio Florent los describía, sus estupendas domingas.

—¿Qué dijo ella? ¿Qué dijo el doctor? —quiso saber Helga.

—El doctor primero le presentó a sus hijos —respondió el fontanero, tapándose la nariz para imitar la voz del doctor Hoppe—: Ése es Rafael, el de la pulsera verde. Ése es Gabriel, el de la pulsera amarilla. Y el de la pulsera azul es Miguel. —De nuevo con su tono de voz habitual, explicó a continuación—: Llevan esas pulseras de plástico en las muñecas, como los bebés en los hospitales, ¿sabéis? De los colores no estoy del todo seguro, pero más o menos fue algo así. Y luego Herr Doktor se dirigió a sus hijos y les dijo que Frau Maenhout vendría a cuidarlos.

Las tres mujeres menearon las cabezas e Irma Nüssbaum dijo en voz alta lo que las otras dos pensaban:

—¿Y por qué ella, en nombre de Dios? Ni siquiera es de aquí.

—Espera —la interrumpió el fontanero—, porque eso no es todo. Herr Doktor acababa de decir que vendría a cuidarlos, cuando los tres chavales levantaron sus cabezas al mismo tiempo y le guiñaron un ojo.

Vio cómo las mujeres se le quedaron mirando con la boca abierta.

—Por lo menos eso fue lo que parecía —atenuó un poco su declaración.

—¿Y entonces? ¿Qué hizo Frau Maenhout entonces? —preguntó Odette.

—Nada más. Preguntó al doctor a qué hora debía llegar a la casa y el doctor dijo: «A las ocho y media». Después se marchó. Y eso es lo que voy a hacer yo ahora mismo también. Si me permiten, señoras. En algún lugar tengo que gastarme con urgencia una succulenta propina.

Extendió los brazos y se abrió camino entre las cuchicheantes mujeres. Al cabo de tres pasos, volvió a mirar hacia atrás y dijo:

—Herr Doktor paga bien. Creo que Frau Maenhout no se arrepentirá.

Después volvió la mirada hacia delante y se encaminó derechito al Terminus, mientras a sus espaldas se producía un breve silencio antes de que las lenguas femeninas volvieran a desatarse.

A la mañana siguiente, a las ocho y media en punto, Charlotte Maenhout avanzaba por la acera de la Napoleonstrasse con paso firme y, al pasar por delante de Jacob Weinstein, que estaba sachando los senderos del cementerio, le saludó agitando la mano. Éste, a su vez, levantó la barbilla a modo de respuesta. Irma Nüssbaum, que ya llevaba más de media hora apostada tras la ventana de la cocina, la vio acercarse desde el otro lado de la calle. La antigua maestra se había echado una toquilla blanca de ganchillo sobre sus anchos hombros. Los grandes cristales de las gafas, enmarcados en una montura de concha, brillaban a intervalos por el reflejo del sol que ya escalaba por encima de los tejados. Se había recogido el cabello sobre la parte superior de la cabeza y del bolso de paja que le colgaba del brazo izquierdo salía un retal de tela roja que Irma supo con seguridad que debía corresponder a un delantal. Cuando Frau Maenhout llamó al timbre situado en la valla de la casa del doctor, giró la cabeza un momento —Irma se quedó petrificada tras la cortina— y mostró su cara redonda, que tanto contrastaba con las formas angulosas de su robusto cuerpo. En los ojos resplandecientes, bien visibles a través de las grandes gafas, se veía la expresión amable de siempre que desde el primer día era tan del agrado de los niños pequeños a los que había dado clase, aunque ellos la vieran como una gigante.

Cuando se abrió la cerradura en casa del doctor, Frau Maenhout enfiló el rostro hacia delante. Irma vio cómo el doctor Hoppe, desorientado, levantaba la mano saludándola en el vano de la puerta. Ya llevaba puesta la bata blanca, pero todavía no se la había abrochado. Se dirigió con grandes pasos hacia la valla, que abrió a continuación. Invitó a Frau Maenhout a seguirle y dejó la puerta de la cancela entornada para los pacientes que iban a pasar por la consulta durante la siguiente hora.

Mientras Charlotte Maenhout caminaba tras el doctor, volvió a recordar la conversación del día anterior. Había ido a la consulta para vigilarse la hipertensión y el doctor Hoppe aprovechó entonces para examinarla con mayor detenimiento y,

sobre todo, hacerle innumerables preguntas que incluir en el historial clínico que confeccionaba de cada nuevo paciente. Se informó acerca de dolencias anteriores, de posibles operaciones y enfermedades o anomalías en la familia. También quiso saber algo sobre sus costumbres, sus patrones alimenticios y si fumaba o bebía. Las respuestas de Charlotte obtuvieron la aprobación del doctor, pero no le llegó a revelar su debilidad por las golosinas. Luego le preguntó si estaba casada, si tenía hijos —«Herr Doktor ya está buscando una nueva esposa», les había comentado Odette Surmont a sus amigas después de que el doctor le hubiera hecho las mismas preguntas durante el primer reconocimiento—, y ella, sonriendo, le había dicho que, cuarenta años atrás, de una maestra de colegio de monjas se esperaba que viviera en habitaciones de alquiler y que permaneciera soltera, y que después, con el tiempo, se había hecho demasiado mayor y, sobre todo, demasiado sabía como para cometer la equivocación de casarse. No pareció que el doctor hubiera comprendido el chiste, porque no mostró ninguna reacción y tan sólo se limitó a hacer una anotación. Pero, de todas formas, con ello ya le había dejado claro que debería abstenerse de intentar ningún avance, pensó ella. Su aspecto físico no le atraía lo más mínimo, e incluso le repelía un poco. Era la primera vez que le veía y, a primera vista, comprobó de inmediato que Martha Bollen no había exagerado nada al decirle que Herr Doktor se encontraba el último en la fila el día en que Dios había repartido la hermosura. El pelo de su cabeza, brazos y dorso de las manos tenía el fuerte color de las zanahorias recientes. La barba era más oscura y en la barbilla y la mandíbula formaba un ovillo de alambre de espino oxidado, mientras que en las mejillas y bajo la boca crecían finísimos mechones de pelillos sueltos. Al impedir la cicatriz del labio leporino cualquier crecimiento de pelo, parecía como si alguien le hubiera quitado un trozo de bigote con un corte tosco de una navaja de afeitar. Y luego estaba esa voz tan monótona y nasal, en la que los sonidos producidos cuando se apoya la lengua contra el velo del paladar, tales como la t o la l, parecían disolverse en la cavidad bucal y apenas eran perceptibles. Sólo de la sobria vestimenta —un pantalón de pana marrón y una camisa beis— no había nada que objetar, pero eso no era suficiente para conseguir que ella se encontrara a gusto, por mucho que lo hubiera intentado el doctor. Durante el reconocimiento siempre informaba antes sobre la acción que iba a ejecutar y, entre tanto, realizaba las preguntas con franqueza y sin ser inoportuno. Así, resultó estar muy interesado en su conocimiento del francés, el alemán y el neerlandés.

—*Niederlandisch* —había dicho él en alemán, para pasar luego a preguntar si conocía en esa lengua una canción que se llamaba «Las florecillas se fueron a dormir. Estaban cansadas de oler bien». Lo pronunció con acento, pero ella supo a qué canción se refería.

—Se llama «El hombrecito de arena».

—¿Cómo?

—El hombrecito de arena. *Das Sandmannchen* —le explicó.

«Ojalá no me pida que se la cante ahora», pensó ella; pero no se lo pidió. Le hizo otras preguntas, sobre todo acerca de su profesión anterior. De nuevo se mostró muy interesado cuando le dijo que casi toda su carrera la había pasado dando clases en el primer curso de Gemmenich y que al principio, durante algunos años, había estado al cargo de los niños mayores. En ese momento todavía no se había percatado de lo que pretendía el doctor, y cuando de pronto le preguntó, como quien no quiere la cosa, si aceptaría cuidar todos los días a sus tres hijitos durante las horas de consulta, quedó tan aturdida que en primera instancia no le respondió. Ni siquiera se los había enseñado. Así que se la llevó a la cocina, donde estaban los tres pequeños, cada uno en su propio balancín.

Tuvo miedo, aunque ya venía advertida por las muchas historias divulgadas sobre los niños. Parecían figuritas pintadas por una mano infantil: las proporciones no cuadraban. Las cabezas eran demasiado grandes con respecto a los cuerpos, y esas cabezas, a su vez, contenían ojos demasiado grandes. Eso fue lo que le llamó la atención la primera vez que los vio.

A continuación, el doctor la presentó a los muchachos en función de la cinta de colores que cada niño llevaba en la muñeca. En efecto, era imposible distinguirlos a simple vista, se percató mientras los observaba con un poco más de detenimiento. Al mismo tiempo, comprobaba lo mucho que habían heredado del padre: el cabello, la piel, los ojos y, por desgracia, también el labio leporino, en el mismo lugar, a la derecha.

En el escaso tiempo que estuvo allí se dio cuenta de otra cosa: no la miraban. También en ese aspecto se parecían a su padre. Durante el reconocimiento médico le había llamado la atención la manera como el doctor intentaba eludir cualquier contacto visual y lo evitaba mirando al suelo sin cesar, mientras que sus tres hijos recurrían a embebecerse en sus propias manos, que movían de continuo como si estuvieran palpando un objeto invisible.

—Frau Maenhout vendrá a cuidarlos a partir de mañana —le oyó decir al doctor para su sorpresa.

Se dispuso a protestar, pero en ese instante los tres chavales levantaron a la vez la cabeza y la miraron con sus ojos demasiado grandes. Tomó la decisión en un santiamén.

—¿A qué hora tengo que estar mañana aquí? —preguntó ella.

—A las ocho y media —respondió él.

Después se marchó y fue ya en la calle donde se dio cuenta de que ni siquiera se había despedido de los niños.

—¿Está usted ya preparada? —preguntó el doctor cuando abrió la puerta que daba a la cocina.

En realidad no lo sabía. No tenía ni idea de lo que el doctor esperaba de ella. Todavía no lo habían hablado. No habían hablado nada sobre los niños ni tampoco se había dicho una palabra sobre el dinero. En pocas ocasiones había procedido de manera tan impulsiva.

—Creo que sí —dijo de nuevo sorprendida por su propia respuesta.

Encontró a los niños otra vez en los balancines, al igual que el día anterior, como si no se hubieran movido de allí durante todo ese tiempo. Seguían absortos mirándose las manos, que no dejaban quietas. Incluso había un ritmo fijo en los movimientos que les daba una apariencia maquinal.

«Quizá se aburren», pensó Frau Maenhout, pues le llamó la atención no ver ni juguetes ni animales de peluche por ninguna parte.

—Hola, chicos —los saludó.

No se produjo reacción alguna.

—Son bastante tímidos —los disculpó el doctor.

Frau Maenhout se adelantó y observó a los niños con mayor atención. Le pareció que estaban demasiado delgados y, por eso, la fina piel daba la sensación de ser casi transparente; tenían un aspecto frágil, como si fueran de cristal.

—Puede cogerlos si quiere, con toda tranquilidad.

Asintió y se dirigió lentamente hacia ellos. No sabía por quién decidirse. Ninguno de los niños se imponía echándole los brazos. Flexionó las rodillas ante la sillita de en medio y abrió el cierre. Luego contuvo la respiración por un instante. Hubo de superar un ligero miedo, un miedo idéntico al que sintió cuando, haría cosa de diez años, tuvo que coger en clase por primera vez la mano abrasada de Julie Carpentier para enseñarle cómo había que moverla por la hoja. Al igual que entonces, contó ahora hasta tres para sus adentros y después con un tirón alzó de la silla al niño. Era muy ligero y apenas reaccionó cuando lo colocó sobre el brazo.

—Ese es Rafael —dijo el doctor señalando la pulsera azul.

—Rafael —repitió ella.

Le pareció un nombre bonito, pero al combinarlos con los otros dos se hacía, naturalmente, extraño. Ponerles a los niños el nombre de los tres arcángeles era una idea original, pero también extravagante, y se preguntó a quién se le habría ocurrido. ¿Al padre o a la madre? ¿O a otra persona?

—Son muy tranquilos, muy buenos —observó ella. Pero de inmediato le entró el pánico ante la posibilidad de que quizá tuvieran algo malo, que tal vez fueran deficientes mentales.

—Aún tienen que acostumbrarse a usted —dijo el doctor Hoppe—. Se adaptan con dificultad a las nuevas situaciones, es algo que ya he notado.

Esa respuesta no la tranquilizó, y como si pudiera leerle el pensamiento, el doctor se apresuró a añadir:

—Pero ya saben hablar. A veces dicen de repente una palabra que han oído en algún lugar. De mí o de la radio o así. Y lo hacen en francés o en alemán. Son muy inteligentes.

—Es peculiar, sí.

Frau Maenhout no supo qué creer de todo lo que le estaba contando. En su carrera profesional había hablado a menudo con padres que veían en sus hijos cosas que en realidad no había. *Es meint jede Frau, ihr Kind sei ein Pfau* ^[1] pensaba siempre en esas ocasiones.

—Quiero incentivar su conocimiento de idiomas —continuó el doctor—. Les he ido hablando en alemán y en francés, pero si a partir de ahora usted les habla en francés y yo sólo en alemán, entonces aprenderán más rápido a distinguir la diferencia, ¿no es cierto?

Frau Maenhout hubo de asentir, y la propuesta tampoco le pareció extraña. En esta zona, que se encuentra en la intersección de tres lenguas, la mayoría de los niños recibían una educación políglota. Casi todo el mundo hablaba alemán, y a este idioma se le añadían el francés y el neerlandés. Algunos niños aprendían las tres lenguas al mismo tiempo, dependiendo del colegio adonde iban o con quien jugaran en la calle.

Para ella no había sido distinto. Había nacido en Gemmenich y sus padres la educaron en alemán. En la calle había aprendido el francés y más tarde, en la escuela secundaria, le habían dado clases de neerlandés. De repente vio claro también por qué el día anterior el doctor había mostrado tanto interés por sus conocimientos lingüísticos. Por lo que continuó diciendo el doctor, pudo deducir que recordaba todo a las mil maravillas, ya que volvió a preguntarle por la canción de cuna neerlandesa.

—La de las flores —dijo él—, ¿puede cantársela de vez en cuando?

—Si usted así lo desea... —accedió ella, aunque también le pareció una petición extraña.

El doctor miró su reloj y dijo:

—Vamos, le mostraré ahora mismo la casa. Dentro de poco llegarán los primeros pacientes.

Antes de poder decir nada, el doctor ya se había dado la vuelta y desaparecía por la puerta que daba al pasillo. Ella se quedó atrás, perpleja. Meneó la cabeza y, con cuidado, volvió a dejar a Rafael en el balancín.

—Vuelvo en seguida —dijo en francés, mientras empezaba a preguntarse cada vez con mayor frecuencia en qué lío se había metido.

El doctor estaba esperándola en el pasillo junto a la puerta que había enfrente de la consulta.

—Los niños y yo dormimos de momento abajo —dijo entrando después en la

habitación.

Ella le siguió, titubeando, y se detuvo en el umbral de la puerta. La habitación estaba muy recogida. En el centro, pegada a la pared más lejana, había una cama individual sin una sola arruga en la colcha. En las sillas a ambos lados del cabecero no había ni libros ni ropa, ni tampoco podían verse los juguetes de los niños por el suelo u otras cosas semejantes. Pegadas a otra pared, había tres camitas de metal con ruedas, colocadas en fila unas al lado de las otras, con aproximadamente un metro de distancia entre ellas. También estaban muy bien hechas y tampoco podía percibirse ninguna arruga ni en las blanquísimas sábanas ni en las fundas de las almohadas. A los pies de cada cama colgaba un letrero. Miguel dormía en la camita de la derecha, a su izquierda estaba Rafael y junto a él Gabriel. Las paredes de la habitación parecían recién empapeladas, pero no tenían nada más. No había cuadros por ningún lado, cuando ella se habría esperado un retrato de la esposa, una foto de la boda de sus padres o, por lo menos, una foto de sus hijos, a los que según Martha Bollen fotografiaba con frecuencia. Toda la habitación irradiaba cierto anonimato. Era un espacio impersonal al que, además, el blanco inmaculado tanto de colchas como de sábanas confería el aspecto de un hospital.

—El cuarto de baño está arriba —dijo el doctor—, pero como es un poco pesado estar subiendo a los niños una y otra vez por la escalera, de momento los lavo en un barreño que hay en la cocina.

—Como en nuestra época —rió ella.

El doctor volvió a quedarse inmóvil. «Carece de sentido del humor», pensó ella, y, al mismo tiempo, confió en que sus hijos no hubieran heredado demasiado de su personalidad.

—Frau Maenhout...

La pausa que intercaló fue muy significativa y, de este modo, le hizo agudizar la atención.

—Hay otra cosa. Algo sobre su salud —dijo en pocas palabras.

Si le hubiera dicho que era ella quien andaba mal de salud, no se habría sentido tan consternada. Ya se había estado haciendo preguntas sobre los niños, pero la noticia le llegó como un mazazo. Y no sólo le afectó de manera desagradable la noticia, sino también el hecho de que el doctor hubiera esperado tanto tiempo para contárselo.

—No es nada grave —dijo—, y ya estoy trabajando en ello, pero me pareció que usted debería saberlo. Por eso no deberán salir de casa bajo ningún concepto.

—Tendría que habérmelo dicho antes... —empezó a hablar, pero el sonido del timbre de la puerta la interrumpió.

—Ahí está ya el primer paciente —dijo rápido el doctor—. Tengo que irme a trabajar. Y usted también puede ponerse manos a la obra.

Se dio la vuelta y abandonó la habitación describiendo un arco al pasar por delante de su persona. Parecía que estaba huyendo de ella, que, perpleja una vez más, volvió a quedarse atrás.

—¿Viene usted, Frau Maenhout? —le oyó decir.

«No lo haré —pensó—, no puedo hacer esto.»

Malhumorada, salió de la habitación.

—Herr Doktor —dijo—, yo...

—Hola, Frau Maenhout —sonó.

Irma Nüssbaum se encontraba al final del pasillo y le hacía una inclinación de cabeza. Poco antes, Charlotte Maenhout la había visto espiando desde su casa, al otro lado de la calle.

—¿Va usted a cuidar por fin de los niños de Herr Doktor, Frau Maenhout? —preguntó Irma.

La manera en que había pronunciado su nombre tenía un dejo de falsedad. El doctor había contenido el paso y estaba entre las dos mujeres, como alguien que debe salvaguardar la buena marcha de un duelo.

—Sí, Frau Nüssbaum —respondió Charlotte Maenhout sin mover un músculo—. Me lo han pedido y eso es lo que haré. —Dio media vuelta y se alejó en dirección a la cocina.

Durante las primeras semanas, Charlotte Maenhout no percibió nada de la inteligencia de los niños; al contrario, su comportamiento seguía siendo distante y no dijeron ni una palabra. Por eso, cuanto más tiempo pasaba, más sospechaba que los tres tenían algún retraso mental y que el doctor se había referido a esto al decir que algo pasaba con su salud. Sin duda, le avergonzaba.

Pero Miguel, Gabriel y Rafael fueron desentumeciéndose poco a poco. En efecto, parecía necesario un período de aclimatación en el que debería ganarse su confianza. No hizo nada especial para conseguir esa confianza, salvo ofrecerles siempre simpatía y paciencia, pese a lo dificultoso que resultaba esto último sobre todo. De vez en cuando le daban ganas de darles a los tres una buena azotaina, confiando en que así por lo menos mostrarían alguna emoción. Por fortuna, había logrado contenerse, porque el cambio se produjo un día durante uno de esos frecuentes atascos ante la Napoleonstrasse de coches y autobuses que iban de camino al Punto de los Tres Países. Había cogido en brazos a Miguel para mirar por la ventana los vehículos inmóviles y, de pronto, el niño exclamó: «¡O-E!». Y, al instante siguiente, uno de los otros dos niños exclamaba a sus espaldas: «¡A-I!». Después, el doctor dijo que su hijo probablemente había querido decir «taxi», porque en uno de ellos se habían trasladado de Bonn a Wolfheim muchos meses atrás. Ella se quedó atónita.

Luego todo empezó a ir más rápido. Su vocabulario ya era bastante amplio o

aumentó a toda velocidad, porque durante los días siguientes los tres muchachitos siguieron diciendo palabras, completándose continuamente entre sí o repitiendo lo que decían los demás. A veces casi parecía como si los niños estuvieran jugando un juego. Cuando preparaba una papilla de frutas, los chavales enumeraban las frutas de corrido; en francés, porque ya habían comprendido que ella era quien hablaba esa lengua. Aunque resultaba difícil entender lo que decían, y no sólo porque todavía fueran unos renacuajos, sino porque a ellos también, al igual que a su padre, el labio leporino les dificultaba la articulación de algunas palabras. Pero ella comprendía lo que decían y, al principio, eso era lo más importante.

Al punto ofrecieron los niños una nueva demostración de su talento. Como le había pedido el doctor, todas las noches antes de acostarse les cantaba la canción del hombrecillo de arena en neerlandés, y una noche, más o menos un cuarto de hora antes de irse a la cama, Gabriel dijo de pronto: «Cansado». Frau Maenhout no comprendió en primera instancia a qué se refería, pero cuando Rafael dijo inmediatamente después «dormir», también en neerlandés, y Miguel reaccionó con «que descanses», se dio cuenta de que los trillizos habían utilizado a su arbitrio palabras que aparecían en la canción.

Cuando un par de días después le habló de ello a su amiga y antigua compañera de trabajo Hannah Kuijk, ésta le dijo: «Eso es porque no tienen madre. Por eso no están sometidos a las veleidades de una lengua materna».

Le pareció una explicación rebuscada y a continuación su amiga sugirió que los cerebros individuales de los tres muchachos probablemente estaban unidos entre sí por haces de nervios invisibles, conformando así un único supercerebro. Frau Maenhout había oído alguna vez semejantes disquisiciones, y también que los nacidos en el mismo parto podían leerse el pensamiento o sentir las emociones de sus hermanos, incluso hallándose separados por miles de kilómetros de distancia. Sin embargo, ella prefería la explicación más sencilla de que tenían la inteligencia del padre, aunque por desgracia también parecían haber heredado su apatía, pues, a pesar de su talento verbal, los trillizos seguían escatimando la expresión y la demostración de emociones.

En las cuatro horas diarias que Frau Maenhout cuidaba de los niños —por las mañanas de ocho y media a diez y media y por las tardes de seis a ocho—, los entretenía con un entusiasmo y una energía que ella nunca habría sospechado en su interior. Hacía muecas y ponía cara de payaso, construía altas torres con bloques y cajas de construcción, se ponía a los niños sobre el muslo por turno y hacía que dieran saltitos arriba y abajo, conducía coches de juguete por carreteras invisibles y cruzaba oscuros túneles con trenes de madera, y les contaba cuentos e historias en los que ella interpretaba el papel de una bruja, un hada o una reina. Pero a pesar de eso, a pesar de todos los esfuerzos, en raras ocasiones conseguía de alguno de los tres niños

una risa o una carcajada, aunque por otra parte también hay que decir que pocas veces lloraban o se enfurruñaban.

—No es para tanto, Charlotte —le dijo Hannah al respecto—. No hay duda de que esos niños tienen un trauma. Durante los primeros meses de su vida no han recibido amor. Ni de su madre, porque está muerta, ni tampoco de su padre, porque es demasiado frío para ofrecérselo. Ya sólo el hecho de que quiera que le llamen «padre» y no «papá» o «papi» indica que quiere mantener cierta distancia. Creo que esos chicos, con el tiempo, también le tratarán de usted en lugar de tutearle.

—Pero siempre les está haciendo fotos —objetó Frau Maenhout—. Eso significa que los quiere.

—No lo niego, pero en mi opinión se trata sobre todo de sublimación. Así intenta dar forma a su incapacidad de amar. Piensa que de esa manera puede crear un vínculo. No, Charlotte, aguanta, para esos niños es bueno que tú estés allí. Así habrá alguien que pueda inculcarles sentimientos.

—Lo tendré bien presente, Hannah.

—Una libra más de esas deliciosas galletas de jengibre.

—¿Para los hijos del doctor?

Frau Maenhout, sonriendo, meneó la cabeza.

—No, son para mí.

Martha Bollen empezó a hurgar en el bote de cristal lleno de galletas de jengibre caseras que había sobre el mostrador. Las introdujo en una bolsa de papel que depositó en una de las bandejas de cobre de la balanza, mientras en la otra colocaba una pesa de medio kilo.

—Te meto tres piezas más —dijo la vendedora mirando de soslayo el fiel de la balanza—. Para los niños. Con los saludos de Martha la tendera, díselo.

Frau Maenhout quiso rechazar las galletas —los niños del doctor no podían comer dulces—, pero como temía que Martha empezara a hacer todo tipo de preguntas desagradables, asintió con la cabeza y dijo:

—Eres muy amable. Gracias.

Cogió la bolsa y la metió en el carrito de la compra, repleto de los productos frescos que venía a comprar casi a diario para el buen gobierno de la casa del doctor Hoppe. También llevaba lleno el bolso de mimbre, entre otras cosas, de pañuelos de papel, polvos de talco y un paquete de pañales.

Frau Maenhout había ido relevando poco a poco al doctor de las tareas del hogar. Mientras estaba con los niños, también intentaba limpiar un poco, cocinar y lavar la ropa. La plancha se la llevaba a casa. El doctor no se lo había pedido, pero ella lo hacía por propia iniciativa y, sobre todo, por los niños, a los que se había encontrado demasiado a menudo con la ropa sucia y que, en su opinión, adolecían de una alimentación poco variada. El doctor compraba casi siempre latas de conservas o tarros de cristal con comidas preparadas.

Martha empezó a tamborilear sobre las teclas de la caja registradora.

—¿Cuándo vas a traer a los niños por aquí? No se les ve el pelo nunca —dijo.

—Son demasiado pequeños para salir, Martha.

—¿Demasiado pequeños? Ya tienen un año, ¿no es verdad?

—Desde el sábado.

—¿El sábado? ¿No fue el veintinueve de septiembre?

—En efecto.

—Vaya, entonces han nacido en el día de su santo.

Frau Maenhout, sorprendida, se quedó mirando a la vendedora.

—El veintinueve de septiembre —dijo Martha— es la fiesta onomástica de los santos Miguel, Gabriel y Rafael.

—¿Es cierto? No lo sabía.

—Mi marido se llamaba Michel. Por eso lo sé. A lo mejor Herr Doktor les puso esos nombres a sus hijos porque nacieron ese día.

—Eso sería mucha casualidad.

—Nada es casual —dijo la vendedora levantando un dedo en el aire—, pero cuénteme, seguro que los niños tuvieron una fiestecita estupenda.

Frau Maenhout asintió y apartó la vista porque notó que se le enrojecían las mejillas. Podía haberle contado muy bien la verdad, pero todavía se sentía incómoda con la idea de que el doctor la hubiera echado de casa ese sábado por la mañana cuando llegó con una bolsa llena de regalos, entre los que se encontraban algunos libros de estampas. Los niños estaban muy enfermos, había dicho el doctor, que había decidido que debían pasar el resto del fin de semana aislados en un cuarto esterilizado; él empleó la palabra «cuarentena», que tenía un matiz desagradable. A su pregunta de qué les pasaba —la tarde anterior ninguno de los tres había mostrado indicios de ningún mal—, él le respondió que en mitad de la noche habían empezado a marearse y que todavía los estaba examinando.

Era la primera vez que enfermaban los tres a la vez. Antes, el doctor solía llevarse a alguno con frecuencia a una habitación aparte, sobre todo como medida preventiva, al descubrir síntomas que apuntaban a una enfermedad inminente: irritación de garganta, una ligera tos, pérdida de peso o manchitas sospechosas en la piel. Durante algunas horas o días, el niño debía permanecer entonces en la habitación esterilizada, contigua a la consulta y que el doctor empleaba también como laboratorio o almacén para los medicamentos.

A ella le parecía un procedimiento extraño, pero quién era ella para poner en duda la ciencia del doctor. Además, Miguel, Rafael y Gabriel siempre habían regresado sanos después de esos aislamientos individuales.

«Sanos» no era la palabra adecuada, porque al final resultó que, en efecto, tenían algo crónico, pero Frau Maenhout todavía no había descubierto lo que era. El doctor nunca se aclaraba al respecto, como si no quisiera admitir que él tampoco lo sabía. Para referirse a su enfermedad, utilizaba palabras que ella no comprendía y seguía diciendo que se estaba ocupando de ello. Una vez le sugirió llamar a un especialista, pero en esa ocasión el doctor se sintió tan ofendido que a partir de entonces no volvió a mencionar una palabra sobre el asunto.

—Los demás no tienen ni idea —había dicho marchándose disgustado.

Lo peor era que ella no sabía cómo se manifestaba la enfermedad o cómo empezaría a manifestarse. Aparte de que los niños se cansaban en seguida y apenas soportaban el contacto corporal, no le había llamado la atención ninguna cosa que apuntara a una grave enfermedad.

—¿En qué debo fijarme? —le había preguntado al principio al doctor Hoppe.

—Resulta evidente —le había respondido éste, pero cuando parecía que alguno

de los muchachos se veía aquejado por algo, el comportamiento del doctor la llevaba a pensar que él tampoco estaba muy seguro.

La voz de Martha Bollen sacó a Frau Maenhout de sus elucubraciones.

—¿Y qué tal les va con los idiomas? —preguntó la vendedora—. Rosette Bayer dijo que ya hablaban también neerlandés, que los había oído cantar en esa lengua.

—Cantar no es hablar todavía, Martha. No debes creer todo lo que te cuenta la gente. Los niños simplemente repiten lo que les digo.

Falseaba la verdad de manera consciente. No era la primera vez que percibía los celos y la incredulidad cuando se hablaba de la extraordinaria capacidad lingüística de los trillizos. Algunos pensaban que sólo quería hacer alardes de sus propias cualidades.

—Pero son unos muchachitos muy listos, ¿no es cierto?

—Eso les viene de su padre.

—Por suerte —reaccionó Martha en voz baja—. Imagínate que sólo hubieran heredado su físico. Y, a propósito, ¿cómo anda Herr Doktor?

—Muy atareado. La gente se cree que vende milagros.

—Pues sí que lo hace. La semana pasada le curó a Freddy Machón su gota de toda la vida. Cinco inyecciones y ya le había liberado. El doctor dijo que ese medicamento llevaba mucho tiempo utilizándose en Alemania. ¿Sabe lo que pasa, Frau Maenhout? La medicina aquí en Bélgica está todavía en pañales. Es una lástima que Herr Doktor no hubiera venido antes. Tal vez habría podido curar a nuestro Michel.

—No puedes ponerte a pensar en esas cosas, Martha. Agua pasada no mueve molino. ¿Cuánto es?

Martha deslizó el ojo por el tique para comprobar que todo estuviera incluido y luego dijo:

—Todo hace novecientos veinte francos.

Frau Maenhout cogió el monedero, sacó un billete de mil francos y lo posó sobre la regordeta mano de la tendera. Después de haberse guardado la vuelta, dio media vuelta y se fue con el carro de la compra rodando a sus espaldas.

—¿Quiere transmitirle mis saludos a Herr Doktor? —le gritó Martha cuando estaba a punto de salir.

Cerró la puerta y cruzó la calle. Las ruedas de plástico del carrito hacían un ruido traqueteante sobre los adoquines y llamaron la atención de los tres muchachos que se encontraban en la plaza del pueblo y que empezaron a saludar a Frau Maenhout agitando la mano. Ella reconoció a Fritz Meekers, a Robert Chevalier y al sordo Gunther Weber, a quien había impartido clases de dicción durante dos años una vez a la semana, ya que sus padres no podían pagar un logopeda. El resultado final a ella no le pareció satisfactorio, pero al menos podía hacerse entender y, por lo visto, estaba

realizando grandes progresos desde que el año anterior empezara a ir a un colegio especial en Lieja.

Devolvió el saludo y continuó su camino, espoleada por la campana de la iglesia, que daba las seis. Entre tanto, ya habían pasado más de dos días desde la última vez que había visto a los trillizos. Como siempre, se había quedado todo el fin de semana junto al teléfono esperando a que el doctor Hoppe la llamara si tenía que ausentarse por una emergencia y se veía obligada a cuidar otra vez de los niños, pero a nadie del pueblo le pasó nada grave, por lo que su espera fue infructuosa y su preocupación por el estado de salud de los niños enfermos no hizo más que aumentar.

Tampoco esa mañana pudo verlos. El doctor había dicho que estaban mucho mejor, pero que aún dormían y quería dejar que se despertaran por sí solos, así que se limitó a recoger y limpiar un poco, escuchando con atención entre tanto si oía la voz de Miguel, Gabriel o Rafael. Cuando llegó la hora de regresar a casa, los niños seguían durmiendo. Según el doctor, a quien había llamado a eso de las tres de la tarde, se habían despertado alrededor de la una y media, una información que por fin la tranquilizaba.

Cuando llamó al timbre de la cancela, se estaba apagando la resonancia de la sexta y última campanada por encima de los tejados de Wolfheim. Miró impaciente por entre los barrotes a las ventanas de la parte delantera de la casa para ver si el doctor Hoppe estaba al acecho con uno de los niños en brazos, pero ése no fue el caso, por desgracia.

Durante todo este tiempo había ido cogiéndoles mucho cariño a los niños y ellos también a ella. Si bien todavía parecía que se hubieran construido un muro alrededor, ahora tenía la impresión de que se estaban formando agujeros en ese muro. Así podía distinguirse una diferencia visible en la expresión de sus rostros cuando ella llegaba y se iba. Alguien que nunca los hubiera visto no habría notado esa diferencia, pero con el tiempo había ido aprendiendo cuáles eran las pequeñas cosas en las que tenía que fijarse: una contracción en la comisura de los labios, una mirada, un movimiento de la mano.

—Frau Maenhout quedarse —había llegado a decir incluso Miguel la última vez que se fue, como si presintiera que tardaría en regresar más de lo habitual por causas de fuerza mayor.

—*Fau anut ease.* —Así había sonado.

Entre tanto, los conocimientos de los muchachos habían seguido aumentando. Frau Maenhout estimaba que llevaban más de medio año de adelanto para su edad. Comprendían casi todo lo que les decía y podían formar frases sencillas en alemán y en francés. También hacían rompecabezas de madera indicados para niños de año y medio y enumeraban con fluidez lo que reconocían en los libros de láminas o en los comics.

En el aspecto físico, eran más lentos. Todavía no andaban y también tenían dificultades con aspectos delicados de la motricidad. Eso se veía, por ejemplo, cuando querían comer ellos solos o intentaban coger algo. Pero Frau Maenhout pensaba que era por tener que repartir su tiempo entre los tres muchachos. El tiempo que dedicaba a cada niño era demasiado escaso. «¡Sólo tengo dos manos!», gritaba a menudo.

Además, suponía que el doctor apenas se ocupaba de los niños cuando ella no estaba. Los dejaba en sus sillitas o en el parque y les prestaba poca atención, salvo cuando tenía que volver a examinarlos.

—¿No está Herr Doktor en casa? —gritó de pronto la voz de un muchacho.

Frau Maenhout se asustó. El doctor todavía no había aparecido y los chicos de la plaza se habían acercado. Robert Chevalier se había dirigido a ella desde cierta distancia.

—Sí, claro que está —dijo tan pronto como los tres estuvieron a su lado—, vendrá en seguida.

—¿Cómo se encuentran los hermanos Hoppe? —preguntó Meekers el Largo.

—Muy bien. ¿Y tú? Ya veo que sigues creciendo. Un poco más y serás más alto que yo.

—Según Herr Doktor, llegaré con toda seguridad a los dos metros —reaccionó el muchacho, no sin orgullo—. La última vez me midió el cartílago.

—¡Zu-pa-dre-le-da-mu-sas-pa-ta-das! —observó Gunther Weber—. ¡Pod-eso-es-tan-lad-go!

—¡Y tú recibes demasiado pocas!

—No os peleéis, chicos.

Frau Maenhout echó una mirada a la puerta principal, pero seguía sin vislumbrar movimiento alguno.

—Mi padre dice que los hijos del doctor son genios —dijo Robert Chevalier.

—¿Ge-qué? —gritó Gunther señalando sus orejas.

—Ge-nios —dijo Robert articulando claramente—. Ni-ños-pro-di-gio.

—Eso lo sois todos —guiñó Frau Maenhout, y vio cómo a los tres se les hinchaba el pecho de orgullo—. Tomad, aquí tengo algo para vosotros. —Dejó el bolso de mimbre en el suelo, hurgó en el carro de la compra y sacó la bolsa con galletas.

—De Martha la de la tienda —dijo aliviada ahora que podía dar una alegría a alguien con las galletas.

—¡Mmmmmmm! —dijo Gunther.

—Gracias, Frau Maenhout —dijeron Meekers el Largo y Robert Chevalier al mismo tiempo, cogiendo con ansia las galletas.

—A-llí-ez-tá-el-doc-tor.

Gunther señaló hacia la casa. El doctor Hoppe había abierto la puerta y bajaba por

la escalera. Frau Maenhout cerró la bolsa de las galletas y volvió a introducirla en el carro de la compra.

—¿Cuándo podremos jugar con los hijos del doctor? —preguntó Meekers el Largo rápidamente.

Más adelante, cuando sean un poco mayores.

—Hola, Hef Doktof —saludó con la boca llena Robert.

El doctor hizo un gesto con la cabeza y abrió la cancela.

—Entre usted, Frau Maenhout.

—¿Quiere que le ayudemos a llevarlo? —pregunto Meekers el Largo.

El doctor hizo como si no lo hubiera oído. Se inclinó hacia delante, levantó del suelo el bolso de mimbre y dijo de nuevo:

—Entre usted, Frau Maenhout, los niños están solos.

Meekers el Largo hizo una mueca a sus amigos. Frau Maenhout cogió el asa del carro de la compra y con una inclinación de cabeza se despidió de los chicos, que la siguieron con la vista mientras iba por la senda del jardín. En la puerta de la casa, el doctor le cogió el carro de la compra.

—¿Qué tal se encuentran los niños, Herr Doktor? ¿Todo va bien? —preguntó Frau Maenhout antes de entrar.

No se produjo ninguna respuesta. Él se detuvo por un momento y la dejó pasar.

—Ya llevaré yo todo a la cocina —le dijo el doctor—. Siga usted.

No hubo que decírselo dos veces. Se apresuró por el pasillo con grandes zancadas.

—¿Frau Maenhout? —sonó entonces. En la voz del doctor había algo perentorio.

Ella le miró interrogante por encima del hombro y, por un instante, creyó ver que le temblaba el párpado izquierdo. Eso mismo les pasaba también a sus hijos cuando estaban un poco tensos.

—Ha surgido algo, Frau Maenhout.

Y volvió a temblarle el párpado.

Cuando por fin la calma se hubo restablecido del todo en Wolfheim, un año después de la llegada del doctor Hoppe, las escobas pudieron retomar su tarea original. En invierno quitaban la nieve de las aceras, en el seco verano siguiente barrieron la polvorienta arena que llegaba hasta el valle desde la cumbre del Vaalserberg, el monte Vaals, y en el otoño agrupaban en un montón las hojas muertas, esparcidas por la plaza del pueblo, que el viejo tilo había sacudido de sus ramas. Durante todo ese tiempo, el doctor Hoppe realizó su trabajo de manera ejemplar, redimiendo a los habitantes del pueblo con sus pócimas, pomadas y pastillas caseras de accesos de tos, de eritemas solares, ataques de gripe, cálculos renales y otras dolencias. Aunque bien es cierto que no se produjo un nuevo milagro, se hacía esperar, pues semejantes cosas necesitan su tiempo y siempre vienen en el momento más inesperado, comunicó el párroco Kaisergruber durante una de sus homilias dominicales. En cualquier caso, toda la gente hablaba con mucho respeto de Herr Doktor y sólo raras veces se comentaba algo sobre sus hijos, pese a que iba en aumento el número de lugareños que se preguntaban por qué ninguno de los niños se dejaba ver dentro de la casa o en sus alrededores. En el invierno no hubo suspicacias —había hecho un frío de perros durante unas cuantas semanas—, pero cuando la bella primavera y el cálido verano pasaron también sin que nadie hubiera podido ver a los muchachos, los primeros ceños empezaron a fruncirse. Sin embargo, no había excesiva preocupación, porque las agudas voces que de vez en cuando llegaban hasta la sala de espera indicaban que los trillizos estaban bien, punto este confirmado en más de una ocasión por el propio doctor y Frau Maenhout, quien seguía pasando con ellos unas cuantas horas casi a diario.

Sin embargo, con el tiempo, comenzaron a circular dos historias que en un principio deberían explicar la existencia encubierta de los tres niños. León Huysmans, quien muchos años atrás cursara sin éxito el primer año de medicina en la Universidad de Lieja, suponía que podrían padecer elefantiasis, una enfermedad en la que poco a poco sus cabezas irían semejando en la forma a las de un elefante. Llegó a esa conclusión por la foto que estuvo en la mesa del doctor meses enteros, una polaroid de cuando los niños contaban casi un año de edad. Ya tenían las cabezas grandes por entonces, y probablemente la transformación se había producido con una rapidez tal que el doctor no se atrevía a mostrar ninguna otra fotografía, aunque siguiera comprando carretes de polaroid, en palabras de Martha Bollen. Helga Barnard, por el contrario, llegó un día con un artículo del *Reader's Digest* que versaba sobre personas alérgicas a la luz del sol, condenadas a vivir siempre en la oscuridad.

—Si les diera por salir a la luz natural, la piel se les quemaría al instante. Debe de

ser algo así.

Hasta el mes de septiembre de 1986, la verdad no se reveló en parte. Sucedió una tarde, cuando Irma Nüssbaum se pasó por enésima vez por la casa del doctor Hoppe, en esta ocasión para controlarse la tensión. En otras ocasiones tenía dolores de espalda, a veces se quejaba de zumbidos en los oídos o de falta de memoria y de vez en cuando también sentía algo en el estómago o en el intestino, mientras que su marido pensaba que todo estaba en su cabeza.

El pequeño Julius Rosenboom, que por su condición de diabético tenía que pincharse todos los días, se encontraba ya en la sala de espera cuando Irma Nüssbaum entró. Se sentó frente a él, para tener a buen recaudo la puerta de la consulta, y cogió una revista femenina del montón que había sobre la mesa.

—¿No ha empezado todavía el doctor con la consulta? —preguntó al muchacho.

Julius se encogió de hombros sin levantar la mirada del cómic que tenía sobre el regazo.

—¿Los has oído? —preguntó Irma.

—¿A quiénes? —preguntó Julius a su vez.

—A los hijos del doctor.

Julius volvió a encogerse de hombros. En ese momento, en algún lugar de la casa se cerró una puerta de golpe e, inmediatamente después, una voz infantil gritó:

—¡No, no quiero!

—Serán ellos —reaccionó Irma con entusiasmo. Mantuvo la cabeza inclinada para poder oír mejor los sonidos que parecían llegar desde arriba.

—¡Miguel, deja de hacer tonterías y ven aquí!

—Está claro que Frau Maenhout no puede hacerse con ellos —dijo entonces, y miró a Julius, que pasaba una página—. ¿Ocurre esto a menudo?

—No, que yo sepa —dijo Julius, y movió la cabeza en dirección a la puerta de la consulta—. Creo que Herr Doktor ya está ahí. Entre usted primero, yo todavía no he terminado de leer.

Alzó un momento la revista y la mantuvo ante el rostro.

«Al muchacho no le apetece que le pinchen», pensó Irma, quien aceptó con agrado la propuesta, y se levantó como un resorte cuando el doctor Hoppe abrió la puerta.

Siempre tardaba un poco en acostumbrarse a su persona. Sin quererlo, su mirada se veía atraída por el pelo y la barba, y a menudo se sorprendía a sí misma con los ojos clavados en la cicatriz que el doctor intentaba ocultar bajo el bigote. El timbre de la voz también era siempre distinto del que conservaba en su memoria.

—Pase usted, Frau Nüssbaum —dijo el doctor.

En la consulta, él se sentó tras la mesa y se agachó un momento a buscar el historial clínico en uno de los cajones. Ella aprovechó la oportunidad para girar un

poco hacia sí el marco con la foto que se encontraba en la esquina de la mesa.

—Cada vez que los miro, me deja atónita lo muchísimo que se parecen, Herr Doktor —dijo.

El doctor levantó la mirada por un instante y asintió. Irma continuó imperturbable.

—En todo este tiempo, ya deben de haber cambiado un montón, ¿verdad?

Él colocó el historial de su paciente sobre la mesa y volvió a asentir.

—¿Siguen pareciéndose tanto? —insistió.

—Así es.

—¿Y qué tal están, Herr Doktor? Hace un momento me pareció haber oído gritar a uno.

—Frau Maenhout intenta meterlos en el baño, creo. No les gusta mucho. Y se resisten, por supuesto. ¿Qué es lo que haría usted?

—Qué me va a contar. Y espere a que se hagan mayores. Me alegro de que los dos míos se hayan ido por fin de casa. ¿Qué edad tienen ahora sus hijos exactamente?

—Casi dos años. Pero dígame...

—Déjela a remojo en agua fría —interrumpió Irma al doctor.

—¿Perdone?

—Esa mancha —continuó señalando la bata del doctor, en cuya manga izquierda se distinguía una sombra oscura del tamaño de una moneda—. ¿No es sangre? Puede eliminarla poniendo la bata a remojo en agua fría durante una hora y después lavándola a sesenta grados. ¿Frau Maenhout no sabe ese tipo de cosas?

El doctor pareció confundido por un momento y se pasó la mano por la mancha seca.

—¿O es tinta? —Ahora Irma señalaba la pluma que había en la mesa—. Entonces debería utilizar vinagre y zumo de limón.

—Se lo diré a Frau Maenhout —dijo el doctor mientras intentaba quitarse la mancha rascando con la uña.

—¡No lo haga, así sólo lo empeorará! —advirtió Irma con severidad.

En un acto reflejo, el doctor retiró la mano. Volvió a erguirse en la silla y empezó a hojear el historial de manera automática.

—¿Qué es lo que le molesta ahora?

Antes de que hubiera podido responder, o siquiera pensarse la razón por la que había venido, volvió a oírse un ruido arriba, un terrible trapa esta vez. Parecía que alguien bajaba corriendo por la escalera, y tanto Irma como el doctor se quedaron mirando la puerta del pasillo, que se abrió al instante siguiente. En el vano apareció Frau Maenhout. Estaba roja y se quedó un rato jadeando con la mano agarrada firmemente al picaporte. Tenía torcido el rictus y tras los cristales de las gafas centelleaban unos ojos iracundos.

Irma se encogió en la silla al ver que la esbelta figura se encaminaba con grandes pasos en su dirección. Tenía ya los brazos levantados para protegerse, pero resultó no ser ella su objetivo. Frau Maenhout rodeó la mesa hasta llegar a la altura del doctor, quien apretaba con fuerza los reposabrazos de su silla como para tomar impulso en el momento de ser atacado. Frau Maenhout levantó la mano con un vigoroso movimiento, se inclinó hacia delante y llevó su amenazante dedo índice hasta las inmediaciones de la nariz del doctor.

—¡Si vuelve usted una vez más —gritó entonces—, sólo una vez más a ponerles un dedo encima a sus hijos, le denunciaré! ¡Recuérdelo bien, Herr Doktor!

Giró entonces en redondo y se fue pavoneándose, mientras Irma Nüssbaum se llevaba las manos a la boca. El doctor Hoppe en modo alguno parecía turbado, porque, apenas había dado tres pasos Charlotte Maenhout, cuando él ya se había incorporado.

—Frau Maenhout, ¿a qué se refiere usted? No comprendo qué...

Ella detuvo el paso y se volvió.

—¿Cómo se atreve? —gritó—. ¿Cómo se atreve a hacer como si no hubiera pasado nada?

—De veras, Frau Maenhout, yo...

Irma miraba de Frau Maenhout al doctor Hoppe y vuelta a empezar. Se preguntaba si debía irse, mediar entre los dos o mantenerse al margen, cuando de repente aparecieron los tres hijos del doctor en el vano de la puerta, cada uno con una toalla por encima de los hombros.

Calvas. Eso le llamó en seguida la atención. Las cabezas de los muchachos estaban completamente calvas. No tenían ni un solo pelo rojo, de manera que sus ya de por sí enormes cráneos parecían aún mayores. A través de la fina piel se vislumbraba una red muy ramificada de venas azules.

—Como si estuviera mirando tres enormes bombillas transparentes —contaba después a su esposo, quien en vano la inquiría por más detalles, pues, antes de que le hubiera dado tiempo a examinar las caras de los tres chavales, Charlotte Maenhout se había dirigido hacia ellos para empujarlos con suavidad de regreso al pasillo.

—Venga, que todavía tenéis que bañaros —dijo, y, sin volver la vista siquiera, salió con ellos de la consulta. Irma la oyó decir que todo se arreglaría y después se produjo un silencio. Frente a ella, el doctor Hoppe se inclinó hacia delante y entrelazó las manos.

—¿Qué puedo hacer por usted, Frau Nüssbaum?

Su rostro no mostraba emoción alguna, como si lo que acababa de pasar hacía un momento no hubiera ocurrido nunca.

—¡No, no quiero!

Miguel había cerrado de golpe la puerta del cuarto de baño y estaba de pie en el pasillo con los brazos cruzados. Al otro lado de la puerta, Frau Maenhout le contestaba a gritos:

—¡Miguel, deja de hacer tonterías y ven aquí!

Volvió a abrir la puerta y fue hacia el rellano. Miguel se encontraba junto a la escalera, dispuesto a bajar corriendo si se acercaba.

A menudo, el baño de los tres muchachos se convertía en una lucha, pero nunca hasta ese día habían ofrecido tanta resistencia.

—Yo solo —dijo Rafael, que se había quedado con Gabriel junto a la puerta del cuarto de baño, introduciendo las manos bajo las axilas para demostrar que hoy él tampoco estaba dispuesto a ponerle las cosas fáciles. Gabriel asintió y añadió:

—Desnudarnos, lavarnos, secarnos. Podemos hacer todo solos.

Junto a la escalera, Miguel asintió con la cabeza:

—Todo solos.

—Muy bien, muy bien —dijo Frau Maenhout—. Como queráis. Pero sólo por esta vez. Adelante, Miguel, adentro.

Miguel entró en el cuarto de baño, detrás de sus dos hermanos. Frau Maenhout meneó la cabeza. Hacía ya algún tiempo que los muchachos habían alcanzado una fase en la que querían saber de todo. *¿Por qué esto? ¿Por qué aquello? ¿Cómo es eso?* Cada respuesta desencadenaba una nueva pregunta. Por otra parte, querían intentar hacer todas las cosas por sí mismos, cuando en realidad aún eran demasiado pequeños. De hecho, tendría que haber empleado más mano dura, pero le resultaba imposible. Compasión. Era eso.

Frau Maenhout entró en el cuarto de baño y vio que ninguno de los tres muchachos había empezado a desnudarse.

—¿Sucedo algo? —preguntó.

—¡Primero nos cepillamos los dientes! —exclamó Rafael de pronto mientras se apresuraba hacia el lavabo, seguido muy de cerca por los otros dos. Se subieron a una banqueta para poder alcanzar el grifo. Rafael repartió los cepillos, que llevaban los colores de sus pulseras.

En el espejo, Frau Maenhout observaba los tres cráneos sin pelo. Recordaba el enfrentamiento con el padre al descubrir con espanto su calvicie el día siguiente de su primer cumpleaños. Pensaba que el doctor Hoppe los había rapado, ya fuera para realizarles un examen médico cualquiera, ya fuera por capricho, pero lo cierto era que el cabello se les había caído una noche. Como prueba, el doctor Hoppe había recogido y conservado el pelo de las almohadas de cada uno, introduciéndolo después en tres bolsas de plástico para enseñárselo. Los muchachos confirmaron la historia.

—Todo saldrá bien —había dicho el doctor, añadiendo que era algo pasajero. Pero en tanto, casi un año después, todavía no les había vuelto a crecer el pelo, y

seguía incordiando a los niños con toda clase de experimentos que ojalá ofrecieran una solución. A esto se le unían tratamientos rutinarios, tales como la escucha de los latidos de sus corazones y su respiración, el examen de la tensión arterial o la prueba de los reflejos, pero también otros experimentos en los que tomaba muestras de su piel con una especie de rallador o les introducía una gruesa aguja hueca en los delgados bracitos para sacarles un poco de sangre, prácticas desagradables de las cuales los niños remitían puntualmente informe a Frau Maenhout. Relataban de una manera objetiva lo que había ocurrido, como si sólo hubieran estado mirando y no lo hubieran sufrido en sus propias carnes. En ese sentido, se habían producido pocos cambios durante los meses pasados. Todavía no sabían cómo debían reaccionar ante las situaciones, o tal vez sí lo sabían —de ello Frau Maenhout aún no estaba completamente segura—, pero eran incapaces de mostrar sus sentimientos. Sea como fuere, seguían siendo muy introvertidos, salvo cuando no tenían ganas de hacer algo, lo que ocurría cada vez con mayor frecuencia. Entonces los tres se portaban con una extraordinaria tozudez y Frau Maenhout suponía que ésa era su manera de indicar que tenían miedo.

Miró de nuevo en el espejo a los tres chavales y se preguntó si podían ver que en cierto modo la imagen reflejada del espejo dibujaba la cicatriz con mayor nitidez que la realidad, resaltando así más lo desfigurado de sus rostros. Sin duda, debían percibirlo cuando se miraban. Ésa era la ventaja del parecido: en ellos mismos podían ver la imagen que su semblante proyectaba en la retina de otros. Al mismo tiempo, ése era también el mayor inconveniente, porque cuando alguno de ellos miraba a uno de sus hermanos en seguida tropezaba con su aspecto deforme. Las personas individuales podían tapar todos los espejos o darles la vuelta cuando no querían enfrentarse a sus defectos con la mirada, pero para los mellizos no había escapatoria alguna. Frau Maenhout no sabía bien si se daban cuenta de lo distinto de su aspecto, porque raras veces habían visto a otras personas o a otros niños. Ella nunca lo había hablado con ellos, y menos aún su padre.

Aunque en un año se había producido un cambio espectacular, los hermanos seguían pareciéndose muchísimo entre sí. Los tres eran igual de pequeños y delgados, mientras que sus cabezas eran anormalmente grandes. Asimismo tenían los dientes torcidos en el mismo lugar de la boca y la cicatriz había crecido, o se había deformado, de la misma manera. Las venas que se atisbaban por el cuero cabelludo no mostraban ninguna ondulación o curvatura que fuera distinta, ni de cerca ni de lejos; en los tres podía verse la misma vena grande que, desde la oreja derecha, recorría la parte posterior del cráneo en forma de hoz.

Cuando Frau Maenhout entró a trabajar en casa del doctor, estaba convencida de que pronto llegaría a reconocerlos a simple vista. Eso le había ocurrido siempre con los mellizos que había tenido en clase, pero al final hubo de dar la razón al doctor,

quien ya desde el primer día había afirmado de manera categórica que no lo lograría. Y hasta el día de hoy nada había cambiado en este aspecto.

—¡Ya está!

Uno de los niños dejó el cepillo de dientes y se bajó de la banqueta. Se volvió y mostró los dientes levantando el labio superior y sacando hacia fuera la mandíbula inferior. Por regla general, la mirada de Frau Maenhout se dirigía siempre primero a la pulsera del niño para ver qué color tenía, pero desde esa misma mañana debía estar alerta, porque los muchachos habían intercambiado su identidad, como suelen hacerlo los mellizos con frecuencia. Ya lo habían intentado en otras ocasiones, pero las pulseras de colores siempre la ayudaron a distinguirlos. Esa mañana habían conseguido por fin abrir el cierre. Rafael le había puesto su pulsera a Gabriel, que le había colocado la suya a Miguel, y Rafael se había quedado con la de Miguel. Sin embargo, el intercambio de personalidades no duró mucho. Frau Maenhout al principio no se dio cuenta, pero cuando preguntó algo a Rafael, tras haberle echado un vistazo a la pulsera, llamándole Miguel, Miguel dijo en seguida: «Él es Rafael. Yo soy Miguel».

Otros niños habrían dicho «¡ha picado!» y se habrían partido de risa, pero ellos sólo hicieron un ligero gesto con la cabeza como diciendo: ¿ves?, lo sabía. No obstante, Frau Maenhout notó que esperaban que volviera a equivocarse más a menudo con sus nombres, lo que también hizo esa mañana un par de veces a propósito. Cuando a las diez y media se preparaba para marcharse a casa, los renacuajos se llevaron el dedo índice a los labios, susurrando que no le dijera nada a su padre. Eso la llevó a pensar en que aún no les había preguntado por su reacción.

—¿Eztá bien azi? —dijo Miguel sin mover la boca.

Le echó una mirada despreocupada a la dentadura.

—Impecable, Miguel, pero todavía tienes un poco de pasta de dientes en la comisura de los labios.

También Rafael y Gabriel se bajaron de la banqueta y le mostraron los dientes. Frau Maenhout asintió satisfecha.

—¿Ves?, podemos hacerlo solos —dijo Gabriel.

—Un poco más y ya no me necesitaréis —guiñó ella—. Desnudaos ahora. Llenaré la bañera.

Se dirigió a la bañera y abrió el grifo. Transcurrió bastante tiempo antes de que el agua alcanzara la temperatura adecuada y, al girar la cabeza de nuevo, vio que sólo Miguel había conseguido quitarse el jersey. Gabriel no había logrado más que sacarse un brazo de la manga y a Rafael se le había quedado atascado el jersey en la cabeza, mientras intentaba cogerlo por la espalda con los dedos, de manera que los codos le salían hacia delante. Entonces Frau Maenhout vio en el espejo algo que no había visto antes.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó señalando en el espejo la espalda desnuda de Rafael.

—Lo ha hecho padre —dijo en seguida.

Se acercó a él y le quitó el jersey. Entre los omoplatos había una gasa blanca del tamaño de un sello de correos que se hallaba pegada a la piel con esparadrapo.

—Fuimos malos —añadió Rafael.

—¿Qué? —preguntó ella. La angustia le había encogido el corazón.

—Nuestras pulseritas...

Quitó el esparadrapo. Le temblaban las manos. Sentía cómo la ira se apoderaba de su interior, aunque todavía no sabía con exactitud lo que había pasado. Retiró la gasa con cuidado. Debajo apareció la piel roja e hinchada, pero podían verse tres manchitas negras dibujadas con mucha claridad, cada una del tamaño de un punto.

—En nombre de Dios, qué... —dijo. Una idea terrible se le pasó por la cabeza. Frotó las manchas con la mano, pero no desaparecían. Tampoco cuando intentó borrarlas de nuevo con el dedo humedecido en saliva. Miró a Gabriel y Miguel, que tenían la mirada perdida. Confiando en equivocarse, se dirigió a Gabriel, que se encontraba con la espalda desnuda pegada a la pared, e hizo que se girara cogiéndole por los hombros. En la espalda tenía la misma gasa blanca. Se la quitó asimismo con cuidado y sus suposiciones quedaron confirmadas: también en su espalda había manchas negras; esta vez dos. Se quedó perpleja por un instante. Esto no puede ser, pensó, pero al mismo tiempo sabía que sí era así. Sabía que él, el doctor Hoppe, era muy capaz. Se volvió a Miguel y, aunque no hacía falta examinarle para cerciorarse, lo hizo, aunque sólo fuera alimento para su ira. Le quitó la gasa y debajo descubrió una sola mancha, hermanada para siempre en tinta negra con la piel del muchacho.

—Quedaos aquí —les dijo a los niños mientras salía corriendo del cuarto de baño.

Tras el exabrupto de Frau Maenhout, una epidemia de fiebre chismorreica asoló Wolfheim durante bastante tiempo. Irma Nüssbaum fue la primera portadora y, a través de ella, el virus se propagó rapidísimo de boca en boca, encontrando presa fácil en mujeres sobre todo. En la sala de espera del doctor Hoppe hubo unas cuantas semanas más ajeteo del habitual, y, aunque todos los pacientes afirmaban que sentían molestias por zumbidos en los oídos, dolor de cabeza, pinchazos en el costado o mareos, estaba claro que en realidad todos padecían el mismo mal difícil de curar. Cada uno tenía su propia explicación para la salida de tono de Charlotte Maenhout, y esas opiniones se expresaban con preferencia en la sala de espera a voz en cuello, confiando en que las palabras penetrarían tanto en la consulta como en la cocina. Lo llamativo del caso era que ninguna voz hablaba mal del doctor. Odette Surmont suponía que la antigua maestra se había visto envuelta en un grave proceso depresivo después de jubilarse; Kaat Blum, de la Kirchstrasse, afirmaba que era Charlotte

Maenhout quien maltrataba a los niños, y Rosette Bayer dijo que debían de ser los celos, añadiendo que Herr Doktor haría bien en estar atento para que su niñera no se largara con los tres niños. En una sola cosa estaban todas las mujeres de acuerdo: el doctor Hoppe debía despedir a Charlotte Maenhout; mejor hoy que mañana.

En el café Terminus, donde los licores de la elocuencia corrían en abundancia cada noche, René Moresnet incitaba a sus clientes a hacer apuestas sobre cuánto tiempo seguiría Frau Maenhout trabajando allí, y cada vez que pasaba la fecha en que uno de los asiduos al local se había jugado unos cuartos, el perdedor daba golpecitos en el cristal del café, para hilaridad de los demás, y levantaba el puño al aire cuando Frau Maenhout abandonaba la vivienda del doctor de regreso a casa y pasando por la plaza del pueblo. El párroco Kaisergruber se mantuvo al margen en todo este asunto, pero en opinión de Jacob Weinstein ya sólo el hecho de que su jefe guardara silencio era suficiente indicio de la aprobación del comportamiento de sus parroquianos y de que, desde luego, no había olvidado la panacea del doctor Hoppe, que le había liberado de la dolencia estomacal.

Sin embargo, el despido de Frau Maenhout no se producía y, con creciente decepción, algunas mujeres no tuvieron más remedio que comprobar que en la casa, con el paso del tiempo, su voz había adquirido mayor intensidad, como si lo hiciera a propósito.

Además de sobre Charlotte Maenhout, se hablaba también de los hijos del doctor. Todo el mundo se preguntaba qué pasaba y se hacían todo tipo de conjeturas. León Huysmans mantenía que era la elefantiasis y lo demostraba con fotografías de libros de medicina, en los que aparecían personas con rostros deformes y cráneos llamativamente grandes y calvos. Aquí y allá había residentes que por primera vez mencionaban la horrible enfermedad de la que sólo se atrevían a nombrar la inicial: la letra C mayúscula.

Sin embargo, el doctor Hoppe seguía manteniendo que no era para tanto, y llegaba incluso a insinuar que el virus de la gripe, que casi todos los inviernos hacía estragos en la región, era mucho más peligroso que la dolencia de sus hijos.

Durante cuatro meses, Frau Maenhout apenas le había dirigido la palabra al doctor Hoppe. Un par de veces habría querido hablarle sobre los tatuajes de los niños, pero como desde entonces los había dejado en paz, salvo algunos tratamientos médicos rutinarios, no volvió a abrir la boca sobre el particular. Parecía incluso que la salud de los muchachos había mejorado, de manera que empezó a preguntarse si el doctor no los habría utilizado durante todo este tiempo para probar nuevas técnicas y medicinas. Si bien seguían cansándose con frecuencia y dormían mucho más y durante más tiempo que otros niños de su edad, parecían más extravertidos que antes, como si en el pasado hubieran estado viviendo en una especie de borrachera continua. Así veían ahora agujijada su curiosidad por lo que sucedía tras las paredes entre las que, en definitiva, se hallaban encarcelados. Pero ella mantuvo sus respuestas de manera deliberada en un plano superficial, para no avivar demasiado sus deseos.

—¿Qué hay ahí detrás? —ya le habían preguntado un par de veces, señalando hacia las casas del otro lado de la calle.

—Más casas —respondió ella.

—¿Adónde van todos esos coches? —preguntaban cada vez que una fila de coches avanzaba lentamente una vez más por la calle, de camino al Punto de los Tres Países.

—A la cumbre de la montaña.

—¿Dónde están los Países Bajos?

—Detrás de la montaña.

—¿Cuándo vamos a ir allí?

—Un día.

Así pues, su horizonte seguía limitado, tanto en el sentido literal como en el figurado, y no alcanzaba más de lo que podían ver por las ventanas: la iglesia, la calle, casas, unos cuantos árboles, coches y personas. A Frau Maenhout le habría gustado sacarlos de casa algún día, aunque sólo fuera para ir al otro lado de la calle o a la plaza del pueblo. Eso ya habría sido un avance. Así que, con la primavera a la vista, un buen día se lo comentó al doctor, pues no pensaba que pudiera plantear inconvenientes ahora que la salud de los niños estaba mucho mejor. Salvo algún formalismo, fue lo primero que le dijo después del exabrupto.

—Quiero sacar a la calle a Miguel, Gabriel y Rafael —le dijo.

—¿Por qué?

—Nunca han salido. En poco menos de seis meses cumplirán tres años y todavía no han visto nada del mundo.

—Yo a su edad tampoco lo había visto.

La respuesta la sorprendió. Parecía como si quisiera proyectar su propia infancia

en sus hijos, como si a ellos también les tuviera que estar vedado todo lo que él no había podido hacer. Si ésa era la única razón por la que los niños no podían salir, ella le quitaría de la cabeza esa idea absurda. Al mismo tiempo, se preguntaba cómo era posible que al doctor de pequeño no le hubieran dejado salir a la calle. No había pasado ni un segundo, mientras le estaba mirando a la cara y, por tanto, también a la cicatriz, cuando se le ocurrió una respuesta que la asustó, pero no quiso reprimir ese pensamiento, quería saber si tenía razón.

—¿Acaso tiene usted miedo de que alguien los vea? —le había preguntado—. ¿Se avergüenza de sus propios hijos? ¿Es eso? ¿Es por eso por lo que no quiere que salgan?

Su reacción fue mínima. El rostro se le movió ligeramente, como si hubiera mordido algo duro. Pero para ella fue indicio suficiente de que había dado con una zona sensible.

—¿Lo cree usted así? ¿Es eso lo que piensa?

—No sólo yo —se echó un farol—, todo el mundo lo piensa.

El doctor guardó silencio un momento para asimilar las palabras de Frau Maenhout.

—No me avergüenzo de ellos —dijo entonces—. ¿Cómo se le ocurre? ¿Por qué debería avergonzarme?

Por su aspecto. Por el aspecto de los niños. Lo tenía en la punta de la lengua.

Pero dijo:

—Entonces no tiene por qué dejarlos en casa sin salir.

—No quiero que les pase nada. No puede pasarles nada.

Sobreprotección. ¿Era eso? ¿Por eso era tan estricto? En el pasado ya se había cruzado a menudo con semejantes padres que, por ejemplo, vivían muy cerca del colegio y, sin embargo, llevaban a su hijo en coche justo delante de la puerta del colegio o no se atrevían a dejar que su hijo fuera de excursión con el colegio o le entregaban notas en las que ponía lo que su hija podía o no podía hacer durante el tiempo de recreo. Pero nunca había conocido a ningún padre que no sacara a sus hijos de casa. Quizá el miedo del doctor se debiera a la pérdida de su esposa.

No se lo preguntó. En ese momento no importaba. En cambio, dijo:

—Si les diera permiso para poder jugar en el jardín... Allí no les puede pasar nada. Y yo cuidaré bien de ellos. Estaré a su lado en cada momento.

Paso a paso, había pensado.

—Sólo cuando haga buen tiempo —respondió él, probablemente porque no quería conceder demasiadas cosas a la vez. Pero para ella significó una pequeña victoria.

Al igual que el fuego se apaga por falta de oxígeno, así se consumió la epidemia

de fiebre chismorreica que había estado asolando el pueblo durante algunas semanas. Quedaban todavía algunas madres que intentaban mantener ardiendo una llama piloto de rumores, pero también ellas se quedaron boquiabiertas cuando el primer día soleado de la primavera de 1987 se avistó a los trillizos en el jardín. Freddy Machón lo descubrió mientras sacaba a pasear a su perro por la plaza del pueblo y, de repente, oyó voces infantiles tras el alto seto de majuelo que rodeaba el jardín de la vivienda del doctor. Se acercó un poco más y recorrió el seto arriba y abajo hasta encontrar una abertura para poder echar un vistazo dentro del jardín. Como prueba, en el café Terminus mostró después los arañazos que se había hecho en las manos con los puntiagudos espinos del majuelo. Contó que los tres muchachos estaban sentados a una mesa al abrigo de la sombra del viejo nogal. Charlotte Maenhout se encontraba con ellos y pelaba patatas. Los hermanos jugaban a las cartas, que habían puesto sobre el tablero de la mesa unas junto a otras o debajo de otras con el dorso hacia arriba, y cada muchacho levantaba dos por turno, en busca de representaciones idénticas.

—¡El Memory! —exclamó René Moresnet, como si se tratara de la pregunta de un concurso televisivo—. Es un juego para la memoria.

—¿Pudiste verles los cocos pelados? —quiso saber Jacques Meekers.

Freddy negó con la cabeza y dijo que los tres llevaban puestos unos sombreros de grandes alas que les llegaban hasta las orejas y proyectaban sombra sobre sus caras.

—Si no los llevaran, entonces se quemarían el cráneo, está claro —observó Meekers restregándose los pocos pelos que le quedaban en la cabeza—. El sol en esta época del año es traicionero. ¿Y luego? ¿Qué más viste?

Freddy contó que lo que más le había llamado la atención fue la piel tan pálida. Sus brazos y piernas desnudos —los tres llevaban una camiseta y bermudas— tenían el color blanco de los polvos de talco, como si Frau Maenhout los hubiera estado embadurnando antes con esos polvos.

—¿Pero parecían animados? —preguntó el dueño del café—. No estaban en sillas de ruedas o así, ¿verdad?

—Ni idea —concluyó Freddy—. No pude ver nada, porque Max empezó a ladrar de repente.

—Sí, tampoco sabía lo que veía. En cualquier caso, yo ya sé lo que voy a hacer mañana. Volverá a hacer buen tiempo, así que probablemente saldrán otra vez. Venga, tomemos una copa a la salud de los hijos del doctor. Yo invito.

El testimonio de Freddy Machón animó durante las semanas siguientes a diferentes paisanos a dar prolongados paseos en los que se caminaba con llamativa lentitud al pasar por la casa de la Napoleonstrasse 1. Y muchos tuvieron éxito, porque en los días de buen tiempo podían encontrarse con frecuencia a Frau Maenhout y a

los niños en el jardín. Unas veces jugaban de nuevo a las cartas, otras escuchaban a Frau Maenhout, que les leía un libro en voz alta, y también se los vio trabajar concentrados durante algunos días seguidos mientras iban componiendo un rompecabezas que, en opinión de María Moresnet, tenía más piezas de las recomendables para unos niños de su edad.

También dentro de casa se vio a los hijos del doctor en más de una ocasión. Diversos lugareños observaron cómo los espiaban desde detrás de una puerta y los oían salir corriendo y riéndose tan pronto como alguien intentaba acercarse más. Rosette Bayer los vio una tarde cuando bajaban por la escalera del pasillo pasito a pasito detrás de Frau Maenhout. Desviaron la vista, tímidos, al pasar por delante de ella antes de entrar en la cocina —Frau Maenhout sólo realizó una leve inclinación de cabeza—, pero en cualquier caso logró ver sus cráneos lampiños. Además, le llamó la atención sus ojeras, de un color azul claro. Poco después le preguntó al doctor como de pasada sobre su estado de salud.

—Llevan unas cuantas noches durmiendo mal, Frau Bayer. Creo que es por los mosquitos —respondió él sin profundizar más en el asunto.

—Le resulta terrible afrontar la verdad —explicaba Rosette a Irma Nüssbaum—. Primero le quitaron a su mujer y ahora parece ser que también sus hijos padecen una extraña enfermedad. Los hombres no pueden soportar la tristeza. La evitan describiendo un gran círculo. Es mucho más fácil hacer como si no pasara nada.

También Julius Rosenboom llegó a ver a los muchachos en la casa; es más, habían intercambiado algunas palabras.

—¡He hablado con ellos! ¡He hablado con ellos! —gritaba a la mañana siguiente a sus amigos mientras se acercaba desde lejos. Se encontraban esperando en la plaza el autobús que los llevaría al colegio en Hergenrath.

—¿Con quiénes? —preguntó Meekers el Largo dándole un codazo a Robert Chevalier, quien estaba ligando con Greet Prick, de quinto curso.

—¡Con los hijos del doctor, naturalmente!

—¿Qué dices? —preguntó Seppe el del panadero, que también acababa de llegar.

—¡He estado hablando con los hermanos Hoppe! ¡Ayer por la tarde!

—¡Cuenta, cuenta! —le instó Seppe el del panadero.

—Yo estaba solo, en la sala de espera, cuando se abrió la puerta —empezó Julius después de echar un vistazo a la casa del doctor—. «Será la pesada de Frau Nüssbaum», pensé, y por eso seguí con la mirada pegada al libro. Primero hubo un momento de silencio, pero luego alguien empezó a susurrar. Levanté los ojos del libro y allí estaban. ¡Delante de mis narices! ¡Los tres! Debían de ser los hijos del doctor. No podía ser de otra manera. Los tres tenían unas cabezas calvas tan grandes como balones de fútbol, y una cicatriz en la cara, más o menos una cosa así. —Con el dedo índice apretó una de las comisuras del labio contra la nariz.

—¿Y cómo eran de altos? —preguntó Meekers el Largo.

—Una cabeza más bajos que esos dos de allí. —Señaló a los hermanos Michel y Marcel Moresnet, que esperaban un poco más adelante cogidos a la mano de su madre. Luego añadió susurrando—: Y ni de lejos tan gordos. Muy delgados más bien.

—¿Y después? ¿Qué pasó después? —preguntó Seppe el del panadero.

—Uno de los tres preguntó que cómo me llamaba.

—¡No se lo habrás dicho!

—Claro que sí. Estaba muy aturdido. ¿Qué habrías hecho tú?

—¿Hablan alemán? —preguntó Robert Chevalier.

—Un alemán perfecto.

—¿Y la voz?

—Se les entendía mal. Como si casi no abrieran la boca.

—Es que no pueden abrirla —sabía Meekers el Largo—. Es por las cicatrices. Son excrecencias.

—En todo caso no tenían un aspecto muy limpio. En eso tienes razón.

—¿Y luego?

—Ese mismo preguntó que qué estaba haciendo y le dije que estaba estudiando para el colegio. «¿Dónde está el colegio?», preguntó entonces. Yo le dije: «En Hergenrath». Y luego preguntó: «¿Dónde está Hergenrath?». «Por allí», respondí yo, y señalé sin más. Luego el hermano que estaba a su lado preguntó: «¿Por allí es lejos?». «Veinte minutos en autobús», dije yo. «Sí, es lejos», dijo él entonces.

—Pues no me parecen muy listos —observó Meekers el Largo.

—No, no lo parecían.

—¿Y qué pasó entonces, Julius? —preguntó Seppe el del panadero.

—Nada más, porque de pronto estaba Frau Maenhout en la puerta. Con los brazos en jarras. Parecía muy enfadada y les dijo a los chicos que no podían estar en la sala de espera. Entonces los tres salieron corriendo en seguida, pero antes...

—¿Pero antes qué? —preguntó Robert Chevalier.

—Justo antes de que se dieran la vuelta —comenzó Julius de nuevo—, uno levantó la mano y me tocó el labio. ¡De verdad! Como si quisiera ver si era de verdad. ¡Me quedé patidifuso!

—¿Cómo se atreve? —dijo Robert indignado. Lanzó una mirada de enfado en dirección a la casa del doctor y exclamó entonces—: ¡Dios mío...! —Sin apartar los ojos, tiró de la manga de Meekers el Largo y señaló hacia la casa—: ¡Allí están! ¡En la ventana del primer piso!

Los demás también miraron hacia allá y todos vieron tras la ventana las tres cabezas lampiñas de los muchachos. Los renacuajos los estaban espiando sin pudor y se agazaparon rápido al ver que Seppe el del panadero, desafiante, alzaba el puño al aire. Algunos segundos después, sin embargo, las cabezas volvieron a aparecer; al

mismo tiempo, como si pertenecieran al mismo cuerpo.

Quizá habría sido un paso demasiado grande así, de buenas a primeras, pero Frau Maenhout insistió al doctor Hoppe en que mandara a sus hijos al colegio después de las vacaciones de verano de 1987; en septiembre cumplirían tres años. Él empezó a esgrimir argumentos en contra que ella fue rebatiendo sin vacilar.

—Aún son muy pequeños —decía él.

Ella le respondía que en Bélgica la edad mínima para entrar en el jardín de infancia, según el sistema de Fröbel, era de dos años y medio, así que ése no era ningún problema.

Luego argumentó que todavía no se hallaban en edad escolar. Ella objetó que hacía ya mucho tiempo que los niños estaban preparados para ir al colegio, que ella nunca había conocido niños que estuvieran tan adelantados para su edad.

—Su salud no lo aconseja. Se cansarían demasiado pronto.

Ella sugirió que empezaran con media jornada. Era bastante normal. Entonces él alegó que sus hijos podrían coger infecciones en el colegio, a lo que ella respondió con valor que el riesgo en la casa era igual de grande. No pudo objetar nada a esto, pero seguía sin dar su autorización.

La siguiente ocasión en que retomó esta conversación recalcó que para el desarrollo de sus aptitudes sociales necesitaban estar en contacto con niños de su misma edad.

—Ya se tienen a sí mismos —respondió él, y a continuación—: Cuando yo tenía su edad, tampoco tenía contacto con otros niños.

Así pues, volvía a compararse con sus hijos. Parecía como si quisiera que los tres llegaran a ser como él. Se lo preguntó sin rodeos:

—¿Qué quiere usted que sean de mayores?

La sinceridad con que respondió la sorprendió más que la respuesta en sí.

—Tendrán que continuar con mi trabajo. Desarrollarlo.

Tal como lo había pensado. En ese sentido no era ninguna excepción. Muchos padres exigían de sus hijos lo que ellos nunca habían podido conseguir.

—Entonces tendrá que mandarlos al colegio lo antes posible —le dijo desafiante.

Pero él se mantuvo en sus trece.

—Cuando cumplan seis años, Frau Maenhout. Tan pronto como tengan la obligación de ir a la escuela primaria. Antes no.

Ella había empezado a enseñar a los tres renacuajos unas cuantas cosas a modo de juego, a la espera del instante en que él mismo llegara a comprender el beneficio que supondría para sus hijos la asistencia al colegio. Sus progresos la dejaron perpleja. Los chicos resultaron ser más inteligentes de lo que ella había supuesto. Al cabo de apenas cuatro semanas, en las que trabajaba a conciencia con ellos sólo dos horas al

día —el resto del tiempo debía dedicarlo a los quehaceres domésticos—, Miguel, Gabriel y Rafael ya podían leer un gran número de palabras. Al principio no fue su intención enseñarles a leer, pero después de enseñarles que una letra ensartada tras otra formaba una palabra, los muchachos se ponían como locos a buscar palabras que intentaban leer en periódicos, revistas y libros, en carteles o folletos, en bolsas de pan, latas de conservas, cajas de cartón; en resumen, en todo lo que tuviera letras. Eso la animó a coger de su antiguo colegio algunos métodos de lectura que ella misma había utilizado en clase. En un santiamén, los trillizos se habían leído literalmente al dedillo los libros. Por decirlo de algún modo, jugaban con las letras como otros niños de su edad juegan con bloques de construcción o cochecitos.

Lo mismo pasó con las cuentas. Tras haberles enseñado los números del uno al diez, los chavales empezaron, con la misma voracidad con que seguían buscando palabras, a contar cualquier cosa en cada momento. Contaban las manzanas del frutero, los huevos del frigorífico, los botones de su camisa, los libros del armario, y pronto quisieron saber qué venía después del diez y después y después, de manera que en un abrir y cerrar de ojos ya eran capaces de contar hasta cien.

Estos progresos no podían escapársele al doctor Hoppe, pero pasaron más de dos meses antes de que empezara a hablar del asunto. Durante todo ese tiempo, Frau Maenhout creyó que se lo estaría tomando a mal, como si en su actitud viera él un intento de demostrarle que Miguel, Gabriel y Rafael debían ir al colegio sin dilación. Por tanto, su comentario la sorprendió. Por un momento pensó que se refería a las tareas del hogar.

—Está haciendo usted un buen trabajo, Frau Maenhout —le dijo.

Se encontraba en el pasillo, preparándose para volver a casa.

—Gracias —fue lo único que se le ocurrió decir.

—Está usted consiguiendo cosas increíbles con los niños. Cosas que nunca me habría atrevido a esperar.

—El mérito es de ellos. Se estimulan entre sí. No es más que un juego para ellos.

—Casi añadió que lo hacían para olvidar la miseria de su existencia.

—Su modestia la honra —dijo el doctor Hoppe.

—Lo habrían aprendido también con otra en el colegio. E igual de rápido.

—No en el jardín de infancia. Allí sólo habrían estado perdiendo el tiempo.

Esa observación le sentó mal. De repente comprendió que, gracias a su proceder, el doctor había encontrado una nueva razón para no enviar a sus hijos al colegio. A la vez, se le ocurrió una posible solución.

—Puedo preguntar si se les permitiría empezar en una clase más avanzada. Una vez tuvimos una alumna así.

Pensaba en Valerie Thévenet de La Chapelle. Esa chica estuvo con ella un trimestre durante el primer curso, y su nivel era tan alto respecto a los alumnos de su

edad que el segundo trimestre lo empezó ya en el segundo curso. A continuación se saltó el tercer curso. Cuando cumplió los diez años, la llevaron a un internado de Lieja, donde empezó la enseñanza secundaria. Desde entonces, Frau Maenhout no había vuelto a saber nada más de ella. Los hijos del doctor, sin embargo, a su edad estaban aún más adelantados. Ya tenían conocimientos para entrar en el tercer curso con otros niños de seis años. Ella no sabía si era posible o estaba permitido, pero no dejaría que se lo notara el doctor.

Con todo, él meneó la cabeza.

—Siempre tendrán esa posibilidad.

Y tras una pausa, en la que respiró una sola vez, dijo:

—Quiero que usted siga dándoles clase.

La sorprendió su solicitud y tardó en reaccionar. Por un lado, se sentía adulada; por otro, tenía la sensación de que la estaba utilizando. Le imponía su voluntad.

—Desde luego que recibirá un aumento de sueldo —dijo entonces, confirmando con ello que debía seguirse a cualquier precio el guión que tenía en perspectiva.

—¿Y qué pasa si no lo hago? —Se preguntó si se pondría a buscar a otra persona.

—No lo sé. Quiero que sea usted quien lo haga.

Ni ella misma lo sabía, y tuvo miedo de decir algo inadecuado.

—Me coge usted de improviso, Herr Doktor. Necesito algo de tiempo —dijo—. Quiero pensármelo con más detenimiento.

—Me gustaría saberlo mañana. Es en interés de los niños, Frau Maenhout. Y de los demás. De todos los otros.

No le comprendió.

—¿A qué se refiere? ¿Qué otros?

—Las personas.

Le miró inquisitiva, pero, como casi siempre que estaba hablando con alguien, él miraba al suelo de soslayo. «No hay que seguir dándole vueltas —pensó entonces—; es un cabezota. Se trata de los niños, ellos son lo más importante. Lo único que cuenta es su interés. Sólo su interés. En eso tiene razón.»

Frau Maenhout le impuso sus exigencias. Si quería tenerla como maestra, la tendría, pero con ciertas condiciones.

En primer lugar, insistió en habilitar un aula en una de las habitaciones del primer piso que no se utilizaban, de manera que los muchachos tuvieran la sensación de que realmente iban a clase y de que luego regresaban a casa. También desempeñó un papel importante el hecho de que ella adquiriera así más libertad y, sobre todo, más intimidad que en la cocina o en el cuarto de estar, pero esa razón se la había guardado para sí prudentemente. Por lo demás, pidió más tiempo, porque en esas cuatro horas al día jamás podría combinar los quehaceres domésticos y las clases. Como tenía

miedo de no llegar a un acuerdo, había añadido que no necesitaba ningún aumento de sueldo, como propuso él en un primer momento. Después lo lamentó, porque el doctor aceptó en seguida, sin preguntarle antes de cuántas horas extra estaban hablando.

Así pues, decidieron que ella vendría todos los días laborables de ocho y media a once y media por las mañanas y de cinco a ocho por las tardes, dos horas más al día que antes. El modo en que se distribuyeran esas horas podía determinarlo ella. También acordaron que una semana daría la clase en francés y la otra semana en alemán.

—Si luego llegan a dominar también el inglés, podrán comunicarse con medio mundo.

«La comunicación requiere algo más que conocimientos lingüísticos», había pensado ella, pero no lo expresó.

Por último, él también tenía una petición que hacerle. Para ella resultó una sorpresa total.

—¿Quiere usted hablarles de Jesús?

—¿Cómo?

—De Jesús. Del Nuevo Testamento.

—De Jesús —repitió ella frunciendo el ceño.

—De Jesús, no de Dios —dijo con insistencia—. Sólo de Jesús.

—¿Sólo de Jesús?

—Sí, sólo el Nuevo Testamento, no el Antiguo Testamento.

No daba crédito a lo que estaba oyendo. En primer lugar, jamás se habría esperado que el doctor fuera creyente y, en segundo lugar, se preguntaba cómo podría hablarles de Jesús sin hablarles de Dios. Se lo preguntó abiertamente:

—¿Así que de Jesús pero no de Dios?

—Sí.

—Pero no puede ser. Eso es imposible.

—Nada es imposible, Frau Maenhout. Difícil tal vez, pero no imposible.

Ella decidió no insistir más; ya podía darse por contenta al tener la posibilidad de impartirles religión a Miguel, Gabriel y Rafael, aunque fuera con limitaciones.

Lo que sí dijo:

—No sabía yo que usted fuera creyente. Nunca va a la iglesia.

El doctor le respondió:

—La iglesia es la casa de Dios. Allí no se me ha perdido nada.

—Y por tanto a Dios aquí tampoco —repuso ella, en realidad con la intención de gastarle una broma para que así se diera cuenta de las tonterías que estaba diciendo.

Pero el doctor se había quedado serio.

—Dios está en todas partes —dijo—. En el cielo, en la tierra y en todas partes.

Lo había citado del catecismo. La respuesta a la pregunta: «¿Dónde está Dios?». También ella de pequeña había tenido que aprenderse de memoria y, del mismo modo, no había vuelto a olvidarlo.

—¿Dónde fue usted al colegio? —preguntó por curiosidad, pero también porque quería plantear otro tema. No tenía ganas de discutir con él sobre religión cuando a duras penas podían mantener una conversación normal.

Lo estuvo pensando antes de responder.

—En Eupen.

—¿Con los Hermanos de las Escuelas Cristianas?

Asintió.

—¿En el internado?

Asintió de nuevo.

Conocía el colegio, o al menos su reputación. Los estudiantes de allí salían con una estricta educación católica que, en el caso del doctor, había dejado claras secuelas. Quiso saber qué tal había pasado los años de colegio.

—¿Qué le pareció...? —empezó a preguntarle, pero él la interrumpió de manera abrupta.

—Todavía tengo mucho trabajo, Frau Maenhout. Ya hablaremos en otra ocasión.

—En otra ocasión —repitió decepcionada.

Por un momento había pensado que podía abrir una grieta en el muro que había levantado a su alrededor, pero había vuelto a equivocarse.

Tres días se pasó Florent Keunig remodelando una de las habitaciones en la primera planta de la vivienda del doctor para que el lugar pudiera servir de aula. Pintó el techo y las paredes, lijó y enceró el viejo suelo entarimado, engrasó las bisagras oxidadas del ventanal y colgó la negra pizarra que el doctor Hoppe había encargado junto con tres pupitres de madera y una mesa. Durante todo ese tiempo, por desgracia, no llegó a ver a los niños, y ya había perdido la esperanza cuando entraron de repente en el aula, probablemente atraídos por el enorme grito que había dado a propósito:

—¡Bueno, ya he terminado! ¡Los hijos de Herr Doktor pueden estar contentos!

Los muchachos se fueron directos a los tres pupitres sin tan siquiera mirarle. Cada uno se sentó en su propio pupitre, aunque los tres habrían cabido sin dificultad en uno solo de lo pequeños y endebles que eran. Los pies no les llegaban al suelo, por lo que sus cortas piernecillas se balanceaban de un lado a otro debajo del pupitre. Pasaron los dedos por la madera mientras Florent, apenas guiñando los ojos, mantenía la mirada clavada en los tres cráneos lampiños. Las venas azules que se percibían bajo la fina piel le llevaron a pensar en las caprichosas vetas de algunas clases de mármol.

Del tablero de la mesa, los muchachos trasladaron su atención al pequeño gancho

para la cartera, luego a la abertura de debajo, donde podrían guardar los cuadernos y los libros, y por último a la ranura que se había fresado a todo lo ancho en la parte superior.

—Eso es para que pongáis vuestros bolígrafos y lapiceros —dijo Florent. Al oír su voz, los tres muchachos levantaron los ojos por un momento. El fontanero se asustó de lo que vio. Sólo la cicatriz en el labio superior y la chata nariz coincidían aún con la imagen que tenía en la memoria desde su anterior trabajo para el doctor. Naturalmente, desde entonces habían pasado más de dos años, pero ni en ese tiempo podían haber cambiado tanto. Parecía como si tuvieran muchos más años, y esa apariencia no sólo se debía a sus cráneos calvos, sino también a las grandes ojeras oscuras que se destacaban bajo sus ojos y que hacían que sus rostros parecieran demacrados, además de la carencia de cejas. Era como si los tres llevaran una máscara en la que hubieran dejado libres dos agujeros redondos para los ojos, lo que también contribuía a transmitir la sensación de extrañeza y desproporción que despertaban esas cabezas en combinación con sus cuerpos. A pesar de todos esos cambios, los tres muchachos seguían siendo idénticos todavía, y ni siquiera el albañil, con su ojo experimentado, que distinguía sin dificultad lo recto de lo torcido, conseguía descubrir ninguna diferencia. Al haberle mirado los tres como si no hubieran comprendido sus palabras, se adelantó, cogió el lapicero que llevaba tras la oreja derecha y lo colocó en la pequeña ranura del pupitre central.

—Mirad, esto es lo que yo decía —les explicó.

El niño del pupitre frunció el ceño.

—Eso ya lo sabemos, ¿vale? —repuso un poco enfadado—. ¿Se cree usted que somos tontos?

Florent volvió a asustarse, esta vez por el timbre de la voz, que se parecía a la del doctor, pero mucho más aguda, y por eso casi sonaba exasperante, como cuando alguien araña una pizarra.

—Ya sabemos leer y escribir —dijo uno de los otros dos chicos. Se bajó del pupitre y fue hacia la pizarra.

—Hay tiza en la caja —dijo el fontanero un tanto incómodo.

El chico sacó una tiza azul de la caja, se puso de puntillas y empezó a escribir. Una vena hinchada corría por la parte posterior de su cráneo de una oreja a la otra, como el cordel de unas gafas. Los otros muchachos también se dirigieron corriendo a la pizarra y se colocaron al lado de su hermano, cada uno con una tiza en la mano. Por el occipucio de los otros dos también corría la misma enorme vena. A Florent le llamó la atención el hecho de que los tres fueran zurdos y que siguieran llevando esas pulseras.

—¿Estáis ya arriba? —sonó de repente la voz de Charlotte Maenhout.

Los niños no reaccionaron.

—¡Sí, están aquí! —gritó Florent.

—Ya decía yo —la oyó mascullar mientras sus pasos retumbaban en la escalera.

Un poco después apareció en el vano de la puerta la esbelta figura. Llevaba una caja de cartón bajo uno de los brazos y un largo rollo bajo el otro.

—Hola, Florent —dijo—, es estupendo que estés todavía aquí. ¿Puedes ayudarme a colgar esta lámina?

—Hizo un movimiento con la cabeza en dirección al rollo que llevaba bajo el brazo derecho.

El fontanero asintió y se apresuró hacia la puerta. Le cogió el rollo, señaló con el pulgar a los tres niños que estaban en la pizarra y susurró:

—Ya saben leer y escribir.

—Y también contar —dijo ella de inmediato—. Así que ten cuidado cuando hagas la factura.

La miró atónito.

—Es una broma —le tranquilizó dándole unos golpecitos alegres en el hombro.

—¿Qué hay allí? —exclamó uno de los chicos entonces. Se había dado la vuelta y señalaba con la tiza hacia el rollo. Los ojos se le salían tanto que semejaban canicas azules que en cualquier momento pudieran caérsele del rostro. El albañil apartó la mirada para que no le pillaran observándolos.

—El mapa de Europa —dijo Frau Maenhout.

—¿El mapa de Europa? —preguntó Florent.

—Es la única lámina que me han podido dejar en el colegio —le confió, tras lo cual se dirigió a los niños en voz alta—, y nos viene de maravilla, porque los chicos quieren ser viajeros, ¿no es cierto?

—Sí, entonces nos iremos muy lejos —dijo Gabriel.

—Pues voy a colgar este mapa ahora mismo para que podáis marcharos en seguida —dijo el fontanero, mientras buscaba un lugar en la pared—. ¿Dónde quiere que lo ponga, Frau Maenhout? ¿Junto al ventanal?

—Sí, ahí está bien —concedió ésta.

—¿Les va a dar usted clase?

—El doctor quiere que lo haga, porque dice que en el jardín de infancia sólo perderían el tiempo.

—En eso tiene razón. Si ya son tan listos, lo único que harían es desaprender en lugar de aprender. ¿Aquí? —señaló un lugar en la pared con una taladradora. Frau Maenhout asintió.

Florent siguió mirando por el rabillo del ojo a los hijos del doctor, que ni siquiera se asustaron al oír el ruido de la taladradora. Experimentaba una sensación ambigua. Por un lado, le parecía terrible el aspecto de los chicos, pero en cambio se alegraba de haberlos visto. En el café Terminus todos los clientes habituales estarían pendientes

de sus palabras. Sin embargo, quería poder contar algo más, y por eso no dejó escapar su oportunidad.

—Frau Maenhout —dijo a media voz, y, a continuación, siguió susurrando—: ¿Es posible que les pase algo malo? Quiero decir, con su salud. Tienen un aspecto tan... tan distinto.

Frau Maenhout respiró hondo y asintió serena.

—El doctor dice que tiene que ver con los cromosomas.

—¿Los cromosomas?

—Yo tampoco lo entiendo del todo. Tiene algo que ver con la herencia. Los cromosomas están en cada célula del cuerpo de las personas; veintitrés pares para ser exactos, y tan pronto como una célula se divide, los cromosomas se dividen también y así transmiten la información a la nueva célula.

—Yo ya no puedo seguirla, Frau Maenhout. Para mí eso es demasiado complicado. —Continuó hablando en un susurro—: ¿Pero el doctor no puede hacer nada?

—Está en ello, es lo que dice. Todo se arreglará.

—Eso es un gran alivio —dijo Florent realmente tranquilizado.

Colgó el mapa en la escarpia y, justo cuando quería hacerle una nueva pregunta, Frau Maenhout gritó a los párvulos:

—¡Mirad, el mapa de Europa!

Los tres se volvieron y recorrieron con la mirada el mapa en el que cada país aparecía representado con un color diferente y las grandes ciudades estaban indicadas con pequeños círculos rojos.

—Aquí vivimos nosotros —dijo ella dando unos golpecitos con la uña en el lugar donde confluían las fronteras de Alemania, Bélgica y los Países Bajos.

—¡El Punto de los Tres Países! —exclamó Florent entusiasmado, como si hubiera dado con la respuesta a una pregunta difícil.

Miró su reloj. El Terminus se abriría en breve.

—Tengo que largarme, Frau Maenhout. Debo pasar antes de la hora de cierre a ver a Martha la tendera. Tenía también un trabajito para mí.

—Vaya, espera un momento, hay que colgar otra cosa. Sólo es un minuto.

Se dirigió a la mesa donde había dejado la caja de cartón. Levantó la tapa, hurgó dentro y sacó un crucifijo.

—¿Qué es eso? —preguntó uno de los muchachos.

—Este es Jesús —dijo ella.

—El hijo de un carpintero —añadió Florent guiñando un ojo y levantando en el aire el martillo que había sacado de la caja de herramientas.

—¿Y por qué está colgado en la cruz? —preguntó el muchacho.

—Eso os lo contaré en otro momento —dijo Frau Maenhout—. El señor Florent

tiene que irse ahora mismo. —Le entregó el crucifijo y se dio la vuelta—. Sobre la puerta —dijo señalando ese lugar.

Él asintió, llevó la escalera hacia la puerta y empezó a clavar la escarpia en la pared.

—¿Les va usted a enseñar también religión? —preguntó entonces, mirando de soslayo por encima del hombro.

—Herr Doktor me lo pidió.

—¿Es cierto eso? No sabía que el doctor fuera creyente.

Otra novedad que tenía para contar. Todo el mundo en el Terminus se quedaría atónito.

—Pues sí, Florent. El que no vaya a la iglesia no quiere decir que no sea creyente.

—Claro, también tiene poco tiempo para ir a la iglesia.

—Así es, Florent.

Le alcanzó la cruz, que colgó en la escarpia.

—Bueno, así quedará colgado otros mil años —dijo sonriendo mientras descendía. Levantó la caja de herramientas, metió el otro brazo entre dos peldaños de la escalera y se la colgó al hombro—. Si tiene algún trabajillo más, Frau Maenhout, hágamelo saber.

Con una inclinación de cabeza se despidió de ella y echó otro vistazo a los niños. «Ruinoso». Ésa era la palabra que se le ocurrió al instante. Tenían un aspecto ruinoso. Como una casa deshabitada que llevara años consumiéndose a la intemperie.

A la mañana siguiente Frau Maenhout encontró el crucifijo en el cajón superior de la mesa. Por inercia dirigió la mirada a la parte de arriba de la puerta, de donde había desaparecido hasta la escarpia de la que colgaba. Tuvo una sospecha que fue confirmada al final del día, cuando habló del asunto con el doctor.

—Sí, lo he quitado yo —fue su respuesta.

En seguida lamentó haberse reprimido el día anterior frente a Florent Keuning. Habría querido contarle otros aspectos menos amables del doctor cuando le planteó preguntas curiosas sobre él. En realidad, habría querido decirle la verdad, pero sabía que su verdad sería considerada una calumnia y que lo que ella dijera le llegaría al doctor por otros canales.

—¿Por qué ha quitado usted el crucifijo? ¿No quería que les hablara de Jesús a sus hijos?

—De sus obras. Debe hablarles de sus obras. De todo lo bueno que hizo. No de su muerte.

—La muerte forma parte de la vida —había respondido ella—. Eso debería usted saberlo.

—Es cierto, es cierto. Pero por eso no debemos estar obsesionados continuamente

con ella.

—Es sólo una imagen —había levantado ligeramente la voz.

—Dios le traicionó —dijo entonces de repente. Ni siquiera había escuchado el comentario de Frau Maenhout. Ni siquiera había levantado la mirada del suelo.

—¿Cómo?

—Dios no hizo nada para salvarle cuando colgaba en la cruz. Su propio hijo. ¿Debemos conservar esa imagen? ¿Debemos recordarlo?

Recordó la conversación que habían mantenido un par de días antes, en la que él le había pedido que hablara sólo de Jesús, no de Dios. ¿Sería ésa la razón, que Dios no hubiera hecho nada para salvar a Jesús de la cruz?

—Se equivoca. —Lo había dicho con énfasis, sorprendiéndose a sí misma. Era la primera vez que se atrevía a contradecir al doctor sin ambages. También supo por qué se había atrevido de repente, porque tuvo la sensación de hallarse ante un alumno. Un muchachito al que debía enseñarle cosas.

—Usted se equivoca —repitió—, la cruz es el símbolo del sufrimiento de Jesús.

—A eso me refiero. No deberíamos seguir fijándonos en eso. En su sufrimiento.

—Sí que debemos. Para no olvidar nunca que dio su vida por nosotros.

Era como si alguien le hubiera cogido por los pelos y le hubiera ido levantando así la cabeza lentamente. Algo en las palabras de Frau Maenhout debía haberle afectado y, por eso, ahora ella continuaba por el camino que había enfilado:

—Dando su vida redimió a la humanidad de sus pecados. Y al resucitar demostró que estaba por encima de la vida y de la muerte, que por tanto estaría ahí para siempre y para todo el mundo. Por eso conmemoramos su muerte. Por eso debemos honrar la cruz.

Por último, añadió de manera explícita, pensando en lo que el doctor le había dicho un día:

—Nosotros. Los hombres.

Su explicación había sido simplista, como si realmente le estuviera hablando a un niño pequeño. Quizá fuera incapaz de hacerlo de otra forma después de todos esos años dando clase. El doctor mostró incluso algo infantil en su reacción. Meneó la cabeza y se fue resoplando. Ella se quedó sin habla.

No volvió a colgar el crucifijo. No quería provocarle. Se concentró en las clases. En realidad, habría preferido que los niños estuvieran todo el día jugando con las cartas o con los bloques de construcción, como correspondía a su edad, pero al verlos con tanto afán por el estudio y casi implorando que les diera clase, ella lo hacía, con mucha entrega además, aun sabiendo que así le estaba siguiendo el juego al padre, que quería convertirlos en unos niños prodigio o algo por el estilo.

Las horas de clase en el aula las llenaba sobre todo con lectura y cuentas, de vez

en cuando con dicción y un poco de escritura, para lo que estaba claro que todavía era demasiado pronto; la delicada motricidad de los tres —en el aspecto corporal todavía eran párvulos— no estaba lo suficientemente desarrollada. No había incluido aún la religión en el horario de clases. Las cosas que había dicho el doctor los días anteriores habían sembrado en ella dudas. Le parecía más sensato esperar. Los niños tenían un montón de lecturas, cuentas y declamación que nunca les hartaba. Incluso cuando ella ya estaba cansada, querían seguir haciendo ejercicios. Sin embargo, había una asignatura que despertaba su máximo interés y que sólo con oír su nombre ya les ponía a funcionar la imaginación: geografía. A principios de semana, uno de los niños tenía el privilegio de indicar un país en el mapa de Europa del que ella después les daba algunos datos de interés, tales como los nombres de las ciudades y los ríos más importantes. Esos nombres rodaban después por sus lenguas, como si fueran caramelos, y de inmediato se les quedaban grabados en la memoria para siempre. El resto de la semana les hablaba una hora cada día sobre ese país y les enseñaba fotografías y dibujos de edificios como la catedral de Colonia y Notre-Dame de París, que se quedaban mirando tiempo y tiempo.

Naturalmente, de esa manera alimentaba sus deseos de ver una parte del mundo, pero además se había propuesto sacarlos un día, traspasar la verja, salir del pueblo, aunque su padre aún no les hubiera dado permiso. Ella todavía no había perdido la esperanza. Después de todo, el doctor preguntaba con regularidad por los progresos de sus hijos. Con el debido orgullo, ella le relataba entre otras cosas las palabras nuevas que los chicos habían aprendido, tras lo cual les hacía leer en voz alta un fragmento de los libros de lectura que sacaba cada sábado de la biblioteca de Hergenrath. El doctor expresaba su satisfacción a su manera y, por tanto, sin mucho entusiasmo, pero el hecho de que él, aconsejado por ella, se pasara media hora todos los días con los niños ayudándolos con la lectura, para ella era un signo de que volvía a contar con todo su apoyo.

También reaccionó de manera distinta de la esperada al enterarse de que sus hijos habían realizado sumas por primera vez.

—Quiero verlo —había dicho.

Los muchachos fueron al aula a coger los pequeños bloques de madera con los que aprendían a calcular y él les propuso algunas sumas sencillas. Como si se tratara de un truco de magia, Miguel, Gabriel y Rafael movían los bloques y los colocaban en grupos, encontrando siempre la respuesta correcta en un santiamén. Por propia iniciativa, el doctor siguió con ellos a diario cuando ella se iba a casa, lo que la sorprendió gratamente. Parecía como si por fin intentara acercarse a sus hijos. Como si por fin los hubiera aceptado.

—Algunos hombres no saben bien cómo manejarse con los niños pequeños —había observado Hannah Kuijk, con quien seguía discutiendo estos asuntos

regularmente—. No tienen paciencia. Nada de comprensión. Para ellos, los niños son máquinas que sólo producen ruido y mierda. Hasta que no crecen y se hacen más sensatos, lo que para ellos es hacerse más humanos, no aprenden a tratar con ellos.

El futuro, por desgracia, no le había dado la razón a Hannah. La vehemencia del doctor Hoppe duró poco. Se mantuvo unos tres meses haciendo ejercicios con sus hijos a diario, después fue saltándose algún día que otro. En esas ocasiones se disculpaba porque había tenido mucho trabajo, lo cual era confirmado por los niños: su padre estaba siempre inclinado sobre libros con palabras difíciles y sobre tablas llenas de series de números, o trabajaba sin parar en el laboratorio mientras ellos hacían los ejercicios en la mesa de la consulta.

En las semanas sucesivas ya ni siquiera se disculpaba, y Frau Maenhout tenía que enterarse por los niños de si se había tomado su tiempo para leer o hacer cuentas con ellos.

Le pareció lamentable que el doctor mostrara cada vez menos interés en los progresos de sus hijos, pero a la vez le daba la oportunidad de hacer y dejar de hacer en la clase lo que le apeteciera, así que una mañana abrió una Biblia infantil y les contó a Miguel, Gabriel y Rafael la historia de la creación como siempre la había contado en su época de maestra al principio del año escolar. De Jesús no dijo nada, no por resentimiento para con el doctor, sino simplemente porque quería mantener el orden sucesivo de los acontecimientos recogidos en el libro. Al día siguiente continuó con Adán y Eva y un día después les habló del pecado de la manzana. Luego sobre Caín y Abel, sobre el diluvio y sobre la torre de Babel. No les leía más de un cuarto de hora al día, y a veces incluso menos, porque, cuando creía oír los pasos del doctor Hoppe en la escalera, cerraba el libro y lo escondía rápidamente, aunque Moisés estuviera a punto de separar las aguas del mar Rojo o Abrahán acabara de alzar el cuchillo para matar a su único hijo Isaac.

Los niños escuchaban con la misma respiración contenida las historias de la Biblia que los cuentos que les contaba antes, y no paraban de hablar después sobre el tema. Por tanto, les había insistido en que debían guardar silencio frente al padre.

—Un secreto. Tenemos un secreto —habían gritado entonces, y Frau Maenhout supo que sólo era cuestión de tiempo que se fueran de la lengua. Ya vería ella cómo se las arreglaría.

Sin embargo, el interés del doctor iba disminuyendo cada vez más y al final ya ni siquiera preguntaba por lo que pasaba en el aula, ni a sus hijos ni a ella, y si le preguntaba algo, estaba claro que era más por cortesía que por verdadero interés. Con el tiempo fue creciendo en ella la convicción de que le dejaba el campo libre no porque lo estuviera haciendo muy bien, sino porque tal vez confiaba en que así dejara de inmiscuirse en sus asuntos. Después de todo, había retomado los reconocimientos médicos a los niños tras haberlos dejado tranquilos durante algún tiempo. Habían

llegado nuevos aparatos, tales como un ecógrafo y un aparato de rayos X, y sus hijos parecían más que nunca servir de conejillos de Indias. Por eso volvió a enfriarse la relación entre el doctor y sus hijos y ya no quedaba resto alguno del acercamiento de antes.

Hannah Kuijk volvía a tener otra explicación guardada en la manga. Esta vez sospechaba que el doctor padecía de vinculofobia: «Desde la pérdida de su esposa tiene miedo de amar a quien sea. No quiere volver a sentir de nuevo el mismo dolor si a alguno de sus hijos llegara a pasarle algo».

Ya no pudo volver a desprenderse de esa sentencia.

Todo empezó un día en que Rafael perdió un diente. Nada insólito, salvo que era un poco pronto para su edad. Se estaba comiendo un bocadillo y mordió algo duro. Resultó ser un diente de leche, que se le había soltado. Ella le dio un botecito de cristal para guardarlo y más tarde, orgulloso, le había mostrado la reliquia a su padre. Éste se sentó y se quedó unos cuantos minutos con la mirada perdida.

Ése fue el punto de inflexión. Antes, el estado de los trillizos parecía razonablemente estable. Fue durante ese período también cuando el doctor estuvo más concentrado en el rendimiento de sus hijos. Por fin había sacado tiempo. Parecía que tenía todo controlado de verdad.

Hasta que Rafael perdió el diente. A partir de ese instante todo había ido de mal en peor con la salud de los trillizos. Les dolían las articulaciones, se les había empezado a descamar la piel y en el dorso de la mano les aparecieron manchas marrones. Tosían mucho y padecían a menudo de diarrea. Y se cansaban más que antes. Sólo su inteligencia se mantuvo a la altura. Pero ¿cuánto duraría?

No quiere volver a sentir de nuevo el mismo dolor si a alguno de sus hijos llegara a pasarle algo.

Las palabras de Hannah seguían rondándole la cabeza. ¿Por eso el doctor ya no tenía ningún interés por lo que aprendían? ¿Porque ya no tenía ningún sentido?

Había estado semanas enteras dándole vueltas a las ideas más aterradoras. Por fin hizo acopio del valor necesario para abordarle. Se había propuesto ir directamente al grano. Esa era la única manera de conseguir sacarle algo.

—¿Cuántos años cumplirán, Herr Doktor?

Había dejado a Miguel, Gabriel y Rafael en la clase con una tarea que les llevaría algunos minutos y había bajado. La hora de consulta ya había pasado y la puerta permanecía entornada. El doctor estaba sentado a la mesa, inclinado sobre una pila de papeles, y, tras un breve titubeo, Frau Maenhout llamó con los nudillos para que ya no hubiera ninguna escapatoria. Él la invitó a pasar y a sentarse ante la mesa, pero ella se quedó de pie.

Su pregunta hizo que levantara la mirada, extrañado.

—¿Quiénes? ¿Los niños? —Ella asintió—. Dentro de un par de semanas cumplirán cuatro años. Pero eso usted ya lo sabe.

—No me refiero a eso.

—¿Pues a qué se refiere entonces?

No se percibía recelo alguno en la voz del doctor, y eso volvió a hacerla dudar. Tendría que haberse dado cuenta en seguida de lo que estaba hablando.

—¿Cuánto tiempo les queda de vida? —preguntó entonces.

Por su mirada y la manera en que se movió en la silla supo al instante que la intuición no la había traicionado. Sin embargo, él intentó disimular.

—¿Que cuánto les queda de vida?

Ahora tenía que seguir adelante, de lo contrario volvería a despacharla con una respuesta a medias. No tenía pruebas, sólo su presentimiento, pero no debía permitir que él lo supiera.

—Envejecen rápido —dijo ella.

El no dijo nada.

—Demasiado rápido —continuó—. Esto no puede ser normal. Parece... —Buscó por un momento las palabras adecuadas—. Parece como si cada mes cumplieran un año entero.

—Ya se lo he explicado.

—¡No necesito ninguna explicación! —gritó ella de repente—. ¡A mí qué me importa! ¡Y tampoco quiero oír que todo se arreglará, porque no se arreglará! ¡Al contrario, cada vez va empeorando más! ¡Usted también se da cuenta!

Se asustó a sí misma por la violenta reacción, pero pareció haber impresionado al doctor. Éste se retrepó y se llevó la mano a la barba mientras respiraba hondo y expulsaba el aire por los anchos orificios nasales. Pasó la mano por la barbilla, siguió por el cuello y la detuvo en el pecho.

—¿Cuánto tiempo les queda? —preguntó ella de nuevo.

Amortiguó la voz, porque se dio cuenta de que los niños podían oírla.

El doctor se inclinó hacia delante y entrelazó las manos sobre el tablero de la mesa. Sin duda no sería la primera vez que comunicaba noticias semejantes a los pacientes con enfermedades incurables.

—Tal como está la situación ahora, que en realidad no quiere decir nada, porque puede...

—¿Cuánto tiempo?

—Un año, quizá dos.

—¿Uno... dos años?

Él sólo asintió con la cabeza.

—Así que como mucho cumplirán seis años —se dijo más a sí misma que al doctor, mientras se dejaba caer en una silla. Albergaba sentimientos encontrados. Por

un lado, sentía cierto alivio porque ahora por fin ya sabía la verdad; por otro lado, esa verdad le estrangulaba la garganta. Pero debía continuar, ahora que le tenía delante.

—¿Desde cuándo lo sabe?

—Desde poco después de su nacimiento.

—¿Por qué no me lo ha contado antes?

—Porque todo se arreglará. Las investigaciones más recientes...

—¡Todas esas investigaciones son inútiles! ¡Lo único que ha conseguido usted con ellas es que sus hijos le teman!

Ya no podía contenerse más, y tampoco veía ninguna razón para hacerlo. Al mismo tiempo, su ira era una válvula de escape para una tristeza que no quería mostrar.

—Intento salvarles la vida —dijo el doctor tranquilo—. Ésa es mi meta. Quiero curarlos. Quiero hacerlo bien.

—Tienen que ir a un hospital —dijo ella después de inspirar y espirar un par de veces profundamente.

—Yo sé lo que es bueno para ellos —sonó decidido—. No irán a ningún hospital.

—Podría recabar la opinión de otra persona —intentó ella, implorando.

—¡Todos son unos chapuceros!

Frau Maenhout se asustó. Por primera vez le había oído levantar la voz mientras realizaba movimientos espasmódicos con brazos y manos, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. De repente le tuvo miedo. También eso era nuevo. Nunca se había sentido a gusto en su presencia, pero tampoco había llegado a temerle jamás.

Ella se levantó despacio. Él oyó cómo se desplazaba la silla y dijo, sin levantar la vista, como si hablara consigo mismo:

—Tiempo. Necesito tiempo. Eso es todo.

Frau Maenhout quiso salir sin decir nada, pero preguntó algo, aunque sabía que era una ingenuidad de su parte.

—¿Qué posibilidades tienen?

—No me gusta el cálculo de probabilidades. Parto de la base de que todo se va a arreglar. Siempre he pensado así.

Después regresó a la clase medio aturrida. Allí se hizo fuerte, aunque cada vez que miraba a uno de los chicos tenía la sensación de estar viendo la muerte en sus ojos.

Una vez en casa, se desplomó. Habría querido llamar a Hannah para pedirle apoyo y consejo, pero al final no llamó. De momento quería guardárselo para sí. Todo se volvería más definitivo si lo hablaba con alguien; entonces ya sí que no habría ninguna esperanza de mejoría. En el momento en que no pudiera llevar la cruz sola, hablaría de ello, se lo había propuesto. Y también que lo daría todo para que los niños estuvieran lo más a gusto posible. Para empezar, en su cuarto cumpleaños, dentro de

dos semanas. ¿Y después? Después no lo sabía aún.

La mayoría de los habitantes de Wolfheim con niños pequeños mostraron comprensión hacia la medida radical tomada por el doctor la mañana siguiente al cumpleaños de sus hijos. Algunos lugareños de avanzada edad, si bien con velados términos, se refirieron a la muerte del padre del doctor Hoppe diciendo que el accidente del hijo le había proporcionado un pretexto para borrar por fin de una vez para siempre las huellas del pasado. Otros tenían sus dudas, pero en general todos estaban de acuerdo en que la decisión del doctor acarrearía aún más desgracias y adversidades. Sobre lo que precedió a esa decisión existen varios testimonios que, tejidos unos con otros, conforman una historia similar a un centón.

Ese veintinueve de septiembre de 1988, el primero en llegar a la fiesta de cumpleaños fue Boris Croiset, a quien habían llevado en coche porque había sufrido una torcedura de tobillo. Él era uno de los cinco afortunados que un par de días antes, para sorpresa de todos, habían encontrado una invitación de los hermanos Hoppe en el buzón. Olaf Zweste, de la Kirchstrasse, de seis años, y su vecino de la misma edad Reinhart Schoonbrodt también tenían el privilegio de asistir, al igual que los mellizos de cinco años Michel y Marcel Moresnet, quienes con visible orgullo mostraron la invitación a los clientes habituales en el café Terminus. Por la escritura descuidada con grandes letras de imprenta, podía deducirse que había sido escrita por uno de los cumpleañoseros.

Frau Maenhout llevó a Boris a la cocina, donde los tres hijos del doctor, tocados con una corona de papel dorado en la cabeza, estaban leyendo unos libros. Tuvieron que cerrarlos y guardarlos, siendo evidente el disgusto con que lo hacían.

—Eran libros muy gordos —contaba Boris después, marcando una distancia de unos cinco centímetros entre el pulgar y el dedo índice. Como él acababa de empezar a leer, no pudo dar título alguno, pero sí que reconoció un globo en una de las tapas.

Reinhart y Olaf llegaron juntos y estrecharon las manos de los cumpleañoseros. A Reinhart le llamó la atención que los tres tuvieran manchas marrones en el dorso de las manos.

—Pecas, como el propio Herr Doktor —supo decirle la madre.

El apretón de manos fue muy flojo.

Los lugareños interesados por más detalles acerca del aspecto de los trillizos sólo consiguieron sacar a los niños lo que ya sabían.

—Eran pequeños y delgados. Podías tirarlos de un soplado.

—Tenían las caras muy blancas, como la de un payaso.

—Tenían los ojos de una rana.

—La boca estaba torcida.

Tan pronto como llegaron Michel y Marcel Moresnet, el doctor Hoppe se unió al

grupo. Era la primera vez que los niños le veían sin la bata blanca y el estetoscopio colgando del cuello; en esta ocasión llevaba la cámara polaroid para la que Frau Maenhout había comprado el día anterior tres carretes en la tienda del pueblo.

Luego los trillizos abrieron los paquetes mientras su padre sacaba fotografías sin cesar. Boris les regaló un juego de la oca, Olaf un juego de dominó y Michel y Marcel cuadernos para colorear, que los hermanos apartaron a un lado sin el menor interés. Reinhart, cuyo padre era camionero, llevó para cada uno de los tres una *Matrioshka*, una de esas muñequitas de madera rusas dentro de las cuales hay otra muñequita que a su vez oculta otra muñequita y así sucesivamente.

—Las ha traído papá de Rusia —dijo cuando empezaron a desempaquetar los regalos. Los trillizos mostraron de pronto muchísimo interés.

—¿De Moscú? —preguntó uno—. ¿O de Leningrado?

—No, de Rusia —repitió Reinhart.

Después de los paquetes llegó la hora de la tarta, preparada por Frau Maenhout, que apareció con ella cantando el «Cumpleaños feliz» mientras todos los niños acompañaban la canción con sus voces. En la tarta había doce velas encendidas.

—Cuatro velas para cada uno —dijo Frau Maenhout—. Tenéis que apagarlas de un solo soplo.

Miguel, Gabriel y Rafael se pusieron en pie y se cogieron de las manos. Los otros niños contaron hasta tres y luego soplaron los tres a la vez. Más de la mitad de las velas siguieron encendidas.

—¿Es eso todo? —gritó Michel Moresnet, para apagar después de un solo soplo las velas restantes.

—El sólo quería ayudar —salió María en defensa de su hijo cuando más tarde se enteró de que los hijos del doctor se pusieron a llorar.

A continuación, todos fueron a echar un vistazo a la clase de la primera planta. Frau Maenhout subió a Boris en brazos por la escalera debido a su tobillo.

Después de que todos los niños se hubieran sentado en los pupitres, empezaron a hacerse grupitos. Gabriel y Rafael se quedaron con Reinhart junto al mapa de Europa para mostrarle dónde estaba Rusia. Además, le preguntaron en qué otros países había estado su padre y le contaron que ellos eran de Alemania.

Miguel les enseñó a Olaf y a Boris cuadernos llenos de problemas de aritmética y miró a Boris con incredulidad cuando éste le dijo que él sólo sabía contar hasta diez. Boris se unió luego a Michel y a Marcel, a quienes Frau Maenhout había dado unas tizas para que hicieran dibujos en la pizarra.

Fue entonces cuando Frau Maenhout tuvo que salir porque empezó a sonar el teléfono. Primero se quedó en el aula escuchando si lo cogía el doctor abajo, después gritó desde la parte de arriba de la escalera: «¡Herr Doktor!», pero al parecer éste no oyó ni el teléfono ni el grito. Frau Maenhout bajó corriendo por la escalera y cogió el

teléfono en la sala de estar.

Nadie admitió jamás haber sido quien llamara en ese momento a casa del doctor Hoppe y hablara con Charlotte Maenhout. Se mencionó el nombre de Irma Nüssbaum porque llamaba con mucha frecuencia al doctor para realizarle consultas telefónicas, pero ella sigue negándolo con obstinación. Y Freddy Machón vio esa tarde a María Moresnet en el café Terminus haciendo una llamada. La madre de Michel y de Marcel sostenía que estaba llamando al cervecero, lo que también demostró después con la factura de entrega en la que aparecían consignados el día y la hora de su pedido.

Era lógico y de esperar que nadie asumiera la responsabilidad de la llamada telefónica porque, mientras Frau Maenhout se encontraba abajo, en la planta superior se desencadenó una tragedia cuya culpa, según el testimonio de Michel y de Marcel, recaía única y exclusivamente en los hijos del doctor.

—Marcel había visto por la ventana esas nueces colgando —le contaba después Michel a su madre—. Todo el árbol estaba lleno. ¡Había miles!

En efecto, ese año el viejo nogal que se elevaba junto a la casa era portador de una excepcional cosecha. Las ramas gemían bajo el peso de la infinidad de cubiertas verdes, cuyo tamaño casi alcanzaba en algunos casos las dimensiones de una manzana. El árbol llevaba años sin podar y las ramas más elevadas se habían alzado por encima del tejado. Durante los días de la fiesta de cumpleaños, los primeros frutos ya caían sobre las pizarras del tejado, produciendo dentro de la casa un ruido semejante al de un disparo de arma de fuego, según el testimonio de algunos pacientes.

—Los tres niños se acercaron a nosotros —seguía contando Michel— y uno dijo...

—¡Gabriel... fue Gabriel! —completó Marcel.

—Gabriel dijo que quería cogernos una nuez.

—Nosotros le dijimos que no debía hacerlo...

—... pero entonces ese otro cogió una silla y la puso delante de la ventana.

—Gabriel se subió a la silla y abrió la ventana.

—Se estiró mucho hacia fuera y...

—... entonces la silla se movió y...

El doctor se hallaba en ese momento en el laboratorio y, anticipándose a la caída, vio pasar revoloteando por la ventana una de las coronas de papel dorado; eso fue lo que contó después a sus pacientes. Luego pudo oírse un enorme crujido de ramas y un cuerpo surcó como una exhalación la parte exterior de la ventana, tras lo cual se oyó un golpe seco. El doctor corrió hacia la calle y Frau Maenhout también debió de alarmarse, porque apareció a su vez en el jardín presa del pánico.

Casi al mismo tiempo, Irma Nüssbaum estaba saliendo por la puerta de su casa, lo

que refuerza la hipótesis de que fuera ella quien llamó, y, alertada por la reacción de Frau Maenhout, debía de haber comprendido que algo había pasado.

—El crujido de las ramas se oyó hasta dentro de casa —se defendía Irma, pero nadie creyó que el sonido hubiera llegado tan lejos.

En cualquier caso, pudo atestiguar conforme a la verdad que vio a los otros dos hijos del doctor mirar asustados desde la ventana del primer piso.

—¡Adentro! —les gritaba el padre—. ¡Adentro!

Irma también había oído la voz de Frau Maenhout. Primero un chillido y luego:

—¡Voy a llamar a una ambulancia!

—¡No, nada de ambulancias! —gritó el doctor alto y claro, y tuvo que repetirlo dos veces, porque ella seguía insistiendo. A Irma le pareció una vergüenza que mostrara tan poca confianza en las aptitudes del doctor. Este, a continuación, debió de levantar al niño del suelo tomándole en sus brazos, porque le oyó decir—: ¡Frau Maenhout, mantenga la puerta abierta!

En ese instante aparecieron Michel y Marcel arriba, en la ventana.

—¡Quería cogernos una nuez, Herr Doktor! ¡Quería coger una nuez! —exclamaron al mismo tiempo. El doctor hizo caso omiso y la puerta se cerró de golpe a sus espaldas. Poco después, Frau Maenhout llamaba por teléfono a todos los padres para preguntarles si podían pasarse a recoger a sus hijos.

Durante el resto del día estuvieron pasando muchos lugareños por delante de la casa situada en la Napoleonstrasse 1 y todos vieron la gruesa rama del nogal que se había roto y colgaba del tronco como un brazo entumecido.

—Ya había dicho yo siempre que ese árbol no era más que un peligro —repitió Irma varias veces ese día.

A la mañana siguiente, en el jardín de la vivienda del doctor resonaba el ronquido de un motor un cuarto de hora después de que hubiera llegado Florent Keuning.

—El me lo pidió —se disculpaba más tarde—. Difícilmente podía negarme.

Desde lejos podía verse cómo temblaba cada hoja del nogal y, cuanto más persistía el ruido del motor, tantas más envolturas verdes caían sobre el tejado de pizarra de la casa del doctor y luego rodaban hasta el canalón.

—¡Talar un nogal trae mala suerte! ¡Mala suerte! —exclamó Josef Zimmermann cuando vio por la ventana del café Terminus desaparecer del cielo la amplia copa que asomaba por encima del tejado de la casa.

El estruendo con que cayó el árbol al suelo se sintió hasta en el interior del café.

Por supuesto que fue idea suya. Con razón estaba de antemano tan orgullosa. Le había costado mucho poder de persuasión, pero al final el doctor había dado su permiso para celebrar una fiesta. «Sólo podía redundar en beneficio de la salud de los trillizos», había llegado incluso a esgrimir como argumento. Por tanto, el accidente y

lo que hubiera podido suceder la habían afectado mucho. Pero no quedó ahí el asunto. Habían ocurrido otras muchas cosas que llegaron a conmocionarla incluso más. Así, se enteró después de que Michel y Marcel Moresnet habían mentido para encubrir su participación en la tragedia. Tan pronto como los demás niños se fueron a casa, Miguel y Rafael le contaron su versión y en ella fue Marcel quien se había acercado a Gabriel y le había arrebatado la corona de la cabeza.

—¡Mirad, no tiene pelo! —había gritado Boris Croiset. Miguel, Gabriel y Rafael intentaron recuperar la corona, pero los niños se confabularon y empezaron a pasarse el codiciado objeto entre sí.

En efecto, ella había oído el jaleo en ese instante, pero le fue imposible colgar el teléfono a Irma Nüssbaum.

Tan pronto como Michel Moresnet tuvo la corona en las manos, la balanceó por la parte exterior del ventanal que su hermano mantenía abierto. La corona fue a parar al nogal y Gabriel intentó recuperarla con la ayuda de una silla, pero aquella había ido descendiendo cada vez más por entre las hojas que formaban la copa del árbol y al final cayó sin remedio. Al instante siguiente, la silla se movió bajo los pies de Gabriel y éste perdió el equilibrio.

Frau Maenhout, en un principio, quiso contárselo al doctor, pero al final decidió no hacerlo porque ya daba igual. Lo pasado, pasado está. Pero si se lo hubiera contado, el doctor Hoppe quizá habría dejado el árbol en paz. Ése fue el segundo varapalo. Esa mañana, cuando llegó a la casa, el árbol ya había sido talado. Florent Keuning estaba cortando las ramas.

Fue entonces cuando se lo contó al doctor: que el árbol no tenía nada que ver y que Gabriel no había querido coger ninguna nuez. Quería inculcarle un sentimiento de culpa, quizá para mitigar así el sentimiento de culpa que ella misma sentía.

—Ese árbol llevaba años siendo un estorbo —había respondido él encogiéndose de hombros.

Por un momento pareció como si todo ya estuviera dicho, pero luego el doctor le había dirigido unos reproches que no hicieron más que aumentar en ella su conciencia de culpabilidad, en el caso de que eso aún fuera posible: cómo se le había podido ocurrir dejar a los niños solos, si se daba cuenta de que Gabriel ahora podría estar muerto, si era consciente de que le quedaría una cicatriz que le diferenciaría para siempre de sus hermanos.

Todo lo iba diciendo con un tono de voz apagado, en una suerte de enumeración, por lo que los hechos iban penetrando con la máxima crudeza en su interior. No pudo encontrar réplica alguna y se marchó corriendo, deshecha en llanto. Sólo después le surgieron las palabras que habría tenido que decirle: que él también era culpable, que tendría que haber sido él quien cogiera el teléfono, que quizá había dejado que el aparato sonara a propósito para alejarla de la clase con la esperanza de que ocurriera

algo, algo que poder reprocharle después.

El siguiente sobresalto llegó cuando una semana después del accidente volvió a ver a Gabriel. Ella sólo tenía noticia de algunos arañazos, una ligera conmoción cerebral y una descalabradura, que ahora llevaba cubierta por una gasa cuadrada. Le habían puesto siete puntos de sutura y, mientras no le creciera el pelo en la cabeza, la cicatriz seguiría siendo visible. Pero también resultó que llevaba un trozo de venda en la espalda del tamaño de una tarjeta postal. De eso no había dicho nada el doctor. Desde el exabrupto, por lo demás, no habían vuelto a intercambiar palabra, y por eso no se atrevió a preguntárselo de inmediato. Gabriel, por su parte, no recordaba nada desde la caída por la ventana hasta el momento en que se despertó en el laboratorio oscurecido, junto a la consulta.

Por fin, decidió quitarle con cautela el esparadrapo que mantenía unida la venda a la espalda de Gabriel. Había un corte de unos diez centímetros al que se le habían aplicado puntos de sutura. Buscó el jersey que llevaba Gabriel el día del accidente para ver si se apreciaban manchas de sangre en la parte posterior. No había. Sí que tenía manchas en los hombros y en la parte delantera que no habían salido del todo al lavarlo.

No se le iba de la cabeza y, para no empezar a formarse ideas erróneas, abordó al doctor el día en que le quitó los puntos a Gabriel.

—No sabía que se hubiera hecho también una herida en la espalda —le dijo.

El doctor asintió con la cabeza. No se sorprendió y tampoco su reacción fue de rechazo.

—Le he extirpado un trozo de riñón.

—¿Estaba afectado?

—No. ¿Por qué piensa eso?

La respuesta fue muy dura. No intentaba disimular que no había pasado nada, para él era evidente que actuaba con absoluta corrección en todo lo que hacía.

—¿Que por qué pienso eso? —intentó decir con un tono de voz tranquilo—. Le ha extirpado un trozo de riñón. Eso no lo habrá hecho usted así porque sí, ¿verdad?

—No, tenía mis razones.

—¿Tenía usted sus razones? ¿Es eso? Porque usted tenía sus razones. No le creo. No había ninguna razón. Ya no le creo.

Su reacción fue inesperada. Ella habría esperado o bien que le mostrara la puerta o bien que intentara convencerla de que tenía razón. Pero parecía completamente consternado.

—¿Usted no me cree, Frau Maenhout? ¿También usted duda de mí? Yo confiaba en usted. Siempre he confiado en usted y ahora me dice esto. ¿Por qué? Yo...

«Se entrega a la autocompasión —pensó ella entonces—. Intenta dar lástima. No puedo morder el anzuelo.»

—¡Ya no quiero oír su palabrería huera! —dijo de pronto resuelta, pero sentía cómo le temblaban las piernas—. Todo lo que usted ha intentado no ha servido para nada. ¡De nada en absoluto! Ya es hora de que se entere. Usted quería salvarles la vida, pero los ha empujado a la muerte. ¡Es lo único que ha hecho!

No quiso ni ver ni oír su reacción. Tras la última frase, se apresuró a salir de la habitación, temiendo prorrumpir allí mismo en llanto y mostrarle así su debilidad.

Ese llanto no se hizo esperar; fue un poco después, en el cuarto de baño, donde se miraba en el espejo preguntándose por qué durante todo este tiempo le había dejado hacer su santa voluntad.

Siete días. Del lunes al domingo. Era el tiempo que se había dado a sí misma Frau Maenhout para enseñarles unas cuantas cosas más a los niños, para volver a disfrutar un poco de su presencia, para despedirse. Siete días. Después pediría ayuda. Otro doctor. Un especialista. Quizá incluso la policía. Eso no lo tenía del todo claro. Pero lo que sí sabía era que perdería a los niños en ese mismo instante.

Confiárselos a otros. Dejarlos en buenas manos. Era lo que pensaba. Eso facilitaría la despedida.

En esos siete días también debería intentar reunir pruebas sólidas de los abusos del doctor para con sus hijos. Después de todo, no sólo tendría que luchar contra su buen nombre, corroborado por muchos lugareños, sino también contra las explicaciones del mismo doctor, que justificaría como necesario cada uno de sus actos y experimentos.

«Era por su salud —diría—. Para salvarles la vida.»

No informó a los chicos. Sólo les contó que al final de la semana habría terminado su primer año escolar y que por eso debían aprender un par de cosas más.

—¿Y después de este año escolar? —preguntó Miguel.

Difícilmente podría engañarlos, así que tendría que prestar mucha atención a lo que decía.

—Entonces empezará un nuevo año escolar. Seguro que será mucho más divertido. Más divertido todavía.

Una de las cosas que les enseñó durante esa semana fue el padrenuestro. De Jesús todavía no había contado nada. Aún no había tenido ocasión.

A los niños no les resultó nada complicado aprenderse el padrenuestro de memoria. En francés y en alemán. Santiguarse era otra cosa. Eso sí que era difícil. No podían memorizar la sucesión de los movimientos y tampoco si debían empezar por la izquierda o por la derecha.

Les dijo que debían santiguarse todas las noches antes de acostarse y rezar el padrenuestro, lo que les pareció muy emocionante.

—Y seguro que padre no puede saberlo, ¿verdad?

Ella dijo que no, pero en realidad ya no importaba. Sin embargo, no quería confundirlos y tampoco quería involucrarlos en el conflicto que mantenía con el doctor.

Como no podía sacárselo de la cabeza, por mucho esfuerzo y pena que le costara, también les habló a los muchachos de la muerte.

—Los niños que mueren —dijo— se transforman en ángeles y vuelan derechos al cielo. —Y con un brazo, que sintió tan pesado como si fuera de plomo, dibujó un ángel en la pizarra.

—¿Qué es el cielo? ¿Qué camino tenemos que tomar para llegar hasta allí? —había preguntado Miguel.

El hecho de que los niños tuvieran además nombres de ángeles le pareció casi sarcástico. Como si el doctor se los hubiera puesto a propósito.

—El cielo está allá arriba. —Señaló la bóveda azul—. Sólo hay que volar todo recto hacia arriba y ya llegas allí sin darte cuenta.

También les contó que el cielo era como un país sin fronteras por el que serpenteaba un río eterno. Por ese río navegaba un enorme velero con Dios al timón y todo aquel que llegaba al cielo podía instalarse para siempre en ese barco.

—Vaya, ¿y nosotros podremos llevar alguna vez el timón? —había preguntado Gabriel.

—Creo que sí.

—¡Jo, ojalá estuviéramos muertos! —suspiró entonces, pero por suerte Frau Maenhout no tuvo mucho tiempo para pensárselo, porque Rafael le hizo otra pregunta al instante:

—¿Y las personas mayores? ¿Las personas mayores van al cielo también?

—Sólo quienes han sido buenos durante toda su vida.

—Entonces seguro que usted también irá al cielo —había dicho Rafael.

—Y padre no —había reaccionado de inmediato Gabriel.

Así habían logrado que sonriera.

En ese momento le pareció envidiable la simplicidad con que los niños pequeños, hasta una edad determinada, sólo diferenciaban las personas entre buenas y malas, y deseó hallarse en esa fase. Si fuera así, ya habría colocado al doctor desde hace mucho tiempo en el bando de los malos. Ahora tenía demasiado en cuenta sus sentimientos de pena o desesperación o impotencia, aunque nunca los hubiera mostrado abiertamente.

A medida que se acercaba el final de la semana, le resultaba cada vez más difícil enfrentarse cara a cara a los niños sin mostrarles sus emociones. Entre tanto, ya había decidido llamar a la policía. Un enfermero o cualquier otro médico serían expulsados de inmediato por el doctor y, por tanto, ni siquiera llegarían a las inmediaciones de los niños, cuando de lo que se trataba era sobre todo de que los viera una persona imparcial para que se diera cuenta en seguida de que necesitaban con urgencia ayuda especializada.

Pero entonces ocurrió algo con lo que no había contado. Durante todos esos días apenas vio al doctor. Parecía como si desde la última conversación la estuviera evitando. Cuando llegaba por la mañana, él ya se encontraba en la consulta o en el laboratorio y, cuando se volvía a marchar, él seguía allí dentro. Sin embargo, el viernes por la mañana se encontró de pronto delante de él.

—Tengo que marcharme —le dijo—. A una feria de muestras en Francfort. Me

voy mañana temprano. A las cinco y media pasará el taxi a recogerme.

Eso fue todo lo que dijo. Ni siquiera le preguntó si quería venir a cuidar de los niños, pero eso ya se daba por sentado.

Lo hizo por los niños. Frau Maenhout lo había tenido siempre bien presente. Los muchachos llevaban mucho tiempo soñando con ver un poco del mundo y, ahora que se les ofrecía la oportunidad porque su padre iba a ausentarse, ella procuraría convertir su sueño en realidad y se los llevaría al Punto de los Tres Países. Sería lo último que podría hacer por ellos. Si todo salía bien, nadie llegaría a enterarse y después podría seguir con el plan que llevaba concibiendo desde principios de semana. Así, al menos Miguel, Gabriel y Rafael tendrían algo que recordar durante el período de vida que les quedara. Si la fiesta de cumpleaños no se hubiera salido de madre, entonces sí que le habría pedido permiso al doctor para llevárselos algún día allí.

Ella no había vuelto a ir desde su jubilación. Antes realizaban una excursión al año con la clase a la cumbre del Vaalserberg y de niña iba allí muy a menudo. En aquella época era un sitio bastante tranquilo —ni siquiera había un mirador—, pero con los años el punto de confluencia de los tres países se había ido convirtiendo en un lugar de atracción turística, lo que también podía notarse en las calles de Wolfheim. Los automóviles y los autobuses pasaban por el pueblo desde por la mañana hasta por la noche y, como al final de la Napoleonstrasse debían atravesar un estrecho túnel, a veces se formaban allí unas caravanas que llegaban hasta la vivienda del doctor. Tras pasado ese túnel, comenzaba la Route des Trois Bornes, que recorriendo una empinada subida conducía a los vehículos hasta la cumbre del Vaalserberg, el punto más elevado de los Países Bajos. Allí, en un pequeño arriate adoquinado, se había colocado un monolito con la inscripción «322,5 metros sobre el nivel del mar». Detrás del monolito se encontraban alineados tres viejos postes fronterizos, por lo que algunos turistas pensaban erróneamente que allí se encontraba el Punto de los Tres Países. El lugar donde confluían de veras las fronteras de Bélgica, los Países Bajos y Alemania se hallaba una decena de metros más adelante, en dirección sur, donde había un pequeño poste de hormigón en forma de obelisco. Las letras B, D y NL en sus flancos enseñaban a los turistas que lo rodeaban —ya que nadie podía resistir la tentación— en qué país se encontraban en cada instante.

La torre de Balduino era otra atracción. Estaba cerca del punto de confluencia de los tres países, en territorio belga, y tenía treinta y cuatro metros de altura. Una escalera metálica llevaba hasta la plataforma de la cumbre, desde donde se podía abarcar con la vista todo el entorno. Esa subida había constituido todos los años el punto culminante de la excursión con su clase. Lástima que con los trillizos no pudieran subir esa mañana, porque a horas tan tempranas la torre se encontraba

cerrada. Una pena, pues después de todo así el mapa de Europa podría haber adquirido por fin relieve para ellos desde la cumbre.

Todo el viernes por la tarde y un poco de la noche que precedió a la partida del doctor había estado trabajando en un disfraz que debía evitar que reconocieran a los muchachos si se cruzaban con alguien. Al mismo tiempo, debía quitarles el miedo y estimular su confianza en sí mismos. Ya se había percatado con anterioridad de que los tres eran mucho más atrevidos cuando estaban disfrazados. Era entonces cuando daban rienda suelta a su imaginación, que para ellos en ese instante era la única realidad. No interpretaban ningún papel, no, se metían por completo en la piel de otro personaje. También resultaba comprensible, porque para ellos ésa era la única manera de salir del corsé de su padre.

Una vez en la cama, no pudo conciliar el sueño y se puso a pensar en el pasado: durante más de tres años había estado casi a diario con los muchachos y, sin embargo, parecía como si todo hubiera transcurrido en unos pocos días. Eso se debía a la rutina, creyó. Muchos de esos días habían sido iguales, y, de ese mismo modo, también los cuarenta y cinco años de docencia se habían encogido en su memoria hasta convertirse en un par de meses. Pero al igual que tras su jubilación había echado de menos la rutina de la docencia, así echaría también de menos esta rutina. Y, naturalmente, a los tres niños.

Había empezado a quererlos, de eso estaba segura, pero de alguna extraña manera no había podido calar en ninguno de los tres. En esos años habían mostrado poco carácter. Literal. Ni Miguel ni Gabriel ni Rafael habían sobresalido nunca por vandalismo o timidez o alegría. Una vez, Hannah le había dicho que estaban unidos entre sí por hilos invisibles, y lo mismo parecía ocurrir con su carácter. Los tres eran introvertidos; si bien sentían gran curiosidad por todo lo que ocurría a su alrededor, al final siempre permanecían en actitud hermética. «En realidad, igual que su padre», pensó con pena, pero éste ya había perdido toda la curiosidad, o nunca la había tenido. Si hubiera dispuesto de más tiempo, habría intentado hacer que los tres muchachos fueran abriéndose como flores y que sacaran así hacia fuera lo que llevaban en lo más profundo de su ser, para que no se convirtieran en personas como su padre.

Si hubiera tenido más tiempo. Con ese pensamiento se quedó dormida.

Cuando a la mañana siguiente, un poco antes de las cinco y media, llegó a la casa, el doctor Hoppe acababa de salir y el taxi todavía no había llegado. Sintió que se le subía el corazón a la garganta. El doctor no la saludó, pero ella decidió hacer como si nunca hubiera ocurrido nada entre ellos y preguntó:

—¿Se han despertado ya los niños?

—No lo sé —respondió mientras abría la cancela.

—¿Puedo entrar? ¿Se me permite ir a su lado? —Lo preguntó para mayor

seguridad, pero él no había puesto ningún impedimento. Volvían a ser imaginaciones suyas.

—Como usted quiera. Usted tiene la llave.

Él se quedó mirando la calle.

—¿A qué hora regresará? —preguntó Frau Maenhout—. Así podré calcular el tiempo para la comida. —Le pareció un buen ardid por su parte. Pero la respuesta de él la decepcionó.

—No hace falta que se preocupe por mí.

—Bien, pues ya me doy por enterada —murmuró, y, sin volver la vista hacia él, enfiló la senda del jardín. A lo lejos se oyó el sonido de un automóvil que se acercaba.

—Miguel, Gabriel, Rafael, despertaos.

Había encendido la luz del dormitorio. Aparte de algunos murmullos, no se había producido ninguna reacción, pero no siguió así mucho tiempo.

—Despertaos. Nos vamos de viaje.

Parpadeando con sus grandes ojos, los tres muchachos se incorporaron un poco. Ella respiró hondo y examinó uno a uno sus rostros.

—¿Qué está diciendo, Frau Maenhout? —había preguntado Miguel mientras se quitaba el sueño de los ojos con el dorso de las manos.

—Nos vamos de viaje. Tenéis una misión.

—¿Una misión?

Fue entonces cuando mostró los disfraces. Tres capas, tres gorros y tres caretas de cartón. Las capas y los gorros eran de tres colores distintos. Rojo. Verde. Azul. Las caretas las había pintado de gris plata.

—Hoy seréis los tres mosqueteros, que son caballeros del rey.

—¿De qué rey? —había preguntado Rafael.

—Del rey Balduino de Bélgica. Y él tiene una misión para sus mosqueteros. Debéis conquistar el Punto de los Tres Países.

Las palabras fueron penetrando con lentitud en los chavales.

—Levantaos rápido, antes de que el rey se lo piense mejor —les había dicho entonces. Y en un santiamén los tres ya estaban en posición de firmes junto a la cama.

Tan pronto como estuvieron vestidos, le puso a cada uno su máscara. En ellas había recortado dos agujeros para los ojos y un agujero para la boca. A continuación, se colocaron el gorro sobre la cabeza y la capa sobre los hombros. Pasaron los dedos por la tela como si se tratara de precioso terciopelo.

—Aún falta algo —dijo Frau Maenhout entonces, y, con ampuloso gesto, sacó de dentro del bolso tres espadas de madera como por arte de magia—. Primero debéis ser armados caballeros.

A través de los huecos en las máscaras, tres pares de ojos se quedaron mirando con fijeza las espadas.

—Arrodillaos —les ordenó.

Celebró la ceremonia con una brevedad no exenta de solemnidad. Los muchachos se arrodillaron, se inclinaron y ella los tocó con la espada en hombros y cabezas:

—Rafael, por la presente yo te rebautizo en nombre del rey y a partir de ahora te llamarás Porthos, el más listo de los mosqueteros. Gabriel, a ti te rebautizo en nombre del rey y pasarás a ser Aramis, el más noble de los mosqueteros. Y a ti, Miguel, te rebautizo en nombre del rey y desde este instante serás Athos, el más valiente de los mosqueteros.

Les entregó las espadas y, como por encanto, el espíritu de los mosqueteros descendió sobre ellos. Los tres irguieron las espaldas, sacaron la barbilla hacia fuera y levantaron la espada al cielo. Sus bocas formaron el nombre que acababan de recibir hacía un momento.

Poco después contemplaban su apostura en el espejo del cuarto de baño y ella se quedó observándolos con la respiración contenida. Como sus cráneos lampiños y la deformación de sus rostros se mantenían en gran parte invisibles, por una vez tenían la apariencia de tres niños normales. De este modo parecía como si hubieran estado disfrazados antes, pues su fisonomía verdadera resultaba más extraña que su disfraz.

Durante el desayuno les había enseñado dos cosas a los muchachos. Les había colocado de pie en un círculo con las espadas desenvainadas, de manera que pudieran cruzarlas por encima de sus cabezas, y les había dicho:

—¡Todos para uno y uno para todos! Ese es el grito de guerra de los mosqueteros. Significa que siempre os ayudaréis. Ocurra lo que ocurra.

Sus voces aletearon por la cocina.

—¡Todos para uno y uno para todos! ¡Todos para uno y uno para todos!

Por último, Frau Maenhout había dicho:

—Y recordad: los mosqueteros sólo deben obediencia a Dios y al rey. Así que no debéis tenerle miedo a nada ni a nadie.

—Dios y el rey —repitieron los muchachos—, sólo a Dios y al rey.

Fue entonces cuando se pusieron en camino para conquistar el Punto de los Tres Países. Era el sábado 29 de octubre de 1988. A las seis menos diez de la mañana.

—Cuando la manecilla grande esté en el dos, ya habremos llegado.

Frau Maenhout señaló hacia las manecillas iluminadas de amarillo del reloj del campanario. Un par de segundos antes habían cruzado la Napoleonstrasse y, al abrigo de la hilera de casas, caminaban ahora hacia la Route des Trois Bornes. Veinte minutos de ida, quince minutos en el Punto de los Tres Países y veinte minutos para volver. Era lo que había calculado. Si todo salía bien, estarían de regreso a eso de las

siete menos cuarto. Justo antes de la salida del sol.

Los muchachos caminaban a su derecha. Los tres mantenían la espada en posición de ataque y miraban sin cesar a su alrededor, como si temieran una posible emboscada. Hileras de neblina flotaban sobre la vereda y huían como perros callejeros asustados cada vez que uno de los muchachos realizaba un movimiento con su espada hacia el suelo.

Ante el túnel, tras el cual comenzaba la Route des Trois Bornes, se detuvieron.

—Aquí debemos pasar por debajo —explicó Frau Maenhout—, y entonces comenzará la subida hacia la cumbre del Vaalserberg. Allí se encuentra el Punto de los Tres Países. ¿Estáis preparados?

Los muchachos asintieron con una inclinación de cabeza. Athos se colocó bien la máscara, Aramis sujetó la espada aún con más fuerza y Porthos se llevó la mano al sombrero. Frau Maenhout sonrió, pero la sensación de mareo que había estado sintiendo durante toda la mañana no desaparecía.

—Está bien —dijo en un medio susurro—. Y recordad: todos para uno... —Se llevó un dedo a la boca.

—Uno para todos —sonó en un susurro.

La subida resultaba más prolongada y dificultosa de lo que ella recordaba. Al principio la pendiente era todavía leve, pero tras la primera curva cerrada se hizo en seguida más empinada. También lo notaba en el ritmo de los muchachos, a los que no quitaba el ojo de encima. Los primeros cien metros, con la temeridad de los niños pequeños, los habían recorrido casi más rápido de lo que podían llevarlos sus piernas, pero después habían empezado a caminar cada vez más despacio. Al cabo de unos diez minutos, apenas progresaban. Ya tuvo sus dudas con anterioridad sobre la capacidad de los chicos para resistir físicamente la caminata, pero tenía el firme propósito de llevarlos en brazos si era necesario. En cuanto se le ocurrió la idea de la excursión, pensó en pedirle a Hannah Kuijk que los llevara en el coche, pero al final decidió que prefería hacerlo sola. Sólo ella y los chicos. Nadie más.

En Wolfheim, el reloj empezó a dar las seis. Desde el valle, el sonido ascendía veloz hacia el Vaalserberg. Frau Maenhout iba contando los tañidos y con el último se irguió, tomó aliento y dijo:

—El resto del camino lo recorrerán los mosqueteros a caballo.

Entonces aupó a los niños. A Miguel y a Rafael los cogió sobre un brazo y a Gabriel sobre el otro. Se pusieron derechos en seguida y adoptaron una actitud orgullosa, señalando con la espada hacia delante. También ella se infló de orgullo. «Allá vamos», pensó.

Era cansado. Uno a uno, los muchachos apenas pesaban —unos trece kilos tan sólo—, pero juntos ya era otra cosa. En seguida, sintió cómo rompía a sudar y se le dormían los brazos. Sin embargo, no pensó ni por un instante en parar. Cada vez que

echaba un vistazo a uno de los chicos y veía los ojazos azules a través de los agujeros de la máscara, encontraba la fuerza necesaria para continuar. También el aliento que le llegaba al rostro y su calor corporal en el pecho la animaban a resistir. Ahora sí que podía sentirlo aún.

Por fin apareció la torre. Estaba allí como un insecto gigante sobre sus altas y delgadas patas, atrapada en un haz de rayos de luz procedentes de los focos del suelo. Boquiabiertos, los tres mosqueteros fueron escalando con la mirada hacia arriba desde los brazos de Frau Maenhout.

—La torre de Balduino —dijo Frau Maenhout aliviada—. Treinta y cuatro metros de altura. Cuando estás allí arriba puedes ver Aquisgrán y Vaals. Y con buen tiempo, también Lieja. Puedes incluso llegar a tocar el cielo.

No tendría que haber dicho esas cosas. Fue como si les pusiera ante sus narices una bolsa llena de golosinas que no les estaba permitido coger.

—¿Podemos subir? —preguntó Miguel—. ¿Arriba del todo? —Con la espada señaló hacia la cumbre.

Ella negó con la cabeza.

—La torre está cerrada.

Dejó a los chicos en el suelo con cuidado y juntos recorrieron la valla que rodeaba la torre. La entrada estaba cerrada con una verja de hierro. Rafael y Gabriel echaron la cabeza hacia atrás para mirar a lo alto y se aferraron a dos barrotes con las manos. Miguel hizo lo mismo, pero también intentó introducir una pierna y un hombro entre los barrotes.

—¡Mirad, puedo pasar! ¡Puedo pasar! —gritó.

Frau Maenhout se asustó. Le apartó de la verja tirándole del brazo. Al hacerlo, le clavó las uñas.

—¡Ay! —gritó Miguel, y, por un momento, en sus ojos reconoció la mirada que los muchachos lanzaban a veces a su padre. Entonces, tomó conciencia de la brusquedad de su reacción.

—Lo siento, lo siento —dijo.

Estiró la mano para colocarle bien el sombrero, pero él retiró la cabeza.

—Subiremos la próxima vez —le prometió, aunque supiera que ya no habría próxima vez.

—¿De verdad? —preguntó él.

—De verdad.

Respiró hondo. Se dio cuenta de lo nerviosa que estaba. Por primera vez fue consciente también del proceder tan impulsivo que la había traído hasta aquí. Ella nunca había actuado así. Giró la cabeza hacia el otro lado, donde se alzaba un poste de hormigón iluminado por la amarillenta luz de un foco.

—Mirad, allí está el punto de confluencia de los tres países —les comunicó con

un tono suave de voz, apartando así la atención de los tres niños de la torre.

Los muchachos parecieron olvidar en seguida el incidente. Miraron hacia el poste, a continuación se miraron entre sí, otra vez hacia delante y luego empezaron a correr. Las capas ondeaban a su espalda como coloridas alas. Llegaron al poste casi al mismo tiempo y lo rodearon con los brazos, como si se tratara de un delincuente.

—¡Ya le tenemos! ¡Ya le tenemos! —sonaron sus voces excitadas.

Frau Maenhout rió.

—El rey estará satisfecho. —Se dirigió hacia ellos y dijo—: Creo que ha llegado la hora de que lancéis vuestro grito de guerra.

Los tres mosqueteros asintieron y levantaron al unísono las espadas al cielo. Eran las seis y cuarto y en el Punto de los Tres Países tres voces tenues volaron por los aires:

—¡Todos para uno y uno para todos! ¡Todos para uno y uno para todos!

Frau Maenhout tragó saliva. Inspiró y espiró un par de veces, se adelantó un poco más y señaló al suelo.

—Cada uno de vosotros está en un país distinto. Dad un paso hacia atrás.

En el poste aparecieron iluminadas las letras B, D y NL pintadas en blanco. Frau Maenhout sacó una pequeña tiza y se agachó para dibujar en el suelo las líneas fronterizas. Los muchachos seguían cada movimiento. Luego se incorporó y empezó a caminar con grandes pasos alrededor del poste y de los trillizos.

—Ésta es Bélgica. Ésta es Alemania. Ésta es Holanda —dijo—. Bélgica. Alemania. Holanda. Bélgica. Alemania. Holanda. ¿Lo veis?

Las tres cabezas subieron y bajaron rápidamente.

—Ahora os toca a vosotros.

Retrocedió un paso y, con la respiración contenida, miró cómo los muchachos empezaban a dar vueltas alrededor del poste; primero despacio, después con mayor rapidez. Gritaban mezclando los nombres de los tres países, y cuando, en un momento determinado, los tres levantaron la cabeza hacia ella y vio resplandecer sus ojos a través de los agujeros de las máscaras grises plateadas, sintió que una oleada de calor se propagaba por todo su cuerpo. Sonrió y les guiñó un ojo. Por esto lo había hecho. Se dio cuenta entonces. Por esto.

—Vamos, Aramis, Athos y Porthos —dijo un poco después—, la misión está cumplida. Ahora debemos regresar a toda prisa.

—Una vez más, Frau Maenhout, una vez más —imploró Athos.

—Adelante entonces. Una vez más.

Despacio, muy despacio, rodearon entonces el mojón que marcaba el punto de confluencia de los tres países, estirando mucho un brazo o una pierna para estar en dos países a la vez. Eso lo hacían también los alumnos de su clase, recordó entonces. En ese aspecto, Miguel, Gabriel y Rafael no eran distintos de los otros muchachos.

En ese plano no. La idea se le ocurrió de repente e hizo que regresara la sensación nauseabunda al instante. Había remitido por un momento, pero de pronto había vuelto a presentarse con toda su intensidad.

Tampoco en el camino de vuelta, mientras descendía por el Vaalserberg, la abandonó. Se imaginaba cómo iban a ser las cosas a partir de ahora. Soledad. Estaría sola. Como antes, desde el día de su jubilación y hasta que conoció a los trillizos. Soledad. La palabra se le clavaba en lo más hondo.

—Vamos, chicos, no os apartéis de mí. —Llevaban unos cinco minutos caminando y Rafael y Gabriel iban un par de metros tras ella. Volvió la cabeza buscando a Miguel y sintió cómo le daba un vuelco el corazón. No veía a Miguel por ninguna parte.

—¿Dónde está Miguel? —Su voz sonó tenue. Gabriel y Rafael miraron a su alrededor. Tampoco ellos se habían percatado de la desaparición de su hermano.

—¡Miguel! ¡Miguel! —empezó a gritar Frau Maenhout.

Pero no obtuvo ninguna respuesta. Cogió en brazos a Gabriel y a Rafael y empezó a correr, de vuelta hacia arriba, de regreso al Punto de los Tres Países. Tenía un presentimiento aterrador que pronto fue confirmado.

Miguel estaba en la torre. Se encontraba a unos veinte peldaños de altitud y seguía subiendo con la mirada fija y dirigida hacia lo alto, cada vez más arriba. Parecía como si la intensa luz emitida por los focos desde abajo fuera acompañándole en la ascensión.

—¡Miguel, baja ahora mismo!

Dejó en el suelo a Gabriel y a Rafael. Miguel volvió la vista por un momento y saludó a sus hermanos con la espada.

—¡Voy a conquistar Aquisgrán y Vaals! ¡Y Lieja! ¡Y luego subiré hasta el cielo! —Después volvió a dirigir la mirada hacia arriba, levantando la espada en alto. Impasible, siguió subiendo.

Frau Maenhout tuvo la sensación de que el mundo se estaba derrumbando a su alrededor.

—¡Miguel, baja inmediatamente!

—¡Yo no soy Miguel! —se oyó—. ¡Soy Athos, el más valiente de los mosqueteros! —La capa danzaba a su espalda.

—¡Miguel, vuelve!

—¡Athos! ¡Me llamo Athos!

—¡Miguel, basta ya! ¡No es momento para andarse con juegos!

Pero para Miguel no era ningún juego. En ese instante tenía la plena convicción de ser Athos, el más valiente de los mosqueteros. Y sólo como Athos se atrevía a subir tan alto. No como Miguel, se le ocurrió de pronto a Frau Maenhout.

—¡Athos! —gritó—. ¡Athos! ¡Déjalo! ¡Baja ahora mismo, Athos! ¡Athos!

La voz de Frau Maenhout trepaba tras él ascendiendo por la torre. Por un momento vaciló al dar un paso, muy levemente, y luego gritó:

—¡Los mosqueteros sólo deben obediencia a Dios y al rey! ¡Eso lo dijo usted!

Miró hacia abajo durante un breve instante. Se encontraba a unos diez metros por encima del suelo, a la mayor altura que jamás había estado. Se asustó y retrocedió, lo vio Frau Maenhout, lo vieron sus dos hermanos. Entonces perdió el equilibrio. Se oyó el eco de un chillido. En un acto reflejo, soltó la espada, que cayó a plomo hacia abajo, yendo a parar al hormigón que había al pie de la torre. La empuñadura y la hoja se desprendieron con un golpe seco.

Eran las siete menos cuarto cuando Félix Glück tocó el timbre de la casa de Otto Reisinger en la Albertstrasse 17 de Wolfheim.

—¡Herr Reisinger, hay un niño atrapado en la torre! —gritó cuando una cabeza redonda apareció por una de las ventanas del piso de arriba.

—¿Qué? —sonó después—. ¿Cómo es posible? ¡Espera, que ya bajo! ¡Un momento!

Al despuntar el alba de esa mañana, Félix Glück, propietario de un garaje en Aquisgrán, había subido corriendo hacia el Punto de los Tres Países a hacer un poco de ejercicio y allí, para su sorpresa, había visto sentados en un banco cerca de la torre a una mujer y a dos niños. Los tres tenían las cabezas gachas y las manos entrelazadas. Parecía como si estuvieran rezando. La mujer, un poco mayor, que llevaba el cabello recogido en un moño, reaccionó incluso como si le considerara un enviado del mismo Creador. «¡Gracias a Dios!», había exclamado dirigiendo los ojos al cielo. Los dos niños sentados junto a ella estaban disfrazados. Tenían una máscara y llevaban una capa y un gorro. Sobre ambos regazos descansaban sendas espadas de madera.

La mujer, que se había presentado como Charlotte Maenhout, le llamó la atención sobre el muchacho que, a unos diez metros de altura, estaba agazapado en la torre de Balduino sin moverse. Ella le había pedido si podía ir con urgencia a Wolfheim a recoger a Otto Reisinger, el encargado de la torre, pues él tenía la llave y podría abrir la verja.

Recorrió la distancia que había entre el Punto de los Tres Países y Wolfheim en siete minutos. Ese tiempo se convirtió en su marca personal.

—¿Frau Maenhout? —exclamó el guardián de la torre, sorprendido, después de que Félix Glück le hubiera informado.

—Con sus tres sobrinos —asintió el propietario del garaje mientras clavaba brevemente la mirada en el corpulento cuerpo del hombre.

—¿Tres sobrinos? Los hijos del doctor Hoppe, querrá decir usted.

—Ella dijo que los chicos eran sus sobrinos. Los nietos de su hermana. No les vi

las caras. Llevaban puesta una máscara. En cualquier caso, eran niños pequeños. Párvulos todavía, creo. Llegaban más o menos hasta aquí. —Con la mano trazó una raya imaginaria unos diez centímetros por encima de su rodilla. Después, con la misma mano, se secó el sudor de la frente. El borde de las uñas lo tenía negro.

—Entonces serán los hijos del doctor. No creo que puedan ser otros. Y Herr Doktor, ¿no estaba con ellos?

El propietario de garaje Glück encogió sus musculosos hombros.

—Extraño —dijo Reisiger—, muy extraño.

Un poco después, los dos hombres partían en el viejo Simca del guardián de la torre hacia el Punto de los Tres Países. El coche hacía un ruido terrible.

—El tubo de escape está roto —observó el propietario del garaje al instante.

—Ya lo sé —respondió Reisiger gritando para que se le pudiera oír por encima del estruendo—. He encargado un coche nuevo, pero no me lo darán hasta la semana que viene. Éste deberá aguantar hasta entonces.

Atravesó el túnel en segunda. Cuando empezó a subir por la Route des Trois Bornes, preguntó al propietario del garaje qué hacía Charlotte Maenhout tan temprano en el Punto de los Tres Países.

—Ni idea —respondió—. Se lo pregunté, pero no me respondió. Sólo dijo que debía regresar pronto al pueblo.

—Pues tendrá que tener un poco más de paciencia —dijo Reisiger cambiando a primera, porque el viejo Simca apenas podía subir la pendiente.

Cuando la torre apareció por el parabrisas, Glück señaló hacia arriba inclinándose.

—Allí está el chaval. ¿Lo ve?

El guardián de la torre asintió y apretó casi la nariz contra el cristal.

El muchacho se había hecho un ovillo y parecía como si alguien le hubiera cubierto con un mantel. Tenía rodeado uno de los barrotes verticales de la barandilla con los dos brazos.

Frau Maenhout se encontraba junto a la verja, tenía el rostro casi igual de blanco que el pañuelo que llevaba sobre los hombros y agarraba a un niño con cada mano. Debido a los gorros, el guardián de la torre no pudo ver si estaban calvos, pero por el orificio bucal de las máscaras sí que percibió el inicio de una cicatriz.

—Estaba seguro de que eran los hijos del doctor —le dijo a su esposa cuando estuvo de regreso en casa—, pero también a mí me aseguró al principio que eran los nietos de su hermana.

Mientras Otto Reisiger abría la verja, el propietario de garaje Glück miraba a la robusta mujer, a la que le temblaban las piernas.

—Lo siento —murmuró un par de veces. Se veía que estaba haciendo un esfuerzo para no romper a llorar. Pero, a pesar de las lágrimas incipientes, toda su persona

transmitía cierta severidad. «Con un hábito puesto, podría haber pasado muy bien por una monja estricta», pensó.

—Esperad aquí —dijo Reisiger traspasando la verja y encaminándose al pie de la torre, pero Frau Maenhout le siguió de inmediato.

—Voy con usted —insistió—. De lo contrario, no bajará nunca.

El guardián de la torre se encogió de hombros. Con una mano en la barandilla, empezó a subir por la escalera con Frau Maenhout pisándole los talones.

—Que haya tenido que pasar esto —murmuraba él sin mirar para atrás—. Dentro de poco demolerán la torre. Construirán otra en su lugar.

Frau Maenhout no reaccionó.

—Una de cincuenta metros —continuó él, orgulloso— y con ascensor.

Las palabras no parecían penetrar en ella. Naturalmente, toda su atención estaba centrada en el muchacho, pensó él. No podía ser de otra forma, los tres niños tenían que ser los hijos del doctor. Miró un momento hacia abajo, por encima del hombro. Los otros dos niños seguían todos sus movimientos con las cabezas dirigidas al cielo. Ya había visto una vez a los trillizos en una ocasión en que llamó a la puerta del doctor Hoppe, de buenas a primeras, al sentir unos pinchazos en el corazón. Los muchachos estaban sentados a la mesa de la consulta y le observaron con curiosidad. Él había hecho lo mismo con ellos. Después invitó al doctor a que se pasara con los niños por el Punto de los Tres Países, pero hasta la fecha no se le había visto por allí.

Una vez llegados arriba, el guardián de la torre comprobó que el muchacho se había aferrado con todas sus fuerzas a los barrotes de la barandilla. Se agachó e iba a cogerle los delgados brazos, pero antes de que pudiera tocarlos, el niño empezó a gritar:

—¡No me toques! ¡No me toques!

La deslavazada voz le resultó desgarradora. Otto Reisiger dio un paso hacia atrás, asustado, y chocó contra Frau Maenhout. Se agarró a la barandilla y con la otra mano golpeó sin querer al sombrero del niño, de manera que se le torció. Lo que vio entonces le disipó cualquier duda: una cabeza grande y calva sobre la que corrían como la tinta muchas venas azules.

—¡Fíjate, es uno de los del doctor! ¡Ya lo sabía yo! —exclamó. Se volvió y señaló con el pulgar al niño.

Frau Maenhout apartó rápido la mirada y se dirigió al muchacho.

—Déjeme a mí —dijo agachándose sobre él e intentando convencerle con palabras tranquilizadoras. Un par de veces oyó el guardián de la torre mencionar el nombre de Miguel.

Abajo, Félix Gliick veía cómo Frau Maenhout cogía por fin en brazos al niño. Quiso volver a colocarle bien el gorro en la cabeza, pero el chaval le dio un manotazo y gritó: «¡No, no, ya no soy ningún mosquetero!». Y con la otra mano se quitó la

máscara del rostro.

Como si esa acción hubiera significado una señal, los hermanos decidieron seguir su ejemplo. Con un rápido movimiento de la mano, se quitaron el gorro y se desenmascararon.

Perplejo, el propietario del garaje observó sus rostros y se dio cuenta de que se le había quedado la boca abierta por el asombro.

—Tenían los cuerpos de niños, pero sus caras eran las de unos ancianos —contaba más tarde en el garaje a sus clientes—. Estaban enfermos. Enfermos de gravedad. Podías verlo al instante.

Cuando Frau Maenhout hubo llegado al suelo, Glück intentó averiguar si el niño que llevaba en brazos se parecía a los otros dos muchachos, pero llevaba el rostro oculto entre los grandes pechos de la mujer.

—¡Mirad lo que he encontrado! —sonó entonces la voz del guardián de la torre. Estaba junto a la valla con la cara enrojecida y mostraba una tercera espada partida en dos. Cruzó los dos pedazos de madera en el aire y dijo riendo—: ¡Un par de clavos y un poco de cola fuerte y ya está! ¡Podréis volver a jugar!

Pero los muchachos no miraron ni hacia arriba ni hacia atrás. Reisiger se encogió de hombros, se puso la espada rota bajo el brazo y volvió a cerrar la verja con llave.

—¿Quiere que la lleve de vuelta a casa del doctor, Frau Maenhout? —preguntó.

Ella estaba como ausente, con la mirada perdida, y tardó algo en mirarle y negar con la cabeza.

—No, no, de verdad que no es necesario.

—Insisto, Frau Maenhout —perseveró el guardián de la torre—. Herr Doktor no me perdonaría si la dejara aquí. Y los chicos preferirán ir a casa en coche antes que andando, ¿no es cierto?

No se produjo ninguna reacción. Félix Glück tenía clavada la mirada en los chavales. «Marcianos —pensó—, parecen marcianos, pero sin el color verde.» Oyó cómo la mujer respiraba hondo y luego aceptaba.

Reisiger asintió sonriendo.

—Esa es una sabia decisión, Frau Maenhout.

Después se dirigió al coche, abrió la puerta del maletero y dejó dentro la espada rota. El propietario de garaje Glück, entre tanto, se encaminó a la puerta trasera y la abrió.

—Siéntese usted atrás con los niños, señora. Me parece lo mejor.

Ella pasó por delante de él y le miró un instante a los ojos.

—Gracias —dijo—. Muchísimas gracias.

Esos ojos atesoraban cierta dulzura. De repente, parecía mucho más simpática.

—De nada, señora —dijo él. También quiso decir algo a los niños, pero no se le ocurrió nada.

Cuando la mujer estuvo en el asiento trasero con los niños, el guardián de la torre entró también. El coche se inclinó en seguida hacia su lado.

—¡Herr Glück, gracias y tal vez hasta la vista! —gritó sacando un brazo por la ventanilla.

—¡Hasta la vista! —respondió Glück, pero su voz desapareció devorada por el enorme estruendo que provocaba el coche. «Así no llegará muy lejos», pensó mientras el Simca se ponía en movimiento dando sacudidas.

Cinco minutos después, un grupo de personas que se había congregado en la acera delante del café Terminus vio cómo el coche entraba en el pueblo.

—¡Ése es mi marido! —exclamó Frau Reisiger mientras le saludaba agitando la mano.

Él ya llevaba desde lejos el brazo estirado por fuera de la ventanilla, con el pulgar hacia arriba.

—Dios mío, todo ha terminado bien —dijo ella aliviada.

El coche pasó por delante del grupo a poca velocidad, mientras Otto Reisiger gesticulaba que debía llevar a sus pasajeros hasta la casa del doctor. Pero los lugareños sólo tenían ojos para quienes estaban sentados en el asiento trasero.

—¿Lo ves? —sonó entonces, y con ello se había marcado el tono para el resto del coro.

Había sido ella quien lo había estropeado todo. A esa conclusión llegó Frau Maenhout en el coche de Otto Reisinger. No sólo se había metido a sí misma en un lío, también había desilusionado a los niños. No volvieron a decir ni una palabra, ni siquiera cuando llegaron a casa. Los tres estaban agotados y se los llevó a la cama en seguida. Luego fue a la cocina y se sentó a la mesa, donde se entregó a sus emociones, que había estado reprimiendo durante todo ese tiempo. Apenas era capaz de pensar. Lo único que tenía en la cabeza era la incredulidad machacona de su propia estupidez.

Sólo al cabo de una hora larga volvió a tranquilizarse un poco y lo primero que se preguntó fue lo que iba a pasar a partir de ahora. Se había colocado a sí misma en una comprometida posición. ¿Cómo podía acusar al doctor Hoppe de negligencia o malos tratos cuando a ella le podían reprochar una grave falta de responsabilidad? El doctor aprovecharía esta oportunidad para cargarle todas las culpas. En este momento urgía más que nunca la búsqueda de pruebas que demostraran las aviesas intenciones del doctor. Sólo entonces podría continuar con su plan.

Así que se puso a buscar. Tal vez tuviera todo el día, tal vez no. Las fuerzas surgidas de la desesperación la mantenían en pie, porque no tenía la menor idea de dónde debía empezar a buscar ni qué era lo que debía buscar exactamente.

Empezó por la consulta. Esperaba encontrarlo todo cerrado con llave, pero no fue así. En uno de los cajones se desplegaron ante sus ojos como un acordeón los historiales clínicos de los pacientes. Sin embargo, sólo buscó en la letra H. No quería que se le pudieran achacar otras cosas. Si su búsqueda no reportaba nada, iría hojeando historial tras historial. Por desgracia, la letra H no le aportó mucho más.

En los otros cajones sólo encontró material médico: tijeras, pinzas, agujas, vendas, algodón, guantes de goma. ¡Guantes! De repente, cobró conciencia de que había dejado huellas dactilares por todas partes. Ese pensamiento la hizo sentirse más ladrona aún. ¡Pero tenía un motivo! Un triple motivo, que estaba durmiendo arriba. Eso le dio fuerzas para continuar y, sobre todo, valentía para buscar. Y así encontró algo por fin.

En uno de los armarios había una fila de álbumes de fotos. Esperó hallar ahí fotografías que ilustraran el pasado del doctor. Fotos de él cuando era niño o adolescente, fotos de su madre y de su padre, que también había sido médico de cabecera, y quizá fotos de su esposa. ¡De la madre de Miguel, Gabriel y Rafael! ¿Quién sería? ¿Cómo sería? Se lo había preguntado a menudo, más que nada porque estaba segura de que un día los niños también se lo preguntarían a ella. Pero apenas sabía nada de ella. En todos estos años al doctor sólo se le escapó algo una vez. Le había preguntado por ella y él le había respondido que poco sabía. Eso era todo, pero

desde luego que la sorprendió y le puso a pensar. «Tal vez —elucubró— la madre de Miguel, Gabriel y Rafael no estuviera muerta. Tal vez ni siquiera se había casado con el doctor y los niños fueran el resultado de una aventura o algo por el estilo.» Lo habló una vez con Hannah y ésta lo complicó aún más.

—¡Una violación! —había dicho Hannah. Había pasado algo entre el doctor y una de sus pacientes. Así pues, ésa era la razón por la que había cambiado una ciudad como Bonn por un pueblo como Wolfheim, sugirió. Esa mujer había presentado una querrela y, de resultas, quedó mancillado su nombre. Y probablemente no quiso a los niños porque...—. Perdóname la palabra —había dicho Hannah—, eran muy feos. — Para el doctor, por tanto, constituía una deshonra, y por eso, justo por eso tampoco podía amarlos como lo haría un padre.

A Frau Maenhout le asaltaban esas frases mientras estaba en la consulta frente al armario con los álbumes de fotos, totalmente al albur de lo que pudiera encontrar. En realidad, se había imaginado algo muy distinto.

Pasó un tiempo antes de que se diera cuenta. Cogió el primer álbum de la fila. «VI», aparecía en la esquina superior derecha. No tenía ni idea de a qué podía referirse.

Eran fotos de polaroid, probablemente tomadas por el mismo doctor. Debajo de cada foto, en el margen en blanco, aparecía escrito de nuevo a rotulador «VI», seguido por una fecha del año 1984. Las propias fotos eran extrañas: una mano, una pierna, un pie, una oreja, un ombligo. De eso se dio cuenta después de haber abierto el álbum por varios lugares al azar. Luego comenzó desde delante. Por la primera página.

Reconoció al bebé en seguida. En la primera foto estaba desnudo de espaldas, sobre una cama, o sobre un sofá, no podía distinguirlo. No supo quién de los tres era, pero sí que debía de ser uno de ellos. No había ningún nombre escrito, pero sí una fecha: 29/09/1984. El día de su nacimiento. Lo que a continuación le llamó la atención fue el labio leporino en el rostro. No la cicatriz, porque todavía no había. Era otra cosa. Una herida. Una herida abierta.

El hecho de que la herida estaba abierta lo confirmaba la página siguiente. Resultó un enorme impacto para ella. Al igual que el doctor había fotografiado de cerca manos y pies y diferentes partes del cuerpo, lo mismo había hecho con el labio leporino.

Estuvo jadeando un instante y cerró el álbum de golpe. La imagen se le quedó impresa en la retina.

Luego cogió el siguiente álbum. «V2» leyó en la cubierta. Lo abrió por aquí y por allá y en seguida supo que las fotos eran idénticas a las del primer álbum. No obstante, cogió el siguiente álbum del armario, sólo para leer lo que ya se esperaba: «V3». Y también en ese álbum: manos, pies, piernas. Pero también el tórax, el

occipucio, los hombros, los ojos... todo.

Todo.

Tuvo que sentarse en una silla que había ante la mesa. Estaba mareada.

Un poco después contó los álbumes. Desde la silla. Contó doce álbumes. Un cálculo sencillo. Por cada año, un álbum para cada niño.

No era suficiente. ¿Qué podía demostrar con esto? Nada. Llegó a esa conclusión en el transcurso de la mañana y, tras haber realizado el descubrimiento, había dejado de buscar para subir al dormitorio de los niños, que todavía dormían. No se quedó mucho tiempo con ellos. No podía pensar. Mientras los miraba, veía sin cesar las fotos pasándole por la imaginación a toda velocidad.

Abajo se detuvo un par de veces junto al teléfono para llamar a Hannah. Lo había estado aplazando una y otra vez. En un principio quería intentarlo por sí sola, pero al final la llamó, aunque nadie lo cogió.

Hizo sopa para despejarse un poco la mente. Fregó, planchó. De vez en cuando le entraban sofocos. ¿Qué podía hacer? ¿Qué debía hacer? Estaba desesperada. Lloró.

Por fin, regresó a la consulta. Tenía que haber más. Esta vez su mirada fue directa a la puerta que llevaba al laboratorio. Allí era donde aislaba siempre a sus hijos cuando enfermaban. La sala aséptica.

Tampoco esta puerta se encontraba bajo llave. Eso la decepcionó un poco, porque consideraba que entonces la posibilidad de que tuviera algo oculto sería menor.

No había estado allí muy a menudo. Él mismo se encargaba siempre de la limpieza en esta habitación, y las pocas veces que entró pudo comprobar que lo hacía con el mayor de los esmeros. Ni polvo, ni desbarajuste, ni desorden.

Volvió a llamarle la atención. Ni polvo, ni desbarajuste, ni desorden. Pero esta vez era distinto. Todos los vasos, todos los botes, todas las bandejas, todos los aparatos, entre los que había microscopios y monitores, estaban como si nunca se hubieran utilizado. Las veces anteriores siempre había visto borbotear o humear algo, o en las mesas y armarios se observaban diferentes bandejas y tubitos de muestras con líquidos. Pero esta vez no había nada. Como si la habitación acabara de ser remozada por completo y aguardara su puesta en funcionamiento. Ésa había sido su primera impresión, pero pronto se le ocurrió algo distinto: ha borrado las huellas. Ha recogido y lo ha tirado todo, o lo ha destruido.

Abrió algunos cajones y armarios y comprobó que sus suposiciones podían ser ciertas. En los cajones encontró sobre todo material, mucho todavía empaquetado — pipetas, agujas hipodérmicas, tijeras—, y los armarios guardaban bandejas y tubitos de ensayo vacíos, además de botellas sin abrir con líquidos y polvos.

Había llegado demasiado tarde. Fue la conclusión que hubo de sacar para su pesar.

Luego quiso ponerse a buscar de nuevo entre los historiales de los pacientes, pero antes regresó al armario de los álbumes. Reprimiendo la repugnancia, hojeó los doce álbumes, de delante hacia atrás, pero deprisa y corriendo. Y aunque ya sabía con lo que se iba a encontrar, tuvo que estar tragando saliva de continuo. Había esperado que en algún lugar quizá hubiera una fotografía o una nota o lo que fuera entre las páginas; sea como fuere, una cosa con la que poder hacer algo, pero no fue así. Por eso, cuando pasaba las últimas fotos del último álbum, tuvo la sensación de sellar así también para siempre la vida de los tres muchachos.

En ese instante lo dejó. Ya no tenía ni el valor ni la fuerza para continuar buscando. Quería pasar el resto del tiempo con Miguel, Gabriel y Rafael. Ya vería lo que ocurría tan pronto como el doctor regresara de nuevo a casa. Ya vería.

Ya había dejado el último álbum en el armario y de paso echó un vistazo a la pila de revistas que se encontraba en el otro estante. Todas eran revistas científicas en inglés con títulos tales como *Nature*, *Cell*, *Differentiation*. Cogió un par del rimero, agitándolas para ver si quizá podría caer algo de dentro. Pero también fracasó este último intento, en el que sólo había puesto desesperación.

Hasta que volvió a colocar las revistas en su sitio. En ese momento se fijó en una foto de carné. Aparecía en la portada de un número de *Differentiation*. Le reconoció en seguida por el pelo rojo y el bigote que cubría el labio leporino. En aquella época no llevaba barba. Al pie de la fotografía había una frase en la que una única palabra llamó su atención: «experimental». Buscó el artículo. Lo había escrito él mismo. «Dr. Victor Hoppe» aparecía encima del título, cuyo contenido completo rezaba: «*Experimental genetics of the mammalian embryo*».

—*Mammalian* —pronunció en alto, y se puso a pensar en la palabra francesa *mammalien*. Así que de los mamíferos. «Experimentos genéticos con embriones de mamíferos.» Era algo así. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Miró la fecha en la portada. La revista había aparecido en marzo de 1982.

Fue hojeando las demás revistas con creciente estupor. En todas ellas aparecía el nombre y a veces una foto del doctor. Siempre la misma fotografía. Una sencilla foto de carné. Algunos artículos los había escrito el propio doctor, pero la mayoría trataban sobre él. Se le describía como un *famous embryologist* de la Universidad de Aquisgrán y, por lo visto, allí había realizado experimentos excepcionales a principios de la década de los años ochenta. Los autores se expresaban uno a uno en términos elogiosos para con el doctor y le llegaban a ensalzar a menudo. Pero de pronto cambiaba el tono de los artículos. Se dio cuenta por las palabras empleadas: *investigation*, *falsification*, *fraud*, *chaos*. Esas palabras la estremecieron. Sobre todo las dos últimas: «fraude» y «caos».

Al final, en la revista que se encontraba en la base de la pila, un número de *Nature*, halló un pequeño artículo que trataba de él, pero ya sólo el título lo decía

todo: «*University of Achen: Victor Hoppe resigns*». *Résigner*, pensó, eso significa «dimitir de su cargo» o «resignarse». Y supo que sólo podía ser el primer significado, ya con toda seguridad después de haber echado un vistazo al artículo y de nuevo, una vez más, encontrar esas dos palabras: «fraude» y «caos».

Volvió a sentir un escalofrío recorriéndole la espalda y luego miró la fecha de la revista; se le cortó la respiración: 3 de julio de 1984. Tres meses antes del nacimiento de Miguel, Gabriel y Rafael. Tres meses antes de que el doctor hubiera regresado a Wolfheim.

Arrancó el artículo de la revista como llevada por un acto reflejo.

«Fraude» y «caos». «Caos» y «fraude». Se había estado repitiendo a sí misma varias veces esas palabras intentando encontrar relaciones. Fue sobre todo la palabra «fraude» la que puso en funcionamiento su cerebro, sí, incluso la tranquilizó. Después de todo, eso significaba que el doctor de alguna manera había incurrido en engaño, que había engatusado a personas con cosas que luego no eran verdad. Ahí tenía ella algo a lo que agarrarse.

De repente recordó otras palabras. ¿Cómo lo había expresado? Fue cuando se dirigió a él en relación con la herida en la espalda de Gabriel. Ella había dicho: «No le creo». O: «Ya no le creo».

¿También usted duda de mí?

Algo así había dicho. *Usted también*. Por tanto, ella no era la única.

Tenía una pista. Nada más. Pero era más de lo que habría esperado. Podía seguir investigándolo. Encargaría a alguien que le tradujera el artículo. Se pondría en contacto con la Universidad de Aquisgrán. Todas esas cosas se propuso. No se precipitaría. También había decidido no precipitarse. No podía cometer equivocaciones. Empezaría esa misma tarde, cuando estuviera de regreso en casa. Y luego tenía todo el domingo. No tendría que justificarse hasta el lunes por la mañana, en el caso de que los primeros pacientes informaran al doctor del incidente en el Punto de los Tres Países, pero para entonces confiaba en haber realizado grandes avances. Y de no ser así, seguiría quedando algo de tiempo. Además, ya no importaba que el doctor la despidiera.

El doctor Hoppe llegó a las cinco y media ese sábado por la tarde. Frau Maenhout se encontraba en ese instante con Miguel, Gabriel y Rafael en el aula. Después de que se hubieran despertado a eso de las dos y hubieran comido algo, se subió allí con ellos, pero no les dio clase. Los muchachos estaban bastante distraídos y ella tampoco podía concentrarse. Sí que les leyó en alto. Escogió la historia entre David y Goliat de la Biblia infantil. Sobre cómo un sencillo pastor derrotó a un gigante.

—Quien no es fuerte tiene que ser inteligente —había dicho al final de la historia. Después les encargó que hicieran un dibujo de lo que habían oído.

—¿Cómo de grande era el gigante exactamente? —había querido saber Gabriel.

—Tres metros. Más alto que esto. —Estiró la mano hacia el cielo tan alto como le fue posible.

—Pues en mi hoja no va a caber.

—Tienes que dibujarlo a escala. Todo debe ser más pequeño que en la realidad.

Con este concepto habían tenido dificultades. Algo que en sus cabezas era de tamaño natural y auténtico no podían convertirlo sin más en algo pequeño y plano. Por mucho que se esforzara, no conseguía inculcárselo. Sólo podían imaginarse cosas reales.

Frau Maenhout dibujó a David y a su lado al gigante, cuatro veces mayor.

—Pero ése no es ningún gigante. ¡Es demasiado pequeño! —había gritado Gabriel.

—Ahora cópialo y no discutas.

Notó que esa tarde tenía poca paciencia. Claro, estaba nerviosa. Miraba con frecuencia el reloj. Se mordía las uñas. Entornaba la ventana y contenía la respiración cada vez que un coche pasaba por la calle.

A eso de las cinco ya no lo soportó más. Llamó la atención de los trillizos y les hizo algunas preguntas. Quería prepararlos. No dijo: «Imaginaos que dentro de poco os pregunta alguien...». Simplemente les preguntó:

—¿Qué os parece vuestro padre?

—Es malo.

—¿Por qué?

—Hace cosas malas.

—¿Qué cosas?

—Con agujas. Nos pincha con agujas. Agujas largas.

—¿Sólo eso?

Se quedaron pensándolo un rato y no se les ocurrió nada más. De este modo se dio cuenta de que, en efecto, no había nada más. De todo lo que le reprochaba, pocas cosas podían demostrarse. En resumidas cuentas, el comportamiento con sus hijos era hasta cierto punto irresponsable. Inhumano incluso. Eso era. ¿Pero cómo podía demostrarlo? Nunca los había insultado. Nunca les había propinado un bofetón. En realidad, sólo les sometía a exámenes médicos, aunque fuera de manera continua. Por lo demás, casi siempre los retenía dentro de casa. ¿Pero eso era un crimen? ¿Constituía un delito?

Exhaló un profundo suspiro e intentó despejarse la mente. Tenía la cabeza a punto de estallar.

«Fraude» y «caos». Tenía que concentrarse en eso.

Cuando a las cinco y media el taxi paró delante de la puerta, se dirigió a la ventana. Sintió que el corazón se le salía por la boca. El doctor bajó del taxi y ella retrocedió de forma automática un paso para que no pudiera verla.

—Ha llegado vuestro padre —les dijo a los niños—. Recoged. Subirá en seguida. Pero no subió.

Estuvo esperando cinco minutos. Diez minutos. Le oía atareado en la consulta. Ojalá no descubriera que había estado husmeando. Fue repasando con el pensamiento si había vuelto a dejar todo tal como lo había encontrado, cada cosa en su lugar.

¿Por qué no subía? ¿Por qué no venía a comprobar si todo estaba en orden?

Entonces decidió bajar con los niños para después irse a casa. Fue hacia la ventana y quiso cerrarla, pero un ruido procedente de fuera llamó su atención. Miró hacia arriba. El cielo estaba completamente despejado, salvo algunos altos velos nubosos, pero sonaba como si a lo lejos estuviera acercándose una tormenta. Abrió un poco más la ventana y se asomó. El sonido atronador procedía del otro lado de la Napoleonstrasse y aumentaba con rapidez. Ya lo había oído antes, pero ahora mismo no sabía decir dónde. El ruido era transportado por el viento en oleadas monótonas. Era como si se estuviera acercando un gran número de motocicletas. Pero tampoco era eso.

De repente cayó en la cuenta y en ese mismo instante palideció. Al darse la vuelta, vio en la manera en que Miguel, Gabriel y Rafael levantaban la cabeza que ellos también habían reconocido el ruido.

—El coche —dijo Gabriel—. Es el coche de ese señor. —Su voz apenas podía oírse debido al estruendo del automóvil, que ahora se encontraba cerca.

Frau Maenhout no dijo nada más y, concentrada, siguió escuchando el retumbo. Miró su reloj. Eran casi las seis menos cuarto. Otto Reisinger regresaba probablemente del Punto de los Tres Países, donde había mantenido abierta la torre de Balduino hasta las cinco.

«Va de camino a la Albertstrasse —pensó—, así que pasará de largo con el coche.»

Pero no pasó de largo. El enorme estruendo del tubo de escape roto se detuvo un instante y luego desapareció de repente. Frau Maenhout tragó saliva y miró por la ventana. El guardián de la torre había aparcado su Simca delante de la casa y había parado el motor. Se agachó al asiento del copiloto para coger algo y luego se bajó del coche. Cerró la puerta de golpe. En la mano llevaba la espada de madera, que, por lo visto, había arreglado. Frau Maenhout se llevó las manos a la boca y vio cómo llamaba al timbre. Empujó la cancela, que todavía estaba abierta, y enfiló la senda del jardín.

Ella, con la respiración contenida, se volvió entonces y miró a los niños.

—¿Ya hemos rezado esta tarde?

Lo dijo de pronto. No sabía por qué. Sí que lo sabía, pero no quería admitirlo. Tenía miedo.

Se dirigió hacia los tres pupitres, donde los hermanitos ya tenían juntadas las manos. Abajo, en el vestíbulo, se oían voces.

—Padre nuestro... —empezó entonces.

—Una señal de la cruz —la interrumpió Rafael—, primero tenemos que santiguarnos.

—Tienes razón —dijo llevándose ya la mano derecha a la frente.

—En el nombre del Padre...

Medio susurrando, los muchachos repetían lo que ella iba diciendo, como les había enseñado. Cerró los ojos y se puso a escuchar las monótonas voces de los niños.

—Padre nuestro que estás en los cielos...

No permitiría que nadie la fastidiara. Se lo propuso. Se defendería. Diría que todo era culpa de él. Y era cierto, ¿no?

—... perdónanos nuestras deudas...

—¡Gracias, Herr Reisiger! —sonó la voz del doctor—. ¡Hasta la vista!

Los niños, imperturbables, continuaban rezando.

—... no nos dejes caer en la tentación...

Abajo se cerró la puerta de la calle.

—... mas líbranos del mal. Amén.

Entonces oyó cómo el doctor subía por la escalera. Decidió a toda prisa que saldría a su encuentro. No quería que montara una escena delante de los niños.

—Vuelvo en seguida —les dijo. Ya habían levantado una mano para santiguarse.

—La otra mano —se dirigió rápido a Miguel, que había levantado la mano izquierda.

Luego fue hacia la puerta. Se le había acumulado la tensión en las manos, que no podía dejar quietas, como si estuviera moliendo algo dentro de ellas. Fuera, el coche de Herr Reisiger empezaba a hacer ruido de nuevo. Nada de gruñidos ni de retumbos elevados esta vez, sino un agudo aullido prolongado que sólo se detenía brevemente. Abrió la puerta y salió al rellano.

El doctor acababa de llegar arriba. En la mano llevaba la espada de madera. Le miró a la cara de sopetón para tantear su humor, pero, como siempre, su semblante no revelaba nada.

—Herr Reisiger... —comenzó a hablar.

El penetrante sonido del coche en el exterior se presentó otra vez de pronto con toda su violencia. El doctor se calló un momento y luego empezó de nuevo:

—Herr Reisiger ha traído la espada. Dijo...

—Es culpa suya —le interrumpió.

Apretó las manos de manera compulsiva. Se defendería. Se lo había propuesto y perseveraría en lo que se había propuesto.

—¿Qué?

«Está fingiendo —pensó—. Intenta lavarse las manos.»

—Es culpa suya que hayamos llegado a este punto —dijo ella.

El agachó la cabeza.

—No es cierto —dijo—. No es culpa mía.

—¿Qué? —repuso ella sorprendida y furiosa a la vez.

Él empezó a menear la cabeza y, mientras lo hacía, siguió mirando al suelo.

—Yo he hecho el bien. Sólo he hecho el bien. Yo no quería esto.

«Está desvariando —pensó Frau Maenhout—, casi parece como si hubiera estado bebiendo.»

Siguió moviendo la cabeza de un lado a otro de manera extraña. Desde el exterior volvía a sonar el aullido del coche, pero la voz del doctor se oía por encima.

—Él lo ha querido así. Él. Yo he intentado impedirselo. Lo he intentado. Pero...

Pasó la mano por la hoja de madera de la espada y dio un paso adelante. Parecía como si se tambaleara.

—Yo quería hacer el bien. Yo siempre he querido hacer el bien.

«Caos» y «fraude». Esas palabras volvieron a pasársele por la imaginación. Esas palabras las pronunció entonces también ella:

—«Caos» y «fraude». —Dio un par de pasos hacia un lado, apartándose de él—. «Caos» y «fraude». Eso es lo que le reprochan a usted. Usted ha engañado a todo el mundo. Siempre. En el pasado. Y ahora.

En ese instante resonó fuera una fuerte detonación. Ella se asustó, pero el doctor pareció no percibir el sonido.

—No puede decirme eso. No puede decirme eso.

Volvió a dar otro paso en su dirección. Ella retrocedió a su vez. Presintió que había dado con su punto débil y continuó:

—Usted no está a la altura de la verdad. Usted no se atreve a afrontarlo. Usted se tiene a sí mismo en demasiada estima.

—No puede decirme eso —repitió. Empezó a menear la cabeza con mayor vehemencia. Como un niño al que han pillado in fraganti, pero que no lo quiere reconocer. Eso le recordaba. Al instante siguiente, el doctor salió disparado hacia delante. Ella no se lo esperaba y, en un acto reflejo, retrocedió otro paso. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba cerca de la escalera, pero ya era demasiado tarde.

—¿Herr Doktor? No me arranca el coche. ¿Podría usted...?

El guardián de la torre había entrado en la casa del doctor y se detuvo en seguida.

—¡Dios mío! —exclamó.

El doctor Hoppe se encontraba arrodillado junto a Frau Maenhout, que yacía en el suelo a los pies de la escalera, mantenía los dedos índice y medio apretados contra su cuello, esperó un momento y luego levantó la cabeza.

—Dios da y Dios quita —dijo.

Otto Reisiger meneó la cabeza y se santiguó con un movimiento lento.

Él no había querido que pasara esto. Victor Hoppe no lo había querido. Sólo había querido devolverle la espada. Nada más. Pero entonces ella había dicho cosas. Había afirmado cosas. Y en él se había desatado algo que era más fuerte que él mismo. Eso lo sabía él. Y que el mal debía combatirse. Eso también lo sabía.

Segunda Parte

En obras de consulta y estudios científicos, la carrera de Victor Hoppe se resume casi siempre como sigue:

El embriólogo alemán Victor Hoppe se doctoró en la década de los años sesenta en la Universidad de Aquisgrán con una tesis doctoral sobresaliente sobre la regulación del ciclo de la célula. Trabajó durante años en Bonn como médico especialista en reproducción asistida y sorprendió a la ciencia en 1979 al conseguir crías de ratones procedentes de padres exclusivamente machos o hembras. Aceptó una cátedra en funciones para dedicarse a la investigación en la Universidad de Aquisgrán y en diciembre de 1980 volvió a asombrar al mundo clonando ratones. Con este experimento se convirtió en el primer científico en aplicar con éxito esta técnica en mamíferos. Tres años después fue acusado de fraude por algunos colegas, pues resultaba imposible la repetición de los experimentos tomando como base sus informes, y el propio doctor Hoppe se negó a demostrar la fiabilidad de su método. En junio de 1984, tras la investigación de una comisión independiente, finalizó sus actividades en la universidad y se retiró de la ciencia. Algunos científicos lamentaron a posteriori todo este episodio y aseguraban que con la desaparición del doctor Victor Hoppe se había perdido un gran talento, pero otros siguieron tachando su obra de chapucería de diletante.

Estas cosas siguen pudiéndose leer hoy en día en diferentes partes. Salvo la nacionalidad, que es errónea, todo lo demás es cierto. Pero se trata sólo de una verdad a medias. Si lo miráramos con lupa, la historia sería bien distinta.

El martes 16 de diciembre de 1980, a las cuatro y media de la tarde, el redactor jefe de la revista científica *Cell* recibía en Londres una llamada telefónica del doctor Victor Hoppe. Al redactor jefe ese nombre le resultaba conocido, pero en ese instante no caía. En un inglés en el que podía percibirse cierto acento alemán, el doctor le preguntó por la fecha límite de entrega de artículos para el número siguiente de la revista. Nervioso, añadió que tenía noticias importantes que comunicar. Su voz sonaba como si hubiera puesto un pañuelo sobre el auricular.

El redactor jefe le informó de que la fecha límite de entrega para el número de enero hacía una semana que había expirado; estaba esperando las galeradas de un momento a otro. Para el número de febrero sí que tenían aún abierto el plazo, en el caso de que quisiera enviar algún artículo.

El doctor Hoppe no quería esperar tanto.

—*It's too important* —dijo.

Con cierto recelo, el redactor jefe preguntó de qué se trataba. Hubo un titubeo al otro lado de la línea. Después, sonó muy seguro de sí mismo:

—Clonación. He clonado ratones.

En seguida consiguió despertar la atención del redactor jefe. Si fuera verdad,

desde luego que serían noticias importantes. Esta información le recordó de pronto quién era Victor Hoppe: el biólogo alemán que hacía un par de años había publicado en *Science* un llamativo artículo sobre la manipulación de los embriones en ratones.

—Es de veras una primicia —dijo el redactor jefe.

—Quiero publicar el informe de mis experimentos lo antes posible, ¿comprende?

—Lo comprendo muy bien —respondió el redactor jefe, muy complaciente de repente—. Quizá pueda hacer algo con este número. ¿Podría enviarme hoy por fax el artículo?

—Hasta mañana, no.

—Andamos muy justos de tiempo. Debería tenerlo aquí como muy tarde a las doce. ¿Será posible?

Quedaba un día más de margen, pero se lo calló. Cuanto más tiempo tuviera, tanto mayor sería la posibilidad de que otras revistas lo averiguaran e intentaran comprar la primicia.

—A las doce. Tendrá que ser posible.

—Muy bien. ¿Cuántos ratones ha clonado ya, si me permite la pregunta?

—Tres. Tres ejemplares.

—Fantástico. Espero su informe con impaciencia.

—Unos cuantos detalles más y estará terminado. Puede contar con ello.

Cuando Victor Hoppe colgó el teléfono en Aquisgrán, todavía no llevaba mucho escrito del artículo que debía entregar al día siguiente. Sí tenía la estructura en la cabeza y también había anotado en el procedimiento los datos numéricos de cada paso y tomado unas cuantas fotografías, pero nada más. Sabía que debía hacer mayor hincapié sobre todo en su técnica. Al fin y al cabo, la mayoría de sus colegas utilizaban un virus para conseguir que las células se unieran entre sí, dejando al azar el proceso más importante de la clonación. El empleaba una técnica que había sido desarrollada en la década de los años setenta por el catedrático inglés Derek Bromhall y que él mismo había perfeccionado: con la ayuda de una pipeta microscópica implantaba un núcleo extraño en la célula y, sin sacar la pipeta, extraía de ella el núcleo original. De este modo, la pared celular sólo recibía una herida que así sanaba antes. La citocalasina B, sustancia recientemente descubierta con la que a continuación trataba a la célula, procuraba que ésta se mantuviera blanda, propiciando de esta manera la fusión con el nuevo núcleo.

En teoría, todo era sencillo, pero en la práctica este método requería, además de mucha aplicación, muchísima más habilidad de la que normalmente se necesitaba para introducir un hilo por el ojo de una aguja. Muchos intentos habían fracasado porque la pared celular sufría demasiados daños o porque, con el núcleo, se había succionado además demasiado citoplasma. También la fusión del núcleo con la nueva

célula transcurría raras veces sin problemas, y el desarrollo posterior en embrión de una célula reconstruida ya sí que era imposible de controlar. Las cifras que el doctor Hoppe llevaba en cuenta no eran ninguna bagatela. De las doscientas cuarenta y dos células de ratones blancos seleccionadas, ni siquiera la mitad sobrevivió a la intervención de microcirugía en la que se les sustituía el núcleo por uno celular procedente de un ratón marrón. De ese grupo sobrante sólo se fusionaron cuarenta y ocho con el nuevo núcleo. Luego estuvieron en cultivo durante cuatro días, tras lo cual se desarrollaron dieciséis células hasta convertirse en un minúsculo embrión y, por tanto, resultaron aptas para implantarse en los úteros de algunos ratones blancos. A pesar de ese bajo número —ni siquiera el tres por ciento de las células había alcanzado el penúltimo estadio—, Victor Hoppe ya había cosechado con él un éxito que sus colegas nunca habían conseguido, porque hasta la fecha era en la fase de cultivo cuando fracasaban los enconados esfuerzos de éstos.

Después tuvo que esperar tres semanas hasta que los embriones estuvieran completamente desarrollados y listos para nacer. En esa época había estado trabajando con una nueva serie de células. Para su desesperación, esta vez no sobrevivió al cultivo ni una sola célula, de manera que puso todas sus esperanzas en los embriones ya implantados. Los ratoncitos vendrían desnudos al mundo y tres días después, cuando empezara a aparecer el primer pelo, el doctor sabría si el experimento había sido un éxito. Las dieciséis células reconstruidas deberían ir creciendo hasta convertirse en ratones clonados marrones; los quince óvulos fecundados normalmente, que había implantado junto con los otros en los diferentes úteros, serían ratones normales con el mismo pelaje blanco que debería producir la madre.

Los ratones nacieron el 13 de diciembre de 1980 en un laboratorio de la Universidad de Aquisgrán.

Para excluir cualquier riesgo, los trajo al mundo con cesárea. Esa intervención fue una operación sencilla tras la microcirugía que había sido necesaria para intercambiar los núcleos de las células. Comparada con ella, era como si de repente tuviera entre las manos un animal con el tamaño de un caballo adulto. Sin embargo, hubo de concentrarse mucho, porque la tensión hacía que le temblaran las manos.

Las primeras de las cinco ratonas madre blancas —para distinguir las, les había dibujado con tinta puntos en la piel que iban del uno al cinco— no dieron el resultado esperado; por el contrario, de las ocho crías que nacieron muertas, sólo tres podían reconocerse físicamente como ratones. De las otras cinco, tres tenían la caprichosa forma de una uva pasa y dos guardaban un curioso parecido con un reducido embrión humano de tres meses que hubiera nacido muerto por un aborto espontáneo. El último ratón deformado tenía una piel más fina que el papel cresponado, casi transparente, y a través de ella podían verse todas las vísceras. El doctor Hoppe estaba

decepcionado, pero después de haber introducido a las crías del primer ratón en formol realizó una cesárea a la segunda ratona con renovadas esperanzas. Cuatro de los cinco embriones implantados también nacieron aquí muertos y unidos de dos en dos. Una pareja compartía la espina dorsal y la otra pareja tenía sólo un trasero. Sin embargo, su atención se dirigió en seguida al quinto ejemplar, que era dos veces mayor que los otros ratones y, sobre todo, ¡estaba vivo aún! Pero eso era todo. Mucho movimiento tampoco había en el animalillo —sólo eran visibles algunos tirones musculares de las patas traseras—, y por ello el doctor se puso manos a la obra con toda rapidez cogiendo una pipeta para bombearle aire por el minúsculo hocico.

—¡Respira! ¡Respira! —exclamaba como si estuviera dirigiéndose a un ser humano.



—¡Respira! ¡Respira!

La voz deforme del doctor Karl Hoppe resonaba en la casa de la Napoleonstrasse 1, en Wolfheim, donde poco antes había ayudado a su mujer a traer al mundo a un hijo. Era el lunes por la mañana del día 4 de junio de 1945. Las contracciones empezaron ya el 2 de junio y el propio parto duró nueve horas.

Así pues, era un chico. Entonces se llamaría Victor. Ya lo habían acordado. Sin embargo, el sexo lo confirmó el padre sólo en segunda instancia. Su mirada se había dirigido primero a la cara de su hijo. A través de la neblina de mucosidad y sangre que ocultaba boca, nariz y mejillas en seguida vio lo que se había temido: el niño tenía el labio leporino que él mismo había heredado de su padre.

En el pueblo, muchos pensaban que una anomalía así se producía en el niño si la madre veía una liebre muerta en la décima semana de gestación. Su propia mujer creía también en ese cuento, aunque él hubiera insistido en que la anomalía se encontraba en la sangre de la estirpe Hoppe, como ocurría también con el color rojo del pelo, que heredaban casi todos los descendientes. Sin embargo, durante todo el período de embarazo no apareció ni una vez por la carnicería, y, cuando tenía que pasar por delante del escaparate lleno de carne, continuaba siempre con la mirada dirigida hacia delante.

No sirvió de nada. El niño nació con labio leporino. Fue también lo primero que le preguntó su mujer. No si era niño o niña, sino si...

Se llevó la trémula mano a la boca rodeada de gotas de sudor. Él sólo asintió con un gesto de la cabeza y luego dijo que era niño. Quizá eso pudiera quitarle la idea de la cabeza. Ella cerró los ojos y suspiró.

El niño respiraba de manera muy irregular y por eso le puso en seguida una

máscara de oxígeno sobre su boca maltrecha. El doctor Hoppe estuvo apretando el globo negro cada tres segundos para llevar así aire a los pulmones de su hijo.

—¡Respira! ¡Respira! —gritaba.

Si dejaba de hacerle la respiración artificial, había muchas posibilidades de que el niño muriera antes de empezar a vivir. Mientras seguía apretando de forma mecánica, el doctor se preguntaba si tal vez no sería mejor para el chico no superarlo. Esa idea le atormentaba. Ya había ayudado a traer al mundo un par de veces a niños deformes, con anomalías mucho peores que un labio leporino, y en esas ocasiones nunca llegó a plantearse esta cuestión. Siempre había luchado por la vida de los niños, como le habían inculcado, pero ahora, con su propio hijo, con su primogénito, las dudas le abrumaban. Su propio pasado constituía de pronto un obstáculo. Con cada apretón que le daba al globo tenía la sensación de estarse asestando una puñalada a sí mismo. Cuando de pronto dejó de apretar, alegando como pretexto que lo hacía para ver si el niño podía respirar de manera autónoma, fue como si se le cayera de los hombros una pesadísima carga.

—¿Está vivo, Karl? —sonó entonces a su espalda—. ¡Dime en nombre de Dios que todavía vive!

La voz implorante de su esposa le despertó de la enajenación. Empezó a bombear de nuevo con todas sus fuerzas aire en los pulmones de su hijo.

Los berridos que resonaron un poco después respondieron a la pregunta de la madre.



El ratón no lo consiguió, a pesar de los esfuerzos de Víctor. Trece ratones muertos y ni un solo ejemplar vivo. Ese era el balance provisional que le procuró al doctor una sensación desagradable, si bien resultó ser precipitada, porque al cabo de media hora sacó del tercer ratón seis crías vivas. Aunque dos nacieran con los cráneos pegados y murieran bastante rápido, las otras cuatro parecían perfectas. Cada ratón tenía el tamaño y la forma de una falange humana, pero con una cola, cuatro patas y dos orejas. La piel era lampiña y rosada. Los ojos cerrados estaban abultados. Las bocas empezaron a abrirse y a cerrarse en seguida, buscando un pezón. Víctor se sentía aliviado. De los seis embriones implantados, tres habían sido reconstruidos, así que de estos cuatro seguía habiendo un ejemplar clonado. Las manos del doctor temblaban cuando puso al cuarteto en una cajita con papel cortado, que colocó bajo una lámpara caliente. El primer día los alimentaría él mismo con una pipeta y un poco de leche y luego los repartiría entre otros ratones que habían engendrado crías un par de días antes de modo natural, pues las madres inexpertas se comían a veces a

su progenie recién nacida.

Del cuarto ratón sacó de nuevo cuatro crías, y también el último ratón trajo más esperanza que desilusión, porque cinco de los siete embriones se habían desarrollado hasta transformarse en ratones vivos, de manera que el total ascendía a trece: un resultado que descollaba por encima de cualquier expectativa.

Tres días después, en la noche del 16 de diciembre de 1980, Victor descubrió en tres de las once crías de ratones —un día después del nacimiento dos habían muerto por razones inexplicables— pelo de apariencia marrón, mientras que en los ocho restantes ya se vislumbraban claramente pelillos blancos sobre la piel rosada. La tensión que había ido acumulando las pasadas setenta y dos horas desapareció de pronto. En su lugar surgió una suerte de embeleso que le mantuvo con la mirada fija en los tres ratones durante media hora, mientras mamaban con fruición de los pezones de su madre. De vez en cuando acariciaba a una de las crías con la puntita del dedo.



Johanna se había imaginado el labio leporino de su hijo de una manera bien distinta. En el peor de los casos, habría esperado un corte superficial de un par de centímetros que habría desaparecido en seguida con algunos puntos de sutura. De su marido sólo conocía la cicatriz, y nunca se había parado a pensar en el aspecto que el labio habría tenido en su día. Cuando Karl Hoppe dejó al niño en sus brazos, estaba tan consternada que le apartó al instante de sí.

—¡Llévatelo de aquí! —gritó levantando los brazos al aire en un gesto de espanto que hizo rodar al niño hasta acabar con la cara en el vientre aún desnudo de la madre.

Karl vaciló, no porque también sintiera quizá repugnancia, sino porque en toda su carrera profesional jamás había vivido esta situación. Todas las mujeres a las que había ayudado a parir estrechaban de inmediato a su hijo entre los brazos, incluso si había salido algo mal. Con algunas había que insistir para que lo soltaran.

—¡Llévatelo de aquí, Karl!

Johanna tuvo la sensación de que la boca del niño se le pegaba a la piel como una ventosa y, cuando su marido se lo arrancó por fin, esa sensación perduró, de manera que siguió observándose el vientre, espantada, para ver si el niño había desaparecido de verdad. En el lugar que había estado, quedaban rastros de sangre del cordón umbilical. Como creía que eran las huellas dejadas por el labio escindido de su hijo, empezó a gritar de repugnancia.

El día después de su nacimiento, Victor Hoppe fue acogido en el convento de las clarisas en La Chapelle, a un par de kilómetros de Wolfheim. Había sido mordido por el diablo. Eso al menos era lo que pensaba su mojugata madre, ya que ella había evitado cualquier contacto con liebres vivas o muertas, no sólo al principio del embarazo, sino durante los nueve meses enteros, y a pesar de todo el rostro de su hijo apareció mutilado. Así pues, otras fuerzas deberían estar implicadas. Bien mirado, no había otra explicación.

El capellán Kaisergruber, que vino a bautizar al niño, confirmó sus sospechas.

—*Mon Dieu!* —exclamó el capellán nada más verlo, santiguándose de inmediato. Eso fue algo que no se le escapó a Johanna.

—Es culpa del diablo, ¿no es cierto? —le preguntó. Ella esperaba una respuesta afirmativa para no tener que reprocharse nada a sí misma, y fue lo que recibió. Sólo hizo una inclinación de cabeza, pero para ella ya fue suficiente. En ese par de segundos que transcurrieron entre la pregunta de ella y la respuesta de él, el capellán había mirado al doctor, que estaba en un rincón de la habitación poco iluminada y mantenía una mano ante la propia boca mutilada.

Es su culpa. Él ha transmitido el mal. No tenía que haber traído hijos al mundo. Eso pensaba el capellán Kaisergruber, pero no lo dijo. Sentía demasiado respeto por el doctor. Así que asintió en silencio. La madre entonces dejó escapar un suspiro en el lecho de parto.

El convento de las hermanas clarisas en La Chapelle había sido siempre una institución para niños discapacitados física y psíquicamente, pero durante la guerra la hermana Milgitha, la abadesa, decidió mantener las puertas abiertas sólo a los burgueses acomodados de Bélgica y Francia que habían tenido que huir abandonando sus casas. El final de la guerra obligó a la orden a reabrir el hospital. Victor Hoppe fue el primer paciente, y como su anomalía física no era ninguna discapacidad real, en el informe clínico se escribió que mostraba indicios de deficiencia mental. No se mencionaban más detalles. En la parte inferior, los dos padres habían plasmado sus firmas.

La elevada cantidad mensual para el cuidado y educación de Victor fue calculada por la hermana Milgitha basándose en los posibles ingresos del doctor y fue aumentada un poco más después de haber visto al bebé. A los padres les dijo que el suplemento debía cubrir gastos extraordinarios tales como tetinas especiales y productos de desinfección. Sin embargo, a otra hermana le dijo que había pedido un aumento porque estaba convencida de que el doctor Hoppe y su esposa pagarían cualquier precio por librarse del niño, lo que también pudo deducir de las palabras

pronunciadas por el capellán Kaisergruber.

Este había sugerido a los padres que confiaran de momento al niño al cuidado de las hermanas clarisas. La hermana Milgitha le había llamado no hacía ni una semana para decirle que iba a abrir de nuevo el hospital. Le había preguntado si quería rastrear por ahí para ella nuevos *desheredados*; así los llamaba de forma literal. Ni que decir tiene que el rastreo sería recompensado. Después de todo, era evidente que le gustaría convertirse en párroco pronto.

El capellán jamás habría pensado que encontraría tan rápido a un primer desheredado.

—Hay que combatir el mal —les dijo al doctor y a su esposa después de haber bautizado al niño. Durante la ceremonia había pellizcado al bebé en el culo sin que le vieran para que éste empezara a llorar como un poseso cuando le vertieran el agua bendita sobre la cabecita. La madre se llevó las manos a los ojos y el padre apartó la vista. Luego, el capellán repitió esa misma acción dos veces más.

Pellizcar. Bautizar.

Pellizcar. Bautizar.

Ya se había quedado sin agua bendita. El llanto del pequeño Victor era desgarrador.

—El mal sólo puede combatirse con la ayuda de Dios —dijo articulando despacio. Dejó en la cuna al niño llorón sin secarle la cabecita, con los finos pelillos rojos pegados contra el cráneo. El paño en que estaba enrollado el bebé se encontraba completamente empapado.

Miró a la madre a los ojos y dijo, aparentemente como de pasada:

—Las hermanas de La Chapelle han vuelto a abrir la institución.

Se abstuvo de mirar al doctor, porque no tenía ni idea de cuáles eran sus pensamientos al respecto. De la madre estaba casi seguro de que no quería al niño. No quiso cogerlo durante el bautizo, y también llamaba la atención cómo evitaba cualquier contacto visual con él.

La madre levantó los ojos hacia su marido. El capellán apartó la mirada con discreción y movió la cabeza en dirección a la cuna, en la que Victor seguía llorando con todas sus fuerzas. Con un gesto ampuloso, el capellán le llevó la mano al rostro, miró de soslayo por debajo de esa mano al bebé y meneó ligeramente la cabeza para mostrar lo preocupado que estaba. Tenso, esperó una respuesta, pero ésta no llegaba.

—Puedo... —empezó por eso dirigiéndose de nuevo a Johanna—, puedo concertar una cita entre ustedes y la hermana Milgitha.

—Aún tenemos... —dijo el doctor entonces, pero fue interrumpido de manera abrupta por su esposa.

—¡Quiero que se vaya de aquí, Karl! —dijo con vehemencia.

—Johanna, debemos...

—¡Tiene el diablo dentro! —gritó la madre medio histérica—. ¡Tú mismo lo has visto! —De golpe volvió el rostro hacia el capellán. Su mirada le obligó a interceder.

—Herr Doktor —dijo calmado—, me parece lo mejor para el niño.

En los ojos del doctor algo cambió en ese momento. Por un instante miró con sorpresa, después le apareció un ligero rasgo de severidad en la mirada, como si intentara evocar algo. El capellán dedujo que sus palabras habían desatado algo en su interior y así tocó adrede por segunda vez la fibra sensible del doctor.

—Tiene que pensar en su futuro —dijo mirando al padre fijamente a los ojos.

Con un movimiento lento, el doctor Hoppe dirigió la mirada a la cuna. El llanto venía en oleadas con pequeñas pausas entremedias, en las que el bebé cogía aire, e iban emparejadas con un sonido desagradablemente chillón.

—Piense en el niño, Herr Doktor.

El capellán veía cómo el padre respiraba hondo y le oyó decir:

—Concierte usted una cita. A poder ser, para hoy mismo.

Al instante siguiente, el doctor dio media vuelta y salió a toda prisa de la habitación.

El convento de La Chapelle contaba con diecisiete hermanas entre 1945 y 1948; durante ese período, el hospital tenía doce pacientes por término medio. Victor Hoppe fue en aquella época el paciente más joven, y Egon Weiss, el mayor. Egon tenía veintisiete años cuando le ingresaron, un mes más tarde que a Victor, y, según los términos usuales en aquellos tiempos, era idiota, el grado más elevado de deficiencia mental. Casi toda su estancia en el manicomio la pasó atado a la cama, desde la que un día sí y al otro también se pasaba horas y horas produciendo sonidos animales sin cesar. Sin duda, tenía el diablo metido en el cuerpo.

Lo que más le gustaba a Egon Weiss era aullar como un lobo o gruñir como un perro salvaje. Las hermanas y los demás pacientes se desesperaban, pero Victor, por el contrario, estaba completamente fascinado. La caprichosa voz de Egon ofrecía una grata alternativa al conjunto de monótonos cantos y oraciones con que se bombardeaba a los pacientes y en cuyo provecho las hermanas albergaban más esperanza que en cualquier otra medicina.

La mayoría de los pacientes pasaba los días en ociosidad. Algunos se trasladaban por las mañanas de la cama a la silla, otros se levantaban y seguían de pie hasta que se les permitía volver a acostarse. Una vez al día, todos los pacientes debían visitar la capilla. Si no podían andar por sí solos, se les llevaba en silla de ruedas. A Victor le llevaban. Los cánticos eran en latín, y las oraciones, en francés e inglés, confiando así las hermanas en que cada paciente pudiera comprender algo. Una monja se sentaba delante y rezaba o cantaba en voz alta y las demás hermanas se hallaban desperdigadas entre los pacientes, que en su mayoría asistían dóciles a cada sesión. Unos pocos llegaban incluso a murmurar el padrenuestro o el avemaría.

Sólo Egon Weiss seguía aullando, y, a menudo, le llevaban de regreso a la gran sala antes de tiempo. Los barbitúricos apenas le hacían efecto, porque incluso en sueños seguía vociferando como si le estuviera persiguiendo una jauría de perros. Únicamente tras sucesivas inmersiones en baños de agua helada, agua hirviendo y luego otra vez agua helada se tranquilizaba. Entonces se quedaba callado más o menos una hora, el tiempo que necesitaba para secarse.

Victor guardó silencio tres años. Durante su primer año de vida se aceptaba todavía que no podía articular sonidos debido a su anomalía, pero cuando le operaron el labio leporino y siguió sin decir palabra, las hermanas supusieron que era demasiado tonto para aprender a hablar. Algunas pruebas adicionales, a las que no reaccionó, corroboraron esa suposición y demostraron su deficiencia mental a ciencia cierta.

Su padre, al principio, había albergado alguna esperanza de que todo se arreglara. Al no ser así, sintió cierto alivio, porque ahora era seguro que a su hijo le habían ingresado en la institución con razón debido a su deficiencia mental. La idea de que el labio leporino fuera decisivo le procuró más de una noche de insomnio. Durante el primer año iba a visitarle todas las semanas, y cada vez que veía al pequeño grupo de retrasados mentales, imbéciles e idiotas, tenía la sensación de que su hijo no encajaba allí.

Pero, por fortuna, al final resultó que el muchacho también era subnormal.

La madre no se pasó a verlo ni una sola vez. Ni siquiera preguntaba por él a su esposo, quien también callaba, salvo ese preciso día.

—Le han declarado retrasado mental —dijo—. Las pruebas lo han demostrado de manera oficial.

Johanna parpadeó. Ésa fue su única reacción ante la noticia.

—Ahora puede quedarse —continuó él, sin embargo— tanto tiempo como queramos.

Su esposa le miró expectante.

—He dicho que apreciaríamos mucho si las hermanas quisieran seguir encargándose de él. Para el muchacho es lo mejor. La hermana Milgitha estuvo de acuerdo.

Su esposa asintió. Siguió asintiendo hasta que él se volvió y quiso salir de la habitación.

—¿Por qué nos tiene que pasar esto a nosotros, Karl? —preguntó con un ligero matiz de desesperación en la voz.

Esta vez fue él quien calló. No tenía respuestas, salvo que tal vez no tendrían que haberse planteado nunca tener hijos. Pero nunca lo habían hablado. Y ahora ya era demasiado tarde.



El 25 de julio de 1978 nació en Inglaterra Louise Brown. Fue el resultado de la excelente colaboración entre el zoólogo Robert Edwards, de Manchester, y el ginecólogo Patrick Steptoe, de Oldham. Edwards había empezado en la década de los años sesenta a realizar experimentos relacionados con la fertilización in vitro; Steptoe había descubierto en la década de los años setenta un método con el que los óvulos podían extraerse del vientre y luego volverse a colocar en el mismo por vía vaginal. En el otoño de 1977 crearon a Louise Brown haciendo confluír de manera artificial en una placa de Petri un óvulo de la madre y un espermatozoide del padre, tras lo cual el embrión resultante fue introducido de nuevo en el vientre de la madre. La noticia que dieron a conocer en el verano de 1978 sorprendió al mundo entero, y, sobre todo, hubo reacciones encontradas con sentimientos de desaprobación y de admiración. Para Victor Hoppe, quien también había estado realizando experimentos durante años para alcanzar el mismo fin, el nacimiento del primer bebé probeta significó el triste final de su propia investigación.

Durante sus investigaciones para la tesis doctoral en la Universidad de Aquisgrán había comenzado con pruebas en óvulos de anfibios y ratones, y en 1970, cuando empezó a trabajar en una clínica de fertilidad en Bonn, acometió los primeros intentos de fecundación de un óvulo humano fuera del útero. Esos óvulos los obtuvo gracias al hospital de Bonn y procedían de ovarios que habían sido extirpados en intervenciones ginecológicas. Utilizó su propio esperma para los experimentos. Al cabo de cinco años encontró la técnica y los fluidos apropiados que permitían la unión de óvulo y espermatozoide en una placa de Petri. Ese óvulo fecundado lo traspasó después a otra solución para que se desarrollara hasta convertirse en un embrión, como antes lo había conseguido con óvulos de ratones. Sin embargo, hubo de pasar todavía un año antes de que llegara a dominar también ese procedimiento, pero con él obtuvo rápidos resultados.

En la primavera de 1977, sobre la base de esos resultados, convenció a algunas parejas para colaborar en experimentos posteriores. De esas parejas, las mujeres respectivas no eran capaces de producir óvulos maduros a causa de una anomalía en los ovarios. El doctor Hoppe les propuso fecundar un óvulo ajeno con el semen del hombre y, tres días más tarde, tan pronto como el embrión tuviera ya dieciséis células, introducirlo en el vientre y en la pared del útero de la madre mediante una incisión. Esta operación la realizó nueve veces en un año y medio con cuatro mujeres diferentes. Los fetos fueron rechazados por el cuerpo otras tantas veces en menos de tres semanas. El último rechazo se produjo dos días después del nacimiento de Louise Brown. Cuando se dio a conocer la noticia, el doctor Hoppe guardó para siempre los

muchos apuntes que había tomado durante todos esos años.

Victor Hoppe escribía siempre sus apuntes en todo tipo de papel, adquirido de cualquier forma según el momento y el lugar de inspiración: papel para escribir, sobres usados o sin usar, hojas arrancadas de revistas, trozos de páginas de periódico, hojas de calendario, bolsas de pan dadas la vuelta y otros envases de papel o cartón, procedentes de productos alimenticios o medicinas. Los apuntes podían ser palabras, frases, fórmulas o bocetos, tachados o no, que a veces ocupaban hasta el más mínimo espacio de una página en blanco. En las revistas impresas los garabateaba de manera horizontal, vertical u oblicua al margen o entre dos columnas de texto o titulares; a menudo también aparecían escritos encima del texto impreso y, entonces, casi siempre los marcaba con un círculo. Lo escrito podía calificarse sin duda como descuidado y poco legible.

Para un profano en la materia, lo que incluía a todo el mundo, estos apuntes carecían a primera vista de valor, salvo para demostrar el método de trabajo caótico o poco profesional de Victor Hoppe. Con un poco de esfuerzo y algún conocimiento previo, algunas fórmulas o bosquejos podían ser vinculados con uno de los muchos experimentos que había realizado el doctor, pero por lo demás seguía siendo imposible encontrar mayor coherencia o lógica entre los cientos y cientos de anotaciones.

Tampoco aquí, al menos no en papel. La estructura se encontraba en la cabeza de Victor. Le bastaba una palabra o fórmula para evocar en seguida todo lo relacionado con el experimento. Para él, sus apuntes no eran nada más o nada menos que llaves con que abrir las puertas que, una a una, daban acceso a un espacio plagado de información. Para su trabajo, la manera en que funcionaba su cerebro era una bendición, porque le ahorra un montón de esfuerzo en la búsqueda y, consecuentemente, también mucho tiempo. Para su vida personal, su don era más bien un obstáculo, porque cada palabra que oía o veía podía evocar sin querer una multitud de asociaciones inútiles o recuerdos desagradables que ni siquiera él podía detener.

Hoy se diría de Victor Hoppe que muy probablemente padeciera el síndrome de Asperger. El doctor Asperger, pediatra de la Universidad de Viena, describió esta leve forma de autismo en su tesis doctoral *Die Autistischen Psychopathen im Kindesalter* [2]. Había estado observando a niños que le habían llamado la atención porque mostraban graves deficiencias en su capacidad de socialización, imaginación y sobre todo de comunicación. Si bien su lenguaje era correcto, daban sensación de pedantería o manierismo. Los niños también carecían de sentido del humor y manifestaban pocas emociones, tomando al pie de la letra casi todo lo que se les decía. Por otro lado, poseían una inteligencia excepcional y ya de pequeños eran capaces de retener en la memoria las cosas más complicadas, pero al mismo tiempo

casi siempre también banales, tales como las horas de salida de todos los tranvías de Viena o los nombres de todos los componentes de un motor de combustible.

El doctor Asperger publicó sus resultados en 1944, pero hasta la década de los años sesenta los demás científicos no repararon en la tesis, por lo que no se reconoció el síndrome hasta 1981. Ahora se afirma que Leonardo da Vinci y Albert Einstein también tenían el síndrome de Asperger.



Las hermanas clarisas, en el hospital de La Chapelle, no conocían el síndrome de Asperger. Tampoco el término «autismo» les resultaba familiar. Sólo sabían de los tres tipos de anomalías psíquicas antes mencionadas, en las que la idiocia estaba entre 0 y 20 de CI, la imbecilidad entre 20 y 50 y la debilidad mental entre 50 y 70.

Así pues, de Victor Hoppe se decía que era débil mental. Como no hablaba nada, las hermanas suponían que tampoco conocía o comprendía palabra alguna. Así se comportaba él también, apenas mostraba reacción o emoción a lo que se le decía. Sólo parecían fascinarle los sonidos animales de Egon Weiss. Podía quedarse inmóvil durante horas mirando y escuchando al joven. También era el único paciente que podía dormir en la cama de al lado del idiota sin volverse loco. Por eso las hermanas suponían que Victor se encontraba bastante peor y que era imbécil o incluso idiota, pero aún era demasiado joven para poder diagnosticarlo con seguridad.

Sin embargo, Victor comenzó a hablar a los tres años. De repente. Sucedió una noche en el cálido verano de 1948. El calor casi tropical que llevaba semanas agobiando una gran parte de Europa ya había penetrado entonces por los gruesos muros del convento de La Chapelle y había subido a altas cotas la temperatura del edificio, en otras ocasiones tan fresco. Con el calor también habían llegado las moscas y los mosquitos. Las moscas eran atraídas por el olor pútrido de los alimentos que se estropeaban con gran rapidez, y los mosquitos, por el sudor de los pacientes en el manicomio, a los que sólo lavaban una vez a la semana incluso en esta situación.

Si no era el calor lo que mantenía despiertos a los pacientes por la noche, era el zumbido de las moscas y los mosquitos. Los gritos de Egon se hacían también insoportables, pues aumentaban mucho por las circunstancias. El calor le exprimía el sudor del cuerpo, las moscas se arrastraban por las mangas y las perneras de sus pantalones hacia las axilas y el abdomen, mientras los mosquitos le sorbían la sangre de las venas a través de la ropa. Y él no podía hacer nada, pues se encontraba atado de pies y manos en la cama. Su propio hedor, el cosquilleo de las moscas en la piel y la comezón de las picaduras de los mosquitos le ponían frenético.

Ninguno de los pacientes podía pegar ojo, se volvían irascibles, rebeldes. Marc

Francois, de dieciocho años, imbécil, una tarde se desgarró toda la ropa que llevaba y empezó a correr por el edificio buscando un lugar donde hiciera más fresco y por donde no penetrara la voz de Egon. Fueron necesarias ocho hermanas para atraparlo y atarlo.

Fabian Nadler, de catorce años, también imbécil, rompió una ventana de un puñetazo con las manos desnudas y empezó a espantar a las moscas en dirección a la abertura. Otros pacientes se animaron a ayudarlo. Saltaban y corrían por toda la sala tras moscas visibles e invisibles. Ángelo Venturini, de veinte años, retrasado mental y medio cojo, aprovechó el caos para coger un fragmento de cristal y se dirigió con él hacia Egon Weiss. Sin duda, quería sacarle los demonios del cuerpo a cuchilladas y echarlos por la ventana junto con las moscas, pero tropezó poco antes de llegar a la cama de Egon y, en la caída, se hizo un corte en el muslo.

A Victor Hoppe, de tres años, retrasado mental, nada de esto le sacaba de sus casillas. El calor y el bullicio no parecían afectarle en absoluto. Por lo visto, ni siquiera se dio cuenta del ataque de Ángelo Venturini. Estaba sentado en una silla junto a la cama de Egon y los insectos eran lo único que captaba su atención. No los de su propio cuerpo, sino los que recorrían el rostro del vecino. Si se posaba allí una mosca o un mosquito, Victor hacía un gesto con el brazo para ahuyentar el insecto. Estuvo haciéndolo durante el resto del día. Egon Weiss se tranquilizaba un poco y, de vez en cuando, miraba al renacuajo con sus ojos hundidos. Tenía la mirada vacía, pero ya el hecho de mirar era un triunfo sobre su timidez animal. Si Victor hubiera tenido la ocasión, tal vez le habría podido domar.

Pero por la noche le obligaron a acostarse en su cama, cuyas rejas levantó la enfermera de guardia, de manera que los brazos ya no llegaban a ahuyentar las moscas y los mosquitos. En la tenue luz que seguía ardiendo sobre cada cama veía a los insectos dar vueltas alrededor de la cabeza sudada del vecino y oía cómo su voz empezaba a aullar de nuevo. Los pacientes iban a enfrentarse a su enésima noche de insomnio.

Ángelo Venturini decidió entonces probar suerte por segunda vez para imponer el silencio a los demonios en el cuerpo del idiota, una tentativa que esta vez sí tuvo éxito. Después ya no volvería a recordar nada, y, como desde niño padecía de sonambulismo, las hermanas creyeron que había actuado de manera inconsciente durante su enésimo paseo nocturno.

Tonterías. Para poder pasear dormido uno tiene antes que dormirse, y esa noche eso era de todo punto imposible para cualquiera, incluso para Venturini. Así que cuando se levantó, estaba totalmente despabilado. Para guardar las apariencias, mientras iba entre las camas por los estrechos pasillos, apretaba la cabeza inclinada sobre la almohada que mantenía sobre los hombros. Si realmente hubiera caminado en sueños, no se habría llevado nunca la almohada.

La hermana Ludomira, que estaba de servicio esa noche, miró en ese momento por la ventana de la sala protegida que se encontraba al final del pasillo, reconoció a Ángelo Venturini por el paso cojitranco y se concentró de nuevo en el devocionario que tenía ante sí. Sabía por propia experiencia que recorrería tres veces el pasillo arriba y abajo y luego volvería a meterse en la cama.

Venturini no recorrió esa noche tres veces el pasillo arriba y abajo. Sólo se dirigió a la cama de Egon, de cuyo aullido sostenido nada cambió. Quizá Egon no hubiera visto la sombra de Venturini que se inclinaba sobre él, quizá no hubiera reconocido el peligro, quizá también quería tan sólo que cesara el picor; en cualquier caso, no ofreció ninguna resistencia cuando Venturini le apretó la almohada sobre el rostro. No meneó la cabeza, no intentó liberar muñecas y tobillos de los grilletes, lo único que intentó fue seguir gritando, pero su voz sonaba ahora amortiguada, como a veces ocurría también sin que tuviera una almohada sobre el rostro. Entonces el gruñido se apagó tanto que parecía provenir del estómago. Por eso, la hermana Ludomira no alzó la vista de inmediato.

No alzó la vista hasta que Egon Weiss calló. Ángelo Venturini levantó en ese momento la almohada de su cabeza, se la puso en el hombro, acomodó la cabeza en ella y regresó caminando por el pasillo hasta su cama. Enfrente se había incorporado en la cama Marc Francois, que movió el torso alegre de un lado a otro y aplaudió mientras se reía como un tonto. La hermana Ludomira actuó con presteza, encendió la luz de la sala, tiró de la cuerda que en algún lugar del convento hacía sonar una campana y se apresuró a la cama de Egon. Venturini se metió en la suya, se tumbó y se quedó dormido en seguida a pesar del zumbido continuo de moscas y mosquitos.

La hermana Ludomira sólo pudo constatar la muerte en los ojos hundidos de Egon antes de cerrárselos para siempre, se santiguó y oyó entonces a su espalda una voz que no conocía. Se dio media vuelta, se llevó la mano izquierda a la boca y con la derecha volvió a santiguarse.

Victor estaba arrodillado en la cama, sus manos entrelazadas se hallaban por encima de las rejas y su cabeza descansaba sobre las manos. Producía sonidos ininterrumpidos que la hermana Ludomira en un principio creyó que se trataba de cháchara, pero en ellos de pronto reconoció un patrón. Fue entonces cuando pudo entender lo que el muchacho farfullaba en alemán con una voz rara.

San José, consuelo de los desdichados, ruega por nosotros.

San José, esperanza de los enfermos, ruega por nosotros.

San José, patrón de los moribundos, ruega por nosotros.

San José, terror de los demonios, ruega por nosotros.

En el último informe sobre Egon Weiss puede leerse que murió a los treinta años de edad por asfixia tras haberse tragado su propia lengua.

En un informe intermedio, que se redactó alrededor de ese mismo período, puede leerse sobre Victor Hoppe: «Sabe hablar. Por desgracia, lo que dice es incomprendible».



Las dos mujeres habían venido nada menos que desde Viena. Tenían una petición especial que ya había sido rechazada por diferentes doctores. Casi todos les habían dicho que su deseo era imposible de cumplir, al menos en un futuro próximo. Ellas, sin embargo, desde el nacimiento de Louise Brown, estaban convencidas de que todo era posible y de que los reparos de los doctores eran de índole más ética que práctica.

—¿Es porque somos pareja? ¿Es por eso? ¿No quiere hacernos ese favor? —preguntaban siempre a los doctores.

—No, no se puede. Sencillamente es imposible.

Un único doctor les dijo: «No está permitido».

Y eso no hizo más que aumentar su determinación.

Por fin, decidieron cruzar la frontera. Quizá en Alemania sí estuviera permitido.

La cita se concertó para el 11 de noviembre de 1978.

—Queremos un hijo —le dijo una de ellas al doctor Hoppe.

—De nosotras dos —aclaró la otra.

Las dos se dieron cuenta de que el doctor las miraba como si estuvieran desvariando. Todas las esperanzas que habían alimentado durante el viaje en tren a Bonn, por tanto, se esfumaron en ese mismo instante. Se sentían ridículas e ingenuas, y ya casi se habían levantado cuando el doctor dijo simplemente que sí era posible.

Reaccionaron con sorpresa y volvieron a repetir que querían que el hijo fuera de las dos, como ocurría entre un hombre y una mujer, con características físicas compartidas.

—Es posible —repitió el doctor—, pero no ahora mismo.

—Lo hemos traído todo —dijo una mientras la otra sacaba del bolso una pequeña carpeta que le colocó apremiante ante las narices—. Los resultados de frotis y análisis de sangre, el curso de nuestros ciclos menstruales. En este momento las dos estamos en período fértil.

—Nuestros ciclos corren paralelos —había dicho la otra, orgullosa, mientras intercambiaba una mirada de complicidad con su amiga—. Curioso, ¿no es cierto?

—En un convento, a todas las monjas les viene siempre la regla a la vez —reaccionó el doctor con un tono seco.

Las mujeres se quedaron atónitas por un momento; el doctor abrió la carpeta y hojeó en ella.

—¿Qué probabilidades hay de que salga bien, Herr Doktor?

—No me dedico a los juegos de azar —había respondido el doctor.

Las mujeres se sentían incómodas en su presencia. Esa fue una de las primeras cosas que se dijeron cuando salieron de la consulta, pero al menos la buena noticia compensaba esa incomodidad.

—Vuelvan ustedes mañana —les dijo después de haberlas examinado—. Nos pondremos manos a la obra.

Habría querido despachar a las mujeres, debía haberlas despachado, pero una vez más no había dicho lo que quería decir. Dijo lo primero que se le había venido a la cabeza, pero que nunca debió pronunciar.

—Es posible —dijo. Cuando se oyó a sí mismo, ya era demasiado tarde. Al añadir que ahora no, las mujeres lo habían entendido mal, o había vuelto a ser él quien se había expresado mal.

En el momento en que le revelaron su deseo, vio de inmediato cómo debía enfocarlo. En teoría era posible. Debía unir los núcleos de una célula cualquiera de las dos mujeres en un óvulo fecundado cuyo núcleo hubiera extirpado con anterioridad. Era una prueba que había realizado repetidas veces durante sus estudios universitarios, si bien entonces los huevos eran de ranas o de salamandras.

—Es posible —había dicho.

Pero al instante siguiente se le ocurrieron infinidad de inconvenientes prácticos. Los óvulos humanos eran mil veces más pequeños que los huevos de los anfibios y, en los experimentos con estos últimos, el embrión resultante nunca había llegado a desarrollarse hasta convertirse en un animal adulto.

Por eso añadió que no podía ser ahora mismo. Había querido decir que todavía necesitaba tiempo. Meses o tal vez años.

Pero la primera frase fue la que dio esperanzas a las mujeres y fue a ella a la que se aferraron. Luego ya no se atrevió a decepcionarlas. Por eso siguió diciendo cosas que las dejaron sorprendidas. A la postre, ni él sabía lo que había dicho con exactitud.

Luego examinó a las mujeres. Una de ellas propuso que quizá pudieran ser fecundadas las dos. Tal vez lo dijera en broma, pero el doctor no lo interpretó así. Se puso a pensar de nuevo y se dio cuenta de que estas mujeres le ofrecían una posibilidad única.

Fue entonces cuando dijo que empezaría al día siguiente, aun sabiendo que todavía era demasiado pronto. Antes debía llevar a cabo algunos experimentos con otras células animales de ratones o conejos, pero eso no lo dijo. Tal vez, si les hubiera dicho que volvieran dentro de medio año, se lo habrían pensado mejor.

Al día siguiente acudieron a la cita y empezó a tratarlas, pero con óvulos no fecundados, sin que ellas lo supieran; así ganaba un mes de todas formas.

A las dos mujeres se les retrasó una semana la regla. Excitadas, le contaron al doctor que en esos siete días sintieron claramente que estaban embarazadas. Entonces el feto debió de abandonar sus cuerpos de manera imperceptible.

Para mayor seguridad, le preguntaron si era eso. Él no lo negó, aunque sabía que nunca habían llevado un feto dentro. Al no negárselo, les había dado más esperanzas. Luego volvió a introducirles óvulos sin fecundar, porque en ese instante estaba aún muy ocupado experimentando.

Así estaban las cosas entonces: había cultivado embriones de ratones procedentes de óvulos, pero ninguno de los embriones se había desarrollado hasta convertirse en un ratón vivo. Con las células humanas no había llegado más allá de la fusión de los núcleos. Sin embargo, al conseguir la fusión ya podía hablarse de resultados excepcionales.

Después volvió a retirarse durante varios días seguidos a su laboratorio. Estuvo trabajando en diferentes pruebas a un tiempo e iniciaba un experimento mientras el otro todavía no había finalizado. Sólo de vez en cuando anotaba algo. Demasiado poco, en realidad. Incluso para él. «Más tarde», pensaba siempre mientras estaba ocupado ya en su cabeza con un paso siguiente u otro distinto. Sus ideas eran como fichas de dominó colocadas una tras otra: tan pronto caía una, las otras la seguían de inmediato.

El 15 de enero de 1979, las mujeres se le volvieron a sentar enfrente. Quiso aplazar la visita. Necesitaba un mes más, pero ellas insistieron y él cedió porque, de lo contrario, quizá se hubieran ido a otra parte.

—¿Saldrá bien esta vez, Herr Doktor?

—El tiempo lo dirá. —Se esperaba la pregunta y ya tenía preparada la respuesta.

—Y si no sale bien...

También se lo esperaba.

—Entonces quisiera volver a intentarlo una vez más. Con su consentimiento, desde luego.

Las mujeres se miraron. Una de ellas dijo:

—¿Entonces cree que volverá a salir mal?

Esa observación había sido un reproche, pero él reaccionó impertérrito:

—El tiempo lo dirá.

—Lo hemos estado hablando... —continuó la mujer tras una breve pausa—. Quizá debamos dejarlo ya. Estamos...

—No hace falta que me paguen —dijo él rápidamente.

—No se trata de dinero. Ya no estamos convencidas.

Sus palabras sonaron como si intentaran poner fin a una relación. La amiga tomó también parte.

—Nos han dicho que era imposible... lo que queremos.

—¿Quién ha dicho eso? —exclamó él con más fuerza de la que habría querido. Las mujeres se asustaron. Por un momento temió que se le estuvieran escapando de las manos como granos de arena entre los dedos, pero pronto se dio cuenta de que nunca se habrían pasado por la consulta si hubieran perdido todas las esperanzas. Sólo tenía que volver a convencerlas y, por eso, las llevó al laboratorio.

—A veces lo que parece imposible es sólo difícil —dijo.

Los tres ratones que les había mostrado tenían cinco días de vida. Eran del tamaño de un dedo meñique de un niño. Tenían la piel cubierta con finos pelillos, de color marrón en dos ratones y blanco en el tercero. Estaban en una cajita con trocitos de papel y mamaban de un ratón negro.

—Esa no es la madre, sólo los llevó dentro. —De otra caja sacó un ratón adulto blanco y un ratón adulto marrón—. Éstas son las madres. Las crías son el cruce de las dos. No ha intervenido ningún ratón macho.

Las mujeres se quedaron mirando con la boca abierta.

Esta vez no las había engañado. Les dijo que aún debía hacer un par de pruebas en óvulos humanos y que estaba seguro de que después sí saldría bien. Les contó el cómo y el porqué durante hora y media, y tuvo la impresión de que durante todo ese tiempo fueron todo oídos. No le interrumpieron ni una sola vez. De ese modo consiguió ganárselas de nuevo y pudo convencerlas para que esperaran un mes antes del próximo tratamiento. Estuvieron de acuerdo en seguida. Él estaba orgulloso de cómo lo había planteado.

Ese mismo día escribió todo lo que les había dicho. «Ahora que las mujeres habían visto a los ratones, la noticia se divulgaría con rapidez», pensó. Por tanto, debía hacer público su método de trabajo antes de que otros científicos empezaran a acusarle de difundir mentiras. Habría preferido esperar hasta que las mujeres tuvieran la criatura, pero ya no le quedaba otra opción.

El artículo se escribió solo. Únicamente hubo de consultar un par de veces los escasos apuntes. Al día siguiente, ya lo había enviado a *Science*, que años atrás había publicado fragmentos de su tesis. Hizo fotos con la polaroid de los pequeños ratones y de sus padres hembras y añadió esbozos e instantáneas con el microscopio de cada fase del proceso de citocinesis.

Después volvió a encerrarse en el laboratorio.



Lotte Cuelen había entrado en la orden de las hermanas clarisas de La Chapelle

un año después del final de la Segunda Guerra Mundial. Su padre, Klaas, era oriundo de Vaals y en 1928 se trasladó a la ciudad belga de Lieja en busca de trabajo en las minas de carbón. Al cabo de un año, conoció en un sanatorio a una enfermera, Marie Wojczek, la hija mayor de una familia de emigrantes polacos que profesaban un estricto catolicismo. Marie contaba por aquel entonces diecinueve años de edad. Se casaron tras medio año de noviazgo. Fue en marzo de 1930. Marie se encontraba a la sazón embarazada de tres meses, pero gracias a un corsé pudo ocultar el vientre ligeramente abultado bajo el vestido de novia. Nadie notó nada. Hasta seis meses después, cuando quienes empezaran a hacer cuentas no tendrían más remedio que fruncir el ceño. Pero así quedaron las cosas. Ni siquiera los padres de ella dijeron nada. Tal vez fuera precisamente por eso por lo que Klaas y Marie vivieron siempre con un gran sentimiento de culpa.

Al cabo de dieciséis años y tres hijas, decidieron saldar la deuda enviando a Lotte al convento de La Chapelle. Lotte no se resistió. Quería ser maestra y pensaba que el postulado sería el primer paso para conseguirlo. Sin embargo, sus padres no le dijeron que no había colegio alguno vinculado al convento de La Chapelle. Eso lo averiguó pronto, cuando las hermanas la pusieron a trabajar en el manicomio. Como postulante, debía limpiar los pañales de algodón de los pacientes desaseados, así como vaciar y enjuagar los orinales de los demás pacientes. También formaban parte de sus tareas la retirada de la ropa de cama sucia y el cuidado de las heridas supurantes. Durante el tiempo que durara el año de preparación no se le permitía hablar con los pacientes.

Ese año de preparación fue dilatándose hasta convertirse casi en veintiún meses. Después, sus padres insistieron para que la hermana Milgitha admitiera a Lotte en el noviciado, porque su hija se negó a regresar por segunda vez al convento tras una breve estancia en casa.

El hábito que se le permitía llevar a Lotte como novicia le confería por fin una sensación de dignidad, aunque pronto tuviera que sufrir dentro de él el plomizo calor del verano de 1948. Sus tareas no cambiaron, porque seguía siendo la menor de la orden, pero su nombre sí que cambió. Desde entonces pasaría a llamarse hermana Marta, un nombre monacal que la abadesa había escogido para ella. Santa Marta era la hermana de María Magdalena, que siempre había desempeñado fielmente las tareas del hogar mientras su hermana iba a escuchar a Jesús. Ese nombre monacal, según la hermana Milgitha, era una recompensa por el duro trabajo de Lotte durante todos esos meses.

Para ella, la mayor recompensa era la posibilidad que tenía ahora de poder hablar con los pacientes. Esa noticia la recibió el día después de que impusieran a Egon Weiss el silencio para siempre. Sin duda, ambas cosas estaban relacionadas, porque al poder hablar con los pacientes también se obligaba a no ir por ahí contando lo que

ellos le decían. «Disparataban», era la palabra que empleaba la hermana Milgitha, calificando así de estupidez al instante cualquier sentencia, como la de Marc François. El imbécil le había hecho señas para que se acercara y le había insinuado que Egon había sido asesinado. Con el índice trazó una rápida línea horizontal que cruzó el cuello. Ella le preguntó quién lo había hecho. Con el mismo dedo señaló a hurtadillas, con desconfianza, a Ángelo Venturini. Cuando le contó la noticia a la abadesa, ésta la llevó a que viera el cadáver de Egon. La hermana Milgitha llamó su atención sobre el intacto cuello del difunto.

—¿Ves, hermana Marta? —le dijo—, todo lo que dicen los pacientes son disparates. Por eso es peligroso ir contando por ahí todas esas cosas que se les ocurren.

La hermana Marta lo comprendió.

Desde que se produjo la muerte de Egon, la voz cantarina de Victor había sustituido por las noches la voz aullante de aquél. Tan pronto como se apagaba la luz de la sala, el muchacho empezaba a recitar una serie de letanías y continuaba con ellas hasta el despuntar del alba. Su voz no escondía ni entonación ni sentimiento. No era más que un murmullo sostenido, y, por ello, a ningún paciente le molestaba. Al contrario, la monótona voz los ayudaba a conciliar el sueño, tanto los tranquilizaba.

Durante el día Victor dormía o, quizá, lo simulaba. En cualquier caso, parecía como si hubiera levantado un muro a su alrededor. Ni las voces de las hermanas ni el rumor de los pacientes daban la impresión de penetrar en su interior. Las hermanas renunciaron de inmediato a tener contacto con él y los pacientes, por el contrario, perseveraban; algunos porque ya se habían olvidado de sus anteriores intentos. Jean Surmont se sentaba en los barrotes a los pies de la cama de Victor e imitaba a un gallo cacareando, Nico Baumgarten se apostaba junto a la cama y remedaba el sonido de una trompeta y Marc François se arrastraba hasta llegar a Victor y le acribillaba a balazos con una metralleta imaginaria.

Desde la muerte de Egon, Victor también dejó de comer. Sólo bebía. Le dejaban el plato en la mesilla que había junto a la cama y, si no había comido nada cuando los demás pacientes ya habían acabado, se lo retiraban. La hermana Milgitha decía que se pondría a comer en cuanto tuviera hambre, pero como al cabo de tres días de ayuno el muchacho seguía sin comer nada, ella empezó también a preocuparse.

—Está de duelo por Egon —dijo la hermana Marie-Gabrielle.

—Es demasiado joven para esas cosas —replicaba la hermana Milgitha—. Son manías. Se las quitaremos.

Con la ayuda de otras tres hermanas, esa tarde le atiborró la boca de comida y le mantuvo la nariz apretada hasta que tragó. Así hizo que se comiera todo el plato.

No había pasado ni un minuto después del último bocado, cuando Victor

embadurnó de vómito el hábito de la hermana Milgitha.

Al otro lado de la sala, Marc Francois se partió de risa y, para conservar la dignidad y la autoridad, la abadesa le propinó tal bofetón a Victor en la cara que todo el mundo se quedó callado, asustado y tragando saliva.

Victor ni se inmutó. Aunque todos los presentes vieron aparecer en su mejilla la huella de la mano de la hermana Milgitha, el muchacho siguió imperturbable.

—En verdad que lleva el mal dentro —sentenció la abadesa entonces, resuelta, y decidió que una hermana permaneciera junto a su cama leyéndole en voz alta pasajes de la Biblia de forma ininterrumpida. Día y noche. Así confiaba en impedirle el sueño al diablo que se encontraba en su interior para que al fin, buscando paz, abandonara el cuerpo del muchacho.

La cama de Victor fue trasladada a una sala aparte y durante el día se relevaban las hermanas cada dos horas, haciendo turnos de cuatro por las noches.

A la hermana Marta se le asignó una parte de la noche, lo que a ella no le pareció tan malo, porque así podía saltarse los maitines del día siguiente para descansar.

La primera noche examinó a Victor mientras yacía de espaldas en la cama con los ojos cerrados. Se quedó mirando la cicatriz sobre la boca, que con tanta brusquedad perturbaba la simetría de su rostro, y la nariz chata, muy deformada debido a la anomalía. La cicatriz empujaba la aleta nasal hacia arriba, por lo que el orificio derecho era mucho mayor que el izquierdo.

—En ese rasgo puede verse que es retrasado mental —le había explicado la hermana Noëlle.

También se quedaba mirando el pelo, su color rojo, y no percibía nada diabólico en él, como el resto de las hermanas afirmaba en voz alta. Llegó incluso a tocarle con cautela. Y no ocurrió nada. No se abrasó la mano. Ni tampoco fue abatida por ningún rayo. Nada.

O sí. Porque en el instante en que le puso la mano en la cabeza al chico, éste se calló. Después volvió a salirle de la boca el incesante torrente de palabras contra el que debía remar por mediación de su voz lectora. Esto no estaba saliendo bien. Le distraía su voz. Una y otra vez las palabras del muchacho llamaban su atención, olvidándose de la Biblia que descansaba en su regazo.

Hablaba mal. Los sonidos intentaban escapar a través de la nariz, por lo que la voz adquiría algo mecánico. Pero como no hacía más que recitar letanías, un buen oyente podía convertir los sonidos en palabras.

Se produjo una discusión entre algunas hermanas sobre la inteligencia del muchacho. Quien se supiera de memoria semejantes versículos tan largos no podía ser retrasado mental, afirmaban algunas. Otras decían que hasta a un papagayo se le podía enseñar versículos. La hermana Milgitha se puso por medio y dijo que los sonidos que emitía el muchacho no eran letanías, sino el desvarío del diablo en su

interior. Con esto, la abadesa zanjó la cuestión.

Pero la hermana Marta sí que lo oía. En seguida reconoció la letanía de San José y también la del Espíritu Santo. Sin respirar, Victor iba enumerando toda la serie en francés y alemán, y lo hacía mejor incluso de lo que ella lo había podido hacer jamás. Se había esforzado en aprender de memoria las letanías y, siempre que tenía que recitárselas a la hermana Milgitha, se quedaba paralizada a la mitad o se saltaba un par de versículos. Como no lo lograba, la hermana Milgitha iba posponiendo una y otra vez su solicitud para entrar en el noviciado. Al final, sí que había ascendido a novicia, pero la abadesa le había dejado bien claro que no podría conseguir los votos temporales si para entonces seguía sin saberse las letanías.

Por eso, la hermana Marta empezó ya desde la primera noche a repetir lo que decía Victor. Hablaba a media voz para que no la oyeran en el pasillo. Y si percibía en algún lugar del convento cualquier sonido, lo dejaba y seguía leyendo en voz alta la Biblia, que era lo que se esperaba de ella.

A la tarde siguiente relevó a la hermana Noélle y estuvo leyendo junto a la cama del muchacho por espacio de dos horas. Cuando terminó, le susurró fugazmente al oído que esperaba con impaciencia a que llegara la noche para volver a practicar juntos, pero no hubo ninguna reacción.

La segunda noche transcurrió como la primera.

—E-pi-di-tu-de-za-bi-du-dí-a-y-in-te-di-gen-cia —decía Victor.

—Espíritu de sabiduría e inteligencia —decía la hermana Marta al mismo tiempo.

—E-pi-di-tu-de-con-ce-jo-y-fod-ta-le-za —decía Victor.

—Espíritu de consejo y de fortaleza —repetía la hermana Marta.

Y al final de la noche volvió a acariciarle el pelo rojo y le preguntó:

—¿Rezas por Egon?

Victor asintió. Por lo demás, siguió imperturbable.

—Eso está bien. Así seguro que encuentra la paz —sentenció la hermana.

Siguió sin reaccionar, pero cuando poco después ya se iba, sintió que la estaba mirando. Echó un vistazo por encima del hombro y vio cómo apartaba rápido la vista.

—Tienes que comer algo —le dijo la hermana Marta poniéndole una tableta de chocolate bajo la nariz.

Victor apartó la cabeza con brusquedad.

Era la cuarta noche que se sentaba junto a él. La noche anterior había sido especial. Victor había estado jugando a un juego con ella. Al menos, fue lo que le pareció al principio. Interrumpía cada rato la letanía que rezaba para que ella la concluyera. Unos pocos versículos más adelante volvía a entrar en la letanía. Lo repitieron unas cuantas veces, pero, si ella cometía algún error, él sacudía la cabeza y la corregía. En ese momento se dio cuenta de que le estaba tomando la lección. Ella,

una mujer joven de veinte años, era su alumna. Él, un niño de tres, era el profesor.

Continuaron así durante dos horas, con tres pausas de algunos minutos en las que Victor se quedaba dormido de manera involuntaria. Llevaba ya una semana sin comer y el hambre empezaba a hacer mella. La abadesa había dicho que le pondría una inyección de glucosa sin diluir si seguía negándose a comer. Sin embargo, eso no estaba exento de riesgo, había dejado caer la hermana Noëlle sin decir cuáles eran los riesgos. Por ello, la hermana Marta se había propuesto convencer esa noche a Victor para que comiera algo.

—Tienes que comer —volvió a intentarlo.

Victor mantenía los labios apretados con fuerza.

—Si no comes, la hermana Milgitha te hará daño otra vez.

Ni inmutarse. Como si estuviera hablando con una pared.

—Si no comes, entonces te morirás.

Tampoco esa frase produjo emoción alguna en el pálido rostro.

—Si te mueres, ya no podrás rezar por Egon.

Por un instante, Victor frunció el ceño; un instante muy breve nada más, pero fue suficiente para ella.

—Nadie rezará por Egon. Las hermanas no querrán hacerlo.

Ahora Victor, nervioso, empezaba a tirar con los dedos de la sábana que le cubría el cuerpo hasta mitad del pecho.

—Los pacientes tampoco —continuó—. Nadie. Marc Francois tampoco. Ángelo Venturini tampoco. Nico Baumgarten tampoco. Nadie. Nadie rezará por Egon cuando tú ya no estés aquí.

Vio cómo movía las pupilas en su dirección.

—No, yo tampoco, Victor. Porque si te mueres tendré que rezar por ti.

La de la hermana Marta era una lógica un tanto extraña, pero sin saberlo estaba utilizando la única lógica que comprendía el joven Victor Hoppe.

Sí. Entonces. Para él una cosa llevaba a la otra. Una reacción en cadena.

Sí. Entonces. Así funcionaba su cerebro.

La hermana Marta partió un trozo de chocolate y lo acercó a la boca de Victor. El muchacho separó los labios y permitió que le pusiera el trozo de chocolate sobre la lengua.

—Quizá sería mejor que te sentaras —le dijo—, de lo contrario podrías atragantarte.

Victor levantó la cabeza, miró a su alrededor confuso, como si no se hubiera dado cuenta hasta ahora de que se encontraba en la sala grande, y luego se incorporó un poco más. Le hizo un gran bien a la hermana Marta ver cómo Victor empezaba a masticar el chocolate. Sin decir nada, aceptó otro trozo y se lo metió en la boca. Luego otro más y otro. Cada vez comía con más ansia, como si de repente hubiera

tomado conciencia del hambre que tenía.

—Ahora seguro que querrás un poco de agua —dijo cuando el muchacho empezaba a tragar el último trozo.

Asintió y dijo algo que ella no entendió.

—¿Qué decías? —preguntó. Era la primera vez que empleaba realmente la voz para comunicarse.

—Sí-ma-na —sonó de nuevo. Y después continuó—: O-fa-o.

Se quedó atónita. Esto no podía habérselo enseñado nunca ninguna de las hermanas. En realidad, nunca le habían enseñado nada, salvo a andar. Todo este tiempo que había estado callado debía de haber observado y escuchado ininterrumpidamente para almacenarlo todo en su interior hasta el día en que llegara a necesitarlo. O deseara utilizarlo.

—Entonces iré por un poco de agua. Vuelvo en seguida.

Fue a los lavabos para llenar un vaso con agua. Habría preferido continuar en busca de la hermana Milgitha para contarle la noticia. «¡Victor come!», habría querido decirle. Y: «¡Victor habla!».

Pero la abadesa sólo podía ser despertada en caso de emergencia y esto no le parecía ningún caso de emergencia. Desde luego que no. Esto eran buenas noticias. No sólo en lo concerniente a Victor, sino también para sí misma. Había demostrado en el acto que era una buena noticia. Ella, la hermana Marta, en una vida anterior Lotte Guelen, había conseguido que Victor volviera a comer. Y ella, también ella, había conseguido que Victor hablara. Con esto había logrado lo que otras hermanas no habían logrado. Y, por eso, estaba orgullosa de sí misma con toda la razón del mundo.

Cuando regresó con el vaso de agua, Victor estaba tumbado de nuevo. De su boca salía otra letanía.

—Victor —le llamó a media voz—, Victor, te he traído el agua.

El muchacho, imperturbable, siguió rezando. La hermana se agobió. ¿Todo había sido un sueño? Lanzó una mirada rápida al envoltorio de chocolate vacío que se encontraba en la mesilla junto a la cama y frunció el ceño.

—¿Victor? ¿No querías agua?

Escuchó su voz: recitaba la letanía a la Divina Providencia. Estaba casi acabando. Decidió unirse a las últimas frases.

—... por poco que podamos merecernos este favor, concédenos, te rogamos, la gracia de someternos a todas las decisiones de tu providencia durante nuestra vida, para que así podamos alcanzar los bienes celestiales. Por Cristo, Nuestro Señor. Amén.

Apenas acababa de santiguarse ella, cuando Victor volvió a incorporarse. Sin mirarla, se estiró hacia el vaso que tenía en la mano.

—Ga-cias —dijo.

—De nada —respondió ella emitiendo un suspiro inaudible para Victor.

—¿Quieres que le recemos juntos a Egon? —preguntó un poco después.

Victor asintió. Le llamó la atención que siguiera evitando cualquier contacto ocular. Aunque hubiera conseguido penetrar en su interior, él seguía manteniendo alguna distancia.

Rezaron juntos la letanía de San José y, cuando terminaron, la hermana Marta le propuso que durmiera un poco. Eran las cuatro de la madrugada. Notó que el chico titubeaba.

—Creo que a Egon no le importará —dijo ella entonces—. Estoy segura.

Eso pareció tranquilizarle. Cerró los ojos y ella empezó a cantarle bajito.

—Las florecillas se fueron a dormir. Estaban cansadas de oler bien. Me hicieron con la cabeza una señal de buenas noches. —Entonces se detuvo y le dijo—: Es una canción neerlandesa, Victor, mi abuela me la cantaba siempre.

Pero parecía que Victor ya se había quedado dormido.

A la mañana siguiente, la hermana Milgitha fue testigo de cómo Victor comía su bocadillo. Con la espalda encorvada y la cabeza medio agachada, estaba sentado sobre el colchón en la posición de loto y mantenía el pan cerca de la boca mientras iba mordisqueando pequeños pedazos. Movía las pupilas de continuo a derecha e izquierda, como si tuviera miedo de que alguien fuera a quitarle la comida.

La hermana Marta se encontraba junto a la abadesa. Le brillaban los ojos. Se había levantado esa mañana con las otras hermanas, aunque habría podido quedarse descansando, y en seguida fue a contarle la noticia a la abadesa. Ésta reaccionó con incredulidad y quiso verlo primero con sus propios ojos. Como el apóstol Tomás introdujo el dedo en las heridas de Jesús antes de creer que había resucitado, pensó la hermana Marta.

Tenía un poco de miedo de que Victor no quisiera comer en presencia de la hermana Milgitha, pero, tan pronto como le entregó un bocadillo, lo cogió.

—Aquí tienes —había dicho ella.

—Ga-cias —fue su respuesta.

Y ahora contemplaba junto a la abadesa cómo Victor volvía a comer. Parecía como si hubiera conseguido una gloriosa victoria.

—La lectura ha servido de algo. Hemos combatido el mal —dijo la hermana Milgitha entonces—. Sabía que lo lograríamos. Las hermanas han hecho un buen trabajo.

La hermana Marta no daba crédito a lo que oía. Parpadeó, y, cuando vio que la abadesa le dirigía una mirada, no pudo ocultar su desilusión.

—Usted también, hermana Marta —reaccionó la abadesa con tono seco—. Usted

también ha realizado un buen trabajo.

Sintió por un breve instante la mano de la hermana Milgitha sobre el hombro. Eso fue todo.

La hermana Milgitha había decidido que debían seguir leyéndole a Victor dos horas al día. Por si el diablo intentaba regresar. La hermana Marta sería la encargada de leerle no por el vínculo que la unía con el joven paciente, sino porque, en opinión de la abadesa, así también ella podría estudiar los textos bíblicos.

Para la hermana Marta las razones no importaban. Ya se daba por contenta al poder encontrarse a solas con Victor dos horas al día. A las diez de la mañana y a las tres de la tarde iba a recoger al muchacho a la sala grande y juntos se retiraban a una pequeña habitación al otro extremo del convento donde el bullicio de los demás pacientes no pudiera distraerlos. La hermana Milgitha se pasaba por allí cada poco y echaba un vistazo a través de la vidriera de la puerta. A veces también entraba, indicaba a la hermana Marta con un ademán que siguiera leyendo y se quedaba de pie inmóvil en un rincón de la habitación unos cuantos minutos. Después se marchaba sin decir palabra.

—Me está vigilando —le decía la hermana Marta a Victor; no sólo para tranquilizarle, sino también porque estaba convencida de que era verdad.

Por tanto, cumplía dócilmente lo que se le exigía y durante una hora leía en voz alta sin interrupción los pasajes de la Biblia. En esas ocasiones, Victor se sentaba frente a ella en una silla alta, con las manos juntas sobre el tablero de la mesa y la cabeza un poco inclinada hacia delante, y durante la hora entera permanecía inmóvil y del todo imperturbable. Ella no estaba muy segura de que le fascinaran las historias de la Biblia ni de si comprendía mucho del lenguaje solemne —«Eso no importa», le había dicho la hermana Milgitha—, pero en cualquier caso lo seguía con mucha atención. Con tanta atención incluso que, cuando le preguntaba si recordaba dónde se habían quedado la vez anterior, al punto recitaba la última frase de memoria, literalmente, demostrando así de nuevo lo asombroso de su capacidad memorística. Según ella, ése era otro signo de inteligencia, pero las hermanas con quienes hablaba sobre el tema decían que nada tenía que ver lo uno con lo otro.

—Es retrasado, hermana Marta, que no se te olvide —decía la hermana Noëlle.

—Cuando naces retrasado, ya eres retrasado para el resto de tu vida —decía la hermana Charlotte.

Se negaba a creerlo, pero muy a su pesar no podía aducir nada en contra para demostrar que Victor realmente era inteligente.

Hasta que un día, el propio muchacho aportó esa prueba. Ya habían transcurrido un par de semanas desde la primera sesión de lectura y la hermana Marta había llegado al capítulo 25 del libro del Éxodo. Cuando le preguntó por el final del

capítulo anterior, Victor dijo:

—Y-cua-den-ta-dí-as-y-cua-den-ta-no-ses-vi-vió-Mo-ze-en-la-mon-ta-ña.

—Mooiisseés, Victor —le corrigió ella—. Con ese. Como sssanatorio.

Sin que la abadesa tuviera mucho conocimiento del asunto, intentaba mejorar su pronunciación. A menudo articulaba de nuevo la palabra cuando Victor la pronunciaba mal y le pedía que se la repitiera. Él se esforzaba muchísimo, pero era incapaz de emitir algunos sonidos. Sin embargo, realizaba rápidos progresos, aunque ella tenía sus dudas de poder presentarlo como prueba de su inteligencia.

—Moo-sés —repitió Victor.

—Eso está mejor —le animó, si bien aún quedaba bastante lejos de estar bien. Pero no quería forzarle. Tal vez llegara a desanimarse, dejando así de colaborar.

La hermana Marta abrió la Biblia por la última página que habían leído, ayudándose de la cinta indicadora, y dejó el libro sobre la mesa. En el mismo instante, Victor deslizó la mano hacia delante, por encima del tablero, y tocó con el dedo los bordes dorados del canto del libro.

—Es bonito, ¿ves? —dijo ella.

—Moo-sés —repuso Victor.

No la había entendido. A veces reaccionaba de un modo totalmente inesperado y eso la desalentaba de vez en cuando a la hora de invertir más energía en él.

Siguió estirándose hacia delante y puso el dedo índice sobre la página abierta.

—Moo-sés —dijo de nuevo.

—Correcto, Victor —asintió ella—, ahí nos habíamos quedado. Con Moisés que está en la montaña.

—¡Moo-sés! —exclamó con insistencia, desplazando el dedo por la página hacia otro lugar y dejándolo allí crispado.

El índice señalaba el nombre de Moisés. Se percató de pronto. Deslizó la mirada desde el dedo hacia el rostro del muchacho. Los ojos también enfocaban la palabra.

—Moisés —pronunció con una ligera excitación en la voz—. Ahí pone Moisés. En efecto. Muy bien, Victor. ¿Y en dónde más pone la palabra Moisés?

El dedo volvió a desplazarse hacia otro lugar. La rigidez había desaparecido.

—Moo-sés —resonó. Una vez más señalaba el nombre de Moisés, que aparecía otras dos veces en la misma página.

—¡Bien, Victor, muy bien! ¿Y dónde más?

Volvió a mover el dedo y volvió a señalar la palabra.

«Sabe leer —pensó la hermana Marta—. ¡Alabado sea Dios, sabe leer!»

Era una conclusión prematura. Se dio cuenta cuando le señaló otras palabras de la página. Victor no pudo leer ni una. Probablemente había deducido qué palabra representaba el nombre de Moisés fijándose en los signos idénticos y en la llamativa

letra mayúscula M, que mirada desde su posición era una W en realidad, pero no podía ser más que eso. Sin embargo, ya había descubierto que cada palabra que ella pronunciaba coincidía con una combinación de signos que se encontraban sobre la página. Eso, a su modo de ver, también tenía mucho mérito —al fin y al cabo sólo tenía tres años—, y, para comprobar si su suposición era correcta, hizo un experimento. Señaló en la misma página la palabra «uno» mientras la pronunciaba. El señaló después con el dedo a toda velocidad cada «uno» que había en esa página y, a continuación, se quedó esperando con impaciencia a que ella le enseñara otra palabra. Fue entonces cuando tomó la decisión: le enseñaría a leer y de este modo convencería a las demás hermanas de que no era retrasado.

El 14 de febrero de 1979 —las dos mujeres se pusieron muy contentas por la fecha, plenamente convencidas de que les traería suerte— Victor Hoppe implantó a ambas sendos embriones reconstruidos con tres días de vida. Había eliminado el núcleo de dos óvulos de una donante anónima y, en su lugar, había inyectado los respectivos núcleos de los óvulos de las dos mujeres. Tras la unión de los núcleos, los dos óvulos empezaron a dividirse y, al cabo de tres días, se había formado un embrión de dieciséis células. Seguía siendo bastante más pequeño que una cabeza de alfiler.

Dos días antes de empezar con el tratamiento de las mujeres había recibido una carta de la redacción de *Science*.

En ella podía leerse, entre otras cosas: «Le felicitamos por su investigación revolucionaria y por los resultados alcanzados, que nos han sorprendido a todos nosotros. [...] Los resultados obtenidos podrían significar el comienzo de una nueva era. [...] Nos gustaría proceder a su publicación, pero aún quedan algunos puntos por aclarar. En el informe adjunto encontrará usted una serie de preguntas y observaciones [...]».

Repasó el informe incluido meneando la cabeza. La mayoría de observaciones le parecieron irrelevantes. Debía proporcionar más explicaciones sobre procesos y técnicas que para él eran evidentes. Tenía que aportar pruebas para resultados que eran lógicos. Lo que peor le sentó fue la pregunta en la que le pedían referencias, lo que explicaban escribiendo: «[...] nombres de colegas que hayan seguido todos o alguno de los experimentos, o de instituciones (universitarias) bajo cuya supervisión se haya realizado la investigación».

«No me creen», pensó. Se sintió ofendido. Y humillado.

Decepcionado, guardó la carta y el informe.

Ese mismo día, en una placa de Petri, se estaban fusionando los núcleos de los óvulos de las dos mujeres. Este acontecimiento hizo que se le pasara la decepción.

La pregunta final del informe rezaba: «¿Ha repetido ya el experimento?».

No lo había repetido. Después del nacimiento de los ratones había seguido

adaptando su técnica a los óvulos humanos.

La penúltima pregunta rezaba: «¿Los ratones reconstruidos son fértiles?».

Eso sí que no había manera de contestarlo. Los tres ratones se murieron de repente. Uno al cabo de diez días y los otros dos a las tres semanas. Les había hecho la autopsia, pero no encontró nada extraño.

Una de las dos mujeres quedó encinta. En la otra, probablemente el feto no llegara a anidar en la pared del útero. La alegría fue grande, pero el miedo a un aborto aún mayor. Les aconsejó que mientras duraba el embarazo alquilaran un apartamento en Bonn, cerca de la consulta. Realizarían la primera ecografía cuando el feto tuviese seis semanas. Para entonces, se debería poder ver ya el corazón palpitante y la columna vertebral.

Entre tanto, reescribió el artículo para *Science*. El experimento afortunado con los embriones humanos le había hecho entrar en razón, y comprendió que primero debía completar su anterior informe para luego poder mencionar sus posteriores experimentos.

No escribió nada acerca de los ratones muertos. Todavía no. Antes quería reconstruir otros ratones para poder responder de manera positiva a las preguntas de si había podido repetir el experimento o de si los ratones reconstruidos eran fértiles. Pero no lo logró. Bien es cierto que consiguió crear algunos embriones nuevos, pero ninguno creció en el útero de los ratones adultos hasta llegar a convertirse en una cría de ratón.

No se explicaba qué era lo que podía salir mal. O quizá sí lo supiera, pero no quería admitirlo.

Suerte. De eso se trataba. Su técnica de extraer el núcleo de una célula y luego volver a introducirlo con la pipeta en otra exigía mucha maña. Un mínimo movimiento en falso podía dañar la pared celular o el núcleo. También era posible que estuviera sacando demasiado citoplasma. ¿Estaba utilizando una técnica equivocada? No, porque en ese intervalo estaban aplicando el método especialistas del mundo entero. Ellos deben de emplear aparatos más precisos con los que se descarta cualquier movimiento erróneo, pero la técnica es la misma. Victor Hoppe estaba, pues, adelantado a su tiempo, y como no disponía de un equipo avanzado, necesitaba una gran dosis de suerte para lo que estaba haciendo.

Pero la suerte no contaba para Victor. Echaba la culpa de su fracaso a la distracción y a la pérdida de concentración. No veía el sentido de volver a experimentar con ratones ahora que había alcanzado resultados con células humanas. Como si de pronto tuviera que ponerse a trabajar con juguetes en lugar de con material auténtico.

En el artículo revisado, por tanto, no haría ninguna mención a la repetición del experimento ni a la fertilidad de los ratones reconstruidos. Tampoco dio referencias.

Sí que respondió con toda meticulosidad a las demás preguntas y observaciones, describiendo con mayor precisión su método. La mayoría de los colegas redactores de *Science* ya estaban de sobra convencidos. Argumentaban que los resultados del doctor Hoppe eran tan revolucionarios que debían publicarse con urgencia, aunque sólo fuera para poner en marcha un debate. Quienes estaban en contra era precisamente eso lo que querían evitar. Mantenían que el éxito en un solo intento era algo accidental y no un resultado. Al final, se resignaron a los argumentos de la mayoría.



La hermana Marta enseñó a Victor a leer en el invierno de 1948. Como no quería que la sorprendieran, sólo le daba clase durante las noches en que le tocaba vigilar a los pacientes. Cuando todo el mundo dormía, iba a la cama del muchacho y le llevaba a la habitación blindada que daba a la gran sala. Antes, había escrito ya en su propio dormitorio unas cuantas letras y sonidos en hojas de papel aparte. Así le enseñó las primeras palabras. Resultó ser muy aplicado y en cada clase de lectura corroboraba las suposiciones que tenía acerca de su inteligencia. Con un par de ejemplos que le mostrara utilizando algunas letras, él conformaba con desenvoltura la serie de palabras que ella le ponía. Era tal la rapidez con que aprendía, que casi para cada lección debía traer una letra o un sonido nuevos con los que poder mantenerle ocupado.

También dio muestras de emoción por primera vez, que se manifestaban sobre todo en la extrema impaciencia con que desplazaba las letras sobre el tablero de la mesa. A veces la sorprendía más la excitación que le entraba —tanto más después de todos esos años de comportamiento pasivo— que los espectaculares progresos que realizaba con la lectura. Tampoco quería parar, ni siquiera hacer una breve pausa. A menudo se había visto obligada a detenerle cogiéndole por la muñeca, pero entonces seguía absorbiendo las letras con las pupilas, que movía a toda velocidad de un lado a otro, en busca de una nueva combinación.

Le ponía fin a las clases al cabo de una hora u hora y media, porque al día siguiente Victor debía levantarse por la mañana como el resto de pacientes para asistir a la misa matutina. Así, de la mano de la hermana Marta, regresaba a regañadientes a su cama, donde recitaba una letanía para Egon Weiss mientras ella permanecía sentada junto a él al borde del colchón.

—Que descanses, Victor —susurraba cuando había terminado—. Mañana aprenderemos una letra nueva.

—¿Cuál? —preguntaba siempre.

—La A de «árbol» —le revelaba entonces. O—: La G de «gato».

Las clases que la hermana Marta le estuvo dando a Victor volvieron a avivar sus deseos de ser maestra. El poco tiempo que pasaba a solas con el muchacho para ella era mucho máspreciado que el resto de las horas del día. Con Victor tenía la sensación de estar realizando un trabajo útil, y los rápidos progresos que hacía el muchacho terminaron por convencerla de que había nacido para la noble tarea de la enseñanza. Si pudiera demostrarle su talento también a la hermana Milgitha, quizá ésta llegara a comprender que servía para mucho más que para limpiar pañales y vaciar orinales. Tal vez la abadesa le permitiera continuar su noviciado en un convento donde poder estudiar para maestra. Si ella se lo permitiera, seguro que sus padres tampoco tendrían nada en contra.

Para convencer a la abadesa, la hermana Marta debería seguir enseñando a Victor a marchas forzadas, y eso la llevó a aumentar el ritmo de las clases. Cambiaba los turnos de noche a las otras hermanas y a veces tenía al muchacho haciendo ejercicios sin parar hasta las tres de la madrugada. No sólo le enseñó a leer palabras nuevas, sino también sencillos versos que le escribía en una hoja con la mejor de sus letras. También de día, durante las sesiones de lectura, intercalaba ejercicios para que buscara en la Biblia palabras conocidas. A veces conseguía leer frases enteras.

Con la intensidad de las clases, también aumentó su distracción. Un día la abordó de repente la hermana Milgitha.

—Hermana Marta, ¿qué hace usted por las noches con Victor en el cuarto de las hermanas?

Sintió que sus mejillas adquirirían de golpe un cierto arrebol.

—¿Qué me decía usted, hermana Milgitha? —preguntó para ganar tiempo. La única posibilidad que se le ocurría era que uno de los pacientes la hubiera visto con Victor y hubiera informado a la abadesa, pero era ella quien decía que no había que creer nunca lo que contaban los pacientes.

—Sé que Victor está con usted por las noches —dijo la abadesa, plena de resolución—. ¿Puedo saber por qué?

Podía contarle la verdad, pero entonces lo más probable es que sometieran a Victor de inmediato a un interrogatorio que terminaría por bloquearle.

—Victor sufre terribles pesadillas —respondió con presteza.

La abadesa la miró indecisa.

—Si no le llevo conmigo —añadió la novicia—, despierta a los otros con sus gritos.

—¿Qué clase de pesadillas?

—No lo sé, hermana Milgitha. No quiere decírmelo.

Le pareció que sonaba convincente. Sintió cómo volvía a tranquilizarse, sobre

todo al ver desaparecer la mirada acusadora de los ojos de la abadesa.

—Me preocupa —dijo la hermana Milgitha.

—No creo que sea para tanto. Victor es...

—No es Victor quien me preocupa, hermana Marta. Me preocupa usted.

Esa observación no se la había esperado. Frunciendo el ceño, miró a la abadesa.

—Está usted muy pálida últimamente.

—Yo... —intentó reaccionar, pero la abadesa la interrumpió en seguida.

—Quizá debería abstenerse de hacer turnos de noche durante algún tiempo. Y estar leyendo en voz alta dos horas al día también me parece muy cansado. La hermana Noélle la relevará.

¡Eran argucias! Presintió que eran argucias. La abadesa quería apartarla de Victor. ¡Esa era su intención!

—Yo... yo me siento bien —repuso con voz trémula—. No me pasa nada.

—Me parece mejor así. De este modo, podrá volver a concentrarse más en sus otras tareas.

Se sintió acorralada. Y sabía que no le serviría ninguna réplica. No le quedaba otra opción.

—Victor sabe leer —dijo con timidez. Siempre había pensado que llegaría un día en que pronunciaría esas palabras con el debido orgullo, pero ahora se sentía como si estuviera confesando su culpabilidad.

—¿Que Victor sabe qué?

—Sabe leer. Le he enseñado yo, hermana Milgitha.

Su voz sonaba parca. Lo que le había parecido un mérito ahora se convertía casi en una deshonra.

—Hermana Marta, ¿se da usted cuenta de lo que está diciendo? ¡El muchacho no tiene ni cuatro años! —Siguió una breve pausa. Luego, dijo con énfasis—: ¡Y es retrasado!

La hermana Marta negó con la cabeza:

—No es retrasado. Realmente no es...

—¡Usted no es quién para determinarlo, hermana!

La abadesa levantó la cabeza con desdén, y ya giraba sobre sus pies cuando la hermana Marta exclamó de pronto:

—¡Que lo demuestre el propio Victor!

La abadesa no contestó, pero tampoco se marchó.

—Él puede demostrarlo —dijo la hermana Marta, esta vez casi implorando.

—¡Pues tendrá que hacerlo en seguida! Así ya no tendremos ninguna duda, ¿no es cierto, hermana Marta?

—En seguida no. En seguida...

Había sido mucho peor de lo que se había esperado. La hermana Milgitha no le dio ninguna oportunidad. Cinco hermanas le rodearon, como cuando se disponían a meter a un paciente en una camisa de fuerza. Por supuesto que tenía miedo.

A ella la obligaron a quedarse en un segundo plano y sólo pudo verle el rostro cuando la hermana Milgitha se echó a un lado. La abadesa la señaló y dijo:

—Victor, la hermana Marta asegura que ya sabes leer. ¿Quieres leer para nosotras un poco?

La hermana Marta tuvo aún el coraje de interrumpir a la abadesa. Sacó una hoja de papel, que llevaba debajo de la manga, en la que aparecía el verso que Victor había leído la noche anterior. De corrido. Y sin fallos.

—Hermana Milgitha, esto de aquí es...

La abadesa hizo un amplio gesto despectivo con una mano tras su espalda y con la otra cogió la Biblia de la hermana Noélla. La abrió por una página cualquiera y la colocó debajo de las narices del muchacho.

—Lee en alto —le dijo.

«Ésta es tu oportunidad, Victor», pensó la hermana Marta. Sabía que podía hacerlo, aunque sólo fuera una frase.

Pero Victor guardó silencio.

Y añadió el rey: Traedme una espada. Y trajeron al rey una espada. En seguida el rey dijo: Partid en dos al niño vivo y dad la mitad a la una y la otra mitad a la otra.

Eso era lo que ponía. Por escrito. La mirada de Victor recayó sobre ese pasaje y se sintió tan abrumado que se le formó un nudo en la garganta que le impidió emitir palabra.

—¿Podremos ver si el niño es de una de nosotras? —preguntó una de las mujeres.

El doctor le había untado el gel transparente en el vientre y estaba a punto de realizar la primera ecografía.

Meneó la cabeza.

—En la ecografía no.

—Me refería a más tarde, cuando haya nacido.

—Será una niña con toda seguridad —respondió Victor—. Eso es algo que tiene que ver con los cromosomas. Las mujeres tienen un cromosoma sexual del tipo XX y por eso...

—¿Pero podremos comprobarlo con algo más? —le interrumpió.

Ya le había explicado una vez en detalle la cuestión del sexo de la criatura y ahora empezaba de nuevo desde el principio, como si no supiera que se estaba repitiendo. En aquella ocasión, la mujer había comprendido poco, pero sí recordaba que el hecho

de que se tratara de una niña tampoco implicaba que fuera de una de las dos. Esa incertidumbre seguía carcomiéndola, aunque el doctor les hubiera enseñado fotografías de la fusión de sus núcleos celulares y de la división del óvulo; primero en dos células, a continuación en cuatro, luego en ocho y, por fin, en dieciséis. A sus ojos, por el contrario, todas las instantáneas parecían burbujas flotando sobre una superficie de agua. No había manera de convencerla de que lo que estaba viendo era suyo. La amiga le había dicho que no fuera tan desconfiada y, riendo, le preguntó si acaso esperaba ver su nombre escrito en las células.

—Será como una niña cualquiera —dijo el doctor mientras encendía la pantalla del ecógrafo—. Se parecerá algo más a una madre que a otra. Quizá incluso a uno de los abuelos.

La respuesta siguió sin satisfacerla. Continuaba con la sensación de llevar dentro una cosa extraña.

Apretó la mano de su novia cuando notó el frío sensor del ecógrafo en el vientre. Según el doctor, aún no podría verse gran cosa en la ecografía, pero de alguna manera ella confiaba en obtener mayor seguridad.

El doctor movió en silencio el sensor sobre el abdomen. La pantalla mostraba manchas blancas, grises y negras poco estructuradas. Era como si alguien estuviera sondeando las rugosas paredes de una gruta con el débil resplandor de una linterna.

Desvió la mirada de la pantalla hacia su vientre desnudo. Todavía no había aumentado. Tampoco se había mareado ni una vez. Quizá no estuviera embarazada.

—Allí está —dijo el doctor.

Ella se asustó y su mirada volvió en seguida al televisor.

—No veo nada —dijo.

—Esto —respondió él mientras señalaba con la yema del dedo algo en el centro de la pantalla—. Esta franja blanca arqueada. Eso es la columna vertebral.

La franja era más estrecha que su dedo. Era lo único que permanecía inmóvil en la pantalla, como un animal que se queda paralizado por el miedo en el visor de una escopeta de caza.

—Siete milímetros con ocho. Ahora podemos intentar encontrar el latido de su corazón.

Mantuvo el sensor en el mismo lugar mientras con la otra mano realizaba movimientos sobre el teclado del ecógrafo.

—¡Ahí!

Ella no sabía dónde tenía que mirar o qué debía descubrir.

—¿Dónde? —preguntó la novia con un susurro, como si con la voz temiera perturbar o ahuyentar algo.

El doctor señaló la pantalla con la punta de un bolígrafo. Era como una lucecita que se encendía y se apagaba. Una lucecita parpadeante en blanco y negro.

—Como si nos estuviera guiñando un ojo —oyó decir a su novia.

De repente se tranquilizó. La idea de que realmente estuviera viviendo algo en su interior cambió de golpe su actitud. Todas las preguntas que se había planteado ya no necesitaban respuesta. Una criatura crecía dentro de su vientre. Ése había sido siempre su mayor sueño. Y quizá sería también de las dos. Sería maravilloso, pero de pronto eso ya no era tan importante. Llevaba vida en su regazo. ¡Eso, sólo eso!

Los callados hipidos de su novia volvieron a traerla a la realidad. Al verle los ojos llorosos y la sonrisa radiante de felicidad, tomó conciencia de su postura egoísta. Se asustó de sí misma, pero lo simuló ante su amiga, cuyas dos manos apretaba ahora con fuerza entre las suyas.

El doctor evitaba cualquier contacto ocular, como si temiera verse enfrentado a los sentimientos de las mujeres, y giraba los botones que había junto a la pantalla. El leve zumbido, que podía oírse como sonido de fondo de continuo, aumentaba ahora de pronto. A la vez, del altavoz salía también otro ruido. Era un latido sordo e irregular, como si alguien golpeará con el índice un micrófono para probarlo.

—El corazón —dijo el doctor—. Ahora se oye también el corazón.

El sonido estaba, en efecto, más o menos sincronizado con la luz parpadeante de la pantalla, pero desaparecía una y otra vez para, acto seguido, volver a aparecer.

Pero había más. Muy de vez en cuando podía oírse una segunda serie de latidos. Parecía un eco del primer sonido, pero eso era imposible, porque seguía un ritmo distinto.

Miró a su novia y se golpeó el lóbulo de la oreja para llamarle la atención sobre ese otro sonido. La novia asintió, indicando que también ella lo había oído.

—Oímos un corazón más —le dijo al doctor—. ¿Es posible?

Él no reaccionó. Clavó la mirada en la pantalla mientras le apretaba más el vientre con el sensor. Tenía fruncido el ceño. Los pelillos rojos y erizados le formaban unos paréntesis sobre los ojos.

Ahora podía oírse mucho mejor el doble latido, pero en la pantalla había desaparecido la luz parpadeante. El doctor movió deprisa el sensor sobre el gel del vientre. Su cabeza realizaba casi el mismo movimiento nervioso.

Ella volvió a echar un vistazo a su novia, quien esta vez repitió con algo más de insistencia:

—¡Herr Doktor, estamos oyendo otro corazón!

Él siguió en silencio, aumentando la fuerza con que le apretaba el vientre.

—¡Herr Doktor! —gritó ella ahora.

El doctor se asustó.

—¿Hay otro corazón? —preguntó—. Oímos claramente algo más.

El doctor meneó la cabeza.

—Tu corazón. Era tu corazón.

Lo dijo con un tono neutro, pero, a pesar de todo, ella se sintió de repente muy ridícula. Había estado preocupándose en vano.

El doctor apartó el sensor y con un paño le empezó a limpiar el gel del vientre.

—Lo siento —balbució ella entonces—. Creía...

—No importa —dijo el doctor.

Era su corazón. Entre otras cosas, su corazón. No había mentido. Pero había algo más. ¿Tendría que habérselo dicho? ¿Qué estaba pasando algo extraño? E intranquilizarla. Con todas las posibles consecuencias que pudiera conllevar.

Se podían oír dos latidos fetales. Claramente. Pero no había podido conseguir la imagen del segundo latido en la pantalla. Tampoco pudo encontrar un segundo feto. Después se puso a estudiar en detalle las reproducciones fotográficas y en ninguna ecografía podía llegar a verse otra columna vertebral.

Existía la posibilidad de que el segundo feto estuviera escondido tras el primero. Era posible. Pero sería extraño.

Si había dos fetos, el óvulo debía de haberse dividido dentro del útero en dos partes que habrían seguido desarrollándose por separado. Entonces nacerían gemelos. Gemelos univitelinos.

La segunda ecografía, dos semanas después, había mostrado el resultado definitivo. La mujer embarazada daba la impresión de estar muy tranquila, en cualquier caso mucho más tranquila que la primera vez. Entonces lo único que quería saber era si podía verse de algún modo que la criatura, en efecto, era de ellas dos. Como si albergara la esperanza de que pudiera decirle ya el aspecto que tendría cuando naciera. Sólo si una de las dos mujeres poseyera una anomalía hereditaria podría demostrar que la criatura era con seguridad de una de las dos. Pero no tenían anomalías hereditarias. Lástima, pensó en un arranque, porque si las tuvieran podría presentar una prueba irrefutable a todo aquel que dudara de él.

Si la segunda ecografía mostraba dos fetos, se había propuesto decírselo a las mujeres. Después de todo, al cabo de ocho semanas tendrían que ser perfectamente visibles, aunque lo más probable es que midieran tan sólo unos dos centímetros. A pesar de esas mínimas dimensiones, los fetos ya tendrían en gran parte rasgos humanos. Se reconocerían la cabeza, los brazos y las piernas, y en la cara ya empezarían a aparecer los ojos, la boca y los orificios nasales. Era improbable que uno de los fetos volviera a estar oculto del todo tras el otro. Así que no podría volver a engañarlas.

En la segunda ecografía se había ido deslizado, por decirlo de algún modo, hacia el útero. En lugar de acercarse en seguida la imagen con el zum, dio un rodeo por el hígado, el estómago, el páncreas, la vejiga, el apéndice. Movimientos en círculo.

Las mujeres miraban fijamente la pantalla con la respiración contenida. De vez en

cuando le dirigían una mirada inquisitiva, pero él guardaba silencio.

Pronto encontró el primer saco amniótico dentro del útero. Una mancha negra del tamaño de una manzana. No había un segundo saco amniótico, aunque él sí esperaba verlo.

El feto yacía como un guijarro en el fondo del saco.

Acercó la imagen con el zum. ¡Eran dos fetos! Contó: dos cabezas, cuatro brazos, cuatro piernas. Y también dos corazones palpitantes. Juntos, el uno al lado del otro. Y entre ellos, como un dedo índice flexionado: una sola columna vertebral.

En ese instante se quedó pálido.

—¿Qué pasa, doctor? —preguntaron las dos a la vez.

Ya no podía fingir, pero no contó toda la verdad.

—Gemelos. Son gemelos.



Un día, la hermana Marta no regresó al convento de La Chapelle. Todo sucedió tras una estancia en casa de sus padres, adonde se le permitía ir de vacaciones durante el noviciado cinco días al año. Al principio, sus padres reaccionaron con enorme sorpresa al oír la mala noticia de boca de la abadesa. Le explicaron que ellos vieron subir a su hija en el autobús que debería llevarla a La Chapelle. Sólo después de que la hermana Milgitha les hubiera aconsejado que quizá deberían denunciarlo a la policía, el padre confesó que habían tenido una discusión porque Lotte quería colgar los hábitos.

Esa información sorprendió a su vez a la hermana Milgitha, quien dijo a los padres que nunca había notado ese propósito en la hermana Marta. En su opinión, parecía francamente feliz desde que había pasado a ser novicia hacía ya casi un año. También se había portado durante todo este tiempo como una auténtica monja y, si hubiera continuado así, en un santiamén podría haber profesado los votos temporales. Por tanto, la abadesa esperaba que regresara pronto y propuso no informar a nadie de su desaparición. Los padres fueron de la misma opinión, porque de lo contrario la gente no haría más que hablar.

La hermana Marta regresó, pero al cabo de tres meses. Sólo una vez dio señales de vida. Una semana después de la desaparición, los padres recibieron una carta: que estaba bien y que necesitaba tiempo para reflexionar.

«Ha vuelto y lo lamenta», aparecía escrito en el telegrama que la hermana Milgitha envió a los padres de Lotte Guelen el 12 de noviembre de 1949.

A primera vista parecía como si sólo se hubiera ausentado por un momento para hacer algún recado. El hábito tenía un aspecto immaculado, y la toca negra que le enmarcaba el rostro le quedaba que ni pintada, como una herradura en una pezuña de caballo. La cruz dorada en el pecho no había perdido en absoluto su fulgor.

A la luz podía verse que estaba más morena que antes: su rostro, el dorso de las manos.

La hermana Milgitha en un atisbo había comprobado que también tenía morenos el cuello y parte de los brazos, pero no dijo nada. Sólo le preguntó si lo lamentaba, a lo que la hermana Marta asintió de inmediato. Entonces la abadesa le dijo que era bienvenida y se remitió a la parábola del hijo pródigo.

Así quedó el asunto. En ese instante le había parecido lo mejor. Ya le sonsacaría en otra ocasión.

Victor vio en seguida que algo había cambiado en su persona. Caminaba con los hombros estirados y la espalda ligeramente encorvada, con lo que su vientre, ya liso de por sí, describía una suave curva. Su actitud desprendía cierta altivez, muy diferente de la que había mostrado durante los meses anteriores a la desaparición. En aquella época casi siempre iba con la cabeza inclinada y los hombros caídos, mientras sus pasos eran tan perezosos que parecía como si alguien, a quien debía arrastrar por dondequiera que fuera, le estuviera tirando del hábito. Además, apenas le había vuelto a hablar desde el incidente con la hermana Milgitha, en el que ésta estuvo insistiendo tanto para que leyera algo. Victor pensó que estaba enfadada con él. No podía verla durante la noche y tampoco durante las sesiones de lectura que se desarrollaban a lo largo del día. Y, de repente, desapareció del todo.

Pero ahora había regresado. Y ya el primer día le susurró:

—Te he echado de menos.

«Y yo a ti también», habría querido decir, pero no consiguió despegar los labios.

Poco después, cuando tuvo de nuevo la oportunidad de hablar con él, le dijo:

—Dentro de poco volveré a irme. Para siempre.

Victor no supo cómo reaccionar. Jamás había tenido una sensación de angustia tan grande como la que experimentó al oír sus palabras.

El olor dulzón llegaba, pero también desaparecía siempre. Victor lo comprendió bien pronto. Y cuando el olor estaba allí, todas las hermanas se contagiaban al mismo tiempo. Cada vez que una de ellas se inclinaba sobre él, el olor lo cubría todo con su presencia. Provenía de la ropa, de las manos, del aliento. Y olía como sabe la grasa de

tocino que a veces les ponían en los bocadillos.

Las propias hermanas parecían olerlo también, porque, cuando llevaban consigo el olor, mostraban mucha menos paciencia con los pacientes. Como si el olor les afectara los sentidos y perdieran el control sobre sí mismas. Incluso la hermana Marta. Cada vez que tenía ese olor, estaba más intranquila durante la lectura. Irritable. Si se sorprendía en esa actitud, solía disculparse.

—Lo siento, Victor. Ya se me pasará por sí solo.

Y él sabía que volvería a presentársele otra vez por sí solo.

Pero desde que volvió, la hermana Marta no había vuelto a oler así. Y eso cuando las demás hermanas ya habían sido infectadas dos veces por el olor. Durante esos dos períodos, para Victor fue literalmente un respiro que la hermana Marta le lavara y arropara.

Que el olor no se presentara en ella para él era una mera constatación de la que no pudo inferir nada. La noticia que le dio un día, por tanto, resultó una sorpresa. En ese momento le estaba secando en las duchas con una toalla.

—Lo notarán dentro de poco —empezó ella a decir—. Ya puede verse. Y sentirse.

Le agarró la mano y se la llevó al vientre. Victor sólo sintió el suave tejido del hábito.

—Dentro de mi vientre está creciendo un niño —le susurró.

Le llevó la mano arriba y abajo y ahora sí sentía por la redondez del vientre que, en efecto, algo se ocultaba bajo el hábito.

—Tan pronto como lo descubra la hermana Milgitha, tendré que colgar los hábitos —continuó—. Antes me pondrá de vuelta y media. Pero no me importa, merece la pena, porque después ya no tendrá elección. Y así mis padres tampoco podrán devolverme al convento.

Se arrodilló y le cogió las manos. Le miró a los ojos, pero él apartó las pupilas.

—Si es niño —dijo—, le llamaré Victor. ¿Te parece bien?

Le pareció bien.

Tan pronto como la hermana Milgitha empezó a sospechar algo, se puso a revisar la ropa interior de la hermana Marta en cada lavado buscando manchas de sangre. Cogió el calendario y calculó cuándo podía haber ocurrido y cuánto tiempo llevaba encinta. Comenzó a vigilar a la novicia y le llamó la atención lo mucho que se pasaba la mano por el vientre ligeramente hinchado.

—¿Le duele algo? —le preguntó una vez, observando con perspicacia su reacción.

Pero la hermana Marta ni siquiera se asustó. Ingenua, meneó la cabeza y miró a la indignada abadesa, como si se preguntara de dónde se había sacado esa ocurrencia, en nombre de Dios.

Al no descubrir huella alguna de sangre en cinco semanas, la hermana Milgitha decidió que la examinara un médico. Ella no tenía ninguna experiencia con estos asuntos y por eso se lo dijo al doctor Hoppe una vez que vino a visitar a su hijo. Le consultaba a menudo en aquellos casos en que su propio conocimiento o el de las demás hermanas no bastaban, pero esta vez se sentía incómoda. Por tanto, calló lo que realmente quería saber y sólo le preguntó si quería darle su opinión sobre una hermana que llevaba unas semanas padeciendo dolores de vientre.

Le acompañó al cuarto de la hermana Marta, que en ese instante tenía estudio individual de la Biblia. Por el camino, el doctor se interesó por su hijo.

—No hay mejora —le dijo la hermana Milgitha—. Lamentablemente.

Le oyó suspirar.

—¿Cree usted que es feliz? —preguntó el doctor.

—Seguro que sí, Herr Doktor.

—Así lo espero, hermana. Así lo espero por él.

Cuando la abadesa y el doctor entraron en el cuarto, la hermana Marta levantó la vista de la Biblia que descansaba ante ella sobre la mesa, corrió la silla hacia atrás en seguida, se incorporó y, educada, saludó a los dos con una inclinación de cabeza.

La hermana Milgitha se esperaba que la novicia rechazara cualquier examen médico o, al menos, que hiciera alguna pregunta, pero para su sorpresa se abstuvo de realizar comentario alguno y fue a tumbarse a la cama, hacia donde el doctor Hoppe la había invitado a que se dirigiera con un ademán. Tampoco dudó ningún momento en recogerse el hábito hasta por encima del vientre cuando el médico se lo pidió.

La abadesa se había quedado en un rincón del cuarto y miraba de soslayo el vientre desnudo de la novicia. Estaba hinchado, sin duda.

El doctor puso su mano derecha encima.

—Dígame si le duele —dijo.

Movía la mano y palpaba apretando con las yemas de los dedos la totalidad del vientre.

—¿No le duele? —preguntó un par de veces.

Ella negaba con la cabeza a cada pregunta.

Ahora comenzaba a palparla cerca de la pelvis. De vez en cuando apretaba un poco más con el pulgar. A la abadesa no le pasó inadvertido que, cuando lo hacía, fruncía el ceño.

—¿Puede darme el estetoscopio? —preguntó el doctor.

Le dio el estetoscopio que ella misma había traído.

—¿Puede contener la respiración un momento? —se dirigió el doctor a la joven hermana.

La abadesa contuvo también la respiración sin querer. «Ahora ya dentro de poco lo sabremos», pensó.

El doctor escuchaba concentrado, fruncía el ceño de nuevo, desplazaba el estetoscopio y volvía a escuchar. Desvió la mirada un par de veces hacia el rostro de la novicia, pero ella mantenía los ojos dirigidos al techo. Por fin, el doctor exhaló todo el aire y apartó el estetoscopio del vientre. Inexpresivo, preguntó a la abadesa:

—¿Podría dejarnos solos un momento?

La hermana Milgitha le miró a los ojos, vio que lo decía en serio y abandonó la habitación.

Aliviada, la hermana Marta se bajó el hábito y se sentó al borde de la cama. El doctor tomó asiento en la silla junto a la mesa y cogió la Biblia. Empezó a girarla entre las manos con un movimiento nervioso.

—Quiero que sea usted la primera en saberlo antes de contárselo a la abadesa —comenzó—. Quizá necesite tiempo para asimilarlo. Yo mismo no entiendo bien...

—Ya lo sé, Herr Doktor —le interrumpió. No quería ponérselo difícil—. Esos dolores de estómago eran una invención de la hermana Milgitha. Si sentía algo, era el pataleo o cosas así. Es bastante... ¿Cómo se dice? ¿Vivo?

El doctor movió la cabeza arriba y abajo y frunció los labios. Se le hinchó la cicatriz que tenía sobre la comisura derecha de la boca.

—¿De cuánto tiempo está? ¿Lo sabe? ¿Aproximadamente? —preguntó el doctor.

—Cuatro meses.

—Suponía algo así, sí. De lo contrario, no habría sentido las patadas. —Echó un vistazo a la Biblia y volvió a mirar a la hermana—. ¿Cuántos años tiene usted?

—Veinte.

El doctor asintió.

—Y medio —añadió ella.

—¿Y quiere conservar el niño?

Ahora era ella quien asentía.

—Claro, Herr Doktor.

—Es consciente de que probablemente tendrá que abandonar el convento. Supongo que la hermana Milgitha ya no podrá permitir su presencia aquí por más tiempo.

—Soy consciente. ¿Puedo pedirle estar a su lado cuando se lo diga? No sé cómo va a...

Asintió comprensivo.

—Le daré la noticia cuando usted esté delante. ¿Le parece bien?

—Muy bien, Herr Doktor. Gracias.

Volvió a dejar la Biblia en la mesa, deslizó un momento los dedos por la tapa y se puso en pie.

—¿Doctor Hoppe?

Se volvió en su dirección.

—Usted es el padre de Victor, ¿no? De Victor Hoppe. Usted... Ya le he visto un par de veces con él.

Casi dijo que se parecían mucho, pero pudo tragarse las palabras a tiempo.

—Es cierto. De Victor, sí.

Evitó la mirada de la hermana y se puso a mirar a un punto cualquiera por encima de su cabeza.

—Herr Doktor... —Vaciló un poco—. Herr Doktor, Victor no es retrasado. De verdad que no es retrasado.

La abadesa le había preguntado si querría practicarle el aborto a la hermana Marta en el caso de que sus padres así lo desearan. No escuchó la petición porque él ya había empezado a preguntarle si era verdad todo lo que le había contado la hermana Marta, que Victor podía hablar, que Victor sabía leer.

De camino al despacho de la abadesa, por los vacíos pasillos del convento, reflexionó sobre la veracidad de lo que le había dicho la muchacha. Había llegado a la conclusión de que no tenía ninguna razón para mentir, al menos ahora que estaba a punto de ser expulsada del convento. Le preguntó por qué él nunca se había dado cuenta de nada y ella le explicó que era difícil penetrar en el interior de Victor, que era una cuestión de confianza. Sintió una punzada en el corazón.

Cuando la abadesa hubo repetido la petición y él asimiló sus palabras, mostró su indignación de inmediato.

—Ella quiere tener el niño sin importar las consecuencias que pueda acarrear.

—Es demasiado joven para decidirlo ella sola.

—¡Tiene veinte años! —exclamó el doctor más fuerte de lo que habría querido.

—Todavía es una novicia, Herr Doktor. Sus padres quieren que se haga monja; por eso le pregunto otra vez si puede ayudarnos.

Meneó la cabeza; primero levemente, luego cada vez con más vigor. Casi al mismo tiempo había decidido callar lo que la hermana Marta le había contado sobre su hijo.

Confianza. La palabra volvía a venírsele a la cabeza. Al igual que él, la abadesa nunca había podido granjearse la confianza de Victor. A esa conclusión había llegado mientras la miraba. La escuchó. Por eso no había hablado Victor nunca. Y como no hablaba, le habían declarado retrasado mental. Sólo por eso.

Corrió la silla hacia atrás y se levantó negando con la cabeza. Quiso hacerle reproches a la abadesa para descargar allí la creciente ira, pero no consiguió emitir palabra, porque esa ira estaba dirigida sobre todo a sí mismo. ¿Cómo, en nombre de Dios, había podido cometer el error de hacerle esto a su hijo?

La mujer de gris y su ayudante venían de Aquisgrán. Se esperaba que no hicieran preguntas y se limitaran a cumplir con su trabajo. En eso había quedado la hermana Milgitha con ellas. Se les pagó más por el silencio que por el trabajo.

Lotte Guelen no sabía nada, y se encontraba en ropa interior en su habitación. Poco antes, la abadesa le había dicho que se desnudara y que entregara el hábito. Era como si se hubiera desprendido de un pesado vestido. «Ya pasó todo por fin», pensó. La hermana Marta había muerto y Lotte Cuelen había resucitado.

La hermana Milgitha se fue sin decir nada. Lotte creyó que la abadesa había ido a recoger su ropa de calle y se preguntaba si todavía le valdría.

Cuando la abadesa entró en la habitación, no venía sola. Dos mujeres la acompañaban y una era absolutamente gris: el delantal, los ojos y el rostro. Como si se hubiera estado untando antes la piel con ceniza.

Lotte vio a la mujer gris y tomó conciencia. Dio un grito, pero la hermana Milgitha lo sofocó de inmediato tapándole la boca con una mano. Con la otra le dio un empujón en el torso hacia atrás, de manera que cayó en horizontal sobre la cama. Las dos mujeres la ataron entonces al lecho con una correa de cuero. Intentó resistirse un poco, pero no pudo hacer nada ante la superioridad de fuerzas contrarias. También le ataron las muñecas y, después de que la mujer gris le hubiera separado las piernas y la otra le hubiera sujetado los tobillos en los laterales de la cama, le metieron una pila de cojines redondos bajo el trasero, para que la pelvis se levantara hacia delante. Le cortaron las bragas con unas tijeras. Fue entonces cuando cerró los ojos y por eso no vio la larga aguja que la mujer gris sacaba del bolso.

—Hágalo rápido —le había dicho la hermana Milgitha antes a la mujer gris.

Cuando le introdujeron la aguja, Lotte expulsó el dolor mordiendo la toalla que le habían puesto en la boca. Las uñas de la abadesa se le clavaron con profundidad en la mejilla derecha.

La mujer gris con una mano mantenía apartados los labios de la vulva de la novicia, mientras movía la aguja hacia delante y hacia atrás con la otra. Tuvo suerte. Tras algunos movimientos, acertó a pincharlo. Hizo un gesto con la cabeza a su ayudante, quien mantenía ya preparada la toalla en la que debía envolverse el regalo.

La hermana Milgitha vio por un breve instante el feto, que era mucho más grande de lo que ella se había esperado. Pero lo que más le impactó fue el asombroso parecido que tenía con un ser humano. Cuando vio que la mujer gris levantaba la mirada hacia ella, apartó rápidamente el rostro.

—Llévenselo y entiérrenlo en algún lugar —les dijo.

Al final del día, Lotte se había pasado un momento a ver a Victor. Se había vuelto a poner el hábito y le susurró un par de frases al oído. Después le había apretado los labios en su coronilla y le había dicho algo más. Luego se fue sin volver la vista atrás.

—Se ha ido, Victor. El niño se ha ido. Lo siento.

Primero dijo eso. Y después, tras el beso, dijo:

—Dios da y Dios quita, Victor. Pero no siempre. A veces tenemos que hacerlo nosotros mismos. Recuérdalo.

Esas palabras fueron las últimas que oyó de su boca. A la mañana siguiente su padre le sacó del manicomio.

Fue el 23 de enero de 1950.



O daba dos vidas o quitaba dos vidas. En ese dilema se debatía Victor Hoppe el mes de abril de 1979 cuando por carta o por telegrama entraban a mares las felicitaciones de otros científicos que habían leído su artículo en *Science*.

O dejaba que los fetos siguieran desarrollándose o interrumpía el embarazo antes de tiempo. Esto último no lo había hecho nunca. Nunca hasta ahora había quitado una vida. Por eso estaba desesperado. Desde el instante en que empezó con la investigación para la tesis doctoral en la universidad, su propósito había sido traer vidas al mundo. Ese era el desafío, la posibilidad de decidir sobre la vida, no sobre la muerte.

Le llamó la atención ver el emblema de la Universidad de Aquisgrán en el sobre. La tarjeta que había dentro era de un catedrático que no conocía, un tal Rex Cremer, jefe de personal médico de la Facultad de Ciencias Biomédicas. El mensaje era también una felicitación, pero distinta de las demás. Había una frase en la que se detuvo su mirada.

Usted le ha dejado a Dios con un palmo de narices.

Rex Cremer lo había escrito en broma. Con el símil, sólo quería llamar su atención. Supuso que el doctor Hoppe comprendería la ligera ironía y ni por un instante llegó a pensar que pudiera tomárselo de otro modo.

La conversación telefónica que mantuvo con él el 15 de abril de 1979 le llevó a plantearse el asunto desde una perspectiva bien distinta.

—Doctor Hoppe, está usted hablando con Rex Cremer, de la Universidad de Aquisgrán —intercaló una pausa de manera deliberada para que el doctor pudiera

recordar el nombre. Sin embargo, reaccionó de inmediato.

—Doctor Cremer, gracias por su felicitación. Fue una agradable sorpresa.

—De nada. Usted se la merece.

—No es cierto —sonó entonces casi con un tono de reproche.

—¿Qué no es cierto?

—Lo que usted escribió, que le había dejado a Dios con un palmo de narices.

—¡Ah, se refiere a eso! Sólo fue...

—Dios nunca lo habría hecho.

Cremer no podía seguirle. Parecía como si se hubiera producido un cruce de líneas en el teléfono y la persona al otro lado de la línea no se hubiera dado cuenta.

—No comprendo lo que quiere decir.

—Que en este caso su símil no es válido. Ha sacado conclusiones erróneas.

El doctor hablaba con cierto tono conminatorio, por lo que el jefe de personal médico se sintió como si fuera un alumno. Y uno malo, además. En lo sucesivo, Víctor volvería a hacer que experimentara muchas veces esa sensación.

—Dios nunca lo habría intentado —continuó el doctor Hoppe con el mismo tono—. Él nunca habría permitido que naciera una criatura de dos animales femeninos o de dos animales masculinos. Así que no he podido dejarle con un palmo de narices.

En su voz no se percibía la más mínima ironía, lo que también irritó a Cremer.

—No lo había mirado desde ese punto de vista —dijo sin dejar entrever su enfado—. Pero por lo que le llamo...

—Desde luego, tampoco podemos sobrestimarle —le interrumpió el doctor Hoppe bruscamente. Lo dijo de manera categórica, para que sonara como una advertencia.

—No, desde luego que no —reaccionó Cremer con diplomacia mientras empezaba a preguntarse si el doctor habría bebido.

—Porque si le sobrestimáramos, nos estaríamos subestimando a nosotros mismos —continuó el doctor imperturbable—. Ése es el error que cometemos muchos de nosotros. Nos imponemos límites a nosotros mismos al determinar con anterioridad lo que es posible e imposible. Y nos resignamos a lo imposible, pero a menudo lo que parece imposible sólo es difícil y sólo es una cuestión de perseverancia.

—Y eso es lo que usted hizo, por fortuna. —Por fin el jefe de personal médico encontraba un hueco para llegar al punto que había querido tratar desde el principio—. Es por eso, entre otras cosas, por lo que querría pedirle una entrevista. La universidad quiere ofrecerle una cátedra en funciones por tiempo indefinido. Nos gustaría que continuara su investigación con nosotros, en el departamento de embriología en el que usted se doctoró.

Se mantuvo el silencio al otro lado de la línea.

—Sus antiguos profesores siguen elogiándole mucho. Verían con agrado su

regreso. Además, hemos traído a trabajar con nosotros a algunos excelentes biólogos nuevos con quienes sin duda podría colaborar a las mil maravillas.

—Prefiero trabajar solo —sonó abrupto.

Cremer reflexionó un momento.

—Podemos hablarlo. Lo más importante es que venga a trabajar para nosotros. ¿Podríamos tal vez concertar una cita para vernos?

—Ahora no me viene bien. Deme un poco más de tiempo para pensármelo. Le llamaré a finales de semana. ¿Le parece bien?

—Está bien. Le daré mi número directo. —Le dio el número dos veces y terminó la conversación diciendo que estaba impaciente por recibir su llamada, aunque de repente ya no estaba muy seguro.

Ella creyó que se trataba de una biopsia corial. Al menos es lo que le dijo el doctor Hoppe. Con esa biopsia podría determinar si los gemelos que llevaba en el vientre padecían el síndrome de Down. Mongolismo. Nunca antes había oído hablar de una biopsia corial. Él le dijo que era una prueba bastante nueva que pronto se generalizaría. Debido a su fiabilidad, había añadido.

El doctor se lo explicó en detalle, e incluso se lo dibujó, cómo le deslizaría unas pequeñas tenazas por la vagina y el cuello del útero para tomar algunos tejidos de la placenta. Podría llegar a sentir un poco de dolor, pero lo mitigaría suministrándole anestesia local. Sobre la base de los cromosomas del tejido podría establecer con seguridad si los niños estaban sanos. O no.

Qué pasaría si no...

Ya verían, respondió el doctor, y cambió rápido de tema. Los peligros vinculados a la biopsia. Había una pequeña posibilidad de aborto. Después. Una posibilidad mínima. Nada por lo que preocuparse.

Toda esa conversación volvió a revivirla al tumbarse en la mesa de reconocimiento con los tobillos sobre los soportes para las piernas. Su novia se había quedado en la sala de espera a instancias del doctor. No se prolongaría mucho, la tranquilizó el doctor. Habrían preferido estar juntas durante la intervención, pero ninguna de las dos se atrevía a contradecir al doctor.

—Sentirá un pequeño pinchazo —sonó su voz.

No podía verle. Del vientre para abajo la había cubierto con una sábana verde bajo la cual estaba sentado el doctor en una silla, inclinado hacia delante.

El pinchazo le propagó una ligera descarga por todo el cuerpo. Tan pronto como menguó, expulsó el aire, aliviada. Luego sintió de pronto algo frío en el vientre. El gel para la ecografía, lo reconoció en seguida. La pantalla se encontraba también fuera de su campo de visión. Tampoco era tan grave, porque no quería ver lo que estaba ocurriendo allí dentro. Ya le parecían bastante horribles los sonidos que oía: el

zumbido y el clic del ecógrafo, el trasteo del doctor en un pequeño cajón con material metálico, el crujido de la silla en que estaba sentado, la respiración agitada.

Ahora movía el sensor por el vientre. Cuando detuvo el aparato, quiso preguntarle si podía verlos. A los gemelos. Y si estaban bien. Pero antes de que pudiera decir nada, él le preguntó:

—¿Puede aguantar la respiración un momento? No será mucho tiempo.

Tomó aliento una vez más y apretó los labios. Aunque estaba anestesiada, sintió que algo frío la penetraba. Cerró los puños y se clavó las uñas en la palma de la mano.

El doctor volvió a mover el sensor por el vientre con pequeños movimientos circulares, tenía agitada la respiración, respiraba por la boca y, por ello, a veces daba la impresión de que jadeaba, como después de un duro esfuerzo. Entonces volvió a detener la mano.

«Ocurrirá ahora», pensó ella, y se contuvo.

Sin embargo, no ocurrió nada. «Quizá no lo habría sentido», pensó primero, pero, al cabo de unos segundos en los que hubo de tomar aliento por necesidad, le llamó la atención que ya ni siquiera oía la respiración del doctor. Aguardó un par de segundos más, temerosa de asustarle, y luego le preguntó con voz ronca:

—Herr Doktor, ¿pasa algo?

No se produjo ninguna respuesta.

—¿Herr Doktor?

Entonces todo fue adquiriendo velocidad de repente. Oyó crujir una silla y con un movimiento simultáneo le quitaron el sensor del vientre y le sacaron el aparato frío del interior. Todavía podía oírse el repiqueteo de bandejas, y entonces vio cómo el doctor salía de la habitación con paso apresurado.

No había podido hacerlo. Sólo le separaba un movimiento de conseguirlo. En el instante en que había querido cortar por el medio a los dos fetos que crecían unidos, para poder sacar después del útero los pedazos uno a uno, algo se lo había impedido. Como si alguien le hubiera agarrado la muñeca con una mano, hasta aflojarle la fuerza con que sujetaba los fórceps y retirarle el brazo.

Después se había ido, avergonzado, dejando atrás a la mujer en una posición poco confortable. Corrió hacia el cuarto de baño, se quitó los guantes de látex y se lavó largamente las manos. Miró el espejo. Como en toda la semana no había tenido tiempo de afeitarse, le había crecido una ligera barba. Le volvía a llamar la atención el gran parecido con su padre, a quien nunca había conocido sin barba.

Siguió mirando en el espejo su cabello rojo, la nariz, la cicatriz en la parte superior del labio.

Y entonces, en ese momento, debió de asaltarle la idea. No fue más que una chispa, pero suficiente para prender el fuego que en breve se avivaría.

Cuando regresó con la mujer, no tenía noción de cuánto tiempo la había dejado sola. En cualquier caso, seguía tendida sin moverse, como si tuviera miedo de que el menor movimiento causara algún daño a los gemelos que llevaba en el vientre.

En seguida preguntó qué pasaba. Él respondió que le había entrado un sofoco. Ni siquiera mintió.

Después le preguntó si todo iba bien. Y si lo había hecho. Mintió dos veces.

La ayudó a descender de la camilla y le dijo que dentro de una semana estarían los resultados. Él ya había decidido que entonces le contaría la verdad sobre lo que crecía en su vientre. No sobre lo que había estado a punto de hacer. No lo volvería a hacer más. Sus pensamientos ya estaban por delante. Muy por delante.

Al cabo de tres días, las mujeres volvieron a visitarle visiblemente consternadas y sólo después de la ecografía pudo confirmarles las terribles sospechas que albergaban. Entonces, una de las mujeres prorrumpió en lágrimas contando de un tirón toda la historia, casi sin respirar, para que el doctor comprendiera que no había podido hacer nada.

Todo había empezado con fuertes dolores de tripa, se había ido al baño y había hecho fuerza, le contó. Llevaba días sin hacer de vientre y con un único espasmo prolongado se le vaciaron los intestinos mientras mantenía apretadas las manos sobre las orejas para no tener que oír sus propios retumbos. Se produjo un hedor que a ella jamás le había salido de dentro y que le hizo sentir náuseas y, antes de limpiarse, tiró de la cisterna para hacer desaparecer lo más rápido posible todo aquello que había llevado en su interior y que se había desprendido con tanto vigor.

Si él lo comprendía.

Después se había limpiado y había vuelto a tirar de la cadena, dos veces, sin mirar, con los ojos cerrados, tanto asco se daba a sí misma. Luego se había levantado y el dolor de vientre seguía siendo igual de intenso, por lo que había pensado que los intestinos no se habían vaciado del todo y por eso había vuelto a sentarse y por eso había vuelto a hacer fuerza, porque pensaba que el dolor se le pasaría si lograba otra vez...

Si el doctor lo comprendía.

Y había vuelto a hacer de vientre y de nuevo con esos sonidos vergonzantes y ese hedor preponderante, y, después, después había comprendido que sentía que algo distinto abandonaba también su cuerpo por otro camino, pero entonces, entonces sintió un dolor allí abajo que no sabía de dónde provenía y, por tanto, había vuelto a tirar en seguida de la cadena, porque no pensaba que entre todo eso tal vez...

—¿Me comprende, Herr Doktor?

Se había vuelto a limpiar de nuevo, con mucho, mucho papel, doblado tres o

cuatro veces, y había dejado correr todo ese papel por el inodoro como antes, tirando de la cadena una y otra vez, desviando la mirada y sintiendo todavía asco de sí misma, y luego se había levantado para volver a subirse los pantalones y había notado que el dolor había desaparecido por completo, y sólo entonces, sólo entonces había visto la sangre que le corría por la parte interior de los muslos y había vuelto la cabeza, hacia abajo, donde todo lo que había salido de ella con una fuerza incontenible había desaparecido para siempre.

Si él...

Lo comprendía, la tranquilizó.

A fin de cuentas, ¿quién se lo había llevado?

Victor no se lo preguntó. Para él ya carecía de importancia. Nada más salir las mujeres, él ya estaba dando el primer paso para ejecutar su plan. Cogió el teléfono y llamó a Rex Cremer.

—Doctor Cremer, soy Victor Hoppe. Le había prometido que le llamaría.

—Encantado de oírle, doctor Hoppe.

—¿Recuerda que la vez anterior estuvimos hablando de Dios? Usted decía que yo le había dejado con un palmo de narices.

—Sí, lo recuerdo bien.

—Me lo he pensado mejor.

—¿Entonces es cierto?

—Quiero decir que voy a intentar algo distinto.

—¿El qué?

—Crear descendientes de progenitores exclusivamente hembras o machos. Si el hombre quiere dejar a Dios con un palmo de narices, debe aventurarse por otros derroteros.

—¿A qué se refiere?

—Dios creó al hombre a su imagen y semejanza.

—Sí, y de la costilla de Adán creó a la mujer...

—Es posible. Crear una mujer de la costilla de un hombre. Es perfectamente posible. No me parece tan difícil. Si se extrae de las células óseas el núcleo y allí colocas el núcleo...

—Doctor Hoppe, estaba bromeando. ¿Adónde quiere ir a parar?

—¿Doctor Hoppe?

—Clones.

—¿Clones?

—Clones. Crear una copia genética idéntica de...

—Ya sé a lo que se refiere, pero ¿qué quiere usted clonar?

—Ratones. Por ejemplo.

—Eso es imposible. Desde el punto de vista biológico es imposible clonar mamíferos.

—Es una cuestión de técnica. Con los medios apropiados tendría que salir bien. En principio es incluso más sencillo que mi anterior experimento.

—No sé. Me coge por sorpresa. Esto deberíamos discutirlo en otra ocasión. ¿No podríamos concertar una cita? Entonces...

—Mañana. Iré mañana a verle.

—Si así lo desea... ¿A las diez? ¿Le viene bien?

—A las diez de la mañana.



Un día, Johanna Hoppe se quedó en cama. No comió y sólo se levantó para ir al cuarto de baño. Al día siguiente también se quedó tumbada, al igual que los días posteriores. Su marido —que había intentado un par de veces convencerla, pero al que siempre echaba del dormitorio con cajas destempladas— se dio al fin por vencido y dos amigas, que se pasaron por la casa al tercer día, volvieron a salir con las mismas meneando la cabeza. Al principio tenía frecuentes llantinas, pero poco a poco habían ido disminuyendo, así como el brillo de sus ojos había ido apagándose progresivamente. Sólo se produjo una reavivación: una suerte de ataque de ira en el que estuvo golpeándose violentamente la cabeza con sus propios puños durante algunos minutos. Después se derrumbó ya para siempre. De su rostro desapareció toda emoción, y de su cuerpo, cualquier movimiento, salvo los latidos del corazón.

No sorprendió a nadie en Wolfheim.

—Nunca consiguió superarlo.

—La locura del hijo ya hacía tiempo que se le había metido en la propia sangre.

—Tras el parto no volvió a permitir que el doctor Hoppe la tocara.

—Se bañaba cinco veces al día.

—Ya nunca volvió a apagar la luz por la noche.

—Quien se embarque con el diablo deberá hacer con él la travesía entera.

—Oremos.

Tampoco sorprendió a nadie que el doctor se encargara del cuidado de su esposa en lugar de llevarla a alguna institución. Él era el más adecuado para evaluar su estado, estaba capacitado para suministrarle medicamentos y, en caso necesario, ponerle suero.

—Y para ella es lo mejor —había dicho él un par de veces, al igual que siempre había mantenido que su hijo estaba mejor lejos, con las clarisas.

Muchos lugareños, por tanto, se sorprendieron cuando un día se enteraron de que

el doctor había sacado al niño del convento y le había acogido en su propia casa.

—Ya tiene bastante carga con la mujer.

—Ella nunca lo habría permitido.

No obstante, no hizo ningún esfuerzo por ocultar a su hijo ante los habitantes del pueblo, lo que a algunos les pareció una provocación innecesaria. Llevaba consigo al muchacho cuando salía a hacer la compra, le dejaba esperando en el coche si iba a visitar a algún enfermo y, de vez en cuando, daba un paseo con él por el pueblo saludando a todo el mundo, como si no pasara nada.

Naturalmente, todos pudieron apreciar de inmediato el gran parecido entre padre e hijo —el cabello, la boca, los ojos—, de manera que la gente se preguntaba si el muchacho había heredado realmente algo de la madre. Pero más aún que el parecido, lo que a los lugareños les llamaba la atención era que algo no andaba del todo bien con el muchacho.

—No dice nada.

—No ríe.

—Es bobo.

La mayoría de las personas, por consiguiente, no comprendían por qué el doctor le había sacado del manicomio, mucho menos cuando el párroco Kaisergruber, a quien un año antes se le había adjudicado la parroquia de Wolfheim, había expresado más de una vez que en el cuerpo del muchacho todavía seguía residiendo el mal. Eso se lo dijo la abadesa del convento. Quien preguntara con cautela al propio doctor por su hijo recibía invariablemente la misma contestación:

—Fue un error. Ése no era el sitio de Victor.

En presencia del doctor asentían comprensivos, pero nadie le creía de veras. Y cuanto más veían al chico, tantas más personas quedaban convencidas de que realmente ocultaba algo en su interior que hacía más mal que bien.

Karl Hoppe sabía que la gente hablaba, y por eso le habría gustado demostrar a todo el mundo que a su hijo no le pasaba nada extraño, pero desgraciadamente había poco que demostrar. No sólo no decía ni pío, sino que casi nunca manifestaba emociones. Sin embargo, el padre le llevaba a todas partes confiando en que el contacto con personas normales desataría algo en él. La verdad era que Victor tendría que haber nacido de nuevo. Algo así era lo que se figuraba.

De la lectura a la que había hecho referencia la hermana Marta no podía percibirse nada todavía. Victor hojeaba los libros infantiles que le daba, pero eso era todo. Y si le preguntaba alguna cosa, el chico por lo general sólo se encogía de hombros o ni siquiera reaccionaba.

Sin embargo, siguió creyendo que un día se produciría el cambio. «Todo es cuestión de confianza», se repetía una y otra vez a sí mismo. Eso le había

recomendado encarecidamente la hermana Marta. ¿Cómo podría perdonarle el muchacho de un día para otro lo que le había hecho durante casi cinco años? También por eso siguió hablándole como si no hubiera pasado nada. Lo mismo hacía con su esposa desde que se quedó dormida en un sueño del que no podía despertar. Aunque no obtuviera respuesta, mantenía largas conversaciones y le contaba en poco tiempo más de lo que le había contado en todos los años precedentes.

Pero le ocultó el hecho de que había vuelto a acoger a Victor en casa. No mintió, simplemente no le contó nada al respecto, temiendo como temía que su esposa le maldijera para la eternidad. Y por eso, pero sólo por eso, le venía bien que Victor nunca dejara oír su voz.

Un día llegó la esperanza. Había dejado al chico durante la consulta en el antiguo cuarto de costura de la mujer. Le había puesto un rompecabezas a medio completar que había empezado su esposa pocos días antes de que se quedara postrada en cama de manera definitiva.

—Termina el rompecabezas —le había dicho a Victor después de haberle enseñado con dos piezas lo que había que hacer.

No se hizo ilusiones, porque era un rompecabezas de dos mil piezas que representaba la torre de Babel. En ese momento, no tenía en casa nada con lo que estimular el espíritu de su hijo, y en el manicomio había visto a veces a los pacientes ocupados con los rompecabezas. En opinión de la hermana Milgitha, era una buena terapia para aportar un poco de estructura a esas cabezas de chorlito.

A Karl Hoppe empezaron a plantearse algunas preguntas después de que Johanna, más de medio año atrás, hubiera sacado de pronto a colación el rompecabezas, un juego que nunca había entrado en casa. ¿Estaba quizá volviendo a la infancia o de esta manera quería resucitar a la niña perdida que había en su interior? Sin embargo, uno de sus colegas sugirió que Johanna intentaba rellenar un vacío pieza a pieza. Seguía sin considerarlo una explicación verosímil, pero con el transcurso del tiempo el rompecabezas le pareció una buena terapia, porque tenía la impresión de que le tranquilizaba. Demasiado, como resultó al final.

Al terminar la consulta, regresó al cuarto de costura y observó a su hijo desde el vano de la puerta. Vio cómo el muchacho, concentrado, rebuscaba entre las piezas sueltas, escogía una y de inmediato la colocaba en el lugar adecuado, sin que fuera necesario probar para ver dónde encajaba. Se dirigió a la mesa y allí, para su sorpresa, comprobó que Victor ya había completado más de tres cuartas partes del rompecabezas, y eso sólo en apenas media hora.

«Así pues, no es retrasado», pensó excitado.

Pero poco después tuvo que revisar su opinión. Había estado observando a su hijo durante un cuarto de hora mientras, impasible, seguía completando el rompecabezas.

Impasible, esto era lo que más le llamaba la atención. En las acciones de Victor había algo automático. El muchacho repasaba las piezas con la mirada, elegía una y la colocaba en su sitio. Después otra vez. La misma manera de mirar, la misma manera de elegir, la misma manera de colocar. Luego otra vez. Mirar, elegir, colocar. Y otra vez. Y durante todo ese tiempo el rostro de Victor permanecía inmóvil y vacío.

Acciones compulsivas. Eso fue lo que le vino entonces a la memoria, y lo vio confirmado al arrebatarse una pieza de la mano. Victor ni siquiera se resistió. No había irritación. Tampoco incompreensión o enfado.

«¡Di algo! ¡Reacciona, en nombre de Dios!» Eso es lo que habría querido gritarle, pero se había callado y reprimido la rabia mientras, meneando la cabeza, miraba a su hijo, que parecía haberse quedado congelado en medio de la acción, con la mano medio levantada y el índice y el pulgar apretados como si la pieza aún estuviera entre sus dedos. En esa postura anquilosada estuvo esperando Victor hasta que su padre le devolvió la pieza. Después, el muchacho volvió a colocarla de inmediato en el lugar que le correspondía e, impassible, continuó con otra pieza.

Compulsivo. Esa palabra había seguido rondando la cabeza del doctor y, sin quererlo y con una sensación de decepción, no tuvo más remedio que pensar en el lugar de donde venía Victor.

Se había percatado de que las personas evitaban su vivienda desde que había vuelto a acoger a su hijo en casa. La ausencia del párroco Kaisergruber fue la que primero le llamó la atención, porque el sacerdote antes se pasaba de visita casi todas las semanas para, sentado junto a la cama, leerle a Johanna pasajes de la Biblia. De esa tarea le relevó el propio doctor, porque suponía que así lo habría querido su esposa. Él, por voluntad propia, nunca se habría puesto a leerle la Biblia, porque era mucho menos devoto que su mujer. Menos fanático, creía a veces, pero nunca llegó a decirlo en voz alta.

Poco a poco, fue percatándose también de que cada vez tenía menos pacientes. Antes resultaba bastante frecuente que la sala de espera estuviera llena, pero desde el regreso de Victor esto había dejado de ser habitual. Semana a semana iba disminuyendo el número de pacientes y, un buen día, no apareció nadie.

Esto le llevó a pensar en sus primeros meses en Wolfheim, más o menos diez años atrás. Había llegado con su esposa, recién terminada la carrera, del pueblo vecino de Plombières, donde ya había dos médicos de cabecera. Y, aunque Wolfheim llevaba años sin doctor, los lugareños al principio evitaban su consulta. La desconfianza frente a los forasteros era grande en el pueblo, y tuvieron que transcurrir meses antes de que su esposa y él fueran aceptados por la comunidad. No se le ocurrió que su aspecto tal vez resultara determinante para la ausencia de pacientes, pero sí se dio cuenta de que el hecho de que Johanna fuera una mujer muy creyente y

se esforzara de forma desinteresada por la Iglesia influyó más en el cambio de los lugareños que sus aptitudes como médico.

No sabía cómo dar esta vez un vuelco a la situación sin la ayuda de su esposa ahora. En realidad, sí lo sabía, e incluso era muy sencillo, pero también era firme su decisión de no volver a enviar a Victor al lugar de donde venía. Tendría que dejar claro a los habitantes del pueblo, y como es natural al párroco Kaisergruber también, que dentro de Victor no había nada malo o estúpido, que la maldad y la estupidez se encontraban sobre todo en sus supersticiones, contra las que como doctor ya había tenido que luchar a menudo. Pero esta vez sería una lucha muy distinta. Una lucha más difícil. De eso estaba convencido.

A pesar de los esfuerzos de su padre, Victor pensaba a menudo en el manicomio. Después de todo, muchas cosas de su nueva casa le recordaban ese lugar: la cruz en la pared en todas las habitaciones, la pileta de agua bendita en el vestíbulo, la imagen de la Virgen María, las palmas secas sobre la repisa de la chimenea y las láminas en diferentes lugares con máximas tales como «Dios te ve» y «Aquí no se maldice». También los olores provenientes de la consulta y la sala de espera le evocaban recuerdos. Una vez reconoció el aroma de éter o alcohol para desinfectar, otra vez percibió el olor a sudor y cuerpos sin lavar.

Pero ante todo, lo que le transportaba de nuevo al convento eran las palabras que oía cada noche tan pronto como se acostaba. En la habitación de al lado su padre leía en voz alta pasajes de la Biblia. Oía las palabras difusas, pero, como ya las conocía, podía repetir las para sí con facilidad. Entonces no le quedaba más remedio que pensar en la hermana Marta.

Había una paciente en el dormitorio junto al suyo. Eso le había dicho su padre. También le había dicho que no debía entrar allí, que estaba prohibido, pero eso no le entraba en la cabeza. Lo único que estaba prohibido era ir con las hermanas. Eso le habían enseñado. Los pacientes no podían entrar en las habitaciones de las hermanas, pero los pacientes sí que podían estar con los pacientes. Siempre había sido así.

Y por eso pasó a ver a la paciente. Una vez. Otra vez. Y luego muchas veces. Siempre que oía que su padre se quedaba dormido. En tales ocasiones emitía una especie de gruñido como el que los pacientes solían producir.

La primera vez que estuvo con la paciente ya reconoció desde lejos un rosario como el que tenían todas las hermanas rodeándole las manos. Quizá la paciente fuera también una hermana y por eso no le estaba permitido visitarla.

Siguió avanzando mientras arrastraba los pies y le miró el rostro a la luz de la vela que siempre ardía. Se parecía al rostro de una monja, pero no llevaba toca y, por

tanto, no era ninguna monja. Pues era una paciente. Una paciente tranquila. No como Egon Weiss. Más como Dieter Lebert. Ése también estaba siempre tumbado en la cama moviendo sólo el pecho. Arriba y abajo iba ese pecho. «Lebert es una planta», había dicho una vez Marc Francois, pero Victor no le había creído.

Cuando iba a la habitación para visitar a la paciente, se sentaba junto a la cama y le miraba el pecho que subía y bajaba. A veces también leía la Biblia que había en la mesilla al lado de la cama. Casi siempre se quedaba sentado mientras oía dormir a su padre. Cuando cesaba el gruñido, volvía a colarse en su habitación.

Pero entonces la paciente se murió de repente. En seguida se dio cuenta, porque el pecho ya no subía y bajaba. También lo olió. Conocía ese olor. Era como si alguien se lo hubiera hecho en los pantalones. Y luego otro olor más que no podía describir.

Si alguien se moría, había que rezar. Era lo correcto. «Para que el alma del finado encuentre paz», le habían dicho las hermanas. Y por eso había juntado las manos y había empezado a recitar la letanía del Espíritu Santo. En voz alta. Porque las hermanas tenían que oír siempre a los pacientes para comprobar que estaban rezando.

Karl Hoppe creyó al principio que estaba soñando. Luego pensó que alguien había irrumpido en la casa. Pero tan pronto como se percató de que era una voz infantil, pensó en Victor y se levantó de la cama de un salto.

Corrió al dormitorio de su hijo y se detuvo justo ante la puerta para no asustar al muchacho y oír si, en efecto, era su voz.

—Espíritu de gracia y misericordia. Espíritu que vienes a ayudarnos en nuestra debilidad y das muestras a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios.

No escuchaba lo que decía, sino cómo lo decía. Oía sonidos nasales. Y también le llamó la atención que apenas pronunciaba la p y la b. Un defecto de pronunciación. No podía ser más que la voz de Victor. ¡Hablaba! La alegría que le provocó se disipó de golpe cuando se dio cuenta de que la voz no venía del dormitorio de Victor, sino del dormitorio donde yacía Johanna.

—... que nos llevas por el camino recto. Espíritu Supremo que haces y refuerzas la vida...

Un escalofrío le recorrió la espalda. Con un par de pasos alcanzó la habitación y vio allí a su hijo sentado junto a la cama de su esposa. La luz de la vela extraía cierto resplandor del cabello rojo de Victor, que con la cabeza inclinada y las manos juntas desplegaba sus monótonos sonidos sobre Johanna.

«Ella no puede enterarse», pensó Karl Hoppe abalanzándose hacia delante, presa del pánico. Con una mano agarró al niño justo por encima del codo y le levantó de la silla con un brusco movimiento. El muchacho soltó un grito y, durante la duración de ese grito, el doctor volvió la mirada como un rayo hacia su esposa para comprobar en seguida, al ver el color de su rostro y la boca que le colgaba medio abierta, que se

había producido ya la muerte. De inmediato volvió a soltar al niño, colocó los dedos índice y corazón en la carótida de su esposa, percibió el frío de su cuerpo y el silencio de su corazón y, aunque ya estaba seguro, gritó algunas veces su nombre.

Luego miró a su hijo, que había permanecido en silencio durante tres meses y que hacía un momento se había puesto a hablar otra vez. Después volvió a mirar a su esposa, que estaba muerta. Pasó la mirada del habla a la muerte y de pronto se dio cuenta de que había una relación entre el habla de su hijo y la muerte de su esposa, que lo uno había causado lo otro. Y aunque siempre había puesto en duda la historia de que a su hijo se le había metido el diablo en el cuerpo, en ese instante, mientras la luz de la vela dibujada grandes sombras en la pared, sí la creyó. Y esa conclusión, esa dolorosa conclusión desató algo en su cabeza. Era como si hubieran desplazado una palanca que daba salida a toda la ira y toda la pena y toda la desilusión que había reprimido y atesorado en su cuerpo durante tantos años, y no salían por la boca, maldiciendo, o por los ojos, llorando, sino por la mano derecha que se le fue, se le fue mucho y fue a parar a la mejilla del hijo, propinándole una potente bofetada.

Karl Hoppe siempre se había propuesto no hacer nunca lo que acababa de hacer ahora. Desde que era un adolescente y empezó a rondarle la idea de que tal vez, algún día, tendría hijos, había decidido no hacer nunca a esos hijos lo que su padre le hacía a él. Pero en la bofetada propinada a Victor reconoció con espanto lo que siempre había aborrecido: una agresividad que confiaba no llevar arraigada en la sangre.

¿Cuánto remordimiento era necesario para que lo admitiera? Esa pregunta siempre se la había hecho Johanna sobre su esposo. Cuando discutían por insignificancias y él, a continuación, se mantenía en silencio durante días sin ninguna razón. Cuando no encontraba algo y le echaba la culpa a ella, para más tarde recordar que había sido él quien lo había guardado. Nunca ofrecía sus disculpas después. Nunca decía que lo sentía. Sí que lo manifestaba quitando la mesa o ayudándola a fregar los platos, leyéndole cosas del periódico, poniéndole la mano en el trasero por las noches, pero decir en voz alta que lo sentía no lo hizo ni una sola vez. Eso siempre le había molestado de él.

Había sido más fuerte que él. Si el diablo estaba dentro de alguien, era en su interior al darle esa bofetada a Victor. Lo lamentaba, pero ya no podía remediarlo. ¿Y qué significaba esa lamentación entonces? En cualquier caso, a él tampoco le importó nunca cuando su padre le manifestaba arrepentimiento mientras el dolor de sus bofetadas seguía ardiéndole en el rostro. Después de todo, sabía que a pesar del arrepentimiento cualquier día se repetirían los bofetones.

No, más bien se preguntaba cómo podía repararlo. ¿Qué podía hacer para que

Victor le perdonara? ¿De qué manera podía llegar a ganar alguna vez su confianza?

Los nuevos rompecabezas habían sido un buen principio. Entre tanto pésame — de pronto, los lugareños recordaban otra vez dónde estaba su casa—, el doctor se había abierto camino hasta la tienda de la Galmeistrasse y allí compró los tres últimos rompecabezas que quedaban. Tenía miedo de que Victor ya no quisiera volver a aceptar nada suyo, pero el muchacho abrió los paquetes sin vacilar y al instante se puso a reconstruir el rompecabezas en el cuarto de costura, aislado de las muchas visitas.

Al final del día ya había terminado los tres rompecabezas. En realidad, el doctor confiaba en que su hijo salvara todo el período entre la muerte y el entierro con los rompecabezas, pero, una vez que los rompecabezas estuvieron acabados, Victor se negó a deshacerlos y a comenzar de nuevo.

Karl Hoppe tomó acto seguido una resolución.

—Aquí tienes —dijo—, creo que ella así lo habría querido.

Con ella se refería a su esposa, pero, cuando puso la Biblia en las manos de Victor, le asaltó el recuerdo de la hermana Marta. Durante la breve conversación en el convento ya le había dicho que a Victor le gustaba leer la Biblia, pero como quería que su hijo olvidara lo antes posible los años pasados en el manicomio, le había ocultado el libro adrede. El hecho de que su hijo le hubiera estado rezando a Johanna, de lo que se dio cuenta más tarde, había contribuido a que se retractara de esa decisión. Quizá de ese modo pudiera ganar su confianza. No sólo lo había hecho por Victor, sino por su esposa, porque estaba seguro de que ella lo habría querido así, como también le había dicho a Victor. Y por último, si bien esto no llegaba a admitirlo, lo había hecho por sí mismo, por su propia serenidad. Se sentía aliviado, como alguien que al fin puede saldar viejas deudas.

No abrigaba esperanzas y la sorpresa fue grande cuando Victor en seguida, desde el mismo instante en que tuvo la Biblia en sus manos, empezó a leer. Aunque no leyera en voz alta, el doctor estaba seguro de que leía. Lo veía en la manera en que Victor movía el dedo por el texto, por debajo de las palabras, de izquierda a derecha, y al final de una línea regresaba al inicio de la siguiente.

Versículo 1. Versículo 2. Versículo 3. Versículo 4. Versículo 5.

—Lee en voz alta, Victor. —Mientras se lo pedía, le pareció que quizá le estuviera exigiendo demasiado.

Pero Victor leyó. En voz alta.

—Y fue la tarde y la mañana del primer día.

El doctor se quedó atónito.

«¿Ves? —pensó—, siempre lo he sabido.»

—Continúa, continúa, Victor.

—Luego dijo Dios: haya un firmamento en medio de las aguas, para que separe

las aguas de las aguas...

Sólo escuchaba a medias. Se preguntaba qué habría pensado su mujer de todo esto. Le producía una sensación ambigua: por una parte, estaba sorprendido de que su hijo supiera leer y de que, por tanto, fuera inteligente, muy inteligente incluso, porque qué niño sabía leer a su edad; pero, por otra parte, sabía que para él y sobre todo para su mujer habría sido mucho más tranquilizador que Victor fuera retrasado, porque así no tendrían ese sentimiento de culpabilidad por lo que habían estado haciéndole durante años. Por suerte, ella ya no tendría que soportarlo.

Intentó concentrarse de nuevo en las palabras de Victor.

—Dijo también Dios: Desúnanse las aguas que están debajo de los cielos en un solo...

—Reúnanse —le corrigió automáticamente, al tiempo que lo lamentaba, porque de nuevo descubrió de golpe en su comportamiento el comportamiento de su padre. Más aun, parecía como si en su voz estuviera oyendo resonar la voz de su padre.

«Hay que aprender de los propios errores», no se cansaba de repetirle su padre hasta la saciedad, por lo que siempre sólo se había fijado en los errores que él, Karl, cometía. Nunca le había alabado las cosas buenas que hacía, porque lo bueno se daba por supuesto. También ésas eran palabras de su padre.

—Reúdanse —dijo Victor.

—Reúnanse, Victor, reúnanse —dijo cuando en realidad habría querido decir que estaba bien así.

Un par de días después del entierro de Johanna, el párroco Kaisergruber recibió la visita de Karl Hoppe. El doctor había ido a pagar los gastos de la misa y, justo antes de irse, le preguntó:

—¿Cree usted todavía que mi hijo debería estar en el manicomio?

—Me parece lo mejor para él —respondió el párroco sinceramente.

—Pero no es retrasado.

«Ésa no es la única razón», había pensado el cura, pero no llegó a decírselo.

—Puedo demostrar que no es retrasado —continuó el doctor—. Victor puede demostrarlo. El mismo.

—Siento curiosidad —reaccionó el sacerdote, aunque no era cierto.

—Todavía no. Todavía tiene que practicar. Dentro de poco. Se quedará atónito.

El párroco Kaisergruber ya tenía entonces la sensación de que Karl Hoppe estaba embargado por la desesperación. Un par de semanas después lo vio confirmado en casa del doctor. Intentó en vano rechazar su invitación.

El doctor le llevó primero a un pequeño cuarto donde aparecían diferentes rompecabezas expuestos sobre la mesa y por el suelo.

—Los ha hecho Victor. Todos. Completamente solo. Y sin ayuda de nadie —dijo

orgullosos.

El sacerdote asintió mientras se preguntaba si le había hecho venir sólo para eso. Pero, a continuación, el doctor le había arrastrado hasta la sala de estar. Allí se encontraba Victor, sentado a la cabecera de la gran mesa de comedor.

El doctor invitó al cura a que tomara también asiento a la mesa, en el lado alargado. Éste lo hizo, si bien dejó una silla libre entre él y el muchacho.

La última vez que le había visto había sido en el manicomio, el día anterior a que el doctor le sacara. Después le contó la hermana Milgitha que el doctor le había montado una escena poniendo en duda el buen nombre de la institución.

Él, como pastor de Wolfheim, salió en defensa del doctor. Dijo que su esposa llevaba mal unos cuantos días y quizá esa situación le estresara.

—¡Entonces debería ser él quien tendría que ir a visitar a un médico! —había exclamado la hermana Milgitha indignada. No estaba dispuesta a avenirse a razones.

La abadesa le había preguntado si de momento sería mejor ignorar al doctor. «No como castigo —dijo—, sino para que tuviera tiempo para reflexionar.» La pregunta ya contenía la respuesta.

Habían pasado cuatro meses. Desde entonces el sacerdote no había vuelto a ver a Victor. Pero el muchacho no había cambiado nada. Lo vio nada más entrar. La actitud. El aspecto. La mirada. Como si sólo hubiera cambiado el decorado mientras que Victor seguía en el mismo lugar.

Victor tenía delante de sus narices, sobre la mesa, un grueso libro abierto; el sacerdote supuso que era la Biblia, lo que fue confirmado por el doctor Hoppe, que se sentó frente a él, al otro lado de la mesa.

—Victor está leyendo la Biblia —dijo.

El muchacho seguía inmóvil, pero su padre parecía muy nervioso. Se pasaba de continuo una mano sobre la otra y, cuando el cura le miraba, desviaba rápido la vista.

—Es estupendo —dijo el cura.

Miró por un momento a Victor, que, en efecto, tenía los ojos clavados en la Biblia, pero de tal manera que parecía como si el padre le hubiera obligado a tomar esa posición, prohibiéndole moverse. «¿Qué edad tendría ahora el chico? —se preguntó—. ¿Casi seis años?»

—Pero sabe hacer más cosas —dijo el doctor acentuando el adverbio—. ¿No es cierto, Victor?

El muchacho no reaccionó, y el sacerdote no sabía de quién debía compadecerse más en ese instante.

—Victor, cierra la Biblia —dijo el doctor.

Obedeció, mientras que al cura precisamente ahora le habría gustado que el niño leyera la Biblia en voz alta.

—Señor párroco, elija un versículo del Génesis.

—¿Qué quiere usted decir?

—Eso mismo, dos números. Capítulo doce, versículo siete, por ejemplo.

El sacerdote se encogió de hombros.

—Capítulo siete, versículo seis, quizá.

Se puso a pensar un momento para recordar el contenido, pero no tuvo la oportunidad, porque el doctor señaló con la cabeza que debía dirigirse a Victor. Miró al muchacho y repitió:

—Capítulo siete, versículo seis.

Mientras pronunciaba las palabras, el cura recordó el versículo: *Era Noé de seiscientos años cuando el diluvio de las aguas vino sobre la tierra.*

El silencio se apoderó de la habitación. Sólo se oía el tictac del reloj sobre la repisa de la chimenea. El sacerdote desvió la mirada. Junto al reloj había una imagen de la Virgen bajo una campana de cristal y, encima, colgaban de la pared las palmas del año anterior.

—Victor, capítulo siete, versículo seis —sonó la voz del doctor.

El sacerdote miró por el rabillo del ojo al niño, a quien nunca había oído hablar y de quien tampoco esperaba ahora una palabra, vista su actitud. El doctor se dirigió de nuevo a su hijo con tono perentorio:

—Victor, el párroco Kaisergruber te ha pedido algo.

«Tengo que poner fin a este penoso espectáculo», pensó el cura.

—También podría leerlo de la Biblia —propuso—. Eso también...

—¡No, no, él se lo sabe! ¡Ya lo ha hecho cientos de veces! ¡Pero se niega sin más!
¡Capítulo siete, versículo seis, Victor!

«Echa de menos a su esposa —fue consciente el sacerdote—. Ha perdido su asidero. Ella nunca habría permitido que llegara tan lejos.»

—Herr Doktor... —empezó a hablar.

—No me cree, ¿eh? —le interrumpió el doctor abruptamente—. Cree que todo es invención mía. Piensa que Victor es retrasado, ¿no es cierto?

—Herr Doktor, no pasa nada malo porque su hijo sea retrasado. Usted se ha esforzado...

—¡Demuéstraselo, Victor! Demuéstrale que no tiene razón.

—No es...

—¡Silencio!

El sacerdote se asustó visiblemente, lo que hizo que el doctor tomara plena conciencia del exabrupto que había soltado.

—Victor debe hablar —dijo en un tono más calmado. Pudo ocultar la ira en ese tono, no la desesperación.

Pero Victor no hablaba y el cura veía en el rostro enrojecido del doctor cómo estaba conteniéndose. Pensó en decir que tal vez quedara todavía sitio para Victor en

la institución de La Chapelle, aunque no estaba seguro, pero le pareció prudente callar. Corrió la silla hacia atrás y se puso en pie.

—Ahora tengo que marcharme de veras, Herr Doktor. Lo lamento.

El doctor ni siquiera se levantó para despedirle. Sólo asintió con la cabeza, con prolongado gesto. El párroco Kaisergruber se preguntó si debía decir algo más. Echó una última mirada a Victor y pensó: «He intentado salvarle, más no puedo hacer».

—Amén.

Eso decían todos los pacientes cuando recibían algo del párroco Kaisergruber. Marc Francois decía a veces «¡Amén y fuera!», pero estaba mal. Luego la hermana Milgitha le castigaba por haberlo dicho. Pero todos los demás decían «Amén». Eso es lo que decían después de haber recibido el cuerpo de Cristo de manos del párroco Kaisergruber. Y quien no recibía nada debía callar. Eso había dicho la hermana Milgitha.

«¿Es que eso no lo sabía mi padre? —se preguntaba Victor—. ¿Es que la hermana Milgitha nunca se lo había dicho?»

Hasta ese día todo había ido bien, le parecía a Karl Hoppe. Desde que le dio la Biblia a su hijo, el muchacho había cambiado. Como si al abrir la Biblia fuera el propio Victor quien también se hubiera abierto.

A veces pensaba que había sido por la bofetada, que al dársela había liberado lo que el muchacho ya llevaba dentro durante todo ese tiempo, pero prefirió reprimir ese pensamiento. Se debía a la Biblia. Ese regalo le había granjeado la confianza de su hijo. Para el muchacho debió de significar un sostén, mientras que él siempre había pensado que debía reprimir los recuerdos del convento.

Tampoco es que desde entonces Victor y él empezaran a mantener fluidas conversaciones, no, más bien se producía un intercambio de palabras entre ellos. Él le preguntaba algo y Victor respondía «sí» o «no» o «no lo sé». Por lo demás, debía adivinar lo que pasaba en realidad por la cabeza del muchacho. Ni siquiera se producía una reacción en Victor cuando le contaba cosas importantes.

—La mujer que estaba en la cama de arriba, ¿recuerdas? —empezó a decirle un día.

Victor asintió.

—Era tu madre.

Victor ni siquiera levantó la vista. Lo mismo habría dado si hubiera dicho que hacía buen tiempo. Sin embargo, añadió:

—Estaba enferma.

Eso fue todo lo que le dijo de ella. Victor tampoco le preguntó nada nunca. Con

las preguntas era igual de lacónico que con las respuestas.

Una sola vez le había preguntado Víctor:

—¿Cómo puedo hacerme doctor?

—Estudiando y leyendo mucho.

—¿Eso es todo?

—Debes ser bueno con las personas. Y hacer el bien.

—Ser bueno. Hacer el bien —había repetido Víctor.

Fue una respuesta intrascendente, pero para Víctor había sido suficiente, porque después asintió y siguió con lo que estaba haciendo. Casi siempre era leer. Casi siempre leía la Biblia.

Víctor leía y su padre le corregía los errores. Tan pronto como Víctor supiera leer sin errores, se lo mostraría al párroco Kaisergruber. Eso ya se lo había propuesto el doctor un día antes del entierro de su esposa y, por eso, espoleó la curiosidad del cura de antemano. Lo consideraba un desafío.

Cuando un día se dio cuenta de que Víctor no sólo sabía leer la Biblia, sino que también podía recitar grandes pasajes de memoria, levantó aún más el listón. El párroco Kaisergruber se quedaría estupefacto.

Para Víctor no suponía ningún esfuerzo. Lo veía probablemente como un juego, aunque nunca dejara traslucir si realmente le gustaba. Nunca dejaba traslucir nada. Eso no había cambiado y eso le seguía fastidiando al doctor. Para procurar que el sacerdote quedara estupefacto, bastaba también con la inteligencia de Víctor.

Pero lo que habría debido ser una victoria se quedó al final en una humillante derrota. Y cuando el sacerdote hubo abandonado la casa, el doctor martilleó en la cabeza de Víctor, sílaba a sílaba, el versículo de marras.

E. Ra. No. É. De. Seis. Cien. Tos. A. Ños. Cuan. Do. El. Di. Lu. Vio. De. Las. A. Guas. Vi. No. So. Bre. La. Tie. Rra.

Y cuando Víctor empezó a llorar, después de derramar él mismo un diluvio de lágrimas, tal vez entonces fue cuando recobró a tiempo la razón. Pero Víctor había sufrido cada bofetada con resignación. Hasta la última sílaba.

Cuando Rex Cremer buscó establecer contacto con Víctor Hoppe, en abril de 1979, todavía muchos de sus antiguos profesores impartían clase en la universidad. El jefe de personal médico, que sólo llevaba en el cargo desde 1975, se había informado con anterioridad sobre él preguntando a distintos colegas. Algunos profesores, sobre todo los que impartían asignaturas puramente teóricas, tales como ciencias sociales y deontología profesional, creían recordar haberle visto poco en clase —y cuando iba llamaba la atención por su aspecto—, pero en los exámenes siempre demostraba haber estudiado la materia a conciencia. Los profesores que le habían acompañado durante las clases prácticas en los laboratorios recordaban todavía muy bien al

estudiante Victor Hoppe. Declaraban también que su aspecto físico y su voz, desde luego, permanecían en el recuerdo, pero sobre todo llamaba la atención su entusiasmo o, como uno de los profesores lo definía, su obsesión. Podía pasarse horas y horas seguidas con un experimento sin que pudiera percibirse impaciencia o irritación, lo que llevaba a menudo a resultados sorprendentes.

—Él era uno de los estudiantes con más talento que jamás he tenido —resonaba al unísono de diferentes bocas. Algunos profesores habían añadido que ese talento sólo se daba en las aptitudes intelectuales y de ninguna manera en las aptitudes sociales y comunicativas.

—Un solitario —había dicho uno de los profesores—. No creo que tuviera contacto con los demás estudiantes.

En opinión de su antiguo director de tesis, el doctor Bergmann, que entre tanto ya se había jubilado, Victor poseía un enorme conocimiento teórico que le capacitaba para desarrollar ideas tan revolucionarias que nunca podrían ponerse en práctica, al menos en este siglo.

En la asamblea en la que se decidía sobre la contratación de Victor Hoppe, otro profesor, el doctor Maserath, dijo:

—A veces me recordaba a Julio Verne, que escribía sobre cohetes cuando aún no se había inventado ni el motor de carburante.

—Pero con una diferencia —había observado sutil el doctor Genet, antiguo profesor de genética de Victor—, que Julio Verne se limitaba a escribir libros y nunca intentó llevar a la práctica sus ideas.

A esa observación se remitió cuando Rex Cremer, más tarde, les contó que Victor estaba intentando clonar ratones.

—¡A eso era a lo que me refería! —exclamó el doctor Genet—. ¡Acabamos de aprender a ponernos de pie y él ya quiere empezar a correr!

—En efecto, se pone el listón muy alto —dijo el doctor Maserath—, pero no sé si eso está tan mal.

—Eso fue exactamente lo que me dijo por teléfono —le respaldó Cremer—, que nos imponíamos límites, que muchos de nosotros cometíamos ese fallo.

El doctor Genet reaccionó como si se tratara de un ataque personal.

—¡Nuestra tarea al mismo tiempo es seguir siendo realistas! ¡En este momento es una absoluta locura! ¡Me imagino que vosotros también seréis conscientes!

—La locura ha llevado a muchos descubrimientos —dijo el doctor Maserath con tono ligero, pero cuando notó que el doctor Genet volvía la cabeza, disgustado, añadió al instante que, en efecto, todavía era demasiado pronto para semejantes experimentos.

—Ya le estáis juzgando antes de haberle oído hablar —dijo Cremer levemente indignado—. Quizá haya llegado ya mucho más lejos de lo que suponemos. Con su

anterior experimento también sorprendió al mundo entero. Ésa fue, por lo demás, la razón por la que queríamos traerle aquí. Y ahora, de repente, queréis frenarle.

—Me sorprende que ahora sí quiera aceptar una cátedra —dijo el doctor Maserath tranquilo—. Ya se le ofreció tras la lectura de su tesis, pero entonces la rechazó.

—Había recibido una oferta lucrativa de una clínica de fertilidad de Bonn —dijo el doctor Genet—. Allí también tienes la libertad de trabajar de manera autónoma.

—Él lo que buscaba era llevar la teoría a la práctica —completó el doctor Maserath—. ¿Cómo decía?

—Quiero dar vidas —dijo el doctor Genet—. Después nos reíamos. Sobre todo por la manera como lo decía. Sin una pizca de ironía. Y ahora, por lo visto, quiere ir más lejos. No sé si...

—Esperemos a ver lo que nos dice mañana —le interrumpió Cremer.

—Siento curiosidad —dijo el doctor Genet—. Siento verdadera curiosidad.

Victor Hoppe hizo uso de la palabra durante casi tres horas seguidas. Tenía la sensación de estar allí para superar un nuevo examen. En el estrado había cinco biólogos, entre los cuales se encontraban dos antiguos profesores suyos. Hasta dos veces confundió sus nombres al responder una pregunta. No lo hizo a propósito.

Uno de los cinco era Rex Cremer. El jefe de personal médico fue amable, sin importunar, nada receloso, tampoco adulator.

Los otros dos catedráticos desconocidos le estrecharon la mano con educación, no le hicieron preguntas y escuchaban casi conteniendo la respiración.

Por el contrario, sus antiguos profesores habían sido muy críticos, pero eso no le molestó en absoluto. Respondió al detalle todas las preguntas y explicó minuciosamente cómo pensaba clonar los ratones; «este mismo año», dijo audaz. Había asegurado de manera explícita que el actual procedimiento de fusionar células con ayuda del virus Sendai, a su modo de ver, estaba trasnochado y que su método con la pipeta ofrecía muchas más probabilidades de éxito. Era una pura cuestión de técnica, había recalcado.

Cuando hubo terminado de hablar, uno de los antiguos profesores le hizo una pregunta. Esa pregunta se la esperaba.

Si tenía pensado, si alguna vez era posible, clonar personas.

Respondió con claridad y, al hacerlo, dejó confusos a los biólogos.

—Venga, haznos dioses que vayan delante de nosotros —dijo.

Siempre le había parecido una bella frase. Y después se puso en pie.

Con tres votos a favor y dos en contra fue aprobado el proyecto de Victor Hoppe. A partir del 1 de septiembre de 1979 se incorporaría a la Universidad de Aquisgrán.

Obtuvo un laboratorio propio y un generoso presupuesto del que podía disponer libremente para la adquisición de recursos técnicos. Por lo demás, se le adjudicó un despacho con una mesa y un sofá cama para que no tuviera que ir y venir todos los días desde Bonn hasta Aquisgrán. Una vez a la semana debía presentar un informe al jefe de personal médico y todos los meses había un consejo con los demás biólogos de la universidad en el que debería explicar sus experimentos.

Los primeros meses pudo comunicar poca cosa. Decía que estaba ensayando la técnica. Los óvulos se dañaban demasiado y con demasiada frecuencia al introducir la pipeta, lo que podía tener graves consecuencias. Se le preguntó en qué consecuencias estaba pensando. El respondió que el óvulo podía seguir desgarrándose a la altura de la herida, de manera que podían surgir dos cuerpos individuales que, sin embargo, no estuvieran separados del todo. Uno de los biólogos utilizó el término «gemelos siameses». En efecto, respondió Victor Hoppe sin mostrar emoción alguna.

A finales de ese año el proyecto aún no había cosechado ningún resultado concreto. El doctor Genet se vio reforzado en su convencimiento de que la universidad habría hecho mejor invirtiendo el dinero en otro proyecto.

Tres meses después, Rex Cremer realizó un descubrimiento que resultó de gran utilidad para el experimento de Victor Hoppe. Del cultivo de un hongo sacó la sustancia citocalasina B. Esa sustancia evitaba que se incrementaran las moléculas de proteínas que formaban el citoesqueleto, de manera que el citoplasma que rodeaba el núcleo de la célula permanecía blando. La consecuencia era que los óvulos perforados por una pipeta sufrían menos daños, lo que hacía aumentar considerablemente su probabilidad de supervivencia.

En la siguiente reunión Victor anunció que la sustancia que había encontrado el doctor Cremer significaba, en efecto, un gran adelanto y que ya no se haría esperar mucho un resultado definitivo. Sin embargo, tuvieron que pasar casi ocho meses antes de que nacieran los ratones. Después de todo, a Victor seguía escapándosele un factor. Las posibilidades podían haber aumentado, pero todavía eran tan mínimas que una dosis de suerte continuaba siendo indispensable.

En resumidas cuentas, éstos eran los resultados:

542 células recibieron por microcirugía el implante de otro núcleo celular.

253 células sobrevivieron a la intervención.

48 células se fundieron con el nuevo núcleo celular.

16 células se desarrollaron hasta convertirse en un minúsculo embrión.

3 embriones crecieron hasta conformar un ratón clonado.



El 31 de agosto de 1951, el doctor Karl Hoppe llevó a su hijo al internado de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en Eupen, una pequeña ciudad a unos veinte kilómetros al sudeste de Wolfheim.

—Será lo mejor para ti —le dijo a Victor cuando se encontraron ante la puerta de madera que daba acceso al edificio del monasterio.

La idea de que quizá fuera lo mejor, sobre todo para sí mismo, hacía tiempo que ya no se le pasaba por la cabeza. Una vez hubo tomado la decisión, se había convencido de que lo hacía por Victor y de que sería lo mejor para él. Además, Johanna también lo habría querido así, se repitió más de una vez, minimizando de este modo su participación en la decisión. Por eso tampoco tuvo ningún sentimiento de culpa cuando llegó el momento. En realidad, no sintió nada en ese instante, allí ante la puerta. Igual que si sólo hubiera venido a entregar un paquete.

No le informó antes a Victor. También eso le pareció lo mejor. Sólo le había dicho que iría al colegio. Hasta que no estuvieron de camino, en el coche, no le dijo que iba a estar durante algún tiempo en el internado.

Al final serían diez años. Por aquella época, Victor sólo pasaba en casa las vacaciones de Navidad y Semana Santa y los meses de julio.

—Te escribiré —fue lo último que dijo Karl Hoppe a su hijo antes de que éste traspasara por primera vez la puerta de entrada.

No escribió ni una sola vez.

Con todo, para Victor el internado fue, en efecto, lo mejor que le podía haber pasado. La estancia en el centro, que la mayoría de muchachos vivía como un infierno, para él era un alivio tras el año y medio en casa de su padre. Las estrictas reglas y la rígida distribución del tiempo le ofrecían el equilibrio que echaba de menos en casa y que era tan necesario para su funcionamiento. Los cánticos y los rezos, los hermanos con sus hábitos, los pasillos vacíos, el gran dormitorio común y el llanto nocturno colmado de nostalgia de sus compañeros, todo eso le resultaba conocido y familiar a Victor, de manera que casi no le hizo falta adaptarse. Era como si pudiera volver a ponerse un traje hecho a medida después de haber estado durante todo ese tiempo vistiendo ropa que le quedaba demasiado grande. El primer día le sucedió eso de manera literal: la ropa que llevaba tuvo que cambiarla por un uniforme. Con él, también el resto de alumnos de primer año recibieron el mismo uniforme, y mientras todo el mundo olía el nuevo tejido y tiraba de él y se sentía incómodo, Victor fue a sentarse como si nada. Tenía la sensación de que estaba de nuevo en casa. De vez en cuando miraba la puerta de la sala grande y esperaba a que la hermana Marta apareciera por allí en cualquier instante.

Fue una suerte para Victor ir a parar a la clase del joven hermano Rombout, que no hacía ni un año que se había hecho cargo de los cursos primero y segundo que impartía el hermano Lucas. Para el hermano Lucas cada alumno era un pedazo de arcilla que debía moldearse con mano dura hasta que adquiriera la forma que él consideraba correcta, mientras que el hermano Rombout partía de los talentos individuales de cada muchacho e intentaba estimularlos.

El joven hermano poseía suaves facciones que le conferían algo femenino junto con las largas pestañas y las estrechas cejas. Tenía también una voz agradable con la que ya la primera mañana del nuevo año escolar recitó el padrenuestro y, acto seguido, contó una historia de la Biblia. El aspecto exterior y la voz del hermano Rombout, el padrenuestro y el relato bíblico a Victor le agradaron mucho. Y cuando el hermano preguntó quién sabía leer y a derecha e izquierda de Victor se levantaron al aire distintos dedos, también él estiró el brazo tras una breve vacilación. Ese fue el principio.

Además de la persona del hermano Rombout, su método de enseñanza desempeñó un papel importante en el desarrollo de Victor Hoppe. El hermano había trabajado durante sus estudios de maestro en un método propio que probó con sus alumnos desde el principio de su carrera profesional. Ese método, que después fue muy imitado, consistía en seguir siempre, sobre todo para materias como el cálculo y el conocimiento de la naturaleza, un estricto proceso de trabajo que discurría desde lo visual, pasando por lo esquemático, hasta llegar a lo abstracto. El método abordaba el modo de acumular información que tenía el cerebro de los niños pequeños. En el caso de Victor Hoppe, enlazaba incluso de manera natural con el funcionamiento de su raciocinio. El hermano vio en Victor la prueba de que su método era el adecuado, pero en realidad era al contrario: Victor era el muchacho adecuado para su método.

El hermano Rombout tenía a su cargo en el año escolar 1951-1952 el primer y segundo cursos, con chicos que iban desde los seis hasta los ocho años de edad. Cada nuevo año escolar elegía a los mejores alumnos de su grupo y se los llevaba al segundo curso, de manera que así podía desarrollar de forma continuada su método de enseñanza y poner en práctica personalmente sus teorías. Victor Hoppe fue el único alumno del grupo de principiantes que después de tres años llegaba al séptimo curso, el más elevado. El hermano Rombout siempre lo llevaba con él, también aunque el abismo entre Victor y los muchachos mayores del grupo fuera cada vez más grande. Cuando llegó a séptimo al cabo de tres años, Victor tenía nueve y los alumnos mayores de su clase tenían trece.

Un año más tarde, el 30 de junio de 1955, obtuvo el certificado de enseñanza primaria. Había tardado cuatro años en conseguir algo para lo que otros necesitaban seis o siete años.

Estos datos, consignados en los anales de los Hermanos de las Escuelas Cristianas de Eupen, demuestran la inteligencia de Victor Hoppe, que otrora había empezado su vida como retrasado. Pero lo que no prueba es cómo se formó o, mejor dicho, cómo se deformó en este colegio la imagen que tenía Victor de Dios. Esto puede deducirse en parte de los informes escolares que se han conservado y en los que el hermano Rombout apuntaba los resultados de las actividades con su letra elegante, casi caligráfica. En todas las asignaturas Victor sacaba cada año una y otra vez un 10 o un 9, muy raras veces un 8. En todas las asignaturas, salvo en religión. El primer curso sacó, como era lógico, un 10. Sorprendió a más de un hermano con su conocimiento de la Biblia, pero no era más que conocimiento, pues no comprendía lo que leía o declamaba. El segundo curso sacó un 8 en religión, y al año siguiente sólo un 7. En el último curso, por fin, el hermano Rombout sólo le puso un 4, su único insuficiente en todos esos años. Como observación, el hermano escribió: «Victor no llegará a ser nunca sacerdote». Probablemente lo escribió con ironía, porque si el hermano hubiera sabido lo que realmente había en la cabeza de Victor, nunca habría escrito algo tan aleatorio.

La disciplina provenía del miedo. Eso era así entonces en el colegio católico de Eupen, pero también en muchos otros colegios católicos llevados por religiosos. El miedo era creado por los castigos corporales, pero también representando a Dios como el Todopoderoso que condenaría con severidad a los pecadores.

«Ira». Esa palabra se empleaba a menudo. La ira del Señor alcanzará a los pecadores.

Los pecadores eran los estudiantes, y la mayoría de los hermanos se portaba como Dios o se creía sustituto de Dios en la Tierra.

El hermano Rombout era una excepción, pero también él, indirecta o inconscientemente, colaboró en la aversión de Victor hacia Dios. Mientras que los demás alumnos de su grupo eran iniciados durante cinco horas a la semana en la Biblia mediante sencillos relatos y láminas con suaves colores de acuarela, a Victor se le permitía leer con toda tranquilidad al fondo de la clase la Biblia para mayores, como la llamaba el hermano Rombout. En su método de enseñanza aparecía esa diferenciación: tareas adecuadas al nivel del alumno individual.

Y Victor leía. Por supuesto que leía. Se enterraba, se sumergía, desaparecía por completo en el lenguaje solemne que, con los años, empezaba a comprender cada vez mejor. Y cuanto más lo comprendía, mayor cuenta se daba de que la imagen de Dios, tal como la mayoría de los hermanos se la transmitía a él y a los demás alumnos,

coincidía con lo que aparecía escrito sobre Él en la Biblia. Esa imagen no era, por decirlo con suavidad, nada positiva.

Hasta los cinco años más o menos, los niños sólo pueden diferenciar en esencia entre el bien y el mal en las personas. Para Victor no era distinto, salvo que para él siguió siendo así durante toda la vida. Otros niños van percibiendo poco a poco los matices en el bien y en el mal, descubren que en cada persona habita tanto el bien como el mal, siempre en relaciones cambiantes, no sólo por individuo, sino también dentro de cada persona según la situación en que se encuentre.

Victor apenas era capaz de distinguir matices. Las escasas emociones que mostraba eran las escasas emociones que podía distinguir. Para él todo era blanco o negro. A sus ojos nunca había existido todo el gris de entremedias. No podía hacer nada para evitarlo, porque ni siquiera sabía que debía ser de otra forma. El síndrome de Asperger le constreñía en esa estrecha visión.

Si alguien, como un padre o una madre, se hubiera ocupado de Victor de manera más individualizada, quizá habría podido aprender o descubrir poco a poco que cada persona está constituida por una paleta de sentimientos. Quizá entonces también habría florecido, en el más amplio sentido de la palabra, porque en definitiva Victor nunca llegó a superar el estadio de capullo en flor. Pero en el internado no hizo más que confirmarse cada vez más su imagen de que sólo había hombres buenos y malos. Los contactos superficiales desempeñaron en esta imagen, desde luego, un papel importante, pero también los propios hermanos. Eran maestros, o en cualquier caso debían serlo, en la ocultación de sus verdaderos sentimientos, tanto para con ellos mismos como para con los alumnos. Victor no sabía mostrar emociones, y a los hermanos no se les permitía y no lo hacían. Tampoco el hermano Rombout. El mostraba su bondad, eso en todo momento, pero nada más. Lo que ocurría en su interior, lo que incubaba y fermentaba, lo que sentía o deseaba, todo eso no se revelaba. ¿Cómo podría Victor entonces darse cuenta de que había más cosas que el bien y el mal?

A medida que Victor iba adquiriendo más experiencias, vinculaba cada vez con mayor frecuencia el bien y el mal a la voz que oía y a los contactos que veía o sentía. De las caras, después de todo, no podía deducir nada.

Primero la voz, que constaba de volumen y vibración. Mucho volumen iba emparejado casi siempre con mucha vibración. Allí moraba el mal.

El hermano Rombout hablaba siempre con voz suave, y cuando cantaba, cantaba con voz aguda. No con un estruendo apagado, como muchos otros hermanos. Era un placer escuchar al hermano Rombout.

El hermano Lucas, del tercer y cuarto cursos, y el hermano Tomás, del primer curso, tenían las voces como los tonos más graves del órgano de la capilla. Pero lo

que el órgano no podía hacer, ellos sí lo conseguían: hacer vibrar los sonidos mientras se abrían todos los registros. Sus voces nunca agredían a Victor, sino que las oía a través de las paredes de la clase. Sonaban como si pasara por encima una nube de tormenta, y Victor se imaginaba a Dios enviando rayos a los alumnos desde esa nube, porque cuando los hermanos elevaban la voz, en la mayoría de las ocasiones lo hacían en nombre de Dios.

—¡La cólera de Dios os alcanzará!

—¡Temed el día del juicio final, porque entonces Dios conseguirá encontraros!

—¡La venganza de Dios será implacable!

El padre Norbert, que casi siempre dirigía el estudio vespertino, tenía también una voz en la que moraba el mal. Eso ya lo había experimentado Victor en sus propias carnes. No sabía por qué, pero una vez le gritó. En realidad, gritaba a todas horas, a cualquiera, pero nunca a él.

—¡Tomad como ejemplo a Victor!

Era lo que gritaba a menudo a los demás. Pero entonces, esa única vez, le había gritado a él.

—¡Mírame, Victor Hoppe! ¡Mírame cuando te hable!

Pero no había sido capaz. No había levantado la vista hacia el padre Norbert. Quería hacerlo, pero no lo consiguió. Ni siquiera podía mover la cabeza. Como si estuviera clavada. Fue entonces cuando recibió un bofetón.

—¡Dios te castigará por esto, Victor Hoppe!

Los contactos. También en ellos se manifestaban el bien y el mal. En un bofetón semejante habitaba el mal. Además de con bofetones, el padre Norbert obraba también el mal cogiendo la oreja del alumno entre el pulgar y el índice y retorciéndosela hasta que aparecían las lágrimas en los ojos. Eso se lo había visto hacer Victor a menudo. También moraba el mal en los golpes de la regla de madera contra los dedos, una práctica habitual en el hermano Lucas y el hermano Tomás. Lo contaban los alumnos que estaban en su clase, mostrando las líneas moradas en los dedos.

En los contactos del hermano Rombout, Victor reconocía el bien. Esos contactos eran suaves. Una mano en el hombro. Una caricia en el pelo. La manera en que el hermano se inclinaba sobre él sosteniéndole la mano para ayudarlo a escribir. Todo eso era bueno.

¿Y Dios? En la imagen que Victor tenía de Él las palabras del hermano Tomás, del hermano Lucas y del padre Norbert desempeñaban un papel importante. Al representar a Dios de continuo como un ser amenazante, como aquel que condenaba y castigaba, que era omnipotente, dominador y regidor, Victor, que era incapaz de relativizar, que apenas podía distinguir entre lo abstracto y lo concreto, se dio cuenta de que el propio Dios en realidad era la fuente de todo mal.

Y esa imagen de Dios, esa imagen aterradora, la veía confirmada con el paso del tiempo cada vez más en la Biblia, que el hermano Rombout le dejaba leer con toda tranquilidad, inconsciente de lo que Victor retenía en su memoria. Al fin y al cabo, lo que recordaba era que Dios desencadenaba las guerras, que Dios devastaba ciudades, que Dios enviaba catástrofes naturales, que Dios castigaba, que Dios asesinaba.

Dios da y Dios quita, Victor. Recuérdalo.

Dios daba, en efecto, pero lo que Dios daba volvía a recuperarlo alguna vez. En definitiva, eso era lo que Victor recordaba.

Jesús era bueno.

El Nuevo Testamento se le reveló a Victor estando en las clases de quinto y sexto. Antes ya había leído ese libro, pero sin las nociones que había adquirido tras más de dos años de internado.

Victor leyó cómo Jesús daba de comer al hambriento, cómo Jesús conjuraba tormentas, cómo Jesús sanaba a los enfermos, cómo Jesús resucitaba a los muertos.

Victor descubrió que Jesús no alzaba la voz y que tampoco pegaba ni castigaba.

Así pues, Jesús era bueno.

Para Victor no fue sólo una revelación, sino también un alivio. Jesús era, después de todo, el hijo de Dios. El padre hacía el mal y el hijo hacía el bien. Eso fue lo que reconoció y eso fue lo que le tranquilizó. De ningún modo es exagerado pensar que vio en Jesús a un amigo. Jesús era además más concreto que Dios, más corpóreo, más humano. En ese sentido, para Victor era más fácil representárselo.

Además de un amigo, Jesús se convirtió pronto en un compañero de fatigas; no de manera paulatina, sino de repente, cuando Victor había llegado casi al final del evangelio según San Mateo.

«Elí, Elí, ¿lama sabactani?», que significa: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?».

Esa frase le había fulminado como un rayo. Dios dejaba desamparado a su propio hijo. Le abandonaba a su suerte. También con eso se identificaba Victor por completo. Su padre también le había abandonado a él a su suerte. En esa frase, Jesús y Victor se convirtieron literalmente en compañeros de fatigas.

¿Acaso se imaginaba Victor que él era el mismo Jesús? No, porque en primer lugar carecía de imaginación y en segundo lugar era consciente de que Jesús y él eran dos personas distintas. Más bien podía decirse que Victor pensaba que era como Jesús. Compartían el mismo destino y los dos eran buenos. Si bien Jesús hacía más bien que él, a él aún le quedaba tiempo. Si se hacía médico, entonces podría sanar a los enfermos. Eso era lo que pensaba. Si, entonces.

Una sola cosa se le escapaba a Victor: cómo había podido su padre llegar a convertirse en médico. Los médicos debían siempre hacer el bien. En todo momento.

Con el paso del tiempo, la consulta de Karl Hoppe iba cada vez mejor. El doctor se había dado cuenta de su equivocación. Eso creían al menos los habitantes del pueblo. A la vez, se preguntaban qué se le había perdido a su hijo, por todos los santos, en un colegio. Pero más importante que la pregunta era la comprobación, en cualquier caso, de que Victor en ese colegio volvía a encontrarse en manos de Dios. Así lo había expresado el párroco Kaisergruber.

Al propio doctor ya no le iba tan bien como antes. Eso lo notaban sus pacientes. Era difícil hacerle hablar. Raras veces se reía. Adelgazó. Por suerte continuó haciendo bien su trabajo, y, al fin y al cabo, eso era lo más importante, pensaba la gente.

No se atreve ni a mirarme. A ese punto hemos llegado. A ese punto he dejado que llegáramos. Eso era lo que pensaba Karl Hoppe cada vez que su hijo regresaba un par de días a casa tras meses de ausencia.

Al mismo tiempo, le llamaba la atención la evolución de la inteligencia de Victor. Los ejercicios que hacía, tanto para lengua como para cálculo, iban aumentando en dificultad. El hermano Rombout lo confirmó también. Decía que Victor era su mejor alumno. Daba cien vueltas al resto de muchachos.

El doctor siempre tenía que tragar saliva cuando lo oía. Ocultaba el hecho de que una vez Victor hubiera sido declarado retrasado.

Quiso saber si su hijo era también tan callado en clase como en casa.

Victor es muy introvertido, confirmó el hermano. Absorbe mucho en su interior, pero suelta poco. Por lo demás, el hermano Rombout añadió: «No hace amigos».

«Victor y yo tampoco llegaremos a ser nunca amigos», pensó el doctor. Después volvió a hacer balance de todo aquello que podía reprocharle su hijo.

A veces quería hablar con él del asunto, quería explicarle las cosas, quería contarle cómo había sido su madre y por qué habían decidido llevarle a la institución. También le daría el historial clínico que llevaban las hermanas y que nunca había podido tirar, quizá porque no quería fingir que esa etapa en la vida de Victor nunca había existido. También quería intentar explicarle algún día por qué le había pegado, quería decirle que había sido superior a sus fuerzas. Por último, quería preguntarle si algún día podría llegar a perdonarle.

Pero siempre que se proponía todas estas cosas, lo reconsideraba pensando que era mejor que Victor olvidara en lugar de perdonar. Las bofetadas que le había dado probablemente serían lo más difícil de borrar, pero los años que el muchacho había pasado en el manicomio deberían desaparecer de su memoria con el tiempo. A fin de cuentas, en aquella época era muy joven. ¿Y quién sigue recordando aún lo que ocurrió en el quinto año de su vida?



La madrugada del 17 de diciembre de 1980.

—Ya están.

—¿Victor?

—Sí, soy Victor.

—¡Victor, son las cuatro y cuarto!

—Ya están —sonó de nuevo.

—¿Quiénes están? —preguntó Rex Cremer enfadado.

—Los ratones. Los clones.

—¿Qué me dices?

—He clonado ratones.

El jefe de personal médico se quedó pasmado. El tono apagado de Victor, como si sólo estuviera comunicando una noticia cualquiera, concitaba por el contrario muchos interrogantes.

—Victor, ¿lo estás diciendo en serio?

—Sí.

—¿Lo has conseguido realmente? ¿Cuántos son?

—Tres.

—¿Dónde estás? ¿Estás en la universidad?

—Sí, estoy aquí.

—Voy para allá. Ahora mismo.

De camino a la universidad, Rex Cremer intentó recapitular. Ya habían pasado quince meses desde la contratación de Victor y durante todo ese tiempo no había podido mostrar ningún resultado espectacular. Los otros biólogos habían insistido en poner fin al experimento, pero él había seguido respaldando al doctor Hoppe. Su postura no venía dictada tanto por la esperanza como sobre todo por la negativa a querer admitir que se había equivocado con Victor. Cuando esa madrugada la llamada telefónica le sacó de la cama, acababa de pasar una semana de vacaciones y poco antes de su partida había estado hablando con Victor. Si era verdad lo que le había contado por teléfono, ya había implantado los embriones durante su conversación y sólo esperaba el nacimiento de los ratones, pero no se lo había dicho, parecía como si no quisiera darlo a conocer hasta poder aportar pruebas tangibles.

Cuando el jefe de personal médico llegó al campus universitario, se encaminó de inmediato al laboratorio, donde encontró a Victor inclinado sobre un microscopio.

—¿Dónde están, Victor?

Sin levantar la cabeza, señaló una mesa en un rincón del laboratorio. Sobre ella había un pequeño recipiente de plexiglás a medio llenar con recortes de papel. Rex se inclinó y contó siete crías de ratón y un solo ratón blanco. En seguida vio que los ratones semidesnudos tenían algunos días de edad, cuando él pensaba que acababan de nacer. Así pues, la ocultación de Victor era más prolongada de lo que él había supuesto.

—¿Cuánto tiempo tienen? —preguntó.

Victor levantó cuatro dedos por encima de la cabeza.

—¿Y por qué no me lo has dicho hasta ahora?

—Porque no podía estar seguro del todo hasta poder diferenciar el color —respondió Victor mientras colocaba otra placa de Petri bajo el microscopio—. Tenía que esperar hasta que les aparecieran los primeros pelillos.

El jefe de personal médico colocó la nariz sobre el recipiente con los ratones y ahora notaba la mínima diferencia cromática.

—¿Ratones blancos y marrones?

—Los de pelo marrón son los clones —comunicó Victor—. Los blancos son ratones normales. Los clones proceden de óvulos de un ratón negro cuyos núcleos han sido sustituidos por núcleos de embriones de cinco días de un ratón marrón. Y la madre portadora era un ratón blanco.

Rex tenía que ir asimilando poco a poco las palabras. Intentó repetirlas para sí. Así pues, Victor había eliminado los núcleos de los óvulos de un ratón negro sustituyéndolos por los núcleos procedentes de embriones muy avanzados de ratones marrones. Los embriones resultantes los había implantado en un ratón blanco. Los tres ratones marrones en el recipiente de cristal eran, por tanto, clones de los embriones de ratones, no surgidos por división simple, sino realmente por el trasplante de los núcleos celulares. Por tanto, Victor había logrado clonar un mamífero por primera vez en la historia de la ciencia. Rex estaba atónito. Sentía cómo la excitación se apoderaba de él.

—¡Joder, ha salido bien! —exclamó.

Pero Victor no reaccionó. Con la mano izquierda enfocaba el microscopio, con la derecha tiraba líneas en una hoja de papel. El jefe de personal médico dirigió de nuevo la mirada a los ratones.

—Victor, esto es una primicia mundial —dijo con insistencia—. ¿Te das cuenta?

—El mundo lo sabrá en breve —sonó sin florituras.

—¿Cómo?

—Ya he escrito el informe y se lo he enviado al redactor jefe de *Cell*.

—No puede ser. Es imposible. Quiero decir... Tenías que habérmolo presentado antes a nosotros o, por lo menos, a mí. No puedes actuar así. Mucho menos en este caso.

Tuvo la sensación de estar indicándole sus obligaciones a uno de los estudiantes de primer año.

—No hay que perder tiempo —respondió Victor.

Rex respiró hondo mientras su mirada seguía clavada en la espalda encorvada de su colega.

—¿Y por qué a *Cell*? —preguntó entonces—. ¿No le diste tu artículo anterior a *Science*? Tienen más prestigio.

—Hacen demasiadas preguntas.

—¡Pero tienen que hacerlas! Por eso son...

—A veces hay que aceptar las cosas sin más.

—Victor, tienes un gran talento, pero eso no quiere decir que el talento te exima de rendir cuentas.

—No debo justificarme ante nadie —reaccionó Victor irritado. Echó el taburete hacia atrás y se levantó. Con un par de zancadas se dirigió hacia la mesa donde se hallaba el recipiente de plexiglás y sacó de él uno de los ratones clonados, colocó al animalito sobre su mano abierta y la dirigió hacia el jefe de personal médico.

—Ésta es mi responsabilidad —dijo.

Rex miró a Victor con los ojos abiertos de par en par. No le sorprendieron sus palabras o su enfado, sino su aspecto tan cambiado. Gastaba una barba rojiza con la que Rex no le había visto nunca y tenía enormes ojeras que, de color azul claro, contrastaban con la pálida piel de su frente y pómulos. Debía de llevar una semana sin afeitarse y, probablemente, durante todo ese tiempo apenas habría dormido.

—Victor, ¿cuánto tiempo llevas trabajando?

Miró su reloj y apartó a continuación la vista, como si intentara contar cuántas horas llevaba despierto. Meneó la cabeza.

—No lo sé.

Rex vio en su mirada que en verdad no lo sabía.

—Victor...

Éste, ausente, se frotó la barba.

—Victor —repitió Rex—, quizá deberías descansar un par de horitas. Yo me quedaré aquí mientras tanto.

Victor asintió y se quedó mirando fijamente al ratón en la palma de su mano. Pasó un par de veces el dedo por la espina dorsal del animal con cuidado, como si quisiera tranquilizarlo antes de irse. Luego volvió a dejar el ratón en el recipiente, entre los otros ratones, se dio la vuelta y avanzó hasta la puerta.

—Victor, ¿dónde puedo encontrar el informe? —preguntó Rex—. Me gustaría leerlo.

—Junto al fax —respondió haciendo un gesto en el aire con la mano izquierda.

Rex Cremer no comprendía qué necesidad había de tanto trajín. El artículo, después de todo, era extraordinariamente explícito y claro. Victor describía paso a paso y en detalle el procedimiento empleado. Tras cada paso, además, evaluaba los resultados conseguidos, y al final había planteado unas cuantas cuestiones críticas con las que en realidad estaba incitando a otros científicos a que se pusieran a buscar las respuestas. Además, recalca la importancia para su método de la citocalasina B, sobre la que ya había publicado algo Cremer, y todo eso lo había podido probar con datos que antes únicamente pertenecían a la imaginación.

Cuando el jefe de personal médico comunicó la noticia al resto de biólogos de la universidad, en primera instancia reaccionaron muy indignados, pero tras la lectura del informe ellos también debieron admitir que el método descrito era realmente revolucionario y a primera vista parecía incluso tan sencillo que les sorprendió que nadie hubiera dado antes con él. Esperaban impacientes las reacciones una vez el artículo hubiera aparecido.

Eso ocurrió el 10 de enero de 1981. *Cell* publicaba en la cubierta una foto a toda página de los ratones clonados y abría la revista con el artículo de Victor Hoppe. Las reacciones fueron abrumadoras. Destacados científicos del mundo entero daban muestras de su total sorpresa, pero a la vez hacían comentarios muy elogiosos — varias veces aparecía la palabra «genial» —, y tanto los periódicos del país como los del extranjero se volcaron en el asunto. Llegaron solicitudes para entrevistar a Victor Hoppe, pero él fue rechazándolas una a una, y tampoco estaba dispuesto a posar con sus ratones. Tras mucho insistir, dio permiso por fin a la universidad para difundir la foto de carné que se había hecho al empezar a trabajar y que llevaba impresa en su pase. Esa foto le mostraba aún sin la barba, que, entre tanto, se había dejado de manera definitiva y ya no volvería a afeitarse.

Rex Cremer oficiaba de portavoz de la universidad y, por supuesto, la prensa le preguntó si ahora también era posible clonar personas y si el doctor Hoppe u otros osarían hacerlo. Él respondió que aún era demasiado pronto para pensar en caminar ahora que la ciencia acababa de aprender a gatear. También recalcó que sólo se habían clonado embriones y que la clonación de animales adultos era algo muy distinto. Para ello, debían emplearse núcleos de células corporales, y éstas ya habían desarrollado una función específica. «No lo veremos en este siglo», declaró de manera categórica, creyendo también que así sería.

Lógicamente, Victor tendría que haber repetido el experimento, aunque sólo fuera una vez, porque la posibilidad de repetición es la esencia de la ciencia. Pero su lógica era otra, le decía que debía dar un paso más. Si una cosa se había conseguido, entonces había que empezar otra. Si, entonces. Eso lo sabía él. No era si, si. Pero eso no lo sabía Rex Cremer cuando se lo volvió a indicar después de haberle insistido ya

antes en vano.

—Victor, debes repetir el experimento. No puedes considerarlo un éxito así y ya está. Además, hay muchos interrogantes que aún deben responderse. ¿Viven lo mismo los ratones clonados que el resto de los ratones? ¿Pueden tener descendencia? ¿Los descendientes son también fértiles? Todas esas preguntas ya me las han planteado otros científicos, Victor, y no he podido responderlas.

—Ya se encargará el tiempo de demostrarlo —dijo Victor.

—Pero aun así tienes que demostrar que tu experimento no fue un golpe de suerte —alzó Rex la voz—. No podrás dejarlo así.

—Sólo los animales en el circo repiten sus trucos.

—¿Qué quieres entonces, Victor?

—Clonar mamíferos adultos.

El jefe de personal médico suspiró.

—Si lo consigo —continuó Victor—, también demostraré que mi técnica funciona. ¿No es eso lo que quieren?

—Pero no van a estar años esperándote.

—Tampoco me llevará años.

—Victor, sé realista por una vez. Conozco tus posibilidades, pero...

—Sería posible si las células donantes pudieran ser desprogramadas —le interrumpió Victor—. Si las revertimos a su estado originario. A GO. Otra posibilidad es cambiar de estado a los óvulos receptores. Puede conseguirse con estímulos eléctricos. En cualquier caso, los ciclos deben estar sincronizados en el momento de la fusión porque, de lo contrario, surgirían cromosomas aberrantes.

Rex deseó en ese instante poder decir que Victor no tenía razón, pero no era así. Lo que contaba Victor tenía su lógica, y además volvía a exponerlo de un modo tan sencillo que parecía como si sólo hiciera falta verter unos cuantos líquidos en una botella y agitarlos para alcanzar el resultado deseado.

—Victor, la dirección jamás aprobará que...

—Pues a pesar de todo lo haré.

—Así no trabajamos aquí. Ya te he...

—Si no puede ser aquí...

—¡Joder, Victor, me lo estás poniendo muy difícil otra vez! Tienes suerte de que siempre haya estado guardándote las espaldas, ¿sabes?

—Nunca te lo he pedido.

—Es cierto —hubo de admitir el jefe de personal médico, suspirando. Sabía que se encontraba ante un dilema. Si obligaba a Victor a trabajar según las reglas, se marcharía con toda seguridad. Eso significaría, sin duda, una gran pérdida para su departamento, que acababa de recibir una gran suma de dinero por parte de la universidad para continuar la investigación. Pero si le daba carta blanca, los otros

biólogos que sí debían justificarse protestarían. Habría sido posible si Victor hubiera mostrado más compañerismo y franqueza, pero no había sido así. En modo alguno era apto para trabajar en equipo. No aceptaba ninguna autoridad, no tenía en cuenta a los demás y era incapaz de mostrar admiración por nada ni por nadie. Su talento le disculpaba muchas cosas, pero no se sabía hasta cuándo.

—Victor, dame un poco de tiempo. Debo pensármelo.

—No hay tiempo.

—¿Qué importan ahora unos cuantos días?

—En unos cuantos días Dios creó el mundo.

—¡Victor, me vas a volver loco! Escucha...

De pronto Rex se contuvo. Que Victor volviera a hablar de Dios le hizo pensar. Antes había considerado sus alusiones a Dios como una suerte de ocurrencia, pero ahora empezaba a dudar. En los quince meses que llevaban juntos, Victor nunca había hecho un chiste o gastado una broma. Ni siquiera se había reído con los chistes de los demás; todo se lo tomaba en serio. Hasta este momento, el jefe de personal médico no se había parado a pensarlo, pero lo que Victor decía sobre Dios muy bien podría decirlo en serio. El propio Rex no creía en Dios. Tampoco le habían educado en la religión. Sus padres eran librepensadores y siempre le habían dejado libertad en sus elecciones. Para él había sido una bendición, volvía a ser consciente de ello, sobre todo cuando decidió convertirse en científico.

—No hace falta que respondas, pero... —empezó, y quizá confiaba en que no se produjera una respuesta—... ¿crees de veras en Dios?

—Como creador de toda vida, sí —respondió Victor como si fuera lo más natural.

—¿Y quién creó entonces a Dios?

—El hombre.

El jefe de personal médico se quedó por un momento desconcertado, no sólo por la respuesta sincera de Victor sino también por su reacción. Dios había creado al hombre y el hombre había creado a Dios, era verdad. Lo uno contenía lo otro y lo otro no excluía lo uno. Era tan tremendamente simple, igual de simple que todas las explicaciones de Victor. Le llevó a pensar a Rex en la serpiente que se muerde la cola y se va comiendo cada vez más a sí misma hasta que al final ya no queda nada. La lógica cuadraba, pero en la práctica era imposible. En las clases de genética utilizaba este ejemplo para mostrar la diferencia entre ciencia y religión. Para la religión no eran necesarias las pruebas, para la ciencia sólo contaban las pruebas. Él siempre había visto separadas la religión y la ciencia. Entre ellas había un abismo insalvable, pero para Victor era claramente distinto, para él era obvio que no había ningún abismo, o tal vez sí, pero en ese caso él se encontraba en un puente por encima del abismo. Eso explicaba también su manera de hacer y, sobre todo, su manera de pensar. Como él mismo ya había dicho, algunas cosas deben aceptarse sin más. Era el

creyente quien hablaba y no el científico. En ese sentido, una sola prueba para Victor era más de lo que nunca habría necesitado para aceptar algo. Y por eso, a su modo de ver, otras pruebas eran innecesarias.

—Creo que empiezo a comprenderte, pero eso no significa que esté de acuerdo contigo. Me lo tengo que pensar.

Victor asintió. Su rostro no reveló ni por un instante lo que pensaba.

—Te diré algo lo antes posible —concluyó Rex, añadiendo aún—: Si es que antes no se desmorona el mundo.

Ahora Victor fruncía el ceño. Rex se levantó sonriendo y le puso la mano en el hombro.

—Era una broma.

Rex Cremer creía haber calado a Victor Hoppe, pero como el interior de Victor estaba construido por capas, lo máximo que había hecho era pelar algunas escamas de la capa externa. El ejemplo de la serpiente que se devoraba a sí misma estaba bien puesto, pero no debía haber seguido buscando más allá. En su razonamiento partía de que Victor actuaba de manera consciente, pero no era así. En realidad, era mucho más sencillo, más lógico, porque Victor era la propia serpiente. Victor era la cabeza y la cola al mismo tiempo, comía y era comida. Eso era. No tenía elección.

Victor no esperó la decisión de Rex Cremer. Ya había empezado a experimentar con células de mamíferos adultos. Uno de los mamíferos adultos era él mismo. Se había raspado un centímetro cuadrado de la epidermis del muslo y las células que quedaron vivas las puso en cultivo con diferentes sustancias. Lo mismo había hecho con las células hepáticas de un ratón adulto y con las células del cuajar de un toro. Se preguntó si debería poner al corriente de sus planes al jefe de personal médico y decidió que aún era demasiado pronto. Sólo le contaría que quería clonar animales adultos. Nada más. En cualquier caso, no estaría mintiendo.

La solución que Rex Cremer había encontrado y que había sido aprobada por la directiva de la universidad fue que él mismo intentaría repetir el experimento de los ratones clonados. De esa manera, Victor Hoppe tendría vía libre para continuar con su experimento. También había conseguido que sólo tuviera que rendirle cuentas a él y que, en su lugar, él mismo remitiría el informe con regularidad a los demás científicos del departamento. El jefe de personal médico era de la opinión de que de este modo podría llevar las riendas, pero en realidad se había subido a bordo de un barco cuyo rumbo determinaba Victor.



En su último año de escuela primaria, Victor sacó un 4 en religión, y gracias a la generosidad del hermano Rombout. A fin de cuentas, durante ese curso Victor apenas se había interesado por esa asignatura. Ésa era al menos la interpretación del hermano Rombout ante la negativa de Victor a leer la Biblia y ante la hoja del examen en blanco que le entregó en las pruebas escritas. El hermano intentó que su alumno reflexionara, pero ninguna charla produjo resultados. Le pareció una pena, porque le habría gustado enviar a Victor al seminario conciliar, donde podrían prepararle para que se convirtiera en sacerdote.

Pero Victor quería ser médico. Ya lo había dicho un par de veces, como de pasada, y también lo demostraba interesándose cada vez más por las ciencias naturales.

«Abandona la enseñanza teórica y dogmática del Padre —pensó el hermano Rombout—, y opta por las leyes prácticas de la madre naturaleza.»

Fiel a su propio método de enseñanza, estimuló la elección de Víctor dándole libros y encargándole trabajos relacionados con sus intereses.

Así escapó Victor, por tanto, al seminario conciliar. Sin embargo, faltó poco para que tampoco le permitieran seguir el instituto normal de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en Eupen, y esto no tuvo nada que ver con su inteligencia, sino con el espectáculo que ofreció una semana antes de que se terminara la escuela primaria.

Un espectáculo. Eso fue en opinión de los alumnos, que no paraban de hablar sobre el incidente y que uno a uno debieron admitir que nunca se hubieran esperado algo así del Victor callado y ejemplar.

«¡Un esperpento sacrílego!» Así describió el abad del monasterio la actuación de Victor Hoppe. Una expresión poco atinada, porque en realidad no podía hablarse de sacrilegio, le parecía al hermano Rombout, aunque no empleara este argumento como defensa para evitar la amenazante exclusión de su mejor alumno. Había recalcado la inteligencia de Victor y había dicho que sería una lástima desperdiciar su talento por una sola falta. Dijo que era una falta, pero fue porque no se le había venido una palabra mejor a la cabeza. Había pensado en «equivocación» o en «traspíe», pero esas palabras no se correspondían con el acto realizado por Victor.

—¡Un desmadre! —El abad Eberhard tenía su propio vocabulario.

—Un desmadre —había repetido el hermano Rombout a media voz, aunque con toda seguridad estaba en desacuerdo con esa definición. Pero debía seguirle la corriente.

Al final, el abad le puso a Victor muchas hojas de trabajo como castigo y sólo le

dio otra oportunidad. Un desmadre más en el instituto significaría la expulsión de manera automática.

El hermano Rombout quedó aliviado y, después de todo, a él como a los estudiantes le pareció que lo que Victor había hecho guardaba una gran semejanza con un espectáculo. Y al igual que los estudiantes, el hermano nunca se habría esperado algo así de Victor. Algo tan teatral.

Fue durante la última semana de junio de 1955. Los exámenes ya habían terminado y, como todos los años, los estudiantes del curso superior, a quienes el hermano Rombout daba clase por entonces, fueron al calvario de La Chapelle. Los hermanos hablaban de una excursión de colegio, los alumnos lo consideraban una peregrinación, palabra que pronunciaban como si estuvieran masticando algo repugnante.

Además de por el hermano Rombout, los diecisiete alumnos del séptimo curso serían acompañados por el padre Norbert, que iría abriendo el vía crucis. Este vía crucis se encontraba en el Altenberg y había sido erigido en 1898 por las hermanas clarisas de La Chapelle como demostración de «su amor a la cruz». El convento, con el hospital psiquiátrico en el que Victor había pasado sus primeros cinco años de vida, se hallaba al pie del Altenberg, desde donde una estrecha escalera de piedra llevaba hasta el calvario. Como a los pacientes nunca se les permitía abandonar los muros del edificio del convento, Victor nunca había visitado este lugar y por eso tampoco era consciente de que ese día se encontraba tan cerca de su antigua residencia. Sólo lo averiguaría un par de años después. Ese día tenía otras cosas en la cabeza.

Podría decirse que todo empezó con unas risas burlonas, en las que reconoció lo que Lucas el Evangelista describía como: *Mofándose y burlándose de él*.

Victor no sabía montar en bicicleta.

Los dos religiosos pensaban ir en bicicleta desde Eupen hasta La Chapelle con los diecisiete alumnos; una excursión de unos quince kilómetros. La mayoría de los muchachos llevaba sus propias bicicletas y a los chicos del internado se les permitió tomar prestada una bici de los alumnos de cursos inferiores. A Victor le tocó una de un chico de cuarto curso.

Cuando el grupo partió, con el hermano Rombout delante y el padre Norbert detrás, Victor se quedó parado con la bicicleta entre las piernas, el manillar entre las manos y ambos pies en el suelo.

—¡Vamos, Victor Hoppe! —le ordenó el padre Norbert dándole una colleja con dos dedos.

Pero Victor siguió parado con la cabeza gacha, mientras que el hermano Rombout y los otros alumnos ya habían recorrido los primeros metros.

—¡Victor, Dios no va a pedalear en tu lugar!

En ese instante el padre Norbert estaba todavía de buen humor. El mal no se había despertado aún en él. Cuando se dio cuenta de que Victor seguía sin moverse, le gritó al hermano Rombout que esperara, a la vez que apretaba la oreja del alumno rebelde entre índice y pulgar.

La risa de los muchachos comenzó. No fueron más que risas sofocadas al principio, porque se alegraban de no ser ellos por una vez las víctimas.

Quizá entonces el padre se percatara de algo, ya que, a pesar de la fuerza en aumento con que le apretaba la oreja, Victor no se movía. Pero quizá también fuera sencillamente un ardid para provocarle. En cualquier caso, dijo en voz alta y con una ligera guasa en la voz:

—Creo que Victor Hoppe no sabe montar en bicicleta.

La risa sofocada de los alumnos fue creciendo. En el rostro del padre apareció una mueca.

Entre tanto, los sumos sacerdotes y los ancianos azuzaban a la multitud.

El hermano Rombout se bajó de la bicicleta y se dirigió hacia Victor. Mientras, el padre Norbert continuaba con su griterío:

—¡Si Victor Hoppe no sabe montar en bicicleta, tendrá que ir andando al calvario!

Algunos alumnos empezaron a alborotar.

Pero gritaron aún más fuerte.

Con una mirada de enojo, el hermano Rombout conminó a los alumnos a que guardaran silencio. El padre Norbert soltó por fin la oreja de Victor y retrocedió un metro escaso con su bicicleta.

El hermano Rombout se inclinó sobre Victor y le puso la mano sobre el hombro.

—Victor, ¿has montado en bicicleta alguna vez? —Con voz suave.

Victor negó con la cabeza. Las risas que siguieron se paralizaron cuando el hermano levantó la cabeza y miró con dureza a los alumnos.

—Entonces le dejaremos aquí —dijo el padre Norbert con brusquedad.

El hermano Rombout meneó la cabeza.

—Le puedo llevar detrás.

Todos los alumnos vieron cómo el padre miraba con extrema sorpresa, pero el hermano Rombout ignoró la mirada.

—Lleva la bicicleta al aparcamiento, Victor. Después puedes venir conmigo.

Así se encaminaron a La Chapelle. El hermano Rombout delante con Victor Hoppe, que se aferraba con ambas manos al sillín, sentado en la parte trasera de su bicicleta; estaba encogido, crispado, y no miraba ni a derecha ni a izquierda. No obstante, sabía que sus compañeros de clase le miraban con los ojos llenos de burla, haciéndole muecas durante todo el trayecto.

Mofándose y burlándose de él.

Así empezó todo.

Jesús es condenado a muerte. 1.^a estación.

Estaba escrito en tres idiomas: alemán, francés y neerlandés.

Victor miró la escultura que había encima y le resultó fácil reconocerlo.

Los sumos sacerdotes que azuzaban.

La multitud que gritaba: «¡Crucifícale!».

Poncio Pilatos que se lavaba las manos.

Y Jesús que iba atado y guardaba silencio. Padecía su destino.

La escena había sido esculpida en arenisca blanca y aparecía sobre un altar de mármol negro. Una verja de hierro forjado protegía el altar y la escultura. Alrededor se había construido una gruta. «Con piedra de lava de las montañas de Eiffel», contaba el hermano Rombout.

Después cedió la palabra al padre Norbert, quien antes de empezar con la primera plegaria volvió a advertir a los alumnos de que debían guardar silencio durante todo el vía crucis, a lo largo de catorce estaciones. Sólo podían utilizar la voz para rezar.

—Este lugar sagrado sólo tolera palabras sagradas —dijo el padre.

Lugar sagrado. Palabras sagradas. Resonaba en la cabeza de Victor.

Entonces el padre abrió su devocionario y empezó:

—Te adoramos, Señor, y Te bendecimos.

A lo que todos los alumnos respondieron:

—Porque por Tu santa cruz redimiste al mundo.

Después, el padre Norbert rezó la oración que correspondía a la primera estación y, al final, todos los alumnos recitaron el padrenuestro.

Luego se desplazaron por un serpenteante camino de asfalto hasta la segunda estación, mientras el padre Norbert leía en voz alta de manera ininterrumpida el devocionario que llevaba sobre las manos abiertas ante sí, como si se tratara de un pájaro muerto.

Jesús es cargado con la cruz. 2.^a estación.

De nuevo Victor miró todo con asombro: la gruta, la verja, el altar, la inscripción y, sobre todo, la escultura.

El altorrelieve daba la sensación de que las figuras de piedra iban a salirse de la escena en cualquier momento. Era como si sólo estuvieran allí mientras las miraba la gente. Pero Victor sabía que las figuras no eran de verdad porque eran demasiado pequeñas. Eran más pequeñas que él. De lo contrario, habría tenido la plena seguridad de que estaban vivas.

—Amén.

No obstante, siempre que se desplazaban a la siguiente estación, volvía la vista

atrás y se mantenía así hasta que ya dejaba de ver las esculturas y estaba seguro de que no se habían movido.

Así fue caminando con todo el grupo de estación a estación, y así vio caer a Jesús hasta tres veces. Tres veces sintió la necesidad de ayudarlo a levantarse.

«Pero por eso estaban allí las verjas», pensó Victor. Para que nadie le ayudara.

—Te adoramos, Señor, y Te bendecimos.

—Porque por Tu santa cruz redimiste al mundo.

Habían llegado a la undécima estación.

Jesús es clavado en la cruz.

—Atraído por Tus heridas —oía Victor rezar al padre mientras su mirada quedaba fija en los mazos alzados al cielo que en breve golpearían los clavos que traspasarían los pies y las manos de Jesús. Por una vez resultó un alivio para Victor que las imágenes no revivieran, pero eso no impediría que Jesús colgara de la cruz en la siguiente estación. Victor lo sabía y por ello no rezó el padrenuestro, porque Jesús estaba allí por culpa de Dios, que había abandonado a su suerte a su hijo.

—Amén.

Esta vez Victor ya no volvió la vista al seguir caminando. Si volvía la vista, sí que se moverían las figuras. Esta vez sí, estaba seguro, y de ese modo los mazos caerían de golpe. No quería verlo.

Se quedó remoloneando porque tampoco quería ver a Jesús colgado en la cruz, pero la mano del hermano Rombout, que descansaba sobre su hombro, le empujó suavemente hacia delante, tras los demás alumnos.

El camino describía una curva cerrada y llegaron a la gran plaza, ante la duodécima estación. Victor se quedó con la boca abierta.

Jesús, de tamaño natural, colgaba de la cruz. No dentro de la gruta, sino encima de ella. No en altorrelieve, sino como figura aparte e independiente, como si realmente le hubieran sacado del grupo escultórico para colgarle vivo en la cruz que había sobre la montaña y acabara de morir allí en ese instante.

Y a derecha e izquierda de Jesús había dos cruces más con los otros dos crucificados de tamaño natural. Y al pie de la cruz de Jesús, también de tamaño natural y muy realistas, se hallaban cuatro personas cuyas identidades Victor conocía, pero a las que ahora no prestaba ninguna atención.

Sólo veía a Jesús en la cruz. Grande y gris. Como si le hubiera caído polvo desde el cielo.

Lo que se le había puesto a funcionar con anterioridad en la cabeza, tras la burla y la risa escarnecedora, seguía ahora en marcha. Un verso evocaba el otro.

Tú que destruyes el santuario y en tres días lo levantas, ¡sálvate a ti mismo, si eres Hijo de Dios, y baja de la cruz! Igualmente los sumos sacerdotes junto con los escribas y los ancianos se burlaban de él.

Un rosario de palabras se desenrolló.

Diciendo: A otros salvó y él mismo no puede salvarse. Rey de Israel es: que baje ahora de la cruz, y creeremos en él.

Victor se apartó del grupo y el hermano Rombout y el padre Norbert no lo vieron, porque mantenían los ojos cerrados mientras rezaban el padrenuestro. Sólo unos pocos alumnos con los ojos entornados vieron partir a Victor.

Ha puesto su confianza en Dios; que le salve ahora, si es que de verdad le quiere; ya que dijo: Soy Hijo de Dios.

Desapareció tras los pinos que crecían a ambos lados de la gruta. Los alumnos empezaron a darse con el codo, mientras seguían recitando el padrenuestro de manera maquinal.

De la misma manera le injuriaban también los malhechores crucificados con él.

Llegó desde la derecha, como alguien que entra en un escenario. Continuó con paso firme por debajo de la cruz del asesino, pasó por delante de María Magdalena, pasó por delante del soldado romano y se detuvo ante la cruz de Jesús. Dio media vuelta ante la cruz y apretó su espalda contra ella. La coronilla le llegaba al ombligo de Jesús.

Desde la hora sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz.

Entonces Victor extendió los brazos, como Jesús los tenía extendidos sobre él, abrió la boca y gritó: «¡ELÍ, ELÍ! ¿LAMA SABACTANI?».

Su voz chillona se elevó hacia el cielo y todo el mundo levantó la mirada y vio cómo Victor bajaba la cabeza lentamente.



Algunas semanas después de que apareciera el artículo de Victor Hoppe en *Cell*, un viento traicionero se levantó en Occidente, allende el océano. En Filadelfia, en el Wistar Institute for Anatomy and Biology, David Solar y James Grath se inclinaron sobre el artículo meneando sus cabezas. Los dos científicos llevaban ya muchos años trabajando con el trasplante de núcleos celulares y en ese campo se habían granjeado una reputación impresionante e indiscutible. El informe de Victor Hoppe les había suscitado desde el principio muchas preguntas. Probablemente también celos, pero de eso no se dijo nunca nada. A ellos lo que más les importaba eran las preguntas. Y de este modo decidieron hacer lo que Victor siempre se había negado a hacer: repetir el experimento.

Fueron sobre seguro y lo realizaron con calma. Sus ensayos les llevaron tres años. Tres años en los que, como buitres, se mantuvieron volando en círculo sobre el

mismo lugar, deslizándose con sus amplias alas sobre un viento que iba ganando fuerza de continuo.

Si alguien sentía ese viento arreciando, ése era Rex Cremer. Él también había repetido varias veces el experimento durante esos tres años y ni una sola vez había conseguido clonar un embrión de ratón. Siempre salía algo mal. En algunas ocasiones, los embriones ya aparecían muertos en el suero de cultivo, en otras no anidaban en el útero, y el par de veces que habían llegado a nacer, sólo se obtenían ratones muertos o con graves malformaciones. «Hay que seguir experimentando», sostenía Victor, pero sin echarle nunca una mano y respondiendo a cada pregunta que todo se había desarrollado como él ya lo había descrito y que, por tanto, no tenía nada más que añadir.

El propio Victor, a pesar de sus pronósticos optimistas, tampoco había logrado en esos tres años clonar ratones adultos, por lo que Cremer empezaba a dudar cada vez más con el tiempo sobre el método manejado. Sin embargo, Victor mantenía que en su caso no era culpa del método, sino de la imposibilidad de desprogramar las células corporales. Por primera vez admitió que era más difícil de lo que se había esperado y, cuando un día consiguió un resultado inesperado, reconoció también que la casualidad le había ayudado. Le contó que había interrumpido un experimento y había dejado en la placa de Petri las células corporales usadas sin prestarles mayor atención.

En circunstancias normales, habría añadido cada día un poco de suero al caldo de cultivo para mantenerlas vivas, pero esta vez no lo hizo, de manera que las células se murieron literalmente de hambre. Cuando al cabo de algunos días vio allí de nuevo la placa, observó las células por curiosidad y comprobó que una parte de ellas estaba muerta, mientras que otra parte vivía aún, pero tan debilitada que había suprimido su función específica y había comenzado el estadio GO. Las células se encontraban, por tanto, en su fase inicial, como cuando apenas acababan de dividirse un par de veces, y eso era lo que Victor había estado buscando durante dos años. A continuación, sólo tuvo que determinar la cantidad de suero necesaria para que las células tuvieran el alimento justo para mantenerse entre la vida y la muerte, quedándose paralizadas entonces de manera controlada en el estadio GO.

Rex había escuchado con creciente sorpresa el relato de Victor y al final había dicho que en la ciencia todo radicaba en eso: una casualidad especial debía convertirse en una certeza sistemática.

Victor le respondió:

—Ya vuelvo a controlarlo todo. No se hará esperar.

—¿Cuánto tiempo, Victor?

Con una fecha precisa, el jefe de personal médico podía apaciguar la impaciencia de los demás.

—Para finales de año.

Lo dijo en julio de 1983.

—Son sólo seis meses.

—Seis meses —respondió Victor sin que en su voz pudiera percibirse si el plazo le parecía un mar de tiempo o no.

Él fue quien volvió a ponerse en contacto. Antes escribió lo que diría. Literalmente. Palabra por palabra. Leyó también las frases un par de veces en voz alta y, al leerlas, intentaba que sonaran lo más naturales posible. Luego llamó por teléfono a las dos mujeres.

Quería que fueran a Aquisgrán. Para mantener una conversación. Más no revelaría. Desde luego, le preguntarían de qué quería hablarles. Del pasado, respondería él. Pero también del futuro. Les diría que la ciencia en los últimos años había evolucionado mucho. No comentaría nada de su papel en esa evolución. También les diría que lo que antes era imposible ahora sólo resultaba difícil. Y lo que resultaba difícil ahora era mucho más fácil. Le pareció que sonaba bien.

Una de las mujeres cogió el teléfono y él se dio a conocer y le preguntó qué tal les iba a ella y a su novia. Era lo que aparecía escrito en el papel que había colocado junto al teléfono. Entonces ella dio una respuesta que no estaba en el guión.

Le respondió que su amiga se había ido con otra. No hacía tanto tiempo. Un mes o dos.

Se quedó patidifuso. No por lo que ella le dijo, sino porque le faltaban las palabras para reaccionar. Por suerte, ella empezó a abrirle de inmediato su corazón. Continuó así unos cuantos minutos y él sólo tuvo que reaccionar de vez en cuando lleno de comprensión.

Al fin se detuvo, en medio de una frase, y se disculpó. Que no debía molestarle con sus cosas. Y luego le preguntó qué podía hacer por él. Probablemente se refiriera sólo a por qué llamaba, pero él no lo comprendió así. Lo tomó al pie de la letra. Así pues, quería hacer algo por él. Justo lo que él deseaba.

—Quiero que venga aquí —le dijo. No fue ninguna propuesta. Sonó como una exigencia.

Ella respondió que tenía dificultades, que no podía pagarse el viaje. Y mucho menos la estancia.

Él dijo que le abonaría todos los gastos. El dinero no era ningún problema.

Luego ella le preguntó de qué quería hablarle y entonces él por fin pudo volver a hacer uso del papel.

La convenció fácilmente debido a su dañada autoestima, a los celos y a la

soledad. Todo había estado fermentando en su interior durante meses. La propuesta, por tanto, le venía muy bien. La criatura consolidaría su feminidad, sería una espina en el ojo de su antigua novia y ahuyentaría su soledad. Además, sería una niña que también se parecería a ella.

El viento, que había empezado a levantarse en Filadelfia en 1981 y había arreciado después de tres años hasta alcanzar la fuerza de una tormenta, llegó a finales de febrero de 1984 al continente europeo. En esa fecha apareció en *Science* un artículo que llevaba por título «*Instability of mouse blastomere nuclei transferred to enucleated zygotes to support development in vitro*». Había sido escrito por David Solar y James Grath y su contenido era aniquilador para el doctor Victor Hoppe. Con meticulosidad, Solar y Grath habían seguido su método para clonar ratones y ni una sola vez habían logrado que sobreviviera siquiera un único embrión. Como con un cuchillo de descuartizar, habían revisado el informe de Victor Hoppe y habían aniquilado con duras críticas y sin piedad casi cada punto del informe. Su conclusión era tan breve como terminante: «La clonación de mamíferos por transferencia de un núcleo celular a un óvulo es imposible desde el punto de vista biológico».

Mucho más importante era lo que podía leerse entre líneas, pues se sugería que el trabajo de Victor Hoppe carecía de valor y, peor aún, que había incurrido en engaño.

Rex Cremer entró en el laboratorio sin llamar. Llevaba consigo el número en cuestión de *Science* y se lo mostró desde lejos a Victor, que estaba sentado a su mesa.

—¿Lo has leído?

—Son unos embaucadores —respondió Victor en seguida.

—Eso es lo que ellos dicen de ti.

—¡Bah!, ¿qué importancia tienen?

—¡Tienen reputación, Victor! ¡Y una buena hoja de servicios!

—Eso no quiere decir nada.

—Eso quiere decir todo, porque lo que ellos dicen se da por bueno sin más.

—Sin embargo, son embaucadores.

—Yo tampoco lo he conseguido —dijo Rex con sequedad—. Ni una sola vez en tres años.

Ahora no se produjo ninguna reacción. Victor mantenía la mirada en el suelo. El jefe de personal médico volvió a tomar la palabra.

—Siempre te he guardado las espaldas —empezó con tranquilidad— y quiero volver a defenderte, pero esta vez tú también deberás colaborar. Los otros catedráticos están furiosos.

—Ellos no tienen nada que ver con esto —murmuró Victor para sí.

—Ellos tienen que ver todo con esto. El departamento entero se ha visto afectado. Incluso ya le están haciendo preguntas incómodas al rector. Tiene que haber una

rápida reacción por nuestra parte.

—Yo no respondo a las calumnias.

—¡Esto no es ninguna calumnia! ¿No te das cuenta? Esto es el resultado de años de investigación llevada a cabo por científicos de renombre. Si no respondes, todo habrá acabado.

—¿Qué habrá acabado?

—Todo. Todo este experimento. Se cortarán las subvenciones y reducirán el departamento, tal vez llegue a suprimirse.

Victor seguía con la mirada dirigida al suelo. Su respiración podía oírse claramente.

—Hay más —dijo entonces.

—¿Qué dices?

—Que hay más.

—¿A qué te refieres?

—Puedo demostrar que están equivocados.

—Pues entonces debes hacerlo.

—Es demasiado pronto.

—Debías tenerlo terminado en menos de seis meses. Ya llevamos más de siete meses. Yo confiaba de veras en que te presentaras con algo, Victor.

Rex suspiró. Se dio cuenta de que durante todo este tiempo había pecado de ingenuidad y de que él también debería pagar un precio. Al otro lado de la mesa, Victor juntaba las manos y alzaba la cabeza.

—Ya lo he terminado —dijo entonces—. Ahora tengo que esperar.

—¿Qué estás diciendo, Victor? Deja ya de hablar en clave. No has elegido el momento apropiado.

—Te lo mostraré.

Se levantó y fue a la mesa donde se encontraba el microscopio binocular que se empleaba para inyectar las células. Alrededor había pilas de papeles y revistas y soportes con tubos de ensayo vacíos. Un vistazo rápido le reveló a Rex que por todo el laboratorio había apuntes desperdigados, pero que, por lo demás, no podían verse señales de las actividades de Victor. No había dispuestos ni aparatos giratorios ni placas de Petri y por ninguna parte se adivinaban recipientes con ratones. Parecía como si Victor, en efecto, hubiera concluido su experimento, como había dicho, y matara ahora el tiempo leyendo revistas, como un vigilante nocturno durante su trabajo.

Regresó con una pila de tarjetas entre las que empezó a rebuscar y, a continuación, colocó cinco sobre el tablero de la mesa ante las narices de Cremer, unas al lado de las otras, como si quisiera jugar al póquer. Eran cinco fotografías idénticas, cada una con la misma fecha y un número diferente de tres cifras.

Mostraban instantáneas realizadas con el microscopio. Sin dar explicación alguna, Victor colocó otras cinco fotografías sobre la mesa. Volvían a ser idénticas y apenas se diferenciaban de las cinco primeras instantáneas. En todas las fotografías podía verse cómo la punta de una pipeta penetraba en una célula. Sobre esa fila de diez fotografías, Victor volvió a colocar otra fila de cinco fotografías, que mostraban una célula tras la primera división; en la fecha había un día de diferencia con las fotografías anteriores. Continuó en silencio exponiendo una cuarta y una quinta series de instantáneas que mostraban las fases siguientes en el proceso de desarrollo de un embrión.

Hasta ahí, Rex no quedó impresionado. Lo que Victor le enseñaba eran fotos que él mismo ya había hecho alguna vez. Tampoco consiguió sorprenderle la serie siguiente con embriones de ocho células, que, por tanto, habían alcanzado la fase en que deberían implantarse en el útero.

—¿Qué quieres...? —empezó a preguntar.

—Espera —dijo Victor volviendo a colocar algunas series de cinco fotografías sobre la mesa, mientras apretaba fuerte con el pulgar en cada foto. Rex veía ahora cómo crecía el embrión en cada serie nueva. De ocho células a dieciséis células y a treinta y dos células. Por lo que sabía, eso no se había logrado nunca en un laboratorio sin que llegaran a producirse malformaciones. En la serie siguiente ya era imposible contar las células a simple vista, pero debían de ser sesenta y cuatro, y cuando Victor desplegó la última serie y todo el tablero de la mesa estuvo cubierto con fotografías, de una esquina a la otra, el jefe de personal médico supo que el embrión de la foto se había desarrollado hasta contar con ciento veintiocho células.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó excitado—. ¿Y por qué has permitido que crecieran tanto?

—Cuando un embrión desciende de manera natural por la trompa de Falopio —explicó Victor—, al llegar al útero tiene el tamaño que aparece aquí en la foto. Es decir: al cabo de cinco o seis días.

Golpeó con el dedo índice sobre una foto de la última serie y continuó:

—La posibilidad de que los embriones creados de forma artificial aniden en el útero es, por tanto, mucho mayor si se implantan en una fase muy posterior a la que hasta el día de hoy siempre se venía haciendo.

—Pero hasta el día de hoy era imposible llevar a los embriones hasta ese punto de desarrollo.

—A veces lo que es imposible es sólo difícil —sonó casi de manera automática.

—¿Pero cómo, Victor?

—Es sólo cuestión de encontrar las proporciones adecuadas. No es más que un proceso químico. Lo redactaré.

—Y rápido —dijo Rex, que volvía a albergar esperanzas. Recogió una de las

últimas fotos y leyó la fecha: 10 de febrero de 1984. Contó un momento con los dedos y dijo entonces—: Es de hace casi tres semanas. Por tanto, los ratones pueden nacer en cualquier momento.

Vio que Victor meneaba la cabeza.

—¿Ha salido mal? —preguntó al verlo—. ¿Han sido rechazados los embriones?

Victor volvió a menear la cabeza.

—¿Entonces qué, Victor? —gritó Rex abrumado por la impaciencia.

—Durará más o menos nueve meses —dijo Victor, mirando fijamente hacia delante.

Más o menos nueve meses. Las palabras se repetían en la cabeza de Cremer. Nueve meses. Se oyó cómo tragaba saliva y confió en que no fuera cierto el pensamiento que se le estaba pasando por la imaginación. Con una sensación de sofoco, dirigió la mirada a la foto que tenía en las manos, aunque sabía que ella no podía explicarle nada más. La mayoría de los embriones de mamíferos en esa fase tenían un aspecto idéntico.

—Son... —empezó, pero no consiguió que las palabras le salieran de la boca.

—Embriones humanos —confirmó Victor.

Rex se llevó una mano a los ojos. Una bofetada en el rostro no le habría dejado tan aturdido.

Si alguien incurrió en engaño en todo este asunto, como siempre se ha afirmado, ése fue Rex Cremer desde el momento en que se enteró de que Victor estaba clonando seres humanos. Era consciente de ello, pero le pareció que no tenía otra elección. Era la única posibilidad que aún veía de corregir la situación. Quizá esa decisión fuera de miras estrechas o inspirada por el interés personal, quizá fuera sencillamente pánico, pero en cualquier caso era su propia decisión. Victor le había presentado los hechos consumados, pero después fue él solo quien elaboró el guión posterior, animándole a continuar. Pergeñó una táctica. Para empezar, le dijo a Victor que debía clonar con urgencia ratones adultos porque, después de todo, eso era lo que se esperaba de él. Quizá fuera un paso atrás, pero de esa manera podría rebatir las críticas de Solar y Grath y, además —y esto lo había dicho recalcándolo—, haría reflexionar a todos los escépticos. Por otra parte, Victor podría tender así un puente hacia la noticia de la clonación humana, que de lo contrario caería como una bomba entre toda la humanidad.

Hacer reflexionar a los escépticos. Tender un puente. Toda la humanidad. Caer como una bomba.

En efecto, Rex Cremer había empleado esas palabras, y habían hecho su efecto. Victor era todo oídos y el jefe de personal médico le había propuesto hacer pasar las fotos de los embriones humanos por fotos de embriones de ratones.

—A fin de cuentas, tengo que enseñarles algo a los demás —le había explicado—. Esa es la única manera de poder convencerlos.

—¿De qué? —le había preguntado Victor.

—De que tienes razón.

Con esas palabras había vuelto a tocarle otra fibra sensible de forma deliberada y lo que dijo también lo decía en serio. Él creía de veras que Victor había conseguido lo que le había contado, pero tenía sus dudas sobre el buen desenlace del experimento, mucho más que sobre el experimento mismo, al menos en ese momento. De alguna manera, había confiado en que los embriones no anidaran en el útero o que el cuerpo de la mujer los rechazara más tarde. En cualquier caso, eso le habría ahorrado un problema de conciencia, pero ésa no era su primera preocupación.

—¿Y si quieren saber dónde están los embriones? —le había preguntado Victor.

—Entonces nosotros respondemos que han sido rechazados. Yo les puedo mostrar embriones malformados procedentes de mi propia investigación.

—¿Nosotros? Dices que «nosotros» responderemos...

—Sí, Victor, nosotros. Tú y yo. Debemos concertar nuestras respuestas. Más tarde, cuando llegue el momento propicio, contaremos la verdad. Y entonces nos comprenderán. Ahora se trata de ganar un poco de tiempo. Tenemos que preparar al mundo para lo que va a venir.

Victor asintió y Rex tuvo la sensación de que le había convencido. Parecía acertada la suposición de que con las palabras adecuadas podría dirigir a Victor en una dirección determinada. A Victor se le podía manejar con retórica. Tenía la palabra en más alta estima que la ciencia. O consideraba que la palabra era la ciencia más elevada. Eso todavía no lo había averiguado del todo, y tampoco creía que fuera tan importante. Ambas suposiciones aclaraban también, en cualquier caso, por qué Victor no concedía ninguna importancia a los informes científicos. Después de todo, en ellos sólo contaban los hechos, no tanto las palabras, y la grandilocuencia no era en absoluto deseada. El esqueleto era importante, no el envoltorio.

Más tarde, Rex volvería a hacer la prueba planteándole una pregunta. Estaba tan convencido de haberle calado que ya creía conocer su respuesta.

Le preguntó por qué se había elegido a sí mismo para clonarse y estaba seguro de que su respuesta remitiría a Dios, que creó al hombre a su imagen y semejanza, como ya dijera en alguna ocasión.

Pero Victor respondió algo completamente distinto. Primero se señaló la boca: la cicatriz en el labio superior que apenas ocultaba el bigote.

—Por esto —dijo entonces.

Nada de palabras envolventes. Nada de retórica.

—¿Cómo? —reaccionó Rex. La voz le sonó escuálida.

—Esta será la prueba, como en los ratones el color de su pelaje.

Rex comprendió en seguida a qué se refería. De pronto la ciencia volvía a ocupar el lugar principal. La esencia de la ciencia. La prueba. ¿Dónde había quedado la palabra?

—Así que quieres decir —empezó con algún titubeo— que si el niño cuando nazca también... —con un torpe movimiento se señaló su propio labio—... demostrará físicamente que el niño es un clon tuyo.

Victor asintió.

—Pero también puede transmitirse de padre a hijo —había observado entonces Rex sin tener ni idea de lo atinada que había sido la observación—. Puede que sea hereditario sin más. Al fin y al cabo, es una anomalía genética, ¿no es cierto?

Victor volvió a asentir y, por lo visto, ya tenía la respuesta preparada.

—Cada esquisis es única —dijo en tono pedagógico—. La posición, la forma, la profundidad y su anchura. Así pues, si puedo demostrar que la esquisis del niño es idéntica a la mía...

—¿Y cómo vas a demostrarlo? —le interrumpió Rex—. Tú has sido...

No encontró la palabra adecuada de inmediato y por eso volvió a realizar un torpe gesto. Entonces la palabra se le vino de repente a la cabeza. «Tratado». Era lo que había estado buscando, pero antes de que hubiese podido pronunciarla Victor ya había deslizado una carpeta de cartón en su dirección.

—Con esto —dijo.

Rex abrió la carpeta y se quedó mirando las fotografías con la boca abierta; todas eran en blanco y negro, de manera que los contrastes eran nítidos y cada foto mostraba inmisericorde lo que la cicatriz había mantenido cubierto durante todos esos años. No pudo apartar los ojos. Ni del envoltorio que había sido extirpado ni de los huesos que habían aparecido. Y cuanto más seguía mirando, tanto más desgarrado se sentía. Como si lo que acababa de ver fuera contagioso.

—¿Y la mujer, Victor? —pronunció con dificultad—. La mujer, ¿sabe ella esto?

Victor guardó silencio y Rex lo comprendió.

Victor no se lo había contado. Lo había intentado, pero no lo consiguió. Había empezado bien, justo como se lo había propuesto. Le había dicho que la criatura nacería de uno de sus propios óvulos y que no intervendría ningún esperma. Eso era cierto y pudo decirlo sin ánimo angustiado.

Ella repitió para sí las palabras de Victor.

Óvulos propios. Ningún esperma.

Por su reacción desbordante, Victor se dio cuenta al instante de que sus palabras la habían llevado a imaginarse algo con lo que él nunca habría querido que ella se hubiera hecho ilusiones.

Había exclamado:

—¡Entonces la criatura se parecerá muchísimo a mí!

Habría querido decirle que la criatura que iba a parir no se parecería a ella. Ni por asomo. Habría querido añadir que la próxima vez podría hacerle una criatura que se pareciera a ella, que sería absolutamente ella.

Habría querido decírselo, pero entonces ella pronunció esa frase.

Había dicho:

—Una criatura que sea mi vivo retrato. Sería un regalo de Dios.

Eso le había herido profundamente.



En el instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en Eupen, Victor Hoppe recibió muchos mote que aludían a su aspecto. Incluso los profesores, entre los que además de religiosos había unos cuantos seculares, hablaban a veces de él como ese zanahorio de 2.º B o ese muchacho con el labio leporino de 4.º A. Victor lo oía, tanto más cuando los alumnos le gritaban de todo, pero no le molestaba. En realidad, había pocas cosas que pudieran molestarle. Ésa fue su suerte durante esos años, porque para entonces ya no había nadie que le protegiera como lo había estado haciendo el hermano Rombout los cuatro años anteriores.

Por su actitud apática, se decía que alrededor de Victor había un muro contra el que todo chocaba; a veces de manera literal, como cuando le tiraban bolas de papel o un balón; a menudo en sentido figurado, como cuando le insultaban o se reían de él.

Al no reaccionar o apenas hacerlo, las vejaciones quedaron un tanto limitadas. Al principio de cada año escolar, cuando llegaban alumnos nuevos a clase y todo el mundo intentaba reafirmarse frente a los demás, Victor siempre lo pasaba mal, pero al cabo de un par de semanas le iban dejando en paz y, a pesar de su aspecto, llevaba una existencia discreta en la clase.

También en el internado eran pocos los que le prestaban atención, tanto más porque se pasaba la vida estudiando. Victor leía y leía, siempre y en todas partes. Leía libros de texto, leía enciclopedias, leía revistas, leía obras de consulta.

La lista de libros que sacaba prestados de la biblioteca del colegio era impresionantemente larga, pero al mismo tiempo muy simple, porque a Victor sólo le interesaban los libros que tuvieran algo que ver con las ciencias naturales. Ni una sola vez sacó prestado un libro sobre algo diferente, sobre algo más trivial.

Debido a su extrema fijación, Victor se distanciaba aún más de las personas que le rodeaban, y esas mismas personas se distanciaban cada vez más del propio Victor, sobre todo porque él, como se decía a menudo, era bastante raro. Cuando Victor hablaba, lo hacía sobre las maravillas del cuerpo humano o sobre el funcionamiento

de un aparato de rayos X o sobre un nuevo medicamento contra cualquier extraña enfermedad. Y una vez que comenzaba a hablar, seguía sin parar, y de una manera tan pedante que eran pocos quienes podían o querían escucharle. Él no era consciente, porque ninguna señal del exterior le afectaba. Sólo dejaba de hablar cuando el profesor le ordenaba con cajas destempladas que terminara su disertación.

Durante los años que Victor pasó en el instituto empezó a ser cada vez más manifiesta su presunta negligencia. Así al menos interpretaban los profesores el hecho de que a veces sólo realizara los trabajos escritos a medias. Algunos lo definían como holgazanería, y, en realidad, esos profesores se hallaban bastante cerca de la verdad. Victor dejaba muchos ejercicios sin resolver porque no veía la utilidad de seguir repitiendo cosas que ya se había aprendido o de transcribir una y otra vez evidencias cuando ya lo tenía todo registrado en la cabeza.

Esa presunta negligencia, en combinación con sus limitados intereses, hacía que Victor fuera un alumno regular en el instituto. En física, química y biología sacaba buenas notas; en latín y lenguas estaba en torno a la media, mientras que en geografía, historia y matemáticas llegaba casi siempre justo al suficiente. En religión, música y dibujo solía sacar insuficiente, pero nunca era tan terrible como para hacerle repetir un curso. Que se saltara un año como en la escuela primaria no tenía objeto, vistos los resultados; por eso Victor Hoppe pasó seis años en la escuela secundaria, como la mayoría de estudiantes, pero al tener ya una ventaja cuando empezó, el 30 de junio de 1961 fue, con dieciséis años, el alumno más joven en el instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en acabar los estudios e ir a la universidad.

En esos seis años ya no volvió a producirse ningún nuevo desmadre o espectáculo. Hay que decir que Victor había encontrado la paz en su religión. Paz en el sentido de que ya no se añadieron más criterios: Dios hacía el mal y Jesús hacía el bien.

Al fin y al cabo, a Jesús también le habían castigado por eso. Victor lo había podido comprobar con sus propios ojos. Quien hacía el bien era castigado.

También lo vio confirmado en la reacción del padre Norbert, que le sacó a rastras de la cruz y le dio algunas bofetadas. Fue como si se hubiera desatado una tormenta.

—¡Dios te castigará por esto, Victor Hoppe!

El mal intentaba combatir a quien hacía el bien. Una y otra vez, una y otra vez.

A pesar de todos los inconvenientes, Victor seguiría haciendo el bien. Su meta seguía siendo la de convertirse en médico y, mientras tuviera una meta por la que esforzarse, no habría quien le hiciera desistir.

Pero debía seguir manteniéndose alerta ante el mal, pues siempre estaba al acecho. Lo notaba en su padre, afectado por el mal. Como médico, hacía el bien; como padre, hacía el mal. Y el mal se propagaba. Aunque Victor estuviera poco en

casa, su padre encontraba siempre una razón para hacerle el mal. Entonces sus gritos iban aumentando de volumen y a veces le caían algunas bofetadas.

—*¿Qué he hecho yo, en nombre de Dios, para merecer esto?*

Eso era lo que exclamaba a menudo, y Victor sabía que se refería al mal, que le había poseído.

Hasta la gente del pueblo lo decía, lo oyó un día. Su padre estaba por llegar todavía de una visita a domicilio y había algunos pacientes esperándole delante de la valla. Victor se encontraba en su habitación y oía sus voces por la ventana.

—El doctor no está bien.

—Va de mal en peor.

Eso habían dicho. Y ya era suficiente para él.

Victor tenía quince años cuando descubrió que la institución donde había pasado la infancia se encontraba en el pueblo de La Chapelle. En el instituto pensó poco en el manicomio. No era que hubiera olvidado esa época, sino que no había surgido nada que hubiera puesto a funcionar en su cabeza la rueda dentada que hiciera girar el engranaje de sus recuerdos. Todo lo que antes la ponía en funcionamiento ahora ya no lo hacía o era incapaz de hacerlo. Las misas semanales y los rezos diarios le pasaban como rozando, sin importarle. La Biblia, de la que había extraído tantas enseñanzas, la había guardado para siempre, como hacía con todos los libros al final de cada curso escolar; en ese sentido, la Biblia también había significado para él sólo materia de estudio. Desde que le trasladaron a otra sección del internado, Victor no había recibido clase en el instituto de alguien como el hermano Rombout, que con sus suaves facciones y su agradable voz había mantenido vivo el recuerdo de la hermana Marta, al igual que había desaparecido de su entorno vital inmediato el padre Norbert, quien por el volumen de la voz a veces le hacía pensar en la hermana Milgitha.

Bien mirado, Victor había encontrado en el instituto, además de la paz en su religión, también paz en su cabeza, por primera vez y desde hacía tiempo. Desde hacía tiempo eran unos cinco años. Luego sus recuerdos empezaron a despertarse de nuevo. No de repente, sino poco a poco, como si hubieran tañido en su cabeza algunas cuerdas cuya sucesión de sonidos había generado al final una melodía reconocible.

Fue otra vez durante la excursión anual del colegio. Llevarían a los alumnos de quinto año de latín primero al Punto de los Tres Países y, a continuación, al calvario de La Chapelle. En el primer lugar Victor no había estado nunca, pero el segundo lo conocía demasiado bien. Sin embargo, no levantó la mano cuando preguntaron quién había hecho ya el vía crucis. Tampoco es que le entusiasmara. El Punto de los Tres Países le traía sin cuidado, y con el martirio de Jesús tampoco quería verse confrontado de nuevo.

Esta vez los alumnos fueron en autobús. Eran veintiún muchachos y ninguno de la clase se sentó al lado de Victor. Para él no era ningún problema. Ni siquiera le llamaba la atención. Sí que se habían sentado algunos alumnos delante y detrás, entre los cuales se encontraba Nico Franck, un muchacho espigado de diecisiete años que le dio un golpecito en el hombro cuando el autobús acababa de emprender el viaje.

—Victor, luego pasaremos cerca del manicomio.

El muchacho que estaba sentado junto a Nico Franck se inclinó hacia delante y añadió en seguida:

—Sí, y ten cuidado de que las hermanas no te vean, o te llevarán con ellas.

—Y luego te meterán con los imbéciles, que es tu sitio —dijo Nico.

La risa que se desencadenó a Victor le traía sin cuidado. Las palabras ya eran otra cosa: *Manicomio. Hermanas. Imbéciles*. Habían tañido tres cuerdas. Después, los alumnos volvieron a dejarle en paz.

Victor miraba por la ventanilla, pero apenas veía lo que había fuera. Ni siquiera vio que el autobús pasaba por delante de su casa.

—Allí vive Victor durante las vacaciones. Su padre es el médico de este pueblo —dijo el hermano Tomás, su tutor, que le daba latín, lo suficientemente alto como para que la mayoría de los alumnos pudieran oírlo.

—¡Yo creía que vivía en un manicomio! —gritó riendo Nico Franck, quien se había levantado de un salto y daba golpecitos con el índice en la coronilla de Victor.

—¡Franck, compórtate y siéntate! —gritó el hermano Tomás con severidad. La risa se mantuvo un poco más.

Manicomio. De nuevo esa cuerda. El inicio de la melodía.

Cuando el autobús llegó a la cumbre del Vaalserberg, se bajó todo el mundo; Victor el último. Mientras el señor Robert, el profesor de geografía, daba algunas explicaciones, Victor miraba a su alrededor. Había mucha gente. Decenas de turistas se movían por la explanada, que contaba tan sólo con un quiosco y algunos bancos para sentarse.

—Aquí quieren construir una torre más alta que la torre de Juliana —dijo el tutor—. La torre de Juliana está un poco más lejos, en los Países Bajos. ¿Quién ha estado alguna vez en los Países Bajos?

Victor no oyó la pregunta. Estaba pensando en el manicomio. En las hermanas. En los imbéciles.

Imbéciles. Retrasados. Esas dos palabras le pasaron por la cabeza como una exhalación.

—¡Victor, sigue andando!

La fila de alumnos ya había partido en dirección al punto de confluencia de los tres países. Victor arrastraba los pies al final del grupo.

Un poste de hormigón. No había nada más.

—Bélgica, Países Bajos, Alemania —dijo el señor Robert mientras daba vueltas alrededor del poste formando ángulos con los brazos.

Victor no comprendía nada de lo que el profesor intentaba explicar. Para él era demasiado abstracto. Su profesor anterior, el hermano Rombout, habría visualizado las fronteras trazando algunas líneas en el suelo con una tiza y entonces, probablemente, Victor sí que lo habría visto. Pero ahora no. En cualquier caso, no tenía la cabeza para estas cosas. Y tampoco mejoró cuando el hermano Tomás pronunció otras palabras que desataron algo en el interior de Victor.

—Éste es el becerro de oro de los geógrafos —dijo el hermano. Puso una mano sobre la piedra y la otra en el hombro de su colega profesor—. La representación de algo que en realidad es invisible. Así pues, como Dios.

Victor no captó la ironía que había en la voz del hermano. Oyó «becerro de oro». Y «Dios». Y por eso oyó de pronto otra voz: «*Mooiisseés, Victor. Con eeeessssseeee. Como ssssanatorio*».

Sintió un escalofrío recorriéndole la espalda. Desde ese momento, todo pasó a un segundo plano. No veía cómo sus compañeros se movían en torno al mojón que indicaba el punto de confluencia de los tres países haciendo toda clase de movimientos con brazos y piernas. No oía que el profesor de geografía le preguntaba si a él no le gustaría también darse una vuelta por el extranjero. Y tampoco oyó la voz del hermano Tomás que decía:

—Victor sueña con viajes mucho más lejanos. Sueña con los siete mares.

Después de visitar también el punto más alto de los Países Bajos, con los tres postes fronterizos que en opinión del hermano Tomás demostraban la desesperación de los hombres en busca de un asidero, los alumnos volvieron a subir al autobús.

—Ahora iremos a La Chapelle —dijo el señor Robert—. Al calvario. El hermano Tomás os contará algo sobre su historia.

—A finales del siglo XVIII —empezó el hermano— vivía aquí un muchacho llamado Peter Arnold. Padecía epilepsia y un buen día compró una imagen de la Virgen que colgó en un viejo roble...

—Victor, ¿estás prestando atención? —el señor Robert se había sentado a su lado y le dio con el codo.

—Colgó en un viejo roble —respondió Victor de manera mecánica.

El profesor de geografía asintió y siguió escuchando al hermano.

—... fue redimido de sus ataques. Por ello, las hermanas clarisas mandaron levantar una capilla de peregrinación. Un par de años más tarde sucedió otro milagro. Frederik Pelzer, un muchacho de vuestra edad, sanó de repente de una enajenación mental después de que sus padres hubieran rezado por él en esta capilla. Las hermanas decidieron entonces construir junto a la capilla un convento y un sanatorio para salvar así a otros desheredados.

Desheredados.

La mayoría de las palabras le pasaron a Victor de refilón, pero esa palabra se le quedó enganchada de inmediato, como si se tratara de un anzuelo. Desde que le sacaron del manicomio, nunca había vuelto a oír esa palabra.

Oremos por los desheredados.

Así abría la hermana Milgitha la oración cuando los llevaban a la capilla. Los desheredados, éstos eran ellos, los pacientes.

El engranaje de su cabeza empezaba a ponerse en marcha. Al ritmo constante de una letanía.

Marc Frangois.

Fabian Nadler.

Jean Surmont.

Con cada nombre, iba viendo al instante también el rostro.

Nico Baumgarten.

Ángelo Venturini.

Egon Weiss.

Veía cómo Ángelo Venturini le ponía a Egon Weiss la almohada sobre la cabeza.

Oremos por Egon Weiss, que ha cambiado lo temporal por lo eterno.

Para que su alma pueda encontrar la paz.

¿Estás rezando por Egon? Eso está bien. Así seguro que encontrará la paz.

Dios da y Dios quita, Victor.

Veía cómo la hermana Marta se daba la vuelta y se alejaba de él. Caminaba como si llevara una pesada cruz.

Encontraron a Victor en el cementerio de las monjas. Estaba sentado en un banco, con la cabeza gacha y las manos juntas.

En la sexta estación del vía crucis el señor Robert había descubierto que Victor ya no estaba entre los alumnos. Nadie sabía cuánto tiempo llevaba ausente. Nadie le había echado en falta.

El hermano Tomás y la hermana Milgitha le encontraron. La abadesa del convento se llevó las manos a la boca cuando vio al muchacho.

—¿Le conoce? —le preguntó el hermano.

Pero ella negó con la cabeza.

—No, no le conozco —fue su respuesta—. Nunca le había visto. Se habrá equivocado de camino.

Entonces el hermano Tomás cogió al chico del brazo y se lo llevó. Victor le acompañó de buena gana.

No se había equivocado de camino, simplemente no había ido más allá del lugar donde le encontraron.

El doctor Karl Hoppe estaba sentado a la mesa leyendo el periódico después del desayuno cuando su hijo apareció en la cocina. El muchacho se llenó una taza de leche y se quedó en pie junto a la encimera.

—¿Qué día me sacó usted del manicomio de La Chapelle?

El golpe fue doble. El hecho de que le hiciera de pronto una pregunta y la pregunta en sí.

—¿Cómo dices? —preguntó el doctor, aparentemente imperturbable. Pasó una página del periódico y confió en que Victor no se atreviera a repetirla.

Pero sí se atrevió.

—¿El manicomio? —se oyó entonces decir a sí mismo—. ¿A qué viene eso? Tú nunca has estado en un manicomio.

No levantó la vista mientras lo decía, aunque sabía que su hijo ignoraría la mirada.

—Sí que estuve... —empezó a decir Victor—. Con las hermanas...

—¡No, Victor, no estuviste! —alzó la voz el doctor. Tiró el periódico sobre la mesa y levantó la cabeza de golpe—. ¡Si te lo digo yo, es verdad! ¡Yo lo sabría!

Su hijo se quedó un momento en pie, reflexionando visiblemente, y entonces se volvió. En ese movimiento soltó la taza de leche. No la tiró al suelo con rabia, no, sólo se volvió al tiempo que dejaba caer la taza de las manos y se marchó.

Karl Hoppe se quedó sentado un instante con actitud crispada, como clavado a la silla, y luego salió disparado tras su hijo.

Cuando Victor regresó un par de días después al internado y deshizo la maleta, encontró una carpeta que llevaba su nombre escrito. Además, en la esquina superior izquierda aparecía impreso *Sanatorio de las Clarisas*, seguido de una dirección de La Chapelle. En la carpeta no había ningún documento, sólo una tarjeta con datos y un par de fotos en blanco y negro.

Victor estudió las fotos sin inmutarse, como el ojo de un médico que ya ha visto muchas así.

Luego miró la tarjeta. Tras cada fecha había una o más palabras. «Retrasado», leyó un par de veces. «Sabe hablar. Lamentablemente incomprendible», leyó. También leyó la última línea. «Alta», aparecía, precedido de una fecha: 23 de enero de 1950.

Esa fecha sí que le impactó.



Rex Cremer presintió de inmediato que pasaba algo. Sus colegas de la directiva le habían ignorado antes de la reunión y, si se dirigía a alguien, la respuesta era breve y evasiva. «Dentro de pocos minutos reaccionarían de manera distinta», pensó entonces.

Tan pronto como el rector abrió la sesión, Rex pidió la palabra y mostró las fotos de los embriones de seis días. Se sintió incómodo cuando dijo que eran embriones de ratones y esa sensación no hizo más que aumentar al no haber reacciones. Vio que algunos miembros de la directiva miraban al rector. Este carraspeó y dijo:

—No podemos aceptar nada con seguridad. Comprendemos que salgas en defensa del doctor Hoppe, pero hay demasiado en juego como para dejar que las cosas sigan su curso.

—Las fotografías hablan por sí solas —dijo Rex, que oía resonar en su propia voz la de Victor Hoppe.

—No se trata de las fotografías —dijo el rector, para añadir de inmediato—: No en primera instancia.

Rex tragó saliva. Se preguntaba si el rector sabía que estaba mintiendo con las fotos. Sólo la idea le hizo estremecerse. Poco a poco fue percatándose de que estaba cometiendo un gran error. Los acontecimientos de los días pasados le habían turbado. Estaba empezando a hacer cosas que antes nunca habría hecho, que ni siquiera se le habrían pasado por la imaginación.

El rector aprovechó el silencio de Cremer para retomar la palabra.

—Vamos a realizar una investigación. Hemos constituido una comisión internacional de científicos. Esta comisión averiguará si el doctor Hoppe ha... —el rector dudó por un instante—... ha inventado los resultados.

Inventado. Era una de las peores acusaciones que podían hacerse contra un científico. Y el hecho de que se hubiera constituido una comisión sin avisarle significaba que también se dudaba de él. Eso le hizo pensar. ¿Era posible que, en efecto, todo fueran invenciones? ¿Y que él no hubiera caído en ello porque consideraba a Victor incapaz de hacer algo así? ¿Porque siempre había creído en su talento? ¿Era posible que Victor se hubiera aprovechado de todo esto? Rex intentó hacer balance en su cabeza, pero el rector siguió hablando, monótono, como si estuviera leyendo un comunicado en voz alta.

—La investigación se centrará en primer lugar en el experimento de los embriones de ratón clonados cuestionado por los doctores Solar y Grath. El doctor Hoppe deberá demostrar la validez de su método y la comisión comprobará si las afirmaciones del artículo aparecido en *Cell* coinciden con los apuntes que realizó durante su investigación.

Los apuntes eran un laberinto del que sólo Victor conocía el camino. Cremer lo sabía. Además, Victor se negaría a realizar una demostración de su método. Toda la

investigación sería, a sus ojos, una pérdida de tiempo. También sabía esto. Y, sin embargo, de pronto decidió callar. Los miembros de la comisión deberían comprobar por sí solos lo difícil que era trabajar con Victor Hoppe. De esa manera comprenderían que incluso él, como jefe de personal médico, no había podido hacer nada. Probablemente, llegaría incluso a beneficiarle que la comisión sacara la conclusión de que todo había sido inventado. Tan sólo debía demostrar que él no estaba involucrado en el asunto y que, por tanto, Victor había planeado y ejecutado todo de manera absolutamente autónoma.

—¿Está usted de acuerdo, doctor Cremer? —le preguntó el rector.

El jefe de personal médico seguía mirando las fotos sin comprender cómo había podido dejarse llevar así. Recordaba su excitación al mostrarle Victor las fotografías, pero también el impacto que le produjo enterarse de que eran embriones humanos. Y no había hecho nada, no había tomado ninguna medida, no había hecho preguntas, ni siquiera cuando Victor le mostró el rostro que tendría el niño cuando naciera.

—¿Doctor Cremer? —la voz del rector le sacó de sus pensamientos.

Rex alzó la vista, juntó las manos ante el mentón y dijo:

—Sí, me parece importante que averigüemos si se trataba de meras invenciones.

Cuando Victor se enteró de que se iba a llevar a cabo una investigación de sus actividades, fue al despacho del rector para presentarle su dimisión. Éste le dijo que una acción así sería considerada por el mundo exterior como una confesión de culpabilidad. Si estaba convencido de que no había nada que reprocharle, lo mejor que podía hacer era esperar el resultado de la investigación. Para Victor, de todos modos, la investigación ya era un signo de desconfianza, pero el rector le aseguró que el objeto de la investigación no era sacar mentiras a la luz, sino colocar la verdad en una luz más nítida y así rebatir las críticas de Solar y Grath. Después de que Victor hubiera reflexionado al respecto, estuvo de acuerdo y ya no volvió a mencionar la dimisión. Sí que estipuló la posibilidad de ausentarse durante el tiempo que durara la investigación, porque no podría presenciar cómo personas extrañas ponían sus manazas en la obra de toda su vida. Cuando el rector le preguntó si quería hacer una demostración de su método al menos una sola vez, él respondió que lo había descrito todo y que el resto era una cuestión de técnica y, por tanto, de muchos ensayos, como los que él había realizado; por eso estaba en su derecho de mantener su logro para sí mismo, con el fin de que otros no se llevaran los méritos. El rector objetó que la tarea de los miembros de la comisión no se vería así facilitada, y Victor cambió de forma sutil los papeles respondiendo que de esta manera tendrían la posibilidad de demostrar su competencia.

En las entrevistas con los miembros de la comisión, Rex Cremer minimizó su papel en todo el proceso. Admitió que, como jefe de personal médico, tendría que

haber ejercido mayor control, pero se defendió arguyendo que desde que ocupó la plaza el doctor Hoppe había insistido en trabajar de manera totalmente independiente. Había intentado con insistencia adquirir más conocimiento del método del doctor Hoppe, pero éste nunca quería entrar en detalles. La comisión deseaba saber si no le había planteado preguntas. Cremer contó que el doctor Hoppe había logrado convencerle una y otra vez diciendo que todo era una cuestión de técnica. Uno de los miembros de la comisión le preguntó si todavía seguía creyéndolo. «No», dijo. Hasta dos veces.

La investigación llevaba un mes en curso cuando Víctor, que en efecto se mantuvo apartado de la universidad durante todo ese tiempo, yéndose a vivir a Bonn, llamó por teléfono a casa de Cremer, a quien no le sorprendió que Víctor llamara de pronto, pues posiblemente quisiera oír en qué punto se encontraba la comisión con la investigación.

—Victor, acaba de terminar —dijo con un tono neutro. Se había propuesto adoptar una actitud de reserva. Cada vez estaba más convencido de que durante esos años a Victor se le había dejado demasiada libertad y él había abusado de esa confianza.

—Necesito tu ayuda —dijo Victor sin rodeos, confirmando así las suposiciones de Cremer.

—Victor, la comisión está todavía deliberando. No puedo decir nada. No sé nada. Sólo están haciendo su trabajo y...

—No se trata de la comisión —respondió Victor con firmeza—. No me interesa.

Rex se sorprendió, pero al instante volvió a ponerse alerta. No se dejaría arrastrar de nuevo por sus afirmaciones.

—¿De qué se trata entonces? —preguntó, intentando que su voz sonara lo más apagada posible.

—Los embriones —dijo Victor.

Rex suspiró de manera audible.

—¿Qué pasa con esos embriones? —preguntó, pero rectificó rápidamente—: ¿Qué embriones?

—Los clones. Mis clones.

—Victor, no sé si debo...

—¡Rex, necesito tu ayuda! —sonó desesperado.

Rex se asustó. En todos esos años nunca le había oído así. Victor estaba siempre muy seguro de sí mismo, nunca le había pedido consejo, no digamos ya ayuda.

—¿Qué ha pasado? —Se le había despertado el interés, pero seguía desconfiando.

—Son cuatro... van a ser cuatro... —dijo Victor de prisa, por lo que resultó más difícil entenderle que en otras ocasiones—. Cuatro, ¿comprendes? ¡Son demasiados!

No era mi intención...

—¡Tranquilo, Victor! —exclamó Rex, quedándose atónito por el tono elevado que empleaba. Respiró hondo y entonces dijo—: Intento comprender lo que estás diciendo.

Lo sabía muy bien, pero no tenía ni idea de lo que debía pensar y, sobre todo, creer. Cuando Victor le había enseñado seis semanas atrás las fotografías de los cinco embriones, le dijo que había implantado los cinco en la mujer, confiando en que al menos anidara uno en el útero. A Rex ese número le pareció bastante alto —de dos a cuatro embriones era el procedimiento habitual, al menos en la fertilización in vitro—, y ahora, por lo visto, sólo uno había sido rechazado y los otros cuatro habían anidado y se habían desarrollado hasta convertirse en fetos. Si era verdad y todo seguía su curso de manera normal, nacerían cuatrillizos. Cuatro clones de repente. Si era verdad, pero no se lo creía. Y, sobre todo, no quería involucrarse en el asunto.

—No comprendo el problema, Victor —dijo manteniendo las distancias—. Cuatro de los cinco embriones. ¿No es un éxito?

—Son demasiados.

—Tendrías que haberlo pensado antes. ¿O te has subestimado a ti mismo?

Era consciente del matiz de burla y se preguntó si Victor lo notaría.

—Quería estar seguro —dijo Victor.

—Ahora ya lo estás.

—Pero son cuatro. No sé si ella los querrá. O si los cuatro...

—Entonces quítale un par.

—No puede ser. No sé cómo...

—Debes asumir tu responsabilidad —dijo Rex con un tono levemente paternal—. Es lo que tiene. Quien trae niños al mundo debe cuidarlos.

Divertido, esperó una respuesta que no llegó.

—¿Victor?

Pero la comunicación ya se había cortado.

Al cabo de dos meses, la comisión había finalizado la investigación. En el informe que se presentó al rector el 30 de mayo de 1984 no se decía ni una palabra sobre fraude o engaño o sobre hechos que hubieran sido inventados. Los científicos independientes no habían encontrado pruebas sólidas que así lo testificaran, pero eso no significaba en modo alguno que el experimento de Victor Hoppe fuera considerado como exitoso ni que sus resultados, por tanto, pudieran darse por buenos. Al contrario, la comisión había comprobado que los apuntes de Victor Hoppe «con frecuencia estaban llenos de tachaduras, pasajes ilegibles, informaciones confusas y datos contradictorios». Por tanto, la comisión era de la opinión de que «no se habían seguido las directrices más elementales», y por ello concluyó que «la calidad de toda

la investigación del doctor Victor Hoppe debía ponerse en serias dudas».



Estoy orgulloso de ti, Victor. Estoy de verdad orgulloso de ti.

Es lo que habría querido decir por teléfono cuando Victor le contó la noticia. Se había propuesto decirlo.

Pero el tono con que su hijo le había comunicado que acababa de conseguir el título de médico se lo había impedido. El tono era de indiferencia. De nuevo. Y había pensado: «¡Pero siéntete ahora orgulloso aunque sea por una sola vez, Victor! ¡Grítalo al mundo entero, joder!».

Tampoco pronunció esas palabras. Sólo dijo: «Bien, Victor, estupendo». Con el mismo tono que utilizaría si alguien le hubiera preguntado si le gustaba un plato de comida.

Y cuando colgó, se maldijo a sí mismo. También de nuevo.

Había empezado con «Amado Victor», pero en seguida lo tachó. Después intentó con «Estimado Victor» y «Querido Victor», para escoger por último simplemente «Victor».

El rector de la Universidad de Aquisgrán llamó a Victor Hoppe a su despacho en la mañana del 27 de junio de 1966. Le echó un vistazo al joven y se preguntó si ya se habrían visto en alguna otra ocasión. Probablemente no, de lo contrario sin duda le recordaría.

Por el doctor Bergmann, jefe de personal médico de la Facultad de Ciencias Biomédicas, el rector se había enterado de que Victor Hoppe había terminado el día anterior la carrera de medicina con *cum laude*, y que siempre había sido un trabajador duro y discreto que había aunado perseverancia y talento, una persona de pocas palabras pero de muchos y buenos resultados, una promesa. El doctor Bergmann confiaba en que Victor Hoppe se doctorara en uno de los departamentos de su facultad.

—¿Y emocionalmente? La noticia... —le había preguntado el rector al final de la conversación.

A eso no había podido responderle el jefe de personal médico.

El joven estaba algo envarado. Tenía la cabeza ligeramente gacha, los brazos y las piernas cruzados. Una actitud hermética, reconoció el rector, que indicaba timidez y

miedo, pero también retraimiento.

—Victor —empezó el rector después de que tomara asiento frente a la mesa.

El muchacho se movía en la silla, pero no levantó la vista.

—Victor, permíteme primero que te felicite por tu diploma. Tus profesores hablan maravillas de ti.

—Gracias —sonó cortés.

La voz nasal desconcertó un poco al rector. Le supuso un esfuerzo retomar la frase que había ensayado con anterioridad.

Felicitación. Condolencia. Se trataba de esas dos palabras.

—Pero, muy a mi pesar, también tengo que darte el pésame —dijo el rector.

Victor seguía sin levantar la vista del suelo.

—Tu padre ha fallecido —continuó el rector. Intentó que en su voz resonara la compasión.

El muchacho no pareció asustarse siquiera. Sólo asintió un par de veces con la cabeza. Quizá lo había visto venir. O el padre le había puesto al corriente de sus planes con antelación o ya lo habría intentado otra vez. El rector se preguntaba si debía contárselo.

—¿No te sorprende? —lo intentó.

Victor se encogió de hombros.

—Así pues, lo habías visto venir —concluyó el rector.

Ahora Victor meneaba la cabeza.

—¿Qué tendría que haber visto venir?

El rector juntó las manos de manera involuntaria. Emitió un sonoro suspiro.

—Tu padre lo eligió así —habló despacio—. Su muerte. Fue decisión suya.

Al principio no se desató ninguna emoción.

—¿Cómo? —preguntó Victor entonces—. ¿Sabe usted cómo?

Él sabía cómo, pero ¿debía contárselo? ¿Era ésa su función? Si el muchacho quería saberlo, desde luego tenía todo el derecho. Pero, ¿cómo podía contárselo?

—De un árbol —dijo confiando en que quedara suficientemente claro.

El joven asintió y dijo a continuación algo que el rector no comprendió del todo.

—Entonces, como Judas.

—¿Cómo dices?

Victor meneó la cabeza y siguió en silencio.

—¿Hay alguien que pueda venir a recogerte? —preguntó el rector preocupado—. ¿Que pueda llevarte a casa? ¿Puedo llamar a alguien por ti?

—No, Herr Rektor, gracias —respondió Victor. Y tras una breve pausa en la que posó las manos en el regazo, preguntó—: ¿Tengo que ir a casa? ¿Realmente es necesario?

—Me parece que sí —dijo el rector frunciendo el ceño—. La policía quiere

hacerte algunas preguntas. Nada del otro mundo. El procedimiento habitual en...

No le vino la palabra a la boca y empezó a hablar deprisa sobre otra cosa.

—¿Sabes ya lo que vas a hacer? Me refiero, después. Ahora que has conseguido el título.

Victor se encogió de hombros.

—Todavía no lo he pensado.

—A tus profesores les gustaría que te doctoraras aquí, en esta universidad. Con tu talento puedes alcanzar grandes cosas. Sería una pena que no lo hicieras.

Por un momento, el rector creyó ver una reacción, pero fue tan mínima que también podía habérsela imaginado. Retomaría la conversación en otra ocasión.

—¿Le pido a alguien que te lleve a casa?

Victor negó con la cabeza y se puso en pie.

—No, gracias. Ya me arreglo yo.

—Eso espero. Pero si hay algo, no dudes en venir aquí.

—Así lo haré, Herr Rektor. Gracias.

—De nada, Victor. Y mi más sincero pésame una vez más.

Alguien del servicio social de la policía le entregó la carta a Victor. El sobre estaba abierto. «Para excluir la posibilidad de un crimen», le había explicado el hombre. Se disculpó por haberlo abierto.

Cuando el hombre se hubo marchado, Victor leyó la carta. No esperaba encontrar respuestas en ella, porque tampoco tenía preguntas. Sin embargo, le conmocionó.

Victor, en todo hombre hay fuerzas ocultas que rebasan la voluntad y la razón. Puedes hacer todo el bien que quieras, que al final deberás pagar por el mal que realizaste. Por ello, no es suficiente sólo hacer el bien. El mal también ha de combatirse. Y yo lo combatí demasiado poco. Por desgracia, ya no hay vuelta atrás.

Tú no tienes la culpa. Grábatelo bien en la memoria. Tú siempre te has portado mejor de lo que cualquiera habría podido esperar. Puedes estar orgulloso por ello.

Tu madre también estaría orgullosa de ti. Era una cristiana buena y piadosa. También esto deberías recordarlo. Sé que le habría gustado darte mucho amor, pero también en su interior había algo más fuerte que ella misma. Confío en que puedas perdonarla.

A mí no hace falta que me perdones. No me lo merezco. Tendría que haber asumido mi responsabilidad, pero nunca lo hice. Eso es algo imperdonable. Quien trae niños al mundo debe cuidarlos. No lo olvides nunca.

Hablando de cuidados. Todo lo que hay aquí es tuyo. La casa, el mobiliario, el dinero y, naturalmente, la consulta. Siempre quisiste ser médico, ahora no hay nada ni nadie que te lo impida.

Te deseo mucho éxito y felicidad. Tu padre.

Las palabras de su padre le estremecieron. No su acto ni tampoco su muerte, sino

sus palabras. Hicieron tambalearse los cimientos sobre los que Victor había construido su mundo. Siempre había supuesto que hacer el bien sería suficiente y que al mal sólo había que hacerle frente. Después de todo, el mal intentaba combatir a todo aquel que hiciera el bien. Pero entonces era al contrario. Quien hacía el bien también debía combatir el mal. Ésa era una visión totalmente nueva que se le inculcaba de pronto. Le puso a pensar y, sobre todo, le hizo dudar. Por primera vez en su vida dudaba. De lo que sabía. De lo que había hecho. Y de lo que haría. Y la visita del párroco Kaisergruber esa misma tarde lo empeoró todo aún más.

El párroco Kaisergruber, con el ánimo angustiado, se había pasado por casa de Victor Hoppe para hablar del entierro. Quería estar con él el menor tiempo posible y por eso nada más le dijo al llegar lo que quería decirle.

—Quisiera que fuera austero, ¿comprendes?

—No, no lo comprendo —respondió Victor.

—No se puede. En realidad no se puede.

—¿Qué no se puede?

—Que tu padre reciba un servicio religioso.

—Yo tampoco quiero que lo reciba.

—Era su deseo.

—¿Su deseo?

—Dejó instrucciones. Para el agente funerario. ¿No le has visto?

Victor meneó la cabeza.

—Quería que le enterraran con su esposa, con tu madre. Lo quería por ella. En realidad no está permitido, pero no pondremos dificultades. Aunque tiene que ser austero. Nada de coros, nada de discursos. Austero.

—¿Por qué no está permitido?

—Por... ya sabes. Todo el mundo lo sabe. Todos le vieron.

—¿Por qué? —insistió Victor para disgusto del cura.

—Dios no lo permite.

—¿Qué no permite Dios?

«Razona como un niño —pensó el sacerdote—, cada respuesta suscita una pregunta.» Para evitar mayores discusiones, decidió hablar claro.

—El suicidio —dijo sin rodeos.

—¿Dónde lo dice?

—En la Biblia.

—¿Dónde en la Biblia?

El sacerdote comenzó a sentirse incómodo. Raras veces le contradecían. Y lo peor de todo era que no sabía qué responder porque no sabía en qué parte de la Biblia ponía que el suicidio no estaba permitido. Sin embargo, mencionó un versículo al

final del evangelio según San Mateo en el que se hablaba del suicidio de Judas.

—San Mateo, capítulo 27, versículo 18.

—Porque sabía que por envidia lo habían entregado —respondió Victor para sorpresa del sacerdote y, acto seguido, añadió—: No aparece en la Biblia. No hay nada en la Biblia al respecto.

El sacerdote quedó aturdido por un instante, pero se repuso rápidamente.

—¡La Iglesia no lo permite! —dijo con tono decidido—. La vida es un regalo de Dios. No podemos destruirla con nuestras propias manos. No depende de nosotros decidir sobre la vida y la muerte. ¡Eso debe hacerlo Él! Dios da y Dios quita, nadie más.

—¿Y quién le da a Él el derecho? —elevó Victor un poco la voz—. ¿Por qué tendríamos que someternos a su voluntad? Él es el mal y el mal debe ser combatido.

«El diablo está realmente en su interior —pensó el párroco Kaisergruber—, siempre lo he sabido. El mal nunca llegó a expulsarse. Hay que seguir combatiéndolo.»

—¡Deberías avergonzarte de semejantes palabras! ¿No aprendiste nada allí? ¡Tu padre te sacó demasiado pronto! La hermana Milgitha tenía razón: El mal nunca llegó a expulsarse de ti.

Entonces se puso en pie de un salto y se marchó. Tras haber dado dos pasos, se detuvo y giró sobre sí mismo. Victor se quedó allí sentado como si hubiera sido golpeado por la mano del mismo Dios.

—El sábado a las diez será enterrado tu padre. Una misa austera. Y después se le sepultará en la tumba de tu madre. Como él mismo deseaba.

Victor no estuvo presente en el entierro de su padre. Regresó el día anterior a su habitación en el campus universitario. Había perdido el rumbo y no tenía nada a lo que aferrarse. Se encontraba a la deriva. En su cabeza zumbaban las voces y las palabras. Era una cacofonía no experimentada nunca antes.

Tu padre te sacó demasiado pronto.

Puedes hacer todo el bien que quieras, que al final deberás pagar por el mal que realizaste.

El mal también ha de combatirse.

El mal nunca llegó a expulsarse de ti.

¡Dios da y Dios quita, nadie más!

Se encontraba tan a la deriva que apenas se atrevía a salir de su habitación.

El rector y el jefe de personal médico de la Facultad de Ciencias Biomédicas fueron a visitarle. Era a mediados de agosto. La canícula daba sus últimos coletazos con temperaturas de más de treinta grados. Todo reverberaba al sol.

El rector llamó a la puerta, pero nadie se acercó a abrir, aunque tanto él como el doctor Bergmann captaron una voz. Era un sonido monótono, como si estuvieran

poniendo una cinta de casete a una velocidad demasiado lenta.

—¡Victor! —gritó el rector. El sonido se detuvo, pero nadie se acercó a abrir.

El rector recibió del conserje la llave maestra y confió en que a Victor no le hubiera asaltado lo mismo que empujó a su padre a la desgracia.

Cuando abrió la puerta, el calor le golpeó en el rostro e, inmediatamente después, un hedor como de carne podrida le salió al encuentro. Esa asociación se le ocurrió antes de ver las moscas, que abandonaron la habitación casi al instante. Decenas de moscas. Verdes y brillantes. Zumbando con estridencia.

El rector retrocedió un paso, asustado, y chocó contra el jefe de personal médico. Los dos se llevaron la mano a la nariz en un acto reflejo mientras con la otra intentaban ahuyentar las moscas que revoloteaban alrededor de sus cabezas. Los dos pensaron lo mismo. Los dos remolonearon.

¿Pero entonces la voz? ¿De dónde procedía la voz?

Con el brazo estirado, el rector abrió con un empujón la puerta de par en par y echó un vistazo en el interior de la sofocante habitación.

El joven estaba sentado a una mesa, inclinado sobre un libro, con los codos apoyados en el tablero, las manos apretadas contra las orejas. La mesa se encontraba en un rincón de la habitación, a la derecha de la ventana, y el alféizar se hallaba lleno de latas de conserva abiertas. A la izquierda de la ventana había un hornillo de gas con un cazo sobre una pequeña encimera, también repleta de latas de conserva. Sobre el cazo y las latas y en sus alrededores, así como dentro y fuera de ellos, todo se encontraba plagado de moscas.

El rector tomó aliento e inquirió:

—¿Victor? ¿Victor Hoppe?

El muchacho no levantó la vista. Las moscas danzaban sobre su cabeza y se le colaban por los antebrazos cubiertos de pecas.

El jefe de personal médico se acercaba ahora y miraba el interior por encima del hombro del rector. Sorprendido, meneó la cabeza. Tomó aire y entró en la habitación, directo a la ventana, que abrió también de par en par. Las latas cayeron al suelo desde el alféizar provocando un gran estruendo. Victor volvió la cabeza, asustado. El doctor Bergmann apenas le reconoció. El pálido rostro estaba aún más pálido que otras veces, los ojos aparecían inyectados en sangre y en el mentón le crecían unos mechones de pelo rojo, demasiado escasos para considerarlos una barba.

—Creíamos que te había pasado algo —dijo el jefe de personal médico apresurado, esperándose que Victor fuera a echarlos de la habitación en cualquier momento—. ¿Cómo estás?

—Estoy buscando respuestas —dijo con voz ronca y la mirada dirigida a la ventana abierta, por donde entraba el aire fresco. Al mismo tiempo, se pasó el dorso de la mano por la ceja derecha, donde había aterrizado una mosca.

El jefe de personal médico levantó una comisura de la boca y lanzó una mirada de complicidad al rector.

—Todos nosotros, Victor, todos nosotros estamos buscando respuestas —dijo.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó el rector.

Victor volvió la vista de repente en dirección a la puerta. Su mirada quedó enfocada por un instante en la corbata del rector. Luego bajó los ojos y meneó la cabeza.

El rector tomó la palabra de nuevo.

—Quizá deberías arreglarte un poco, Victor. El doctor Bergmann y yo queremos discutir unas cuantas cosas contigo. Sobre tu futuro y demás. ¿Quedamos dentro de media hora en mi despacho?

El joven asintió sin levantar la vista del suelo. «Se avergüenza», pensó el rector, e intentó tranquilizarle.

—Comprendemos que estás pasando por un mal momento. Eso es normal. Todo el mundo estaría igual en tu situación. Ahora veremos la manera de ayudarte. No te preocupes.

El rector hizo una seña al doctor Bergmann, que dijo:

—Te veo ahora, Victor.

—Está desesperado —comentó el rector un poco más tarde cuando se había alejado lo suficiente de la habitación—. No sabe cómo asimilar la muerte de su padre.

—Y que lo digas. ¿Has visto lo que estaba leyendo?

El rector meneó la cabeza.

—No. ¿Algo especial?

—La Biblia.

—La Biblia —repitió el rector—, entonces está desesperado de verdad.

El doctor Bergmann le había explicado a Victor las direcciones que podía seguir para doctorarse o, como decía el jefe de personal médico, en qué departamento luciría más su talento.

Podía doctorarse en el departamento de oncología y especializarse allí en cancerología. En el departamento de geriatría podía profundizar en la localización y prevención de enfermedades infecciosas en ancianos. Pero el doctor Bergmann también le veía desempeñar un trabajo excelente en el departamento de embriología, donde estaban comenzando un proyecto en prueba sobre la fecundación in vitro, que dirigiría el propio jefe de personal médico.

El rector se había dedicado a vigilar con atención a Victor durante la explicación del doctor Bergmann. El joven no mostraba entusiasmo alguno, no hacía preguntas y sólo asentía de vez en cuando, casi por cortesía; era lo que parecía.

—En realidad es muy sencillo, Victor —tomó el rector la palabra—. Si quieres

doctorarte, y es lo que desde luego esperamos, puedes elegir entre oncología, geriatría o embriología; en otras palabras: salvar vidas, prolongar vidas o hacer vidas.

Con el dedo índice fue señalando los tres nombres de los departamentos que el doctor Bergmann había ido apuntando en la pizarra y que ahora repetía, tanto el movimiento como las palabras:

—Salvar vidas. Prolongar vidas. Hacer vidas.

—Hacer vidas —dijo Victor, pero no estaba claro si era una pregunta.

—Crear vidas —explicó el rector, contento en cualquier caso por haber captado la atención de Victor—. Engendrar vidas.

Y luego dijo, pensando en la Biblia que Victor estaba leyendo:

—Dar vidas. Como Dios.

Dar vidas. Como Dios.

Victor lo tomó como un guante que le lanzaban. Un desafío.

Dios da y Dios quita, Victor. Pero no siempre. A veces debemos hacerlo nosotros mismos. Grábatelo bien en la memoria.

De pronto lo había comprendido. De pronto volvía a tener una meta.

El 15 de junio de 1984, Rex Cremer fue a Bonn. El día anterior, el rector había llamado a Victor Hoppe para preguntarle si quería ir a la universidad, pues el informe de la comisión ya estaba listo, pero él se negó.

—Envíamelo por correo —dijo sin preguntar siquiera por el contenido.

El rector no sabía qué hacer con él y entonces Cremer propuso ir a visitar al doctor Hoppe para entregarle el informe en persona. Así encontraba por fin una buena excusa para volver a hablar con Victor al cabo de dos meses.

Aparcó el coche ante el chalé adosado donde seguía colgando de la fachada un cartel que anunciaba que Victor Hoppe era especialista en fecundación. No había avisado de su llegada y confiaba en que Victor estuviera en casa. El que le dejara entrar era otra cuestión.

Cuando Rex llamó a la puerta, vio que le temblaba la mano. Oyó ruido en el interior y, tan pronto como vio al doctor, al jefe de personal médico le llamó la atención lo mucho que le había crecido la barba.

Victor observó a Cremer fugazmente y desvió la mirada hacia la calle, como si quisiera comprobar que no le acompañaba nadie más.

—He traído el informe de la comisión —dijo Rex—. El rector me ha pedido que lo discutiera contigo.

El doctor no reaccionó.

—Quizá tendríamos que entrar un momento —intentó el jefe de personal médico

—. Me parece un poco difícil discutirlo aquí en la calle.

—¿Cree todavía en mí? —preguntó Victor de repente.

Rex se quedó de una pieza, no sólo por la pregunta, sino también por la forma de tratamiento. En otra época habían empezado a tutearse muy pronto y ahora empleaba la fórmula de cortesía, como para recalcar que se había creado de nuevo una distancia entre ellos.

—La comisión no dice que no le crean —respondió tras alguna vacilación—. Sólo se pone en duda la calidad de su investigación.

—No estoy hablando de la comisión. Estoy hablando de usted. ¿Cree usted todavía en mí?

El planteamiento tan directo de la pregunta no dejaba abierta ninguna vía de escape.

—Tengo mis dudas.

—¿Quiere verla? ¿Lo creerá entonces? ¿Si lo ve?

Las frases sonaron como versículos. Las pronunció en una misma cadencia ajustada, pero con una total carencia de emoción. Después, el doctor se volvió y entró en la casa.

Rex se quedó atónito. ¿Quiere verla? Se lo había preguntado a sí mismo. Desde luego, le habría gustado verla, pero tenía miedo de involucrarse en algo de lo que en realidad tendría que haberse mantenido muy lejos. Pero también quería tener las cosas claras.

Por eso había venido. Antes no podía marcharse. Por eso decidió seguir a Victor.

El doctor había subido al primer piso y se había quedado esperando junto a una puerta a que Rex le alcanzara. Luego llamó a esa misma puerta, pero no se produjo respuesta.

—Quizá esté durmiendo —dijo Victor mientras empujaba el picaporte hacia abajo—. El embarazo la agota. También ha habido complicaciones.

La habitación estaba en penumbra. En el centro había una anticuada cama metálica de hospital y alrededor se hallaban dispuestos todo tipo de aparatos. Rex reconoció un ecógrafo y un monitor cardiaco que mostraba un gráfico. De un soporte colgaba una bolsa de suero con un tubito de goma que iba hasta el brazo de la mujer que yacía en cama. Bajo las sábanas podía distinguirse un vientre abultado. Estaba embarazada de unos cinco meses, calculó de antemano.

Victor le hizo señas para que se acercara al cabecero de la cama. Se deslizó hacia delante y vio el pelo corto y negro de ella. Después le examinó la cara. Estaba rolliza. Tenía los ojos cerrados. La boca semiabierta. Respiraba tranquila.

Victor gesticuló, indicando que debían salir de la habitación. Rex volvió a mirarle el rostro. El vientre. ¿Sabría lo que le estaba creciendo en su interior? A propósito, chocó contra la cama y la desplazó algunos centímetros. La mujer se despertó

asustada. Tenía unos grandes ojos oscuros. En el aspecto físico se diferenciaba de Victor Hoppe como la noche del día.

Victor se volvió al instante para tranquilizarla.

—Éste es el doctor Cremer —dijo—. Es jefe de personal médico de la Universidad de Aquisgrán.

Rex vio cómo se llevaba las manos al vientre por debajo de las sábanas en un movimiento instintivo, como si quisiera proteger lo que había dentro.

—¿Qué tal está? —preguntó Cremer de manera automática.

—Es duro. Cansado —dijo ella en alemán, con un ligero acento—. Pero el doctor dice que todo saldrá bien.

Sonaba estudiado, pero tal vez se lo hubiera estado diciendo a sí misma durante todos estos meses para mantener el ánimo. Rex no pudo sustraerse a la idea de que ella apenas sabía en qué estaba metida. Desprendía cierta ingenuidad, algo infantil, aunque parecía estar ya frizando los treinta.

Volvió a mirarle el vientre y se preguntó si debía hacerle alguna pregunta. Pero no lo hizo. No quería desafiar a Victor. Aún no.

—Si el doctor dice que saldrá bien —dijo—, así será.

Después salieron de la habitación y se dirigieron al despacho.

—¿Ella lo sabe? —le preguntó en seguida.

—¿El qué?

—Que va a tener cuatro hijos. Cuatro niños. Clones. —Fue incapaz de articular la palabra «tuyos».

—Van a ser sólo tres —respondió Victor—. Uno murió en el útero. Todavía está ahí, pero ya no le late el corazón.

—¿Ella lo sabe?

—No.

—¿Sigue pensando que va a tener una niña?

Victor asintió y Rex pensó: «Está loco». Por primera vez lo creyó de veras.

Y, sin embargo, no dijo nada. «Debo mantenerme apartado de todo este asunto», pensó mientras empezaba a hablar del informe.

—No me interesa —le dijo Victor al instante—. De todas formas, ya no voy a volver.

Era justo lo que había propuesto el rector. El curso académico había terminado y por eso le había pedido a Cremer que convenciera al doctor para que no se reincorporara al trabajo y de ese modo el despido sería innecesario.

Así pues, ya no hacía falta convencerle, y Rex se puso en pie, casi de inmediato, dejando el informe sobre la mesa.

Victor le acompañó hasta la puerta. Una sola cosa quiso saber Rex entonces:

—¿Cuándo nacerán? ¿Aproximadamente?

—El 29 de septiembre.
Victor no tuvo ni que pensárselo.

Tercera parte

Cremer iba conduciendo a paso de tortuga por la cumbre del Vaalserberg. Su coche se deslizaba entre la multitud de turistas que venían a visitar el Punto de los Tres Países. Él ya había estado allí una vez de niño, y de esa excursión guardaba un vivo recuerdo de la subida a la torre de Balduino, que ahora podía ver a través del parabrisas. Se inclinó un poco más hacia delante, de manera que el pecho casi daba con el volante, y dirigió la mirada hacia lo alto. En la plataforma, arriba del todo, había muchos niños; algunos señalaban un lugar a lo lejos y otros saludaban agitando las manos a los conocidos que se habían quedado abajo.

Treinta y ocho metros. Ésa era la altura de la torre. También recordaba eso Cremer. Siempre había sido muy bueno memorizando números.

El antiguo jefe de personal médico pasó sin darse cuenta la frontera entre los Países Bajos y Bélgica.

Había salido de Colonia e iba de camino a Wolfheim. Para llegar al pueblo, había ido por Aquisgrán y Vaals y, desde allí, siguió las flechas que indicaban el Punto de los Tres Países.

—Luego continúas por la Route des Trois Bornes —le había explicado Victor—. Al final de esa carretera, pasando por debajo del puente con un solo arco, verás ya la casa. Un chalé independiente con una valla. Justo después de la iglesia. Napoleonstrasse 1.

La Route des Trois Bornes abundaba en diversas curvas cerradas que exigieron la concentración necesaria por parte de Cremer. Gracias a ello, pudo librarse por un momento de la opresora sensación que le había acompañado durante todo el viaje, pero tan pronto como vio el puente ante sus ojos le entró de nuevo el sofoco, con mucha más intensidad que antes.

Una semana atrás, se había encontrado con Victor en Fráncfort durante una feria de muestras de aparatos médicos. Habían pasado más de cuatro años desde la última vez que se vieron y hablaron. Cremer le estuvo evitando a propósito, a pesar de todos los interrogantes con que se había quedado. Durante los primeros meses que siguieron al encuentro en Bonn no dejó revista especializada o periódico sin leer y, para su tranquilidad, por ninguna parte aparecieron artículos escritos por el doctor Victor Hoppe o que trataran de él. Por eso, con el tiempo, empezó a suponer que el experimento de clonación había sido un fracaso, en el caso de que no se lo hubiera inventado. Un número cada vez mayor de científicos empezaban también a creerlo porque, a partir de entonces, nadie volvió a cosechar éxito alguno en el campo de la clonación de mamíferos. Sin embargo, para Cremer siempre siguió siendo una incógnita si Victor, en efecto, se lo había inventado todo y por tanto él, como jefe de personal médico, había permitido que le tomaran el pelo desde un principio. Para sus

colegas de la Universidad de Aquisgrán pronto quedó todo claro, lo que hizo muy difícil la posterior colaboración. Tras el jaleo que se montó, aunque había mantenido la jefatura del departamento, sentía que había perdido todo el respeto de sus compañeros, no digamos ya la admiración. Un año después aceptaba la oferta de una empresa comercial biotécnica de Colonia, donde le dieron la dirección de un nuevo departamento de investigación sobre células madre y tecnología de ADN.

En calidad de jefe de este departamento, Rex Cremer había viajado el sábado 29 de octubre de 1988 a la feria de Fráncfort para examinar y encargar equipo médico. Nada más entrar, reconoció a Victor. Al instante y desde lejos. Una sacudida le recorrió todo el cuerpo.

No se le acercó, al menos en primera instancia. Estuvo deambulando por la feria durante dos horas y con frecuencia le veía caminar por allí; sin embargo, sus miradas no llegaron a cruzarse. Luego empezó a seguirle. ¿Dónde se detenía? ¿Qué instrumentos despertaban su interés? ¿Qué preguntas hacía?

¡Su voz! Cuando se acercó lo suficiente para oír esa llamativa voz, surgieron los recuerdos de sus palabras a borbotones.

Ese es el error. Se imponen límites.

Dios creó al hombre a su imagen y semejanza.

A veces se deben aceptar las cosas sin más.

Son cuatro. Son demasiados.

Pasó por delante de Victor llamando un poco la atención y confiando en que fuera a reconocerle y le abordara, como si de antemano quisiera protegerse en el caso de que otros los vieran juntos. Pero Victor no se dirigió a él. Su antiguo colega ni siquiera dio muestras de reconocimiento cuando le saludó con una inclinación de cabeza en el instante en que se cruzaron.

Al final, la curiosidad pudo más. Se dio la vuelta y empezó a hablarle. Victor le miró como si acabara de despertarse.

—Soy yo. Rex Cremer. De la Universidad de Aquisgrán.

—Está usted cambiado —sonó secamente.

No se había parado a pensarlo. Había supuesto que le reconocería sin más, pero ahora llevaba gafas y tenía el pelo más largo que en la época de Aquisgrán.

—Se ha dado usted cuenta —respondió. Se colocó bien las gafas de manera automática—. Pero cuénteme, ¿qué tal le va?

Victor se encogió de hombros, indiferente. No estaba claro si no tenía ganas de responder o si ese gesto era su respuesta. Tampoco se produjo pregunta alguna por su parte, de modo que Rex tuvo que tomar de nuevo la palabra.

—¿Y qué está haciendo ahora? Hace ya tanto tiempo...

Había dejado la pregunta en suspenso a propósito. Recordaba bien las evasivas de que era capaz su antiguo colega a la hora de responder.

—Médico de cabecera —dijo Victor.

—Médico de cabecera —repitió Rex ligeramente sorprendido. Para disimular su reacción, preguntó en seguida—: ¿Dónde?

—En Wolfheim.

—¿Wolfheim?

Victor asintió. Nada más. Ninguna explicación sobre el emplazamiento del lugar. No es que quisiera hacerse el misterioso o se comportara de manera reservada, más bien irradiaba indiferencia, como si no tuviera ningún pasado en común con el hombre que tenía enfrente. Se produjo algún cambio cuando Rex le contó que él también había dejado la Universidad de Aquisgrán. Esa información pareció sorprender a Victor. Levantó la mirada por un breve instante y pareció como si quisiera decir algo. Pero no hubo una posterior reacción, hasta que Rex hizo una observación que supo no dejaría frío al doctor.

—Perdieron la fe en mí.

Sin embargo, esta observación desató más de lo que había podido suponer, porque, sin amortiguar la voz, Victor le dijo:

—Como usted en mí.

Rex miró a su alrededor medio avergonzado. «No entres al trapo —pensó—, sólo llevaría a una discusión innecesaria.»

—¿Cómo terminó todo? —preguntó.

Había esperado una respuesta evasiva y con ella se habría conformado. Le habría tranquilizado. Y la respuesta fue evasiva, pero a la vez desencadenó más preguntas.

—Todavía no. Todavía no ha terminado.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—¿Qué quiere decir?

—Voy a empezar de nuevo.

Esa respuesta fue tranquilizadora. Entonces el experimento anterior había fracasado. Y, por tanto, era evidente que no se lo había inventado. Había fracasado simple y lógicamente. Gracias a Dios.

Sin embargo, seguiría preguntándole. Quería oír de boca del propio doctor que el experimento había sido un fracaso. Mientras esperaba, Victor clavó la mirada en el suelo y fue entonces cuando Rex se lo preguntó.

En un principio, el encuentro debía haberse celebrado el día posterior a la feria, pero esa mañana llamó Victor porque había sucedido algo. Su voz sonaba confusa y, por lo que Rex había comprendido, tenía que ver con el ama de llaves. Un accidente o algo por el estilo. Si podría aplazarlo un par de días. Estuvo de acuerdo, aunque significara prolongar su impaciencia.

¿Qué sabía en ese momento? Que cuatro años antes habían nacido tres niños y

que el cuarto feto no se había desarrollado del todo y había nacido muerto. También sabía que, en efecto, los tres eran clones del doctor y que se parecían entre sí hasta en el más mínimo detalle. Por último, sabía que los muchachos todavía seguían vivos.

Todo eso le contó Victor esa mañana en la feria. Y él, Rex Cremer, le había escuchado con la boca abierta.

—¿Puedo verlos? ¿Me permite que los vea? —le había preguntado impulsivamente.

Le permitía verlos.

Luego, sólo le hizo una pregunta. También esa respuesta le sorprendió. No, le conmocionó. Le preguntó por los nombres de los niños.

Rex Cremer aparcó el coche delante del chalé independiente. En la verja vio un cartel con el nombre de Victor y el horario de visitas. Cuando bajó del coche, oyó que la campana de la iglesia sonaba dos veces. Había llegado justo a tiempo. Al otro lado de la calle había una mujer barriendo la acera. La saludó, amable, con una inclinación de cabeza, pero ella apenas reaccionó. Victor salió, le saludó con un gesto y abrió la cancela.

—Sígueme —le dijo volviendo a recorrer en sentido inverso la senda del jardín.

Rex tuvo la sensación de ser el enésimo paciente que asistía a la consulta, y esa sensación se reforzó cuando vio que le conducía al consultorio. Victor se sentó tras su mesa y le invitó a tomar asiento al otro lado. En seguida le llamó la atención el marco de fotos que estaba colocado en una esquina de la mesa, medio girado en su dirección, casi aposta.

—¿Son ellos? —preguntó.

Victor asintió.

—¿Puedo? —Ya estaba extendiendo el brazo.

Victor volvió a asentir y dijo:

—Es una fotografía antigua.

Rex cogió el marco y vio que le temblaba la mano. De alguna manera, seguía confiando en que todo hubiera sido una invención, y, aunque la fotografía a primera vista ya mostraba claramente el sorprendente parecido de los tres muchachos, todavía no estaba convencido de que fueran clones de verdad. Podía ser que se tratara de trillizos monocigóticos y que simplemente hubieran heredado las características dominantes de Victor: el cabello rojo y...

Cada esquisis es única.

Aún se lo oía decir, aunque hubieran pasado ya años. Enfocó la mirada hacia la boca de los tres niños de la foto, pero la imagen carecía de la suficiente nitidez como para poder distinguir los detalles. Además —eso sí podía verlo—, la esquisis estaba ya operada. Pero el doctor tendría sin duda fotografías anteriores a la operación,

aunque ya no fueran necesarias semejantes pruebas. Un científico inglés, entre tanto, había encontrado una manera de reproducir y de leer el código genético único de cada persona. Partiendo de un test de ADN, podía demostrarse de manera irrefutable si los niños eran copias idénticas de Victor Hoppe.

—Deben de haber cambiado mucho —empezó Rex del modo más neutro posible—. ¿Qué edad tienen aquí? ¿Un año más o menos?

—No llegan a un año —respondió el doctor—. Sí, están muy cambiados, en efecto.

—Siento curiosidad.

Le habría gustado ver a los niños de inmediato, pero cuando Victor retomó la palabra, supo que iba a poner a prueba su paciencia.

—He intentado detenerlo. —No sonaba como una disculpa, simplemente se lo comunicaba.

—¿Qué quería usted detener?

—Iba demasiado deprisa.

—¿El qué?... no lo entiendo.

—Los telomeres de algunos cromosomas eran mucho más cortos de lo normal.

Rex le miró sin comprender, pero el doctor lo malinterpretó.

—Usted sabrá lo que son los telomeres, ¿no? —preguntó.

—Naturalmente que sé lo que son los telomeres. Lo único que no comprendo es por qué empieza a hablarme de pronto sobre ellos.

Pero mientras lo decía, empezó a verlo claro. Los telomeres eran una larga serie de elementos al final de cada cromosoma en el núcleo celular. De alguna manera, suministraban la energía necesaria para la división de la célula. En cada división se perdían para siempre unos cuantos telomeres, pues la célula no volvía a fabricarlos. Cuanto más se fisionara una célula, tantos menos telomeres quedaban en los cromosomas del núcleo celular; en resumen, cuanto mayor fuera el portador de las células, tanto más breve la serie de telomeres.

—Nada más nacer los niños —explicó Victor— descubrí que los telomeres del cuarto y del noveno cromosoma eran mucho más cortos que los del resto de cromosomas.

En realidad, Rex no quería oír la continuación. Cuanto más supiera, tanto mayor sería su implicación. Pero ya tenía una idea aproximada de lo que el doctor iba a contarle. Una de las cuestiones que los biólogos se habían planteado a menudo y cuya respuesta no habían encontrado aún versaba sobre el tiempo de vida real de un clon. Como la célula que suministraba el núcleo del donante procedía de un individuo adulto, las células corporales del clon en el nacimiento serían mucho más viejas que las células resultantes de una fecundación normal. ¿Se trataba de eso? ¿Había salido algo mal?

Sintió cómo volvía a aumentarle el sofoco.

—¿Eso significa...? —empezó a decir, pero fue interrumpido de forma abrupta.

—He intentado detenerlo —alzó ligeramente la voz el doctor. Sus palabras transmitían desesperación. Era la primera vez que Rex observaba algo parecido en él. O no, ya había sucedido una vez con anterioridad, cuando Victor le imploraba ayuda al teléfono por el desarrollo de los cuatro embriones.

—Pero no me doy por vencido —sonó a continuación decidido. Ya no había huellas de desesperación. Después volvió a guardar silencio, justo ahora que Rex quería saber más.

—Doctor Hoppe, estaba usted hablando de los telómeros del cuarto y del noveno cromosoma —empezó—. Decía que eran mucho más cortos. ¿Cómo de cortos?

Victor se quedó mirando la fotografía que Rex seguía teniendo en las manos.

—Menos de la mitad —dijo mecánicamente.

—Menos de la mitad. Eso es... ¿Tuvo consecuencias para los niños?

—Envejecían rápido.

Rex vio confirmadas sus sospechas, aunque no sabía qué pensar.

—¿Era ostensible? —preguntó—. Quiero decir, ¿se les podía notar en alguna parte?

Confiaba en que ahora el doctor le propusiera ir a ver a los niños, pero Victor sólo asintió con la cabeza y se quedó mirando la foto.

—Primero parecía que no pasaba nada —dijo—. Después... —Volvió a guardar silencio.

—¿Después qué?

—Se quedaron calvos de repente. Ese fue el principio.

Rex miró la fotografía. El cabello rojo de los tres muchachos ya era por entonces fino y débil. No era difícil imaginárselos sin pelo.

—¿No pudo hacerse nada? —preguntó.

—Lo intenté.

—¿Y ahora?

—Los telómeros del cuarto y del noveno cromosoma se han agotado.

Rex se asustó. Había presentido lo que iba a pasar con los niños y ahora el doctor confirmaba que:

—A partir de ese momento cesaron las divisiones celulares, y las células restantes empiezan a morir poco a poco.

—Por lo que el proceso de envejecimiento ya no puede detenerse.

Victor asintió.

—Pero nada se ha perdido —dijo entonces. Había estirado la espalda, agarrando con las manos los reposabrazos de su butaca, como si estuviera a punto de levantarse.

—¿Nada se ha perdido? —preguntó Rex asombrado.

—Sólo fue por una mutación. Nada más que eso. Ahora que lo sé, tendré más cuidado con la selección de los embriones.

Rex no sabía dónde mirar para ocultar su sorpresa.

—Al fin y al cabo, es nuestra misión —continuó Victor impassible—. Debemos corregir los errores que Él cometió debido a la precipitación.

Rex abrió los ojos de par en par.

—Una mutación no es nada más ni nada menos que un error en los genes —siguió Victor a su ritmo—. Al igual que esto es un error genético. —Se llevó la mano al labio superior e hizo un movimiento con el dedo índice que rozó la cicatriz. Rex intentó desviar la mirada con discreción.

—Y, al corregir esos errores congénitos, nos corregiremos a nosotros mismos —dijo Victor con resolución—. Sólo así podremos dejar a Dios con un palmo de narices.

El sobresalto que sintió Rex fue aun mayor que cuando oyó los nombres que Victor les había puesto a los tres niños. Las palabras le arrojaron de pronto al pasado, al instante en que escribió la tarjeta con que felicitó a Victor Hoppe antes de conocerse.

Usted le ha dejado a Dios con un palmo de narices.

Y, mientras estaba evocando ese momento, se dio cuenta de que él, Rex Cremer, era quien había desencadenado todo con esa frase en apariencia inocente.

—¿Vamos? —Victor corría su silla hacia atrás y ya casi se había incorporado—. Usted quería ver a los niños. Venga. Están arriba. —Sin esperar respuesta, se dirigió a la puerta.

Rex se quedó sentado por un instante; no dudando si seguirle, pero perplejo. Cuando se puso en pie, sintió un mareo. Parpadeó un par de veces y respiró hondo.

—¿Doctor Cremer? —sonó desde el pasillo.

—Ya voy —dijo mientras se repetía a sí mismo un par de veces esa frase. Al subir por la escalera detrás de Victor intentó concentrarse en lo que iba a ver. Pero las palabras que había estado oyendo poco antes no dejaban de darle vueltas en la cabeza.

Debemos corregir los errores que cometió debido a la precipitación.

«No puede ser —pensó—. Me está desafiando. Victor Hoppe me desafía. Me está tomando el pelo. Ahora dirá que todo había sido una invención y querrá ver mi cara. Por eso me ha hecho venir hasta aquí, para después poder burlarse de mí, como también se burlaron de él.»

En el momento en que Victor abrió la puerta, Rex seguía confiando en que todo fuera pura invención. También cuando Victor entró en la habitación y resonó su voz:

—Miguel, Gabriel, Rafael, hay...

La voz se cortó. Rex lo oyó en el pasillo y eso le llevó a salvar los tres últimos

peldaños de un salto. Al cabo de un par de pasos, ya había alcanzado la puerta y miraba dentro.

Hasta más tarde no se dio cuenta de que se trataba de un aula. En primera instancia, fue la pizarra lo que atrapó su mirada al observar cómo Victor se dirigía hasta allí con zancadas rápidas y veloces. Salió zumbando, cogió el borrador y empezó a eliminar lo que había en ella. Rex apenas consiguió ver que era un dibujo de la altura de la misma pizarra. Era una figura. Un hombre o una mujer. El rostro ya lo había borrado el doctor con el primer movimiento. Lo que quedaba era el cabello, recogido con horquillas en un moño. Así pues, era una mujer. El moño era blanco y, a su alrededor, irradiaba un resplandor amarillo. Eso fue lo siguiente que desapareció. El moño y el resplandor, lo que llevaron a Rex a suponer que debía de representar una aureola, porque la mujer también tenía alas. Alas blancas dibujadas como grandes óvalos a ambos lados del torso.

Era un dibujo infantil, con trazos sencillos, pero gracias a eso todo era reconocible de inmediato y, a la vez, también podía borrarse de inmediato.

Después, el doctor se dirigió a la otra mitad de la pizarra, que estaba escrita de arriba abajo. De nuevo esa característica infantil, esta vez en la escritura, que fue borrada de manera implacable. Pero una sola frase, que Rex pudo leer justo antes de que la mano del doctor pasara por delante, fue suficiente para saber cuál era el resto del texto.

... que estás en los cielos...

Victor volvió a dejar el borrador en su sitio y giró sobre sus talones. Se limpió las manos dando un par de palmadas y el polvo ascendió en una nube. Después se pasó una mano por la cara y los dedos le dejaron franjas blancas de tiza en la barba roja.

Rex había olvidado por un momento a qué había venido, pero por la mirada de Victor volvió a averiguarlo al instante.

Eran tres. En efecto, eran tres, pero en realidad también habrían podido ser dos o cuatro. Después de todo, eso no importaba mucho, porque se dio cuenta en seguida. Vio que no se trataba de ninguna invención, que Victor no se había inventado nada.

Cuando en el otoño de 1988 talaron el nogal que había en el jardín de la vivienda del doctor, pocos lugareños creyeron que esa tala traería realmente desgracias e infortunio al pueblo de Wolfheim, tal como Josef Zimmermann había afirmado. Menos de un año después, hasta el mayor de los escépticos hubo de admitir que el anciano tenía razón. Jacques Meekers había desarrollado ya por entonces una teoría en la que aseguraba que la desgracia se había extendido por el pueblo como las raíces del árbol bajo el suelo. Para quien lo dudara, desplegó en el café Terminus un mapa topográfico de Wolfheim y alrededores sobre el que indicaba con crucecitas los diferentes lugares en los que había hecho estragos la calamidad. Cada crucecita tenía un número y se hallaba unida por una línea irregular con el sitio donde había estado ubicado el nogal. En los márgenes del mapa topográfico, Meekers mencionaba también tras cada número los detalles del infortunio, tales como la fecha del suceso y el nombre de la víctima. Además, al recoger asimismo pequeñas desgracias cotidianas sin lesiones dignas de mención, vigorizaba sus afirmaciones y rebatía las observaciones críticas de los escépticos que expresaban sus dudas acerca de que las raíces pudieran llegar hasta La Chapelle, demostrando que la distancia desde allí hasta el corazón del árbol, a vuelo de pájaro, no totalizaba ni quinientos metros.

Con el accidente de Charlotte Maenhout, acaecido el 29 de octubre de 1988, se produjo el comienzo de las calamidades. En eso estaba todo el mundo de acuerdo. Su entierro llevó mucha gente a la iglesia, y la mayoría probablemente confiara en que el doctor Hoppe y sus tres hijos también estuvieran presentes. Sin embargo, no se dejaron ver ni durante la ceremonia religiosa ni durante la inhumación. Jacob Weinstein dijo después que el doctor había llamado poco antes del entierro para disculparse: los niños estaban muy enfermos. «De pena, naturalmente», pensó entonces, pero al cabo de un par de días, cuando se dieron a conocer detalles sobre el testamento de Charlotte Maenhout, hubo de revisar su opinión y, con él, también tuvieron que revisarla otros muchos lugareños.

El párroco Kaisergruber se enteró de la noticia personalmente por el notario Legrand, cuya notaría se encontraba en Gemmenich. Este le había dicho que Charlotte Maenhout había dejado todo su dinero —la cantidad no la mencionó, pero era una suma considerable— a una fundación para niños con cáncer. Esa información no tenía por qué llevar a conclusiones inquietantes, pero el notario Legrand añadió que Frau Maenhout acababa de modificar su testamento dos meses atrás. En el primer testamento había instituido por herederos a los hijos del doctor. El dinero lo recibirían en su decimotavo cumpleaños.

Pero había más. Irma Nüssbaum había visto cómo una furgoneta de reparto entregaba en el domicilio del doctor una caja en la que aparecía representado en gran

tamaño el símbolo de material radiactivo, y un día después había recibido la visita de un hombre de Alemania —el coche tenía matrícula de Colonia—, y éste le había dicho que, en efecto, los niños no estaban bien.

—Estuvo en la casa más de una hora —contaba Irma— y cuando volvió a salir parecía como si acabara de ver un fantasma. Entró en el coche, pero en seguida volvió a salir. Me dirigí a él para preguntarle si andaba algo mal, ¿algo con los niños, tal vez?, pregunté. Él miró como si le hubiera pillado en falta y con eso ya tuve suficiente. No están bien, ¿no es cierto?, le pregunté. Vi que dudaba, pero entonces meneó la cabeza. No, dijo, nada serio. En un tono como si alguien..., ya sabes. Luego me preguntó si conocía a una tal Frau Maanwoud. Frau Maenhout, querrá decir usted, le corregí, ella era el ama de llaves del doctor. Quiso saber qué le había sucedido y le expliqué entonces que la semana anterior se había caído en casa del doctor por las escaleras. Muerta en el acto. Le pregunté por qué quería saberlo. Por nada, dijo, por nada, había oído algo. Me pareció realmente trastornado, porque se subió al coche sin decir nada.

La ausencia del doctor en el entierro, la noticia sobre la herencia de Charlotte Maenhout, la historia de Irma Nüssbaum: ya se habían sacado las conclusiones.

—Los hijos del doctor van a morir.

—Así que es...

—Entonces será probablemente leucemia —dijo León Huysmans—. Les ocurre a menudo a los niños pequeños. Mortal de necesidad.

—Se veía venir.

Mayor seguridad tuvieron los habitantes del pueblo durante las semanas siguientes al comprobar que la consulta del doctor Hoppe permanecía cerrada cada vez con más frecuencia. No cogían el teléfono y la cancela seguía cerrada con llave, de manera que diversos pacientes tuvieron que ir a otro médico. Si bien refunfuñaban un poco, todo el mundo mostraba comprensión por la situación.

—Tiene que cuidar a sus hijos.

—Han debido de dar un gran bajón. Por eso tampoco se los ve ya fuera, por la calle.

—Qué pena, primero la mujer y ahora...

Por todas partes se le ofrecía ayuda al doctor, tanto las mujeres que querían llevarle la casa como los hombres que querían cortarle el césped, pero él los rechazaba con amabilidad. Sólo aceptó el ofrecimiento de Martha Bollen, quien le puso al corriente de que también podía encargarse la compra para que se la llevaran a domicilio.

—Es de lo más natural, quiere estar con ellos el máximo tiempo posible —dijo Martha, que le llevaba personalmente todos los pedidos y siempre metía cosas de más para los niños.

Durante una de las entregas ya no pudo contenerse y le dijo al doctor:

—Herr Doktor, ¿es cierto que...?

Dejó la frase inconclusa a propósito porque pensaba que él comprendería de lo que estaba hablando.

—¿Qué? —preguntó él, sin embargo—. ¿Es cierto que qué?

—¿Eso de los niños? —intentó ella entonces.

En su mirada vio que estaba algo asustado, pero hizo como si no la entendiera.

—¿Qué de los niños?

Muy a su pesar, pronunció el nombre de la terrible enfermedad que diez años atrás se había llevado también a su marido.

El doctor frunció el ceño y meneó la cabeza.

—¿Cáncer? No, que yo sepa no.

Le pareció una respuesta fingida y, por ellos, no siguió preguntando. Desde ese momento, a ella le quedó claro que no quería o no podía hablar del asunto.

—Todavía no está preparado —explicaba después en su tienda—. Tendrá que aprender a aceptarlo. Cuando mi marido enfermó, pasaron también tres meses hasta que pude empezar a contárselo a los clientes.

Durante dos semanas se constituyó como tema principal de casi todas las conversaciones del pueblo la mala noticia sobre los tres hijos del doctor. Luego se desplazó a un segundo plano de golpe, literalmente, debido a otro drama que soliviantó aún más los ánimos.

—Aquí, esta crucecita en medio de la Napoleonstrasse, a tiro de piedra de la casa del doctor —explicaba Jacques Meekers años después por enésima vez en el café Terminus, dando golpecitos con el dedo índice sobre el mapa topográfico del ejército—. Allí ocurrió el segundo accidente. No hacía ni dos semanas de la muerte de Charlotte Maenhout. La víctima fue Gunther Weber, ese muchacho sordo. El 11 de noviembre de 1988. El día del armisticio. Así pues, un día festivo además.

Gunther Weber estaba jugando ese día con otros cinco chicos un partidito de fútbol en la plaza del pueblo. Era un tranquilo día de otoño y ya, desde primeras horas de la mañana, circulaban por el pueblo en dirección al Punto de los Tres Países coches y autobuses llenos de turistas belgas que, debido a la festividad, tenían libre la jornada. Bajo el estrecho puente que llevaba a la Route des Trois Bornes se había formado pronto un atasco por el trajín del tráfico. A eso del mediodía, la cola del atasco ya llegaba hasta pasada la casa del doctor Hoppe. Como de costumbre, las miradas de la infinidad de personas que iban avanzando despacio en los vehículos era un aliciente para los muchachos, que se dedicaban a hacer malabarismos con el balón en la plaza del pueblo. Así confiaba siempre Fritz Meekers, que por entonces contaba con trece años de edad y aún no había llegado a los dos metros de estatura, en que un

día se bajara del coche un entrenador de fútbol para ofrecerle un contrato en un equipo de campanillas, un sueño que también albergaban los demás muchachos, pero que a Meekers el Largo le aguijaba casi siempre con brutalidad.

—¿Tú, Gunther, tú en un equipo de campanillas? ¡Si ni siquiera puedes oír el silbato del árbitro! —Una sentencia de la que después se arrepintió durante toda su vida tras el fatídico día, pues fue precisamente esa continua burla la que llevó a Gunther Weber a pavonearse aún más que los otros muchachos para que le consideraran digno por fin.

Gunther estaba como casi siempre en la portería, porque allí podía abarcar con la vista toda la plaza.

Julius Rosenboom había disparado el balón, que pasó de refilón al lado de la portería, y Gunther fue a recogerlo. Cuando lo tenía, vio que muchos ojos de la caravana que se había formado ante el puente se dirigían a él, y eso le hizo crecerse de orgullo. Sacando pecho, la cabeza alta y el balón bajo el brazo, regresó a la portería. Colocó el esférico en el suelo, lo desplazó un par de veces, siempre una pequeña distancia pero con exagerado ademán, volvió a girarlo una y otra vez y decidió entonces, asintiendo con ostentación, que el balón ya estaba como él quería tenerlo.

—¡Gunther, deja de darte el pisto! —gritó Meekers el Largo—. ¡Ya te ha visto todo el mundo!

Precisamente fueron esas palabras las que tal vez llevaron a Gunther a seguir elaborando su número individual. Se dio unos golpecitos con el dedo en una de las orejas y gesticuló como si no hubiera oído nada. Después se llevó una mano por encima de los ojos, a modo de visera, y oteó un punto en el horizonte hacia donde lanzaría el balón. Levantó una mano al cielo y movió repetidas veces el brazo de delante hacia atrás.

—¡I-ma-pa-tás! —gritó a sus compañeros—. ¡Vo-a-pe-ga-un-pa-ta-dón-le-jos!

Y mientras los otros muchachos retrocedían, él también daba grandes zancadas hacia atrás para tomar carrerilla. *Mira allí, ese muchacho, ¿qué va a hacer?*, podía sentir lo que pensaba la gente a su espalda, imaginándose que se daban codazos entre sí para que todo el mundo pudiera verle. Dio algunos pasos más hacia atrás, moviendo con exageración los hombros. *Va a chutar. ¡Ese muchacho va a pegar un patadón al balón que va a llegar al cielo! ¡Fíjate la carrerilla que está tomando!*

Ya se había alejado unos veinte metros del balón cuando vio cómo sus compañeros empezaban a agitar los brazos y a gritarle, pero desde el lugar donde estaba ya no podía leerles los labios. Dirigió la mirada al balón, dio otro poderoso paso hacia atrás y se inclinó despacio hacia delante, como un atleta a la espera del disparo de salida. En su imaginación oía cómo a sus espaldas le daban voces de aliento: *¡Gunther! ¡Gunther!*

¡Vaya, le daría un patadón tremendo a ese balón! Un paso más hacia atrás y entonces...

Gunther Weber fue atropellado por el autobús de línea que pasaba a las 12:59 y que giraba hacia la parada de la plaza del pueblo. El muchacho murió en el acto, tal como constató un médico que había estado padeciendo la caravana y que acudió rápidamente en su auxilio. Esa noticia fue el único consuelo que tuvieron sus padres, pero no les ofrecía ningún asidero. Habían perdido a su único hijo.

Victor Hoppe se encontraba ante la ventana, en un cuarto de la primera planta, y vio cómo acudía la gente. Parecía como si todos se abalanzaran sobre una presa que yacía herida en medio de la calle, una presa espeluznante, porque el gentío se mantuvo a un par de metros de distancia, creando un círculo vacío a su alrededor. Al fijar la mirada, Victor pudo ver los rostros compungidos que se apartaban para luego regresar a la presa. Un hombre se abrió camino gritando a través de la multitud, que retrocedía franqueándole el paso. El hombre era con seguridad un médico, supuso Victor. Y la presa era una víctima. Entonces, estableció la relación entre los sonidos que había oído poco antes y el autobús de línea que estaba cerca de la víctima.

Conocía bien el gesto que hizo el médico. Acababa de quitar una vida. Eso era fácil, quitar una vida. Lo podía hacer cualquiera. Era mucho más fácil que dar una vida. Una vida podía quitarse en un periquete. Incluso sin querer. Eso era algo que ya había aprendido.

Victor Hoppe siguió mirando, fascinado, con las manos a la espalda.

La noticia del médico causó conmoción entre la multitud. Hubo cabezas que se menearon e inclinaron, las personas se llevaban las manos al rostro. Un grupo de muchachos lloraba con los hombros encogidos.

Sólo un chico salió del grupo y se marchó. Victor Hoppe le reconoció como Fritz Meekers. El muchacho corrió gritando hacia la plaza del pueblo. Allí había dos pilas de cazadoras en el suelo, a unos tres metros de distancia la una de la otra: la portería. Cerca se veía un balón. Fritz corrió en dirección al balón y patinó por el asfalto con sus largas piernas; parecía como si flotara, como si sus chillidos le elevaran del suelo. Con todo el poder y la fuerza que había ido acumulando por el camino, le pegó un patadón al balón. Un grito sostenido acompañó su vuelo, pero Fritz no siguió su trayectoria, se le doblaron las largas piernas y quedó de rodillas en el suelo, con la cabeza gacha. Los hombros empezaron a estremecerse de nuevo. La gente fue hacia él.

Victor apartó la vista de esta escena y se centró de nuevo en la víctima. Ahora estaba seguro de que se trataba de uno de los muchachos del pueblo.

Alguien trajo una manta. El médico tendió la manta por encima de la víctima hasta que ya nada del cadáver quedó visible. «La muerte debe cubrirse lo antes

posible», pensó Victor. Hay que borrarla como si se tratara de una falta de ortografía.

Vio que ya había gente que iba marchándose. La representación se había terminado. Se subían a sus coches o al autobús y se convertían en turistas normales, de camino al Punto de los Tres Países. Un punto imaginario, sabía Victor, proveniente de la fantasía de las personas. Imaginario y, sin embargo, estaba allí. Todo el mundo quería verlo con sus propios ojos, aunque en realidad no había nada que ver. Y, aunque no hubiera nada, ofrecía un asidero. El Punto de los Tres Países era como Dios, que atraía al hombre hacia él, pero al mismo tiempo le engañaba.

De repente, las personas volvieron a salir de sus vehículos. Había algo que llamaba su atención. Victor guiñó los ojos un momento. El grupo que aún rodeaba a la víctima se apartó, esta vez ante una mujer que llegaba corriendo. Victor la reconoció. Era Vera Weber. Ahora supo también quién era la víctima. El médico se había incorporado e intentaba retener a la mujer. La tenía cogida por los hombros mientras meneaba la cabeza, pero ella se liberó de un tirón.

Victor miraba asombrado a Vera Weber. La mujer gritaba. La mujer vociferaba. Victor movió la mano hacia la ventana, la abrió y mantuvo asido el picaporte. La ligera brisa transportó gélidos sonidos al interior. Él ya había oído esos sonidos antes. Hacía mucho tiempo. Eran sonidos de dolor. De desesperación. Y de locura. Los sonidos alcanzaron algo dentro de su cabeza y lo desató. Victor se estremeció.

La mujer se arrodilló junto a la manta y la apartó violentamente. Volvía a hacer visible a la muerte. Le había desaparecido la voz. En profundo silencio, tomó la cabeza del muchacho entre las manos y la llevó a su regazo. Le acariciaba el pelo mientras le hablaba. ¿No sabía que estaba muerto?

Dios da y Dios quita, Víctor. Recuérdalo.

La mujer lo comprendió. De pronto lo comprendió, porque dejó de hablar al muchacho. Levantó la cabeza, la llevó muy atrás, hacia la nuca, alzó los brazos al cielo y agarró algo que no había. Y mientras estaba agarrando la nada, empezó a gritar de nuevo. Los sonidos provenían de lejos y de lo más profundo y de nuevo tocaron algo en Victor Hoppe, quien empezó a estremecerse otra vez.

Cerró la ventana, negando así la entrada a los sonidos. El estremecimiento se detuvo. Le pareció extraño lo que había oído, pero no había sonado extraño. Le pareció extraño porque no lo conocía, porque no lo sabía, no sabía que una madre pudiera sentir tanta pena por su hijo.

Los padres de Gunther se sorprendieron ante la llegada del doctor Hoppe. Habían instalado en casa la capilla ardiente de su hijo para que todo el mundo pudiera verle por última vez. El doctor fue uno de los primeros en pasarse por allí.

—Mi más sincero pésame —dijo—. Comprendo lo que sienten.

Su visita y sus palabras los impresionaron. A Lothar y a Vera Weber les pareció

una prueba de valor que hubiera venido a darles el pésame cuando él mismo debía de estar pasando por unos momentos terribles y, dentro de poco, no sólo perdería a un hijo, sino a tres. Por esa razón no se atrevieron a preguntarle si quería despedirse personalmente de él. Tal vez le despertara demasiadas emociones. Pero fue él quien se lo pidió.

—¿Quiere que le acompañe? —le propuso Lothar.

Ni siquiera eso fue necesario. El doctor Hoppe desapareció solo tras las pesadas cortinas oscuras que tapaban el lugar donde el muchacho se hallaba de cuerpo presente. El doctor no se quedó mucho rato, pero los padres lo comprendieron. Le ofrecieron café, pero él lo rechazó con amabilidad.

—Si en el futuro pudiera ayudarlos en algo —les dijo por último—, no duden en ponerse en contacto conmigo. No es necesario que se resignen a la voluntad de Dios.

Después se marchó, dejando confusos a los padres de Gunther.

Con el bisturí había hecho un corte de unos dos centímetros mediante un movimiento rutinario. El escroto se habría encogido, entumecido, como durante una repentina zambullida en agua fría: una reacción física para proteger los testículos. Por eso la temperatura seguiría siendo constante durante más tiempo y, tal vez, las células corporales también siguieran vivas por más tiempo. Eso último era un azar, pero razonado. Y si no, en cualquier caso, ya tenía unas cuantas células reproductoras con las que podría ponerse manos a la obra.

Los testículos tenían el tamaño y la forma de dos judías blancas secas que hubieran estado a remojo durante demasiado tiempo. Con un movimiento rápido de muñeca, había sajado ambos, desprendiéndolos de los conductos deferentes, tras lo cual los metió en un tarro lleno de algodones que desapareció en el bolsillo interior de su americana.

En silencio, volvió a abrochar el pantalón del muchacho en el féretro.

Después todo debía producirse a gran velocidad.

Nos resignamos a la voluntad de Dios.

Eso ponía en la parte superior de la esquila mortuoria que encontró Victor en el buzón esa mañana antes de partir hacia la casa de la familia Weber.

En esas palabras vio un nuevo desafío, como si hubieran vuelto a lanzarle un guante.

Por eso, todo lo anterior le pareció carente de importancia. Daría igual que no hubiera ocurrido nunca. Estaba borrado. Con un solo gesto.

Ya cuando los vio por primera vez le impactaron. Los muchachos tenían un aspecto envejecido, parecían ancianos, y eso se debía sobre todo a la piel, que era semejante al cuero seco. Por lo demás, estaban escuálidos, realmente en los huesos. Rex les echó un vistazo y luego apartó la vista, pero ésta regresaba una y otra vez a ellos como si tuviera vida propia. Y no los miraba con los ojos de un científico, sino con los de un *voyeur*.

Victor se había aproximado a los niños de un modo científico, hablaba de ellos como si se tratara de material de estudio, y lo hacía en su presencia. Resultaba inquietante y Rex no dejó de sentirse incómodo ni un momento. El doctor sentó a los tres niños en fila, uno al lado del otro, y a continuación fue señalando detalles para demostrar su semejanza física: la forma del pabellón de la oreja, el estado de los escasos dientes, el patrón que seguían las venas en el cráneo y la malformación de la nariz y del labio superior.

Luego mostró las diferencias, recalcando que éstas habían surgido mucho más tarde. Había algunas arrugas y surcos en las caras curtidas que no coincidían, y en el dorso de sus huesudas manos los tres tenían manchas marrones diferentes en tamaño y forma. Victor no dio ninguna explicación, pero Rex supuso que eran manchas de vejez.

Además, le llamó la atención que uno de los muchachos tuviera muchas más que los otros dos, de manera que se preguntó si el proceso de envejecimiento en él transcurría más rápido que en los demás. En ese mismo chico podían percibirse también cicatrices en el occipucio, según el doctor secuelas de una caída, y otra en la espalda, consecuencia de una operación en uno de los riñones, un experimento que desgraciadamente no sirvió para nada, había admitido Victor.

Pero con anterioridad, antes de que el proceso de envejecimiento se intensificara, dijo de nuevo con insistencia, no había manera de distinguirlos. Se parecían tanto que se vio obligado a marcarlos. «Como a los ratones», añadió sin un ápice de recato o ironía en la voz, como si se tratara de un procedimiento de lo más habitual. Levantó la camiseta de cada uno de los niños y mostró los puntos tatuados en la espalda: un punto para Miguel, el primogénito, dos puntos para Gabriel y tres puntos para Rafael.

—O bien: Victor uno, Victor dos y Victor tres —llegó a decir incluso.

La mirada de Cremer se dirigió al tórax de los niños. Pudo contarles desde lejos las costillas, en las que la fina piel parecía colgada como de una percha. Luego se enteró de que cada niño pesaba sólo trece kilos. Trece kilos para una estatura de un metro y cinco centímetros, pero también esa estatura iba disminuyendo, porque la espina dorsal se les curvaba cada vez más.

VI, V2 o V3. Era lo que aparecía en los álbumes de fotografías polaroid que Rex

pudo ver al regresar abajo, a la consulta. Doce álbumes repletos de fotos con una fecha debajo de cada foto y, de nuevo, VI, V2 o V3.

Victor uno. Victor dos. Victor tres. Tres vidas infantiles en imágenes. No, no era correcto, no eran vidas infantiles, porque las instantáneas no tenían nada de fotos familiares. Eran piezas de un rompecabezas. Las piezas del rompecabezas de cuerpos infantiles que demostraban la semejanza de los tres muchachos en un momento cualquiera. Pero mientras Rex hojeaba toda esa serie, lo que más le llamó la atención fue el deterioro, mucho más que la semejanza, como si los álbumes no abarcaran cuatro años, sino ochenta.

En ese instante volvió a querer encontrarse muy lejos, pero Victor había seguido hablando y explicando sin parar, repitiéndose a sí mismo más de una vez. Le había contado su historia, con sobriedad y sin emoción, y Rex le había escuchado con asombro creciente. Le habló de la inteligencia de los niños, de su facilidad para los idiomas, de su memoria. También en eso, en todas esas cosas, dijo Victor, se reconocía a sí mismo. Había estimulado sus capacidades y había hecho que las estimularan para que en el futuro pudieran ellos también poner su conocimiento e ideas al servicio de la humanidad. Así lo dijo: al servicio de la humanidad. Además, había empleado la palabra «también».

Rex se estremeció, pero guardó silencio, porque el doctor no había terminado de hablar. Ahora empezaba a relatar los pasos siguientes. Para resolver el problema con los telómeros, sopesó utilizar células nerviosas como material donante en lugar de células epidérmicas. Las células nerviosas se habían dividido con mucha menor frecuencia que el resto de las células corporales, por lo que el problema con los telómeros se solucionaría por sí solo. También las células óseas lo solventarían, porque crecían con mayor lentitud que las demás células corporales. Ocurría lo mismo con las células procedentes de los órganos genitales, porque éstas no se dividían hasta una edad posterior, en la pubertad, y por eso estas células eran más jóvenes y sus telómeros más largos. La sencillez y la lógica que emanaban del discurso de Victor hicieron que Rex comprendiera de nuevo la razón por la que en el pasado le había dado carta blanca para sus experimentos: estaba y seguía estando muy adelantado a su tiempo.

Rex sintió cómo, de manera lenta pero segura, volvía a ser arrastrado. La monótona voz nasal de Victor parecía además potenciar ese efecto. Debo irme de aquí. Esa idea se le pasó de repente por la cabeza: debo irme antes de involucrarme más.

Se puso en pie de repente y dijo:

—No puedo quedarme más, tengo que estar de vuelta a tiempo.

Se oyó hablar a sí mismo y supo que no sonaba nada convincente; estaba huyendo claramente.

Pero Victor no le puso trabas, al contrario, cesó su monólogo en mitad de una frase, se levantó y se dirigió a la puerta para abrirla. Rex estaba en la calle antes de darse cuenta y, cuando la cancela se cerró a sus espaldas y estuvo sentado de nuevo en el coche, no arrancó en seguida. Había algo que le retenía. No era lo que le había dicho Victor, sino lo que habían dicho los niños: un par de frases, que le turbaron más que todas las palabras juntas de Victor.

—¿Sa-bus-té-dón-des-tá-frau-man-woud?

Uno de los muchachos había hablado. Rex estaba a punto de salir del aula después de que Victor le hubiera propuesto continuar charlando en la consulta.

Los tres niños, que poco antes habían estado sufriendo con resignación el trato humillante del doctor, se quedaron allí. Abandonados. Sin siquiera mirarlos, sin decirles nada, Victor se marchó. Cremer había estado remoloneando un poco, había vuelto a observarlos una vez más, como para convencerse de que lo que veía era cierto. Entonces uno de los muchachos dijo algo, pero sólo le entendió a medias, debido a lo asombrado que estaba.

—¿Sa-bus-té-dón-des-tá-frau-man-woud?

Algo por el estilo había captado. El muchacho tenía la pronunciación nasal de Victor, pero articulaba mejor.

—¿Qué decías?

—¿Sa-bus-té-dón-des-tá-frau-man-woud? —repitió el muchacho mientras mantenía la mirada perdida, dirigida a lo lejos, como si estuviera hablando con otra persona.

Si sabía dónde estaba Frau Maanwoud. Ni siquiera sabía quién era Frau Maanwoud.

—No, no lo sé —respondió.

—Es-tá-con-Dios-en-el-ce-lo —sonó entonces, pero no de la boca del primer niño que había hablado. Había respondido otro de los muchachos. La voz era idéntica.

Rex no comprendía de qué estaban hablando. Sólo cuando intervino el tercero lo vio claro.

—Es-tá-mue-ta-fa-de-la-he-cho.

Todo eso sucedió en algunos segundos, pero en ese momento pareció durar mucho más, y le sorprendió que Victor no hubiera regresado antes para imponer silencio a los niños. Pero cuando el doctor volvió, ni siquiera reaccionó con sorpresa o enfado. Ignoró a los niños y volvió a pedir a Rex que le acompañara a la consulta.

Victor no había dejado de hablar mientras las frases de los niños seguían zumbando en la cabeza de Cremer.

—Es-tá-mue-ta-fa-de-la-he-cho.

Hasta que no estuvo en el coche, no tuvo la oportunidad de asimilarlo realmente.

Le entró un sofoco tal que no le quedó más remedio que volver a salir. Apoyado en la puerta abierta, tomó aliento. Se le acercó una mujer y le preguntó si le pasaba algo, y luego empezó a hablar de los niños. No están bien, le dijo. Él no pudo negarlo, quizá ni siquiera quiso negarlo. Le preguntó si sabía quién era Frau Maanwoud y qué había sucedido con ella. Frau Maenhout, dijo ella, Frau Maenhout, el ama de llaves del doctor. Se cayó por la escalera. Un accidente.

Eso le tranquilizó en cierto modo. Sin embargo, las palabras de los niños no se le iban de la cabeza y en el trayecto de vuelta a Colonia intentó repasarlo todo, desde el principio hasta el final, y cuanto más veía las escenas ante sí, tanto más irreales le parecían. Como si todo lo que había visto y oído no hubiera sucedido en realidad, como si hubiera estado viendo una película. Figuras en una pantalla. Y, por último, se preguntó si no se lo habría imaginado todo.

Lothar Weber llamó al doctor Hoppe sin que su mujer lo supiera. Después de todo, ella consideraba que no le hacía falta.

—¿Por qué? No estoy enferma —había respondido cuando le sugirió ir a hablar con el doctor.

Pero sí que lo estaba. Enferma de pena. Lothar lo veía todos los días. Lo notaba en las pequeñas cosas. En la manera en que se levantaba y paseaba, en la lentitud con que comía, en la ropa sucia y en la plancha que se iba acumulando, en sus zapatos que ya no limpiaba, en los numerosos silencios.

El propio Lothar también sufría, como nunca antes, pero él podía despejar la mente durante las horas de trabajo en la fábrica de metal. Vera se pasaba todo el día sola en casa.

Él confiaba en que el dolor se estabilizara al llegar a cierto nivel, pero le parecía que la pena de su esposa iba en aumento con el transcurrir de las semanas. Cuando una mañana se quedó tumbada en la cama, decidió llamar al doctor. Se acercaban los días de Navidad y supuso que durante ese período se intensificaría la pena. Había oído a alguien de su trabajo hablar sobre píldoras que hacían la vida más llevadera y quería preguntarle al doctor si no podría ella obtener semejantes píldoras. Por teléfono no le dijo nada, porque le pareció poco correcto. Sólo le preguntó si quería pasarse un momento por casa.

—Es por Vera —había dicho—, está enferma.

El doctor prometió ir a visitarlos ese mismo día. De ahí sacó ánimos Lothar, porque el doctor Hoppe raras veces hacía visitas a domicilio.

Si en el futuro pudiera ayudarlos, no duden en ponerse en contacto conmigo.

Se le había quedado grabado en la memoria, y el doctor había mantenido su palabra.

A las tres y media se encontraba allí. Vera estaba en cama. No había comido nada en todo el día y tampoco había dicho casi nada. Cuando el doctor Hoppe apareció al lado de su cama, se incorporó a toda velocidad, se arregló el camisón y le echó una mirada envenenada al marido. Éste hizo un gesto desvalido, pero a la vez sintió un gran alivio al ver que reaccionaba y no sucumbía ante la resignación.

—¿Le duele algo? —preguntó el doctor.

Vera meneó la cabeza. Lothar vio que estaba a punto de ponerse a llorar. También él sintió un nudo en la garganta.

—¿Siente pena tal vez? —preguntó el doctor entonces.

Vera empezó a sollozar de golpe, con tanta vehemencia que se le estremecieron los hombros.

—¡Le echo tanto de menos! —exclamó—. ¡Y no se me pasa! ¡No se me pasa

nunca! ¡Gunther, mi pobre y pequeño Gunther!

Inclinó la cabeza y ocultó el rostro entre las manos.

Lothar se acercó sin hacer ruido. Miró al doctor Hoppe, que no mostraba emoción alguna. Le pareció bien así. Por eso había invitado al doctor, porque él podía evaluar las cosas de manera serena y desde cierta distancia.

—Usted le quería mucho —dijo el doctor Hoppe, y del tono de su voz no pudo desprenderse si era una pregunta o una observación.

Lothar frunció el ceño, pero a su mujer no parecieron sorprenderle las palabras del doctor.

—Era mi único hijo, Herr Doktor —sollozó—. Era todo lo que tenía. Y ahora se ha ido.

Lothar miró a su esposa, que se llevaba de nuevo las manos al rostro. Se sentó al borde de la cama y, desorientado, le frotó los muslos. A veces se sentía culpable porque parecía como si la pena de su mujer fuera mayor que la suya. Su vínculo con Gunther también había sido siempre mucho más sólido, y ella manejó siempre mejor su sordera congénita. Le había enseñado a hablar con una paciencia de santa, llegando incluso a tomar clases de lenguaje de gestos. Él consideraba la discapacidad de Gunther más bien como una carga extra, por eso se limitaron siempre a mantener conversaciones cortas y de tipo práctico. Ahora lo lamentaba.

—¿Por qué no tienen otro hijo? —preguntó el doctor Hoppe entonces.

Lothar tragó saliva y vio cómo su mujer volvía a bajar las manos. Por un momento, hizo una mueca con una comisura de los labios.

—El mes que viene cumpliré cuarenta años, Herr Doktor.

Eso era lo que también pensaba su marido. Además, para él se había mantenido cerrada durante años. En realidad, desde el instante en que averiguaron que Gunther era duro de oído, aunque el especialista recalcará que otro niño no tendría por qué nacer sordo. Entre tanto, se había hecho demasiado mayor para tener hijos. El doctor Hoppe la creía probablemente más joven.

—Su edad no es ningún problema —meneó el doctor la cabeza—, hoy en día ya no es ningún problema. Sólo es una cuestión de técnica.

Lo dijo con una firmeza que resultaba irrevocable.

Vera meneó la cabeza.

—No sé, Herr Doktor. Nunca me lo he planteado. Es...

—Si usted quiere, puede volver a tener un hijo.

—¿Un hijo? —preguntó Vera tragando saliva.

—Un hijo que se parecería a Gunther como dos gotas de agua. Es posible. Nada es imposible.

—Pero Herr Doktor —empezó Lothar titubeante—, él sería... sería...

Miró un momento a su mujer, pero ella tenía la mirada perdida y la boca

semiabierta.

—Sería entonces... —dijo de nuevo dándose un golpecito rápido en la oreja derecha.

—No, no será sordo —respondió el doctor Hoppe decidido, ante lo cual Vera volvió a irrumpir en llanto.

Lothar suspiró y se quedó pensativo.

—No tenemos que decidirlo ahora, ¿no? —dijo entonces, algo atemorizado—. No tenemos que hacerlo ahora, ¿verdad?

—No, sólo se lo comunico —repuso el doctor, tranquilo—. Piénsenselo con calma. Usted también, señora Weber, usted también. No es necesario que se resignen a la voluntad de Dios.

Después se dio la vuelta. Lothar se levantó, pero el doctor le hizo un gesto con la mano por detrás de la espalda.

—Quédese con su esposa, Herr Weber, ya encontraré el camino.

Lothar asintió y volvió a sentarse en la cama. Se quedó mirando al doctor, quien con la espalda y los hombros erguidos salía del dormitorio. Su actitud desprendía una seguridad en sí mismo que le puso celoso, pero al mismo tiempo le infundía respeto. Oyó sollozar a su esposa y se dio cuenta de que ni siquiera le había preguntado por las píldoras que hacían la vida más llevadera. Suspiró y se volvió a su mujer.

—Vera... —empezó.

Su esposa levantó la cabeza. Tenía los ojos húmedos y rojos. Alzó un poco la mano derecha, pero volvió a dejarla caer sobre el regazo.

—Ni siquiera le hemos preguntado cómo están sus hijos —sollozó.

Las fiestas de fin de año echaron bastante sal en las heridas de Lothar y Vera Weber y, en busca de algo a que aferrarse, el primer día del año nuevo se dirigieron al párroco Kaisergruber tras la celebración de la eucaristía.

—¿Debemos resignarnos a la voluntad de Dios? —le preguntó Vera.

El sacerdote entonces contó la historia de Job, quien fue puesto a prueba por Dios después de que el diablo le hubiera desafiado.

—Dios privó a Job de todas sus posesiones y también de todos sus hijos. Y el pobre hombre no maldijo a Dios. Dios da y Dios quita, dijo. Y después Dios cubrió el cuerpo de Job con úlceras malignas de los pies a la cabeza. Y Job dijo: ¿Queremos aceptar lo bueno de Dios, pero lo malo no?

El sacerdote gesticulaba mucho y hablaba con una ligera vibración en la voz.

—¿Comprende usted a lo que se refería Job? —se volvió a Vera—. Vosotros tenéis un techo sobre vuestras cabezas, conducís un bonito coche, Lothar tiene un trabajo estupendo... todo eso Dios no os lo toma a mal.

—Lo cambiaría todo si con ello recuperara a Gunther —suspiró Vera Weber.

—La historia aún no ha terminado —continuó el párroco Kaisergruber—. Como Job se resignó a la voluntad de Dios, fue después por él recompensado. Escucha...

El sacerdote cogió la Biblia y leyó en voz alta: «Porque tuvo catorce mil ovejas, seis mil camellos, mil yuntas de bueyes y mil asnas. También tuvo siete hijos y tres hijas».

—¿Y qué íbamos a hacer nosotros con esa cantidad tan grande de animales? —preguntó Lothar.

—No debes... —empezó a explicar el cura, pero la sonrisa en el rostro de Lothar le hizo comprender que estaba bromeando.

—Lo comprendo, oiga —le dijo Lothar mientras su mujer asentía en silencio.

Esa noche buscó acercamiento y, por primera vez en muchos años, encontró a su mujer abierta. Pero yacía rígida como una tabla y, al cabo de apenas dos minutos, le apartó de sí.

—El riesgo es demasiado grande —dijo ella—. Imagínate que...

—Debemos resignarnos —dijo Lothar.

—El riesgo es demasiado grande. Tampoco podemos desafiar a Dios.

A Lothar se le escapó un suspiro. Sintió que se le encogía el sexo.

—¿Qué quieres entonces? —le preguntó, aunque ya se imaginaba su respuesta.

—Podríamos ir a hablar.

—¿Quieres decir con el doctor?

Por el movimiento que sintió a su lado, dedujo que ella asentía con la cabeza.

—Si así te sientes más segura —dijo Lothar girando sobre el costado y dándole la espalda.

—Creo que sí.

Los padres de Gunther Weber se habían pasado por su casa y la mujer le había preguntado por el riesgo de tener un hijo discapacitado si intentaba quedarse embarazada de un modo natural.

—Es decir, de la manera normal —había añadido su marido.

Él respondió que el riesgo así era muy grande, pero que actualmente había otros modos que excluían ese riesgo. Una cuestión de técnica, les había asegurado de nuevo.

—Pero si implica un riesgo tan grande —dijo ella entonces—, eso querrá decir que Dios no lo quiere y que, por tanto, debemos resignarnos.

Tuvo que pensárselo un momento, pero luego dijo:

—¿Y Sara qué?

—¿Sara?

—La mujer de Abraham. En la Biblia, el libro del Génesis.

A continuación, recitó de memoria los versículos correspondientes: «Entonces

dijo: De cierto volveré a ti el próximo año, y para entonces Sara, tu mujer, tendrá un hijo. Sara escuchaba a la puerta de la tienda, que estaba detrás de él. Abraham y Sara eran viejos, de edad avanzada, y a Sara ya le había cesado el período de las mujeres».

No le costó ningún esfuerzo evocar las palabras y de soslayo vio que la mujer le escuchaba con la respiración contenida, lo que le animó a continuar.

«Visitó Jehová a Sara, como había dicho, e hizo Jehová con Sara como le había prometido. Sara concibió y dio a Abraham un hijo en su vejez, en el plazo que Dios le había dicho. Al hijo que le nació, y que dio a luz Sara, Abraham le puso por nombre Isaac.»

Después, el doctor intercaló una pausa y empezó a sudar. La mujer y el hombre le habían estado mirando con los ojos como platos, aguardando, y luego dijo, aunque sabía que andaba algo justo de tiempo:

—Si usted quiere, dentro de un año por estas fechas tendrá un hijo.

Eso fue el 20 de enero de 1989.

El tiempo era muy justo porque la mayoría de las células que Victor había recolectado —una palabra que él mismo empleaba— se habían necrotizado. Por eso, antes tenía que cultivar las pocas células que aún quedaban vivas hasta que se multiplicaran por división, lo que volvería a conllevar una pérdida de telómeros. No podrían recuperarse pero, en cualquier caso, en proporción quedaban muchos más telómeros que cuando él mismo se clonó, hacía ya más de cuatro años. A las células que surgieron a continuación tuvo que hacerlas padecer hambre de nuevo hasta que llegaron a la fase GO, manteniéndolas entre la vida y la muerte. En realidad, todo era como si debiera reanimar una y otra vez a un ahogado para volver a lanzarlo al agua.

Al mismo tiempo, había que descifrar el código genético que estaba almacenado en cada núcleo celular. Eso fue más difícil de lo esperado, porque en muchas células el ADN estaba dañado y parecía como si sólo hubiera recibido recortes de papel con jirones de texto.

Cuando les hizo la promesa a los padres, poco más de dos meses después de la muerte de Gunther, todavía no había descifrado el código. E incluso si lo hubiera logrado, ni siquiera habría llegado a mitad de camino. En un siguiente paso debía buscar el fallo en el código que había causado la sordera del muchacho y después intentar borrarlo. Sólo entonces podría crear embriones y sólo entonces podría dejar encinta a Vera Weber, siempre que hubiera producido los suficientes óvulos maduros, porque éste también era un imponderable con el que había que contar.

Para todo esto, para todos estos pasos, se había dado cuatro meses de plazo, calculando que el embarazo sólo duraría ocho meses. Era muy justo, lo sabía. Muy justo, pero formaba parte del reto. En cualquier caso, lo consideraba factible. Más que nunca, creía tener todo en sus manos.

El sábado 1 de abril de 1989 sonó el teléfono en casa de Rex Cremer.

—¿Es usted el doctor Cremer? ¿De la Universidad de Aquisgrán?

—Ya no trabajo allí, señora. Hace ya algunos años que lo dejé.

—¿Sabe usted dónde puedo encontrar al doctor Hoppe? En la universidad me han dicho que usted...

—Ese nombre no me dice nada, señora.

—Pero usted vino a visitarme en Bonn. Era usted, ¿verdad?

—No sé de lo que me está hablando.

—En casa del doctor Hoppe. Usted vino a verme allí cuando estaba embarazada.

—Debe de haber sido otra persona.

—¡Estoy buscando a los niños, señor! Quiero verlos. Quiero saber cómo están. Tiene usted que ayudarme.

—No sé dónde está, señora. Tal vez en Bonn.

—Hace tiempo que ya no vive allí. Ya he estado. Estuve la semana pasada.

—Lo lamento, no puedo ayudarla.

—Si le ve o habla con él, dígame que le estoy buscando. Dígame que quiero ver a los niños, que tengo mis derechos.

—¿Que tiene usted derechos?

—¡Soy su madre! ¡Por tanto, tengo derecho a verlos!

—¿Es usted su madre?

—¡Desde luego que soy su madre!

—Tranquila, señora. Me coge de improviso. Los niños, dice usted. ¿Qué sabe usted de los niños?

—Nada. Sólo que eran tres. ¡Tres niños! Pero nunca los he visto.

—¿Nunca?

—En la ecografía, sólo en la ecografía. Yo estaba dormida cuando él los trajo al mundo.

—¿Y luego? ¿Qué hizo...?

—¡Me prometió una niña! ¡Una sola niña! Y luego, de pronto, me dijo que eran niños. ¡Tres niños! Cuatro, incluso... porque uno... uno estaba...

—¿Cuándo se lo dijo?

—El día anterior. El día antes del parto. ¡Me lo enseñó! En la ecografía. Pude verlo. ¡Me... me conmocionó! ¡No los quería! ¡No los quería! ¡Entonces no! ¿Lo comprende? ¿Lo comprende?

—Lo comprendo, señora, lo comprendo.

—Pero ahora quiero verlos. Quiero saber cómo están. Quiero decirles que lo siento. Quiero explicarles por qué no estuve allí con ellos. Por qué su madre no

estuvo allí con ellos. A su edad, ya se lo habrán preguntado, ¿no es cierto? Quizá ni siquiera sepan que estoy viva. Dios mío, imagínese...

—Señora, no lo sé, apenas tuve nada que ver con el doctor Hoppe.

—¿Pero le ha vuelto a ver? ¿Ha sabido algo de él?

—¿Señor?

—He oído que se fue a vivir a Bélgica.

—¿Bélgica?

—Cerca de la frontera. En un pueblecito llamado Wolfheim o algo parecido.

—¿Wolfheim, dice usted?

—Algo así. Por lo que recuerdo. Algo así.

Como si hubiera pasado una pelota. Así de sencillo. Durante cinco meses estuvo rumiando Rex Cremer su sentimiento de culpa y, de repente, se lo había quitado de encima. En los primeros días después de la visita que hizo a Wolfheim esa sensación fue presentándose de forma latente, primero con la sensatez propia de un científico, como parecía abordarlo Victor Hoppe, para sólo más tarde tratarlo con la conciencia moral de una persona ajena al asunto. Su sentimiento de culpa había ido aumentando así poco a poco.

Pensándolo bien, Victor había logrado clonarse, y, aunque algo había salido mal, significaba una proeza excepcional. Había demostrado que era posible la clonación humana, y en el aspecto científico la mutación surgida de los telómeros era sólo un elemento secundario, si bien de terribles consecuencias, pero a la postre un elemento secundario.

Por lo que había podido deducir de las palabras de Victor, este experimento era sólo el comienzo. Con ello, Victor había querido demostrar su capacidad y, en un siguiente paso, aspiraba a eliminar anomalías genéticas o, como él mismo decía, a corregir errores congénitos, como si sólo tuviera que borrarlos con una goma. Bien mirado, un noble propósito, si no fuera porque Victor daba otra impresión. Él no actuaba por razones nobles, ni siquiera científicas, estaba librando una batalla.

«Padre». Esa palabra la utilizó uno de los muchachos. *Fa-de-la-he-cho*. No «papá» ni «papi», sino «padre». Como en Dios el Padre. Por supuesto. ¿Cómo podría ser de otra manera? Victor no era su padre natural, él era su creador. Por eso se hacía llamar Padre. Como ese otro creador, contra quien estaba librando su lucha. Y había perdido la primera batalla. El, Victor Hoppe, había fracasado. Los niños habían nacido con telómeros cortos. Esa mutación era aún peor que la otra, la que había mutilado sus rostros. El labio leporino se encontraba ya desde el principio en sus genes. Ésa era una anomalía natural. Pero no para Victor. A sus ojos, el labio leporino era un error de Dios, un error que debía subsanarse, que él subsanaría.

Pero el propio Victor había cometido también un error. Al clonar, había

provocado otra mutación, y durante cuatro años se había afanado por corregirla. Había hecho todo lo posible por detener el envejecimiento de los niños, no tanto para salvarles la vida como para eliminar su propio error y así vencer la batalla.

Eso era lo que debía de haber ocurrido. Al menos así lo entendía Cremer o así creía entenderlo. Pero ¿podía permitir que ocurriera? ¿Podía dejar que Victor Hoppe siguiera trabajando tranquilamente en aras de la investigación? ¿Podía frenar a un genio porque mostrara también signos de locura?

Esas cuestiones nunca le habían abandonado, y conocía las respuestas, pero las había ignorado de continuo, temiendo involucrarse al hacerlo, y al mismo tiempo iban aumentando el sentimiento de culpa en su interior.

Pero entonces se produjo la conversación telefónica. Primero pensó que era una broma, pero pronto se dio cuenta de que, en efecto, era la mujer. No la madre, sino la madre portadora. Pero no se lo dijo. Ésa no era su tarea. Sí, le había indicado el camino hacia Víctor. Y, al indicarle el camino, se había librado del dilema.

—Son tres. Tres niños.

Eso dijo de pronto el doctor Hoppe. Ella se encontraba en el octavo mes de embarazo. Tenía un vientre redondo como un bombo en el que, además, no cesaban de golpear. El doctor estaba realizando la última ecografía. Hasta entonces raras veces le había comunicado algo durante las ecografías. Nunca le había señalado los detalles. Esa mancha gris, decía casi siempre, pero ella sólo veía manchas negras, aunque no lo dijera. No quería parecer aún más tonta. Para ella era suficiente si al final de la ecografía él decía que todo estaba bien. Pero esa última vez dijo:

—Son tres. Tres niños.

—¿Qué?

—En su vientre crecen tres niños.

—Eso no puede ser. Es imposible. Me está tomando el pelo.

—¿Quiere verlo? Puede verlo si quiere.

Fue entonces cuando le explicó todo en detalle. Y ella lo vio y fue contándolos, mientras se sentía cada vez más mareada.

Seis ojos. Seis manos. Tres corazones. Tres corazones palpitantes. Y tres penes. Ésa fue la palabra empleada por el doctor.

—Usted me prometió una hija —articuló ella con dificultad—. Siempre dijo que sería una niña.

—Nunca dije eso. Fue usted quien se lo imaginó.

Ella tomó aliento, empezó a sudar.

—No puede ser. No puede ser.

—Eran cuatro. Primero eran cuatro. Cuatro niños.

Meneó la cabeza, sorprendida.

—Mire —dijo señalando en la pantalla los perfiles con un bolígrafo. Un ratón. O un hámster. Parecía algo por el estilo.

—Murió hace cinco meses.

Creyó que iba a vomitar. Habría querido arrojarlo todo del interior de su vientre, pero no salió nada. Sólo sintió náuseas.

Cuando el doctor quiso limpiarle el gel del vientre, estiró el brazo y le apartó la mano de un golpe.

—¡Quita! —gritó—. ¡Quítamelo! ¡Quítamelos! ¡Quítamelo todo! ¡Fuera! ¡Fuera!

—Mañana. Hasta mañana no se puede.

—¡Ahora! ¡Ahora! ¡Ahora! —Empezó a golpearse el vientre. Con los puños cerrados—. ¡No los quiero! ¡No los quiero!

Él le agarró las manos por las muñecas y se las ató a la cama con correas.

—Debe mantener la calma. Esto no es bueno para los niños.

Empezó a patalear con los pies. Retorció el cuerpo en la medida de lo posible. Gritó. Chilló.

Entonces le inyectó algo en la goma del suero.

—No hace falta que los vea mañana —le oyó decir aún—. Si no quiere, no hace falta que los vea.

Le había resultado imposible olvidar a los niños, por mucho que lo deseara, porque a lo ancho del abdomen le habían dejado una huella imborrable.

Se había convertido en una fea cicatriz. Algunos puntos habían empezado a supurar y estuvo así con ellos durante mucho tiempo, sin cuidárselos. Por vergüenza, pero también porque de ese modo quería castigarse a sí misma. Sólo acudió a urgencias cuando sintió un dolor semejante al de cien punzones clavándosele en el vientre. Para entonces ya había excedido en tres semanas el tiempo máximo que podía estar con los puntos dentro.

Dijo que había sido un aborto espontáneo. Fue una cesárea de urgencia mientras estaba de viaje en el extranjero. El médico que se los quitó le preguntó si el cirujano había sido un carnicero. Nunca antes había visto semejante chapuza. Tuvo que morderse la lengua, pero al final guardó silencio. Fue la única vez que le mostró la cicatriz a alguien.

La cicatriz seguía siendo su punto débil. Cualquier roce le producía dolor. Ya no podía llevar ropa ajustada. A menudo se le hinchaba el vientre, y por eso no había ni un solo momento en que pudiera olvidarse de que la tenía. Como si no le hubieran sacado nada de allí, sino que le hubieran metido algo que no cesaba de rozarle la pared abdominal.

Ya nunca volvió a iniciar otra relación sentimental. ¿Cómo podía gozar otra persona de su cuerpo cuando a ella misma le repugnaba? Y, mientras siguiera sola, no

tenía que darle explicaciones a nadie. Y si tenía que vivir en soledad, no le importaba.

El dinero que le había reclamado al doctor y que éste le pagó en seguida apenas le mitigó el dolor. Confió en acallar con él la voz de la conciencia. Sólo le había prestado su cuerpo, no su espíritu. Pero después se sintió como una puta. Peor que una puta.

Necesitaba el dinero para saldar deudas y para vivir, así que lo conservó y lo utilizó. De esta manera, su conciencia siguió siendo una herida supurante.

Ya había tomado un par de veces la decisión de buscar a los niños. Quería saber si estaban bien. Eso como mínimo. Sólo así podría limpiar su conciencia. Pero una y otra vez empezaba a darle vueltas a su decisión. A medida que los niños se hacían mayores, el deseo se iba haciendo más apremiante. Contaba los meses. Contaba los años.

Todos los años, el 29 de septiembre se convertía en el momento más difícil. El dolor de su vientre aumentaba de manera incesante cuando se acercaba esa fecha. El día en que los niños cumplían cuatro años tomó la decisión por enésima vez. A esa edad seguro que empezarían a preguntarse quién era su madre. A esa edad necesitaban una madre. Sin embargo, esperó unos meses. Hizo acopio de valor y por fin dio el paso.

Llegó el domingo 14 de mayo de 1989. Pentecostés. El día anterior había viajado en tren de Salzburgo a Luxemburgo, donde pasó la noche. De madrugada tomó el tren a Lieja y allí hizo transbordo para coger el expreso hasta La Chapelle; de allí salía un autobús cada hora que, entre otros lugares, paraba en Wolfheim.

Le pidió al conductor del autobús que la avisara cuando estuvieran en Wolfheim.

—¿Dónde quiere bajarse? ¿En la iglesia?

El conductor hablaba muy bien alemán, para su sorpresa.

—En la Napoleonstrasse. Estoy buscando al doctor Hoppe. El doctor Victor Hoppe.

Se había puesto de viaje al buen tuntún y no sabía si le encontraría en casa. A través del servicio de información internacional, hacía un par de semanas que había conseguido su dirección y número de teléfono, pero no llamó antes, ni siquiera para probar, sin decir nada. Tenía miedo de oír su voz. Suponía que al hacerlo ya no se atrevería a dar el paso para ir en busca de sus hijos. Incluso ahora, que había llegado tan lejos, seguía sin saber si reuniría el valor suficiente para llamar a la puerta de la casa. En cualquier caso, llevaba dinero y ropa para hospedarse un par de días en algún lugar de los alrededores, si era preciso.

—El doctor Hoppe —repitió el conductor del autobús—. Pues sí que tendrá que bajarse en la iglesia. Vive cerca.

Por un momento se quedó sin habla. No esperaba encontrar tan pronto a alguien que le conociera. Sintió que el miedo la paralizaba de golpe.

—¿Le ha visto alguna vez? —le preguntó con un hilo de voz.

El conductor negó con la cabeza.

—No, eso no. Pero he oído decir que es un médico excelente.

Habría querido preguntarle si sabía algo de los niños del doctor, pero tal vez habría tenido que dar más explicaciones y eso era algo que quería evitar a toda costa. Además, temía que la respuesta pudiera decepcionarla. Así que guardó silencio y se quedó mirando la calle por la ventanilla. Intentó no pensar en el encuentro, pero sólo lo consiguió a medias. Cada vez que el autobús se detenía en una parada, esperaba que subiera el doctor. Reconocía la sensación que había tenido hacía un par de meses cuando fue a Bonn en su búsqueda. Allí confiaba en tropezarse con él de pronto, en cualquier calle o en una tienda, pero ahora que podía suceder de veras de un momento a otro, ya no lo deseaba.

El autobús salió de Kelmis. Antes habían pasado por los pueblos de Montzen y Hergenrath.

—En seguida llegaremos a Wolfheim —le informó el conductor mirándola por el espejo retrovisor.

Ella asintió con la cabeza.

—Habla usted muy bien alemán —le hizo notar, confiando en que una charla la distrajera un poco—. Yo creía que en Bélgica sólo se hablaba francés y neerlandés.

—En esta parte del país casi todo el mundo habla sobre todo alemán —dijo el conductor—, pero muchos saben también francés y algunos hablan incluso neerlandés. Las lenguas y las fronteras llevan aquí siglos mezclándose. ¿Conoce usted el Punto de los Tres Países?

Ella negó con la cabeza.

—Está a un par de kilómetros de aquí. En la cumbre del Vaalserberg. Allí confluyen en un punto las fronteras de Bélgica, los Países Bajos y Alemania. No debería perderselo. Si se queda en el autobús, pasaremos por allí. Voy hasta la confluencia de los tres países y luego doy la vuelta. Así podrá bajarse en Wolfheim en el trayecto de regreso.

—Otra vez quizá —dijo ella sonriendo—. Hoy tengo poco tiempo.

No tenía ni idea de cuánto tiempo tenía o necesitaría. Ni siquiera sabía ya qué iba a decir cuando viera al doctor, aunque en las pasadas veinticuatro horas, durante el largo viaje en tren, estuvo ensayando más de una frase introductoria.

El autobús giró a la derecha y pasó por delante de un cartel con el rótulo de Wolfheim. La carretera estaba pavimentada con adoquines y las ruedas del coche se deslizaban por encima con una cadencia rítmica. Por el parabrisas apareció la torre de una iglesia.

—Allí está la parada donde tiene que bajarse —dijo el conductor del autobús mientras disminuía la velocidad.

Ella empezó a abotonarse la chaqueta. El conductor seguía sus movimientos por el espejo retrovisor.

—Hace algunos meses ocurrió aquí un triste accidente —comenzó a hablar—. Un colega mío atropello a un muchacho.

Sintió que palidecía. Éste era el tipo de noticia que siempre había temido, pero en la que había intentado pensar lo menos posible. Estaba segura de que se trataba de uno de sus hijos y de que, por tanto, había llegado demasiado tarde. Se quedó congelada. Llegó a oír las palabras que pronunció a continuación el conductor, pero apenas les prestó atención.

—Desde entonces mi compañero no ha salido de casa. Ya no se atreve a conducir. De momento estoy sustituyéndole.

El autobús giró a la derecha y se detuvo.

—Ya hemos llegado —dijo el conductor mientras se abrían las puertas—. Allí está la casa del doctor.

Señaló con el dedo a través del parabrisas una casa alta un poco más adelante.

Ella asintió de manera mecánica. Se levantó del asiento, cogió la maleta y fue

arrastrando los pies hasta la salida.

Acababa de llover y una brisa le rozó la cara. Se alzó el cuello de la chaqueta y esperó, mirando el suelo de soslayo, hasta que el autobús reanudó la marcha. Cuando el sonido del motor ya casi se había desvanecido, se percató del clamor de unos niños que estaban jugando. Se volvió y vio un poco más allá, al otro lado de la calle, a un grupo de niños que saltaban en un charco. Eran cuatro y les echó unos cinco años, quizá algo menos. Durante un minuto siguió mirando a los niños sin moverse, mientras escuchaba sus voces. Entre los chillidos captó algunos nombres: Michel, Reinhart. Sintió cómo le latía el corazón y respiró hondo. Dejó que el aire de sus pulmones saliera despacio por la nariz. Igual de despacio se puso entonces en movimiento. Las ruedas de la maleta que llevaba tirando detrás hacían un sonido repiqueteante. Continuó hasta que sólo tenía que cruzar la calle para llegar hasta donde estaban los niños.

Entonces los reconoció, aunque no los hubiera visto nunca. Soltó la maleta y se llevó las manos a la boca. Los niños se parecían como dos gotas de agua. La estatura. La actitud. La forma del rostro. Y llevaban el mismo anorak azul y la misma gorra de lana, lo que acentuaba el parecido. Pero sólo eran dos. No tres. Comenzó a marearse. Y en ese instante, mientras todo empezaba a darle vueltas como en un tiovivo, uno de los chicos la miró y, de repente, todo se detuvo, como si alguien en algún lugar sólo necesitara tirar de una palanca para poner en movimiento ese tiovivo o hacer que se parara.

El muchacho tenía sus mismos ojos. Lo vio como en un destello. Sus mismos ojos grandes, con la enorme cantidad de blanco tan característica alrededor de los iris oscuros.

Soltó la maleta como si se encontrara en trance y cruzó la calle.

—¡Es culpa mía! ¡Todo es culpa mía!

Seguro que gritó algo por el estilo. Entonces cogió las manos de uno de los dos niños, las apretó entre las suyas y se hincó de hinojos para mantener los rostros a la misma altura y poder mirarle directamente a los ojos.

—¡No tendría que haberos dejado solos! —Algo así dijo. O—: ¡No tendría que haberos abandonado!

De otra frase sí que estaba segura:

—¡Lo siento! ¡Lo siento!

Pero no recordaba cuándo la había dicho. Quizá cuando el niño intentaba soltarse y empezó a gritar. Quizá cuando se disculpó ante las mujeres.

—¡Suéltele! —le gritó la primera mujer que llegó corriendo—. ¡Suéltele!

—¡Soy su madre!

—¡Usted está loca!

Una segunda mujer se les unió y exclamó:

—¡Suelte a mi hijo! ¡Suelte a mi hijo, por Dios!

La mujer le dio un empujón que la hizo caer de espaldas en el charco, obligándola a soltar al niño.

—Michel, Marcel, a casa. ¡Y llevaos a Olaf y a Reinhart!

Ella tendió aún los brazos, pero los niños ya se habían ido. Después se deshizo en lágrimas, sentada en el suelo, en el charco de agua. Fue también entonces cuando se dio cuenta de que se había equivocado.

—¡Lo siento! ¡Lo siento!

Luego dijo de todo. Se explicó. Y por fin se levantó con dificultad.

—Tengo que ir a ver al doctor —fueron sus últimas palabras.

Hubo de llamar hasta tres veces para que se abriera la puerta de la calle y saliera el doctor Hoppe. Su aspecto, que había intentado olvidar durante todo este tiempo, volvió a provocarle tal repugnancia que de forma inesperada se le vinieron a la cabeza todas las veces que la había tocado y le había metido los dedos dentro.

Se había propuesto no empezar a hablar en seguida de los niños. Esta vez sería más precavida, no se dejaría llevar como acababa de hacerlo ahora.

El doctor la examinó con una rápida mirada. Su rostro no reveló reacción alguna. Quizá no la reconociera.

—Herr Doktor —comenzó. Al oírse la voz, notó lo nerviosa que estaba. Habría querido que reflejara firmeza, pero sonaba como la de un niño que venía a mendigar.

—Herr Doktor —dijo de nuevo, con algo más de resolución—, quiero hablar con usted... tengo que hablar con usted.

Se dio cuenta entonces de que no se había presentado.

—Ya no paso consulta, señora. Por ahora no.

Su voz fue para ella como el sonido que producen las uñas cuando arañan una pizarra. Hizo una mueca mientras apartaba la mirada. Luego meneó la cabeza y volvió a mirarle.

—Es urgente —dijo—. No puede esperar. —Tiritaba, pero no hizo ningún esfuerzo por ocultarlo.

—Pase un momento —dijo él.

Mientras le seguía por la senda del jardín, iba aumentándole la ira. Había estado en su casa meses enteros tumbada en una habitación y ahora ni siquiera la reconocía. Y eso cuando apenas había cambiado en todos estos años. Su estupendo cutis, el pelo corto, incluso tenía el mismo peso que cuando dio a luz; nunca logró perder los diecinueve kilos que había cogido.

«Estaba fingiendo —pensó entonces—. No podía ser de otra forma. Quería hacerla creer que nunca se habían visto. Despacharía todo como una quimera para

poder quedarse de esa manera con los niños. Ese era su propósito. Pero no lo conseguiría. Esta vez no.»

—¿Por qué finge usted no conocerme? —le preguntó después de que cerrara la puerta a sus espaldas. El apenas se había vuelto.

Él se asustó. Ella lo vio. Pero él no dijo nada.

—Sabe por qué estoy aquí —continuó ella—. Por eso lo hace.

Vio que se sentía arrinconado. Ahora debía seguir adelante.

—Soy su madre y, por tanto, tengo el derecho de ver a los niños.

—Usted no es su madre —dijo entonces.

Su intuición no la había engañado. Quería hacerla creer que todo eran imaginaciones suyas.

—¿Cómo se atreve? —alzó la voz—. ¿Cómo se atreve a mentir después de todo lo que me ha hecho?

—Yo no miento, señora —le respondió con una calma que la excitó aún más—. Ellos no tienen madre.

—¡Está mintiendo! ¡Usted miente siempre! ¡Intenta hacer como si yo no existiera! ¡Quiere quedarse con los niños!

Alzó la voz adrede, confiando en que los niños la oyeran y aparecieran.

—¡Usted me mintió desde el primer día! Y ha seguido haciéndolo desde entonces. ¡Ya no me creo lo que pueda decir! ¡Quiero ver a mis hijos! ¡Ahora! ¿Me oye? ¡Quiero ver a mis hijos ahora!

Le llamó la atención la manera como el doctor intentaba evitar su mirada. Ni siquiera se atrevía a mirarla a los ojos. Eso demostraba que estaba mintiendo.

Entonces accedió.

—¿Quiere verlos? Puede verlos. Si es eso lo que quiere, entonces podrá verlos.

Se quedó callada. De pronto ya no sabía qué decir. No esperaba que diera su brazo a torcer tan pronto. Todo el coraje que acababa de mostrar había desaparecido de golpe y allí estaba de nuevo el miedo que la había acompañado durante todo el viaje.

El doctor se adelantó y pasó rozándola. En esta ocasión fue ella quien no se atrevió a mirarle.

—Sígame —le dijo mientras empezaba a subir la escalera—. Podrá verlos —volvió a oírle decir entonces de nuevo, murmurando, como si estuviera hablando para sí—. Pero usted no es su madre.

La llevó a ver a los niños como ella le había pedido. Abrió la puerta con la llave y le dijo que podía entrar. Ella le tendió una mano.

—La llave. Quiero la llave. No quiero que me encierre.

Él se preguntó por qué tendría que encerrarla y por qué ella pensaba que querría hacerlo. No obstante, le entregó la llave, que se le cayó de las manos casi al mismo

instante de entrar en la habitación, así que él tuvo que volver a recogerla. Vio que se puso a hiperventilar y aguardó hasta que recuperó la respiración. Luego le preguntó qué les pasaba a los niños. Si estaban enfermos.

—Algo así —respondió él.

Ella señaló la cama sin hacer. Le temblaba la mano.

—¿Dónde está...?

—¿Miguel?

A él se refería. Se lo dijo, la verdad, y ella respondió que no podía ser cierto.

—No puede ser. No puede ser. Está usted mintiendo.

No mentía. De eso estaba seguro.

—¿Cuándo? ¿Desde cuándo? —preguntó ella entonces.

No pudo decírselo con exactitud, pero le dio una fecha aproximada. Por tanto, no era una mentira.

—Hace algunos días. Más o menos.

—¡Está mintiendo! ¡Está mintiendo! ¡Está mintiendo!

Se puso a gritar, cada vez más alto, y él no comprendía por qué. Por eso decidió darle más explicaciones.

—No estoy mintiendo, señora. Y ellos —señaló a los otros dos niños— también van a morir.

Eso sí que se lo creyó, porque preguntó cuánto tiempo les quedaba a los muchachos.

—Un par de días. Quizá una semana.

—¡No es verdad! —exclamó—. ¡Diga que no es verdad!

Sí era verdad.

Entonces empezó a llorar y, mientras miraba las sacudidas de sus hombros estremeciéndose, se preguntó por qué se ponía a llorar así. Al fin y al cabo, ella no era su madre.

—¿Puedo quedarme un momento a solas con ellos?

El doctor se encogió de hombros y asintió. Luego dio media vuelta y salió de la habitación. Cerró la puerta a sus espaldas, pero no la cerró con llave. En realidad, ella no se habría disgustado si la hubiera encerrado. Quizá se mereciera el encierro: como penitencia por haber dejado a los niños durante todo este tiempo abandonados a su suerte, aunque tal vez fuera un castigo demasiado blando.

Tomó aliento y lo soltó despacio, con los ojos cerrados. Había estado vociferando como una posesa, fue consciente, y en presencia de los niños. Debía disculparse. También por eso. Había tantas cosas por las que debía disculparse que ya no sabía con qué debía empezar.

Volvió a abrir los ojos. En ningún momento pensó que todo hubiera sido un

sueño. El penetrante olor resultaba demasiado real para un sueño. Ya lo había oído cuando el doctor Hoppe abrió la puerta y ella aún se encontraba en el rellano. El hedor era tan intenso que te quitaba el aliento. Era un hedor denso, casi tangible.

Los dos niños estaban sentados en una sola cama con una camisa de manga corta. La cama del centro. En la cama de la izquierda habían estado durmiendo, las sábanas estaban revueltas, la cama de la derecha se encontraba sin ropa, el colchón mostraba en el centro una mancha amarillenta que iba corriéndose hasta los bordes.

Hubo de obligarse a mirar a los niños y de nuevo se le vino a la cabeza lo que se le había ocurrido poco antes: «papel maché». Sus cabezas parecían de papel maché. Sólo la clara mirada de los ojos mostraba que había vida en los niños. No se reconoció a sí misma en esa mirada. No se reconocía en ningún rasgo del rostro. Nariz, boca, orejas, barbilla, mandíbula, todo era muy distinto de lo que tantas veces había visto en el espejo. También la piel, los niños no tenían su estupendo cutis. Al contrario. La enfermedad los había deformado. No podía ser de otro modo.

«Debía decir algo», pensó. Los niños parecían petrificados. Quizá tuvieran miedo. Dio un paso adelante y dijo:

—Siento haber gritado.

Respiró un momento por la nariz, lo que hizo que el terrible hedor volviera a hacerse tan penetrante. Miró rápido a su alrededor, buscando su procedencia. Mientras examinaba la habitación le llamó la atención que las paredes estuvieran desnudas. Sólo aquí o allá colgaban tiras o jirones de papel pintado, casi siempre sólo la capa inferior descolorida del mismo, por lo que estaba claro que el papel no había sido despegado antes con agua de la pared, sino que lo habían arrancado. En un par de jirones podían verse aún manchas y franjas negras, como si alguna vez hubieran dibujado o escrito encima. Se preguntó si el papel se habría despegado de la pared debido al moho y a la humedad, pero no vio manchas oscuras en ningún rincón de la habitación. Tampoco el olor que percibía era de moho.

Se acercó a los pies de la cama, donde seguían los niños sentados, el uno al lado del otro, sin emoción alguna en los rostros, como viajeros esperando el autobús. Incluso sin respirar por la nariz, olía ahora la pestilencia que parecía provenir en vaharadas de la cama, las sábanas, las mantas, de los propios niños.

Sintió que se estaba mareando, y sabía que acabaría con los huesos en el suelo si no huía del hedor. También sabía que si se marchaba todo habría terminado; todas sus oportunidades de hacer algo por ellos, por ella misma, por el resto de su propia vida.

Miró a los niños. A sus hijos. Entonces actuó a toda prisa, con la respiración contenida y sin pensárselo. De dos zancadas alcanzó la cama, tiró de las sábanas y de las mantas, pesadas y húmedas. El bajo vientre de los dos niños estaba desnudo, escuálido y en gran parte cubierto por la mierda que se les había quedado pegada, densa y marrón.

Aupó a uno de los niños y fue como si no tuviera nada en las manos. También eso le resultó un duro golpe, pero no la detuvo. Nada podía detenerla. Aupó al segundo niño, con un solo brazo que le deslizó por detrás, bajo la axila. Tenía la sábana bajera pegada al culo y, cuando se soltó, produjo un ruido semejante al de una rasgadura.

Entonces salió de la habitación corriendo, con los dos niños en brazos. Ni siquiera miró dónde estaba el doctor, y, si éste se hubiera cruzado en su camino, habría pasado por delante de él, sin reproches ni gritos, porque mientras iba abriendo una a una las puertas del pasillo, ya tenía asumida toda la responsabilidad. Si no los hubiera rechazado, no habría pasado esto.

Estaba plenamente convencida. Había sido culpa suya. Toda la culpa recaía en ella.

En el cuarto de baño, fue derecha a la bañera y metió a los niños dentro. Les quitó las camisetas, cogió el mango de la ducha y abrió el grifo del todo para que el agua saliera con fuerza. Puso la mano debajo y empezó a respirar de nuevo. Con sigilo, fue invadiéndole una enorme pereza.

—Lo siento mucho, lo siento mucho —empezó entonces a llorar.

Como pajaritos recién salidos del huevo. Fue lo que pensó mientras los secaba. No sólo porque parecieran tan vulnerables, tan quebradizos, tan desvalidos, sino también porque eran rosados y lampiños y tenían exceso de piel. Y porque los grandes ojos saltones llenaban casi por completo sus rostros consumidos. Y porque las bocas se abrían y cerraban constantemente en busca de aire como si fueran picos. Esto último lo hacían con ansia, como si durante todo este tiempo hubieran estado conteniendo la respiración al mínimo a causa del hedor.

Mientras los duchaba, no mostraron reacción alguna. Ni lloraron, ni gritaron, ni se resistieron. Pero tan pronto como hubo terminado de secarlos, fueron renaciendo poco a poco. Revivieron casi de forma literal. Con cautela, realmente como si estuviera recogiendo crías de pájaros caídos del nido, fue sacándolos por turno de la bañera y colocándolos sobre un taburete, porque las piernas no los sostenían. Con mucho cuidado, sólo con la punta de sus dedos, fue eliminando del quebradizo cuerpo de los niños el agua con una toalla. Los tocara donde los tocara sólo sentía huesos por todas partes.

Un par de días. Quizá una semana.

La voz del doctor seguía resonando en su cabeza.

—Todo va a salir bien —dijo en un intento de conjurar la voz—. Todo saldrá bien. Ya estoy aquí. Estoy aquí.

Como náufragos que volvían en sí, empezaron a respirar.

Y entonces uno de los niños dijo:

—¿E-Mi-guel-en-el-ce-lo?

Una voz que sonó como cristal pisoteado.

—¿Que si Miguel está en el cielo? —repitió para ganar tiempo y así poder pensarse mejor la respuesta. ¿Sabían los niños que su hermano estaba muerto? ¿Le habían visto morir? ¿O se lo había llevado el doctor antes de que hubiera llegado el momento?

Decidió decirles la verdad. Quizá después no les fuera tan desagradable su propia muerte. Por eso añadió un poco más de información.

—Sí, Miguel está en el cielo. Os está esperando allí.

No vio tristeza o miedo en sus ojos. Los niños sólo asintieron. Para ella fue más difícil controlar las emociones. Buscando distraerse, les preguntó cómo se llamaban.

—Ga-briel.

—Ra-fa-el.

Los nombres le sonaron extraños, al igual que el de Miguel. Ella nunca los habría llamado así. Durante todos esos años se había estado inventando nombres y por fin se había quedado con Klaus, Thomas y Heinrich. Klaus, Thomas y Heinrich Fischer, porque desde luego llevarían su apellido.

—Yo me llamo Rebeca —dijo—. Rebeca Fischer.

También le habría gustado decirles que era su madre, pero no lo hizo para no confundirlos demasiado. Ya se lo contaría más tarde, cuando se hubieran acostumbrado más a ella. Primero tendría que hacerles ver que ella no los abandonaría a su suerte. Como el doctor.

¿Cómo podía? ¿Cómo podía?

Mientras buscaba pijamas limpios en el dormitorio, le vino a la cabeza la respuesta. No los quería. Era eso. No los quería porque no eran sus hijos. Porque eran los hijos de ella. Por eso los tenía tan desatendidos. Esa idea la reforzó más en su convencimiento de que no debería haber renunciado nunca a los niños. Era el mayor error que había cometido en su vida y ya no podría subsanarlo. Lo único que podía hacer ahora era cuidarlos, cuidar a los dos que aún quedaban. Y durante el tiempo que les restara.

Vistió a los niños. Calzoncillo. Camiseta. Pijama. Con cuidado y ternura. Como hacía de pequeña con sus muñecas. Habría preferido llevárselos, pero no sabía a dónde. ¿A casa? Estaba demasiado lejos y ellos se encontraban demasiado débiles. ¿Al hospital? Si lo hacía, probablemente los perdiera al instante y para siempre. Después de todo, ¿cómo podría creer nadie que ella fuera su madre? ¿Si ni siquiera los niños la habían visto u oído nunca? La acusarían de negligencia a ella, no al doctor. Y no podría ni querría rebatirlo. Pero ahora cuidaría a los niños, para que nadie pudiera reprocharle que incluso en sus últimos instantes había dejado abandonados a sus hijos.

—¿Os gustaría que me quedara con vosotros? —les preguntó para estar más

segura.

Se encogieron de hombros. Eso la decepcionó. Se esperaba que los niños fueran a agradecerse.

No obstante, decidió quedarse.

Fue también lo que le dijo poco después al doctor. Acostó en otra habitación a los niños, que casi se le habían quedado dormidos en los brazos, y bajó a buscarles comida. Sopa de bote. De una de las muchas latas vacías que había en la encimera, que desbordaban el cubo de la basura y que estaban esparcidas por el suelo. Entonces le llamaron la atención las moscas. Revoloteaban por todas partes, incluso en las inmediaciones del doctor, que ni siquiera se molestaba en espantarlas.

—Quiero saber qué pasa exactamente —empezó a hablarle, ignorando la basura y las moscas.

—¿Qué exactamente? ¿Qué quiere usted saber exactamente?

De inmediato, le puso de los nervios el hecho de que siguiera tan calmado.

—Su enfermedad. ¿Qué tienen?

—Los telómeros eran demasiado cortos.

—¡En cristiano normal, doctor, en cristiano!

Entonces le contó todo, pero lo único que ella comprendió fue que los niños envejecían muy deprisa, que cada año de sus vidas equivalía a diez o quince años de una vida normal. No supo cómo le vino a la cabeza, pero ante sus ojos apareció la imagen de una manzana que llevaba semanas pudriéndose en un frutero. Tal vez por el olor que había en la cocina.

El doctor recalcó que el proceso era irreversible.

—¿Quién lo dice? ¿Los especialistas? —preguntó ella.

—¿Duda usted de mí? —Lo dijo con un tono de voz que parecía como si le hubiera herido.

—¿Cómo se atreve a preguntarme eso? —exclamó indignada—. ¿Cómo se atreve a preguntármelo después de todo lo que me ha hecho?

El no reaccionó. Tampoco es que ella lo esperara.

—Me quedo —dijo—. ¿Oye lo que le digo? ¡Me quedo! ¡Ya no volveré a dejarlos solos! —Y, como él seguía callado, fue más allá de lo que había pensado en un principio—. Y no quiero que se les acerque. ¡Se lo prohíbo! ¡Ya ha hecho usted bastante mal! ¿Me oye? ¡Ya ha hecho usted bastante mal!

Haber dicho esto, que se hubiera atrevido a decirlo, fue un alivio, aunque no sabía cómo podía o debía cuidar a los niños. En la mirada del doctor vio que se había quedado perplejo. Así pues, por fin había comprendido que esta vez no iba a permitirle jugar con ella.

Él se preguntó por qué le había acusado de hacer el mal. A fin de cuentas, él sólo

había hecho el bien. Había reflexionado mucho al respecto, eso sí, pero al fin había hecho lo que se esperaba de él. Había dejado de darles comida y así había dejado su suerte en manos de Dios. Después de todo, estaba claro que Dios así lo había querido, ya desde el principio, y él no había podido impedirselo por mucho que lo hubiera intentado durante todos estos años. Y desde el momento en que entregó a los niños era cuestión de Dios decidir cuándo se llevaría sus vidas. Que lo prolongara y que no se llevara a los tres a la vez era la decisión de Dios. Así pues, el mal era Suyo. Sólo Suyo. Él no podía hacer nada. ¿Por qué le acusaba la mujer entonces? ¿Era quizá ella misma el mal?

Tan pronto como el doctor salió de la cocina, ella recogió todas las latas vacías. Lo metió todo en bolsas de basura y las dejó fuera, junto a la puerta de la calle. Después buscó alimentos frescos, pero lo único que encontró fue más comida enlatada, un poco de pan duro y un par de botellas de leche.

Calentó sopa de verduras y regresó con los niños. Se quedaron un tanto sorprendidos de su llegada, como si ya hubieran olvidado que hacía una hora les había rescatado de una terrible situación. Mantenían la mirada fija en ella mientras los alimentaba, cucharada a cucharada, boca a boca. A los niños les costaba tragar, pero parecían estar tan hambrientos que no rechazaron ningún bocado.

—Comed, comed, así os haréis fuertes —les decía.

Cuando terminaron, los llevó a la cama, aunque aún tenía muchas preguntas, y tan pronto como se quedaron dormidos se dirigió a la habitación que había descubierto mientras buscaba otra cama para los niños.

Era un aula con pupitres, una mesa de profesor, una pizarra y un mapa de Europa colgado en la pared. Lo examinó todo asombrada y empezó a husmear dubitativa. En el cajón superior de la mesa encontró tres cuadernos con los nombres de los niños escritos en la tapa de cada uno. Los hojeó. Las letras eran difíciles de leer, pero la sorprendió lo que pudo descifrar. Resultaba que los muchachos ya sabían escribir y hacer cuentas. Vio palabras de dos, tres y más sílabas. Incluso frases que a veces ocupaban todo el ancho de una página, y no sólo en alemán, sino también en otra lengua que ella no conocía. Ya sabían también sumar y restar, con números superiores a diez, a cien incluso.

Todo eso le pareció extraño pero especial, e incluso se preguntó cómo ella, que ni siquiera había conseguido el título de bachillerato, había podido engendrar unos niños tan inteligentes. Pero pronto se sintió orgullosa, justo por eso, por haber conseguido engendrar unos niños tan inteligentes.

Sin embargo, le habían surgido preguntas. ¿Quién les había dado clase a los niños? No podía imaginarse al doctor enseñándoles. Por lo demás, le pareció extraño que los niños hubieran recibido esa atención. ¿Por qué se había gastado el dinero si

no le importaban un bledo?

En una biblia infantil encontró una respuesta posible a la primera pregunta. La biblia estaba en el cajón inferior de la mesa. Hacía años que no veía una biblia, pero aún recordaba algunas historias que le habían leído en el colegio, como la del arca de Noé y la historia de Jesús y Zaqueo. Ella era creyente, pero sólo a rachas, cuando le convenía. La primera vez que se quedó embarazada se lo agradeció a Dios, y cuando tuvo el primer aborto le maldijo. Al mismo tiempo, cuando el feto la dejó abandonada en el dolor y la pestilencia, le imploró para que la ayudara.

Lo mismo la segunda vez. Primero gracias por el milagro de Dios. Después, cuando nacieron los niños, el reniego por haber vuelto a dejarla en la estacada. Luego acudió un par de veces a una iglesia o a una capilla para encender algunas velas, no para su consuelo, sino para el de los niños a quienes había abandonado. Pero eso tampoco la ayudó. ¿Qué clase de Dios era ese que hacía sufrir incluso a los niños? Eso pensaba mientras hojeaba la biblia infantil y pasaba la mirada por las láminas a color. Entonces descubrió el nombre. Al final del libro, con una letra elegante y fluida. Leyó el nombre un par de veces en voz alta. ¿Era ella quien les había dado clase a los niños? Si era así, quería conocerla. Tan pronto como fuera posible.

Cuando los niños se despertaron, se lo preguntó. No en seguida, porque primero tuvo que volver a limpiarlos.

—No importa, no pasa nada —les dijo al ver que se avergonzaban por no haber podido contenerse. Sábanas limpias, ropa limpia. Como si todo empezara de nuevo. Pero el hedor no era tan intenso.

—¿Sabéis quién es Charlotte Maenhout?

Los dos asintieron.

—¿Os ha dado clase?

De nuevo una inclinación de cabeza.

—¿Dónde está? ¿Dónde vive?

—En... el... ce... lo —articuló Gabriel con dificultad.

La respuesta la sorprendió.

—¿Está muerta?

Lo dijo antes de darse cuenta de lo doloroso que podría llegar a sonar.

—Es... un... án... gel —respondió Gabriel.

—¡Miguel también! ¡Miguel también! ¡Mira! —alzó Rafael de pronto la voz. Con un acto reflejo, el muchacho levantó la cabeza y puso los ojos como platos, como si estuviera viendo a su hermano muerto ante sí. Al instante siguiente pareció como si se le hubiera quedado algo clavado en la garganta. Empezó a ahogarse como un pez fuera del agua.

—¡Rafael! —gritó ella, presa del pánico. Quería cogerle, pero no se atrevió—. ¡Rafael! ¡Rafael!

Entonces salió de la habitación.

—¡Herr Doktor! ¡Herr Doktor! —Bajó la escalera corriendo—. ¡Herr Doktor!
Abrió la puerta de la consulta al llegar abajo.

—¡Rafael! —exclamó—. ¡No puede respirar! ¡Se está muriendo!

El doctor asintió.

—¡Tiene que hacer algo! —gritó—. ¡Ayúdele! ¡Ayúdele!

Volvió a asentir y entonces se puso en movimiento. Pero despacio. Muy despacio. Ella salió de nuevo disparada hacia arriba, confiando en espolearle, y se detuvo junto a la puerta de la habitación. El doctor subía por las escaleras. Peldaño a peldaño. Ella se asomó a la habitación y vio que Rafael estaba tendido de espaldas sobre la cama. Tan pronto como el doctor llegó arriba, se apartó de la puerta para dejarle pasar. Oía su propia respiración. Su propio corazón.

El doctor se inclinó sobre Rafael y le cogió la muñeca. Temerosa, se llevó las manos a la boca. Parecía que hubieran transcurrido minutos antes de que bajara el brazo. Después se volvió hacia ella.

—Todavía no ha llegado su hora. Dios le seguirá atormentando un poco más.

Durante la noche y el día siguiente apenas se apartó del lado de Rafael y de Gabriel. Se sentó en una silla junto a la cama y los estuvo velando. Los muchachos durmieron casi sin interrupción y, mientras dormían, parecían muy intranquilos. Movían las manos de continuo, como si intentaran subir por algún sitio. También respiraban con dificultad. Con tanta dificultad que tan pronto como uno dejaba de producir sonido, ella temía que hubiera dejado de respirar. De vez en cuando les limpiaba la saliva de la boca y la barbilla. De vez en cuando les secaba el sudor de la frente. De vez en cuando los tocaba sin más, sólo por tocarlos.

En las horas de espera intentó leer la Biblia, pero era incapaz de concentrarse. La mirada se le iba de continuo hacia Rafael y Gabriel, aunque la tristeza y el remordimiento fueran enterneciéndola cada vez más.

Los chicos se despertaron en un par de ocasiones. Los cambió y les dio algo de beber. Un poco de leche, un poco de sopa o algo de pan que mojaba en la sopa, pero apenas comían o bebían. Migas de pan, cucharaditas de leche o sopa.

—Vamos, comed un poco, comed un poco —decía, pero su insistencia no servía de nada.

Parecía como si el tragar les hiciera daño, al igual que cuando se incorporaban. Incluso tuvo la impresión de que les costaba abrir los ojos.

En muy poco tiempo se había producido en ellos un deterioro mucho mayor del que ella jamás habría imaginado.

Un par de días. Quizá una semana.

Cuanto más tiempo pasaba, tanto más se desesperaba. Lo notó también en el dolor

de su vientre. Al igual que antes, sentía la necesidad de darse puñetazos en la tripa, como si con ello pudiera deshacerlo todo y así tranquilizarse. En un momento determinado, deseó incluso poder coger a los niños, así como estaban allí tumbados, y volver a metérselos en el vientre para poder parirlos de nuevo y así devolverles la vida otra vez.

Esperó el instante en que pudiera contarles que era su madre. Tenía la sensación de que debía contárselo, pero cada vez que llegaba ese momento dudaba. Quizá los niños no quisieran saberlo, quizá se hubieran formado una imagen de cómo había sido su madre y se decepcionarían, igual que ella se había formado también una imagen de ellos durante años para descubrir por fin que eran distintos, muy distintos. Pero no estaba decepcionada. Y tal vez ellos tampoco llegaran a estarlo.

Se lo dijo al final de ese lunes. No había visto al doctor ni una sola vez. No se había dejado ver. Se quedaba el día entero en el piso de abajo, casi siempre en la consulta o en una habitación anexa. A las cinco había tenido visita. Un hombre y una mujer. Oyó las voces, pero no lo que decían.

Cuando el hombre y la mujer salieron de casa, los niños se despertaron. Les dio un poco de agua y les limpió la cara con una manopla. Los dos estaban ardiendo.

—Tengo que contaros algo.

No sabía si le estaban prestando atención. Tenían los ojos abiertos, pero no parecían mirar a ningún sitio.

—Soy vuestra madre.

Al decirlo, se sintió aliviada. Como si hasta ese instante no hubiera sido realmente su madre. De forma maquinal, se acarició el vientre con la mano mientras miraba a sus hijos.

No había esperado muchas reacciones de ellos, pero sí algo, algo pequeño, un movimiento de cabeza o una ligera sonrisa, no necesitaba más.

—Vuestra madre —repitió.

Ojalá hubiera podido estar segura de que la entendieron. Eso habría sido suficiente.

Tal vez no la creyeran. Tal vez el doctor les hubiera contado que no tenían madre, como le había dicho a ella. O es que ya ni siquiera eran capaces de captar el sentido de sus palabras. Eso sería mucho peor.

Tan aliviada como acababa de estar hacía escasos momentos, así de sombría se sentía ahora. No era su madre. Nunca lo había sido, porque nunca había estado allí a su lado. En ese sentido, el doctor tenía razón.

Volvió a mirar a los niños. Se quedaría velándolos una noche más. Una noche más quería estar sola con ellos. Eso sí era posible. Eso sí que podía permitírselo. Una noche más. Y luego buscaría ayuda. Entonces los perdería para siempre y sufriría su castigo. Con resignación.

Habían esperado que el doctor pusiera de patitas en la calle a la mujer en un abrir y cerrar de ojos. El que la dejara entrar ya les supuso una sorpresa.

—Debemos prevenirle contra ella —había dicho María Moresnet, que había prohibido a sus dos hijos salir a la calle hasta que no se hubiera marchado la mujer.

—¡Ay, pronto se dará cuenta de que no carbura bien! —había reaccionado Rosette Bayer, apaciguando—. Vamos a esperar y ya veremos.

No volvieron a verla hasta pasadas dos horas, que fue cuando apareció por la puerta de entrada de la casa.

—Allí. Mira. Allí está.

Dejó algunas bolsas de basura junto a la puerta y volvió a entrar. Rosette y María se quedaron estupefactas.

Una hora después tomaron la decisión de llamar al doctor por teléfono. María marcó el número y, por suerte, lo cogió, porque últimamente varios lugareños habían intentado contactar con él en vano.

Le dijo sin rodeos:

—Herr Doktor, debe tener cuidado con la mujer que ha entrado en su casa. Anda diciendo cosas. Afirma cosas. Estuvo molestando a mis hijos.

—¿Es cierto?

—Primero creía que mis hijos eran los hijos de usted. Dice que es su madre. Pero eso no es cierto. Eso no es cierto, ¿verdad?

—No, eso no es cierto. Ella no es su madre.

—Ya decía yo. Pero no debería dejarla con los niños.

—Está con ellos y se quedará con ellos. Es lo que dice.

—Tenga cuidado. Hará más mal que bien.

Por un momento no hubo más que silencio al otro lado de la línea.

—Lo tendré en cuenta —dijo por fin el doctor, para después colgar.

En el café Terminus no se dejó de hablar durante las horas siguientes de la mujer que había aparecido como de la nada, según decía María. Pronto se llegó a un consenso, y era que el doctor Hoppe la conocía, porque de lo contrario nunca la habría dejado sola con sus hijos. Pero no era su madre, por mucho que ella dijera.

—En mi opinión, no puede tener hijos y por eso se imagina de todo —dijo León Huysmans, que había leído en algún lugar que un deseo sin cumplir podía hacerle perder la cabeza a una mujer.

—Esas cosas no pueden hacerle nada a una mujer —dijo María—. Eso es por las... cómo se llaman...

—Hormonas. Las hormonas —dijo León Huysmans.

—A ésas me refiero. Y en ella están desmandadas del todo. Llegó a decir que no

había intervenido ningún hombre. Idiota de remate. Pero, bueno, imagínatelo, en cualquier caso sería fantástico que las mujeres ya no necesitáramos a los hombres para tener hijos. Entonces tendríamos el mundo para nosotras solas.

—¡Tú no podrías pasar ni un día sin un hombre, María! —la frenó Jacques Meekers.

—¡Lo haría sin problemas, Jacques, sin problemas!

—Creo que en el futuro podrá conseguirse —dijo León Huysmans—. Todas las mujeres podrán tener hijos sin necesidad de los hombres. En Estados Unidos están ya muy adelantados con ese asunto.

—En Estados Unidos todo es posible —dijo René Moresnet.

—¡Entonces allí las mujeres conciben sin mácula! —exclamó Meekers partiéndose de risa.

—¡Meekers, compórtate! —reaccionó María, pero ella tampoco pudo contener la risa.

La puerta al abrirse y cerrarse hizo que todo el mundo alzara la vista. Lothar Weber se había levantado y se había marchado sin decir nada. René Moresnet vio por la ventana cómo cruzaba la calle con la cabeza gacha.

—Habríamos hecho mejor callándonos —dijo el dueño del café—. ¿Cómo reaccionarías tú si de repente tuvieras que ir por la vida sin hijo y a tu alrededor sólo se hablara de hacer niños y de tener niños?

—Creía que estaba mejor —dijo Jacques Meekers—. Volvía a reírse como antes.

—Esas cosas siempre siguen ahí, Jacques. Mira su mujer.

Meekers asintió, pero guardó silencio. Vera Weber había estado yendo al doctor casi todas las semanas durante los meses pasados. Tenía una depresión, lo sabía todo el mundo, pero nadie pronunciaba la palabra en voz alta. A lo sumo, se decía que había caído en un pozo sin fondo.

Lothar Weber puso dificultades desde el principio.

—Usted puede estar presente —le había dicho el doctor—, pero su espermatozoos no es necesario.

No sólo tenía dificultades con esto, sino que tampoco lo comprendía. ¿Cómo podría el doctor hacerle un hijo sin que él llevara a cabo su aportación? Para mayor seguridad, volvió a preguntárselo otra vez durante la visita siguiente, pero no se quedó más tranquilo.

—Sólo es una cuestión de técnica. En principio, ni siquiera los óvulos de su esposa son necesarios. También podría realizarse con otros óvulos, pero primero probaremos con los de su mujer.

—¿Pero entonces cómo, Herr Doktor? ¿Cómo entonces?

—Por las hormonas que está tomando ahora, la maduración de los óvulos...

—Quiero decir, ¿cómo va a hacer usted entonces a nuestro hijo? ¿De dónde va a salir? No será del barro, ¿no?

—De material hereditario. ADN.

—¿ADN?

—Acido desoxirribonucleico.

Lothar asintió, aunque no había comprendido nada. Su mujer ya le había dado dos veces una patadita en la espinilla. Ella estaba decidida. De eso se habían encargado las hormonas, supuso Lothar, porque al principio era ella quien más dudas tenía, pero después de que el doctor le hubiera suministrado la primera inyección, había virado en redondo. Aunque desde entonces se había vuelto muy caprichosa y susceptible, y a la mínima se ponía a increpar a Lothar, eso también debía de ser probablemente por las hormonas.

Además, éstas habían hecho que aumentara bastante de peso. Catorce kilos en cuatro meses. Parecía como si ya estuviera embarazada. Fue lo que dijo ella un día, y en ese instante él vio brillar algo en sus ojos.

Lothar, por el contrario, seguía con sus dudas. Hasta esa tarde en el Terminus. Le sorprendió lo que dijo León Huysmans. Salió del café a toda prisa para informarle en casa a su mujer.

—En Estados Unidos llevan haciéndolo mucho tiempo.

—¿El qué?

—Lo que hace el doctor. Sin hombre y eso.

—No habrás ido contando nada por ahí, ¿verdad? —reaccionó desconcertada. No quería que nadie supiera que estaba recibiendo ayuda.

—No, no, estaban hablando porque había una mujer en casa del doctor que...

—Que dijo que era la madre de sus hijos. Ya me he enterado. Helga Barnard me llamó por teléfono. ¿Está todavía allí? ¿En casa del doctor?

—Sí, todavía.

—Sólo espero que mañana se haya ido.

—Seguro.

No era culpa suya. De eso estaba convencido Victor. Le estaban dificultando el trabajo. Dios no se daría por vencido así como así. Eso estaba claro. Pero en cualquier caso era una constatación de que él, Victor Hoppe, iba por el buen camino, porque de lo contrario Dios no habría ofrecido tanta resistencia. Ya había empezado con la mala calidad de las células de Gunther Weber. Allí ya había visto una advertencia. Sin embargo, en aquella ocasión lo consideraba como un desafío extra, y, como por fin había superado ese obstáculo, era de la opinión de que ya había conseguido eludir el principal escollo. También por eso había podido prometerles a los padres que tendrían un hijo al cabo de un año, idéntico a Gunther pero sin la

sordera.

Se había arriesgado demasiado, aunque él no lo viera así. O no quisiera verlo. O no pudiera verlo. Eso sobre todo. En cualquier caso, el lunes 15 de mayo de 1989, una semana antes de que hubieran pasado los cuatro meses, no había podido descifrar todavía el código del ADN y, por tanto, seguía sin poder encontrar el gen causante de la sordera.

Habría podido dejar el proceso a otro, por ejemplo a Rex Cremer, que en Colonia contaba con mejores medios y mayor experiencia para aplicar esta nueva técnica, pero Victor quería hacerlo todo él solo. Y probablemente lo habría conseguido, pero se había dado un plazo de tiempo demasiado corto. Por una vez se había puesto el listón demasiado alto. Por una sola vez se había sobreestimado.

Que quizá también él tuviera sus limitaciones. Que quizá también él pudiera fracasar. Que quizá también él no llegara a tener suerte. Nada de esto se le pasaba por la imaginación. No, a sus ojos todo se debía a Su oposición. Dios no quería desvelar el código de la vida así, sin más. Era algo que sabía él de sobra. Él tampoco habría entregado nunca su conocimiento así como así.

Pero como Dios seguía mostrando tanta oposición, por fin hubo de tomar una decisión. Después de todo, sólo tenía una semana para implantar un embrión de cuatro días de vida como mínimo y, por tanto, sólo le quedaban dos días para descifrar el código y encontrar el fallo. Era demasiado poco tiempo.

Por eso decidió no seguir buscando. No se daba por vencido, desde luego que no, sólo estaba encajando los golpes. Como si Dios le hubiera lanzado una estocada y le hubiera tocado. No de manera mortal. Su vida no corría peligro. Un rasguño en el brazo. O en el costado. Nada más. No era una derrota, sino una herida. Así lo veía él. Y como sólo era una herida, también se le ofrecía la oportunidad de contraatacar. De volver a combatir. Esta vez no podía hablarse de triunfo, pero sí que podía intentar devolverle el golpe a Dios. Si volvía a darle la vida a Gunther Weber, esa vida que Dios le había quitado, entonces estarían empatados. Y el muchacho desde luego debería seguir viviendo. Sería sordo, pero no envejecería antes de tiempo. ¡Él no! Una mutación sí, pero la otra no. De eso se trataba. Sí a la sordera, pero nada de telómeros demasiado cortos. Lo uno ocurría de forma natural, lo otro debía evitarse. Ése era el desafío. No era difícil. Ya no. Después de todo, ya casi lo había logrado.

Lothar había acompañado a su esposa ese 15 de mayo a la consulta del doctor Hoppe. Era lunes de Pentecostés, pero entre tanto había aprendido que el ciclo de una mujer no tenía en cuenta ni domingos ni festivos. En realidad, él habría preferido quedarse en casa —al fin y al cabo él aquí no pintaba nada—, pero ella había insistido, porque tenía un poco de miedo, decía. Después de todo, el doctor le metería toda clase de cosas dentro y quería que su marido estuviera cerca por si acaso algo

iba mal.

—Con tal de que no tenga que mirar —había dicho él entre dientes.

Habían quedado a las cinco en casa del doctor. El día y la hora llevaban semanas fijados. El doctor había elaborado un estricto esquema después de que Vera hubiera hecho anotaciones sobre su ciclo en un calendario durante el primer mes. Si todo seguía su curso, la siguiente cita se concertaría para dentro de cinco o seis días. Entonces el doctor le volvería a implantar un embrión en el útero, o tal vez dos. Serían niños. Se parecerían a Gunther. Al principio era lo que más deseaban, pero ahora que casi había llegado el día decisivo, ya no importaba tanto. Siempre que el niño estuviera sano. Al fin y al cabo, era de lo que se trataba.

Una sola vez Vera se manifestó en contra al respecto. En realidad, sólo quería ponérselo más fácil.

—No hace falta que sea niño. No hace falta que se parezca a Gunther.

—No puede ser de otra forma. Será así —respondió el doctor bruscamente.

Ella guardó silencio. No sólo tenía miedo de parecer ingrata o desconfiada, sino que también había visto surgir de repente a su hijo fallecido ante sus ojos como un rayo mientras pronunciaba su nombre. Sintió de nuevo la inmensa pérdida, y el deseo de poder cogerle otra vez entre sus brazos fue tan intenso que pronto se arrepintió de haber dicho que no hacía falta que el niño se pareciera a Gunther.

Mientras tanto, lo que más deseaba era que el niño estuviera sano. Sin defectos. Sin anomalías. Así pues, tampoco sordera. Ojalá fuera verdad.

A las cinco en punto Lothar y Vera entraban en casa del doctor. Lothar se sentía algo incómodo, como si no fuera su esposa, sino él, quien tuviera que someterse a la intervención. Ahora que había llegado el momento, se preguntaba si no tendrían que haber probado antes el modo natural. En realidad, nunca lo volvieron a hablar durante esos cuatro meses. Tampoco buscó el acercamiento en la cama. Quizá también fuera eso lo que le producía la incomodidad, que el doctor estuviera toqueteando a su mujer en su presencia mientras él llevaba ya mucho tiempo sin rozarle un pelo.

En la consulta, el doctor Hoppe ya tenía todo preparado. Lothar se sentó junto a la mesa, con la espalda medio vuelta a la camilla en la que debía colocarse su esposa. La mirada se le fue a los soportes para las piernas y con ello ya había visto más que suficiente.

—Relájese, Frau Weber —le oyó decir al doctor Hoppe.

Poco después, el doctor repitió lo que le iba a hacer, pero a eso Lothar apenas le prestó atención. «Ojalá pase todo pronto», pensó.

En el pueblo todo el mundo creía que su esposa estaba en tratamiento con el doctor, que la estaba atendiendo por lo de la depresión. Él tampoco dijo nunca lo contrario, porque Vera no lo habría querido. Era preferible que pensarán algo así antes de que conocieran la verdad. Y en cierto sentido era un tratamiento. También

para él. Los dos albergaban aún mucha tristeza, pero gracias a que tenían este asidero, algo que les avivaba la ilusión, esa tristeza se había hecho más llevadera. El vacío estaba menos vacío. Algo así.

A sus espaldas oía ruidos de instrumentos metálicos colocados en un recipiente, pero también podía oír ruidos en otra parte. Alguien estaba paseando por la casa. ¿Eran los hijos del doctor? ¿O era esa mujer? Nadie la había visto marchar. Quizá estuviera todavía en la casa.

—Pregúntaselo al doctor como quien no quiere la cosa —le había dicho Vera cuando iban de camino.

¿Debería preguntárselo ahora? Miró a su mujer. Una tela de color verde oscuro separaba la parte superior de su cuerpo de la inferior. Tenía los ojos cerrados y respiraba con regularidad. El doctor la había sedado un poco. Apenas sentiría algo de la intervención, había dicho. Lothar reconoció en el perfil de ella el de su hijo. La misma nariz pequeña y la misma frente despejada. Siempre le había alegrado que Gunther no hubiera heredado su nariz gorda. El recuerdo de su hijo le hacía estremecerse. Respiró hondo. En alguna parte de la casa volvía a sonar un chancleteo. ¿Los hijos del doctor? ¿Qué tal estarían? Tenían cáncer. Eso se decía. Pero el doctor nunca lo había confirmado. ¿Qué sería peor? ¿Perder un hijo tras una prolongada enfermedad o tras un accidente? Tras un accidente. Estaba seguro. Le habría gustado tanto decirle aún un par de cosas a Gunther... Si hubiera sido posible. Sin embargo, para el doctor sería igual de terrible. Los niños no deberían morir, ni por accidente ni por enfermedad.

—¿Por qué no me ha llamado Dios a su seno? Yo ya he vivido mis mejores años. Él tenía aún toda una vida por delante —había gemido más de una vez su esposa los primeros días después de la muerte de Gunther. En el caso del doctor, Dios sí que se había llevado primero la vida de la madre, pero incluso esa ofrenda resultó insuficiente. Así pues, Dios quería tener también a los niños. A veces podía ser realmente cruel.

No es necesario que se resignen a la voluntad de Dios.

Aún oía Lothar la voz del doctor Hoppe. Pero esta vez sería él, el doctor, quien debería resignarse. ¿O no estarían los niños tan mal como todo el mundo pensaba? Estaba claro que nadie había vuelto a verlos desde el accidente de Charlotte Maenhout, ¿pero quería eso decir que ya estaban desahuciados? Quizá el doctor no se hubiera resignado y hubiera encontrado un medicamento, y entonces era a sus hijos a quienes oía patear.

—Siete óvulos, Frau Weber —sonó la voz del doctor—. He podido recolectar siete óvulos maduros. Es un buen resultado.

Lothar oyó a su esposa suspirar y mover el rostro en su dirección. Tenía los ojos húmedos, pero su boca le mostraba una sonrisa. Como el sol que sale tras un

chaparrón.

—Ya puede volver a vestirse —dijo el doctor mientras empezaba a quitar la protección verde—. Ya está.

A Lothar Weber le pareció un momento apropiado para preguntar por los hijos del doctor. La tensión se había atenuado. Todo el mundo sentía un gran alivio. Y tal vez el doctor empezara a hablar de forma natural sobre la mujer que el día anterior se había presentado a la puerta de su casa. Lothar carraspeó un poco. Por el rabillo del ojo vio que su mujer se incorporaba. El doctor se quitaba los guantes.

—¿Qué tal andan los niños, Herr Doktor? Gabriel y...

Tuvo que buscar un momento en su memoria los otros nombres, pero el doctor respondió antes de que se le vinieran a la cabeza:

—Su destino está en manos de Dios. Dios decide ahora sobre ellos. Sólo Dios.

Como atravesado por un rayo. Así se sintió Lothar Weber.

—Eso... no sabía... Eso debe... —Miró desvalido a su esposa, que palideció. Empezaron a brotarle lágrimas de los ojos.

Lothar desvió la mirada. El doctor le daba la espalda. Naturalmente, no quería mostrar sus sentimientos estando ellos presentes. Lothar se preguntaba si debía decirle ahora que lo lamentaba, pero sabía que, si lo hacía, también se pondría a llorar. Tenía un nudo en la garganta y, por mucho que tragara saliva, el nudo no quería desaparecer.

—Les llamaré el viernes o el sábado —dijo el doctor—, tan pronto como los embriones estén listos para ser implantados. —Se dio la vuelta, pero no miró a ninguno de los dos.

Lothar asintió.

—Estaremos esperando junto al teléfono, Herr Doktor.

Dios se guardaba algo más en la manga. Ni siquiera con un rayo habría podido alcanzar de peor manera a Victor. Había recolectado siete óvulos maduros y ni uno sobrevivió a la intervención. Lo descubrió esa misma noche. Justo después, tuvo que dejarse caer en una silla por el mareo que le dio. Estaba seguro de que los óvulos se habían desarrollado lo suficiente en el útero como para poder sacarlos, los había visto en la ecografía, pero, una vez liberados del cuerpo, los óvulos murieron al instante en la placa de Petri. Se quedó al lado mirándolo y vio cómo sucedía. En ese momento no podía hablarse de vida humana, pero tuvo la sensación de que ante sus ojos había vidas que estaban siendo arrebatadas, una después de otra, con la misma facilidad con que se explota un globo con una aguja.

Lo supo mientras veía cómo ocurría: era la mano de Dios. El mal volvía a resistirse. Dios no quería dejarle cumplir su misión y seguía cada paso que daba. Su ojo que todo lo veía sólo le enfocaba a él. Dios no toleraba competencia.

Pero él, Victor Hoppe, no se daría por vencido. Dios no sabía con quién se las estaba gastando.

A la mañana siguiente ya empezó a hacer un rosario de llamadas. Llamó a universidades y a hospitales. El tono de su voz parecía mendigar pan.

—Óvulos. Óvulos maduros. Eso dije, sí.

En casi todas partes le colgaron el teléfono. A veces le pedían que volviera a llamar más tarde, y alguna vez le dijeron que no podían encontrar información fidedigna acerca de él.

¡Información fidedigna!

Era un complot. De repente, estaba convencido. Dios había recurrido a toda su fuerza y a todo su poder. ¡Había urdido un complot! ¡Había formado una alianza! ¡Y todo para someterle!

Entonces vio ante sí a la mujer. Aún tenía el teléfono en la mano. Al otro lado de la línea no comprendían una vez más su petición. No querían comprenderla.

—Óvulos maduros. Urgente —había dicho.

La mujer había gritado y rugido:

—¿Continúa usted con eso? ¡Todavía! ¿No ha causado ya bastante dolor? ¿Qué más tiene que pasar? ¿Qué más tiene que pasar, por Dios, antes de que se decida a dejarlo? ¡Tiene que dejarlo! ¿Me oye? ¡Ahora mismo! ¡Tiene que hacerlo! ¡Tiene que hacerlo! ¡Usted está loco! ¡Loco!

Luego la mujer volvió a subir corriendo.

Por Dios. Eso había dicho. Y al decirlo se había traicionado. Pero en realidad él ya lo sabía hacía tiempo. Dios la había enviado. Así de simple. ¿Por qué, si no, se encontraba aquí justo en este momento? ¿En estos días en que estaba a punto de lanzarle una estocada? Dijo que venía por los niños. Pero ella no tenía nada que ver con los niños. Ella no era su madre. No era nada de ellos.

Hará más mal que bien.

Es lo que se decía de ella. Así que no era sólo él quien lo sabía. Todo el mundo lo sabía.

Luego se dirigió arriba. La encontró en el cuarto de baño.

—Sé lo que ha venido a hacer usted aquí —dijo—. Usted no ha venido por los niños. Usted ha venido por mí. La han enviado. Su misión es intentar que yo renuncie, pero no lo conseguirá. Él no lo conseguirá. Continuaré.

Después se volvió y fue a ver a los niños. Estaban todavía en la otra habitación. Conocía esa habitación y esa cama. Allí Dios había quitado ya una vida hacía mucho tiempo. Esa vez había rezado a Dios como le habían enseñado las hermanas, pero entonces aún no sabía que Dios era el mal. Eso se lo habían ocultado.

Se inclinó sobre los dos niños y les tomó el pulso. Ya no durarían mucho.

—Está usted hablando con Rex Cremer.

—¡Herr Cremer, tiene usted que ayudarme! ¡Tiene que ayudarme! ¡Sigue adelante! ¡El doctor Hoppe sigue adelante como si nada! ¡Y los niños, Dios mío, los niños!

—Señora, se le oye muy mal. ¿Puede repetirlo otra vez?

—Estoy en casa del doctor Hoppe. Acabo de estar allí. Llevo desde anteayer. Quería ver a los niños. Todavía se acuerda, ¿verdad? Usted me dijo dónde vivía. Le he encontrado.

—Así que le ha encontrado.

—Pero los niños...

—¿Qué pasa con los niños?

—Uno ya está... Miguel ya está... Y los otros dos... Los otros dos... En cualquier momento pueden... ¡No sé qué hacer! ¡Tiene usted que ayudarme!

—No sé cómo...

—¡Y el doctor continúa a lo suyo! Le oí pedir óvulos. Óvulos maduros. También lo dijo. *Continuaré*. ¡Eso dijo! ¡Y que yo quería detenerle! ¡Que había venido para eso! ¡Se ha vuelto loco!

—...

—¿Herr Cremer?

—Estoy pensando, señora. Intento ver qué puedo hacer.

—¡Es capaz de cualquier cosa! Los niños. Cuando los encontré... ellos... los había... ¡Terrible! ¡Fue terrible! ¡Está loco! ¡El doctor Hoppe se ha vuelto loco! Tiene que...

—¿Señora?

—...

—Señora, ¿está usted todavía ahí? ¿Señora?

La mujer estaba ante el café Terminus gritando y golpeando las ventanas. Martha Bollen la oyó en la tienda y salió. La mujer se dirigió a ella, presa del pánico:

—¡Tengo que llamar por teléfono! ¡Tengo que llamar! ¡Es urgente!

Martha la llevó a la pequeña oficina en la parte posterior de la tienda y le señaló el teléfono. La dejó sola, pero se quedó escuchando en la puerta. Pensó que el destino había fulminado a los hijos del doctor Hoppe y que quizá su teléfono no funcionara, pero la mujer empezó a blasfemar. Insultó al doctor Hoppe varias veces. ¡Que se había vuelto loco! Eso gritó la mujer. ¡Hasta tres veces! Fue entonces cuando actuó. Entró en la oficina, le quitó el teléfono de las manos y colgó.

—¡Fuera! —le gritó—. ¡Fuera! ¡No quiero volver a verla por aquí! ¡Usted sí que está loca! ¡Lárguese o llamo a la policía!

La mujer salió corriendo después.

Jacob Weinstein se encontraba esa mañana recogiendo flores marchitas en el cementerio cuando observó a la mujer. Entonces todavía no sabía quién era. Pasaba apresurada por delante de las tumbas y deslizaba su mirada por los nombres de las lápidas. En el proceso, iba agitando la cabeza de continuo. Venía en su dirección, pero ella no reparó en él. Cuando estuvo a un par de metros de distancia, le preguntó:

—¿Busca usted alguna tumba?

Ella le miró como si hubiera resucitado de entre los muertos. Con los ojos como platos, retrocedió un paso.

—Soy el sacristán —intentó tranquilizarla. Vio que estaba muerta de miedo—. Si me dice qué tumba está buscando, tal vez pueda ayudarla.

Miró asustada a su alrededor.

—Miguel —dijo—. Miguel.

—¿Quién?

—Miguel.

—¿Sabe usted también el apellido? Sólo el nombre de pila no sirve de mucho.

—Hoppe. Quizá Hoppe.

—¿Hoppe? ¿Cómo el doctor? Tal vez esté buscando a su padre. Sí que está aquí, en efecto. También era doctor. Pero no se llamaba Miguel. Le puedo...

Ella meneó la cabeza con movimientos breves.

—Uno de mis... Uno de los niños. De los muchachos.

—¿Ah, se refiere usted a ese Miguel? De Miguel, Gabriel y Rafael. Como los arcángeles.

Eso último no pareció comprenderlo. Era evidente que estaba confundida. Probablemente no fuera creyente.

—Miguel Hoppe —volvió a decir ella entonces—, del doctor.

Así pues, sí que le había entendido. Pero debía de estar equivocada.

—Todavía no se ha muerto, señora.

Ahora asentía.

—Sí que ha muerto —dijo—. Claro que sí. Murió la semana pasada.

—Creo que lo ha entendido mal. Están muy enfermos. Ya lo sé. ¿Pero muerto? ¿Y la semana pasada? Ya llevaría mucho tiempo enterrado. Y aquí hace cuatro meses que no se entierra a nadie. De veras, creo que se equivoca.

—No, el doctor me lo dijo. Estoy segura. Él me lo dijo.

De repente el sacristán cayó en la cuenta. Era la mujer de quien hablaba todo el mundo los días pasados, la que había molestado a los hijos de María Moresnet y

decía que era la madre de los hijos del doctor. Después de que el doctor la hubiera dejado entrar en la casa, ya nadie había vuelto a verla. ¡Tenía que ser ella! Y estaba loca. Eso decían.

—Aquí no hay ningún Miguel Hoppe, señora —dijo resuelto—. Se lo está imaginando. No está muerto.

—¡Usted miente! ¡Todo el mundo miente! ¡Todo el mundo! —gritó mientras levantaba las manos al cielo de manera teatral.

—Este es un cementerio, señora. No puedo tolerar...

Pero ya se había dado media vuelta y corría hacia la salida. Él se apresuró tras ella y vio que se dirigía a la casa del doctor. Tenía incluso la llave. Pasó un tiempo antes de que consiguiera abrir la cancela, pero inmediatamente después siguió corriendo por la senda del jardín hasta llegar a la puerta de entrada. Sin mirar hacia atrás, desapareció en la casa.

La puerta de la habitación se encontraba abierta. Estaba segura de que la había dejado cerrada cuando se marchó.

—¿Gabriel? ¿Rafael?

La voz le sonaba rara. Sentía cómo le latían las sienes. Le dolía el vientre.

Se desplazó dubitativa y arrastrando los pies hasta la puerta.

—¿Gabriel? ¿Rafael?

Asomó la cabeza por la habitación. La cama no estaba vacía. Ella había esperado que sí. Lo había temido.

Se adentró más en la habitación. Se detuvo a los pies de la cama. Sólo vio a un niño. El lugar donde había estado Rafael se encontraba vacío. Y sucio. Fue como si le clavaran un cuchillo en el vientre.

De manera automática, se dirigió al otro lado de la cama, se inclinó sobre Gabriel y le cogió con cuidado. Lo alzó un poco, sosteniéndole la cabeza con una mano.

—¿Dónde está Rafael? Gabriel, ¿dónde está Rafael? Gabriel, mírame.

Gabriel no reaccionaba. Seguía respirando, gracias a Dios seguía respirando, pero no abría los ojos. Sólo respiraba.

Volvió a dejarle sobre la cama. Era tan ligero que su cabeza apenas se hundió en la almohada.

La mujer empezó a respirar dando sacudidas. Era como si la estuvieran estrangulando. Miró a su alrededor, buscando, pero sabía que no encontraría a Rafael en esta habitación.

No está muerto.

«El doctor le habrá llevado a otra habitación», pensó entonces. Allí estaría también Miguel. Un clavo ardiendo al que agarrarse.

Salió de la habitación y miró una vez más en derredor.

—En seguida vuelvo —dijo—. Traeré a tus hermanitos. Rafael. Miguel. Voy a buscarlos.

La guiaban la esperanza y la desesperación. Y la ira. Y el odio iba adquiriendo cada vez más preponderancia. Odio contra el hombre que había provocado todo esto. Y que seguía provocándolo como si nada.

Le encontró en la consulta. Estaba con la espalda vuelta hacia ella. Se estaba lavando las manos.

—¿Dónde están?

Tenía la voz ronca. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había bebido algo. También había perdido ya toda noción del tiempo. No recordaba cuánto había estado fuera.

El doctor la miró de soslayo por encima del hombro mientras seguía lavándose las manos. Luego cerró el grifo.

—¿Dónde están? ¿Dónde están Miguel y Gabriel? No están muertos. Eso ya lo sé. No están muertos.

Él tomó una toalla y empezó a secarse las manos con parsimonia. Por arriba. Por abajo. Dedo a dedo. Entre los dedos.

Su mirada recorrió veloz la consulta y se detuvo en una mesa de reconocimiento con un soporte para las piernas. Volvió a sentir un pinchazo en el vientre. Como si quisiera alimentar aún más su odio, se pasó la yema de los dedos por la cicatriz hinchada. La palpó a través del tejido de la blusa como si se tratara de una rama de espinos. Cada punto de sutura era una espina en la que se pinchaba. Cuarenta y ocho espinas. Las había contado a menudo.

—¿Dónde están? —insistió.

El doctor volvió a colgar la toalla en su sitio.

—Están muertos —dijo él—. Los dos están muertos.

No la miró.

—Está mintiendo. Está mintiendo una vez más.

Él se sorbió la nariz de manera audible y meneó la cabeza.

—¿Quiere verlos? ¿Lo creerá entonces? ¿Si lo ve?

No se esperaba que diera tan pronto su brazo a torcer. Sin embargo, asintió:

—Quiero verlos. Ahora. Inmediatamente. —Casi tenía la garganta cerrada por completo.

—Se los mostraré. Venga.

Se dirigió a la puerta que había tras su mesa, la abrió y desapareció en la habitación del otro lado.

Ella dudó por un instante. Se imaginaba lo que vería. Los muchachos estarían en una cama, quizá con máscaras de oxígeno y suero en los brazos. Y probablemente rodeados de toda clase de aparatos. Era posible. Se preparó para esa imagen. Luego

entró en la habitación.

Se encontraban el uno al lado del otro, como hermanos. Los había colocado como hermanos el uno al lado del otro, en medio de la habitación, sobre una mesa vacía, y retrocedió un paso para que ella pudiera verlos.

Estaban flotando. Con la espalda arqueada, la cabeza inclinada, los ojos cerrados, las manos casi apretadas en puños, flotaban en un líquido. Dos grandes recipientes de cristal llenos de agua y un cuerpo en cada uno de los recipientes.

Ya no aspiraba aire. Sólo podía soltarlo. Con pequeños soplos. Ya no podía articular palabra. Ni siquiera podía apartar la vista de lo que había sobre la mesa.

Hubo de apoyarse en el armario que tenía al lado. Tiró con la mano un recipiente metálico. El sonido la asustó. Parecía provenir de otro lugar. Como si se encontrara en un sueño y en la realidad se hubiera caído algo. Pero no se despertó. Ya estaba despierta. Y la voz que resonó entonces también era real. Apagada, sin emoción, pero real:

—¿No ve? Están muertos. No miento.

Si se hubiera callado, si no hubiera dicho nada, tal vez ella se habría ido. Muy lejos. Para siempre.

Vio el bisturí en el armario. Era imposible no verlo, y no pudo evitar cogerlo. En cada recipiente, en todos los recipientes había bisturís y tijeras y agujas. Cogió un bisturí, levantó la mano y se lanzó sobre el doctor. No tomó impulso con el brazo. Ya no tenía fuerzas para hacerlo. Dejó caer el bisturí. Su brazo se movió describiendo un amplio arco de arriba abajo y el bisturí se clavó en el costado del doctor. Traspasó con facilidad el tejido de chaqueta y camisa y penetró profundo en la carne de su costado.

El párroco Kaisergruber ya se había pasado dos veces con el frasco de los santos óleos por casa del doctor Hoppe. Las dos veces la cancela había permanecido cerrada. Como el sacerdote sabía que el doctor Hoppe tampoco había abierto la puerta a otros, no lo tomó como algo personal. Además, en absoluto le disgustó, porque siempre que iba era en contra de su voluntad. Sólo le movía la insistencia de algunos feligreses, pues querían que administrara los últimos sacramentos a los hijos moribundos del doctor. Al principio, refunfuñó un poco diciendo que los niños eran demasiado pequeños para los santos óleos y que, además, no sabía si estaban bautizados, pero Bernadette Liebknecht le recordó entonces la historia de la mujer cananea, que tenía tanta fe que sólo por eso Jesús sanó a su hija enferma.

—El evangelio según San Mateo, capítulo 15 —había dicho Bernadette, tras lo cual el sacerdote señaló que el doctor Hoppe había manifestado que el destino de los niños estaba en las manos de Dios. Con ello indicó que confiaba en que sus hijos encontrarían la paz en Dios. Seguro que la extremaunción los ayudaría a encontrarla y le daría fuerzas al doctor para asumir la pérdida.

El párroco Kaisergruber llamó por primera vez al timbre que había junto a la verja de la vivienda del doctor un miércoles por la tarde, y la segunda vez fue un jueves por la tarde. Antes ya había intentado llamarle por teléfono, pero el doctor no lo cogía. Algunos lugareños empezaban a preocuparse ahora que hacía un par de días que ya no se tenían noticias del doctor Hoppe. Parecía ser que había acogido en casa a una mujer loca que cuidaba a los niños, y tampoco esa mujer había vuelto a dejarse ver desde que el martes por la mañana le hubiera dicho todo tipo de sandeces a Jacob Weinstein en el cementerio.

Irma Nüssbaum estuvo a punto de llamar a la policía para preguntarles si podían entrar en la casa, pero otros se lo habían desaconsejado, porque el doctor estaría probablemente día y noche velando de continuo junto al lecho de muerte de sus hijos. Sin embargo, eso no llegó a tranquilizar a Irma y, al no ver tampoco tras las ventanas de la vivienda del doctor signo alguno de vida durante el resto del día, llamó a Vera Weber en principio para preguntarle por su estado de salud. De pasada, se informó de si Vera tenía cita con el doctor Hoppe, porque, de ser así, ese día debería mostrarse.

—Mañana o el sábado —respondió Vera tras un titubeo—. Ya me llamará él.

—Siento curiosidad —le dijo Irma—, estoy realmente preocupada.

No le preguntó por el motivo de la cita, porque no quería ponerla en un compromiso. Y con todo y con eso, ya sabía bastante. Decidió esperar hasta el sábado por la tarde antes de tomar medidas. Si el doctor no daba señales de vida, llamaría a la policía.

Pero no hizo falta esperar tanto. El viernes por la tarde obtuvo la señal que había

estado aguardando durante casi cuatro días. El párroco Kaisergruber lo intentó esa tarde por tercera vez. Los dos días anteriores había tenido demasiado trabajo para pasarse por casa del doctor, porque el domingo se llevaría a cabo la peregrinación anual al calvario de La Chapelle, un acontecimiento que siempre se celebraba alrededor del 22 de mayo, la fiesta de Santa Rita, patrona de Wolfheim.

El sacerdote llamó esa tarde dos veces al timbre, y ya estaba dándose la vuelta de nuevo con cierto alivio cuando el doctor apareció de pronto. Tras la ventana de la cocina de la casa que se encontraba al otro lado de la calle, a Irma Nüssbaum se le escapó un suspiro de alivio. Cuando al cabo de dos minutos el sacerdote entró detrás del doctor, empezó a llamar por teléfono a sus amigas para informar de la buena noticia.

El párroco Kaisergruber no se sentía a gusto. El saludo del doctor Hoppe había sido frío, como siempre. El sacerdote todavía no había dicho a qué había venido, pero en seguida fue conducido a la consulta como si hubiera ido a tratarse una dolencia cualquiera. Mientras el doctor tomaba asiento tras su mesa, el sacerdote se palpó el frasco con los santos óleos que llevaba en el bolsillo de su chaqueta para comprobar que seguía allí. Entre tanto, llevaba ya más de dos años vistiendo traje oscuro en lugar de la eterna sotana, pero todavía no llegaba a acostumbrarse a los bolsillos. La Iglesia debía ir acorde con los tiempos, pero él seguía teniendo dificultades con tanta modernidad.

Ahora que estaba sentado frente al doctor Hoppe, se le vinieron a la memoria los viejos tiempos. Pensó en el padre de Victor. En ese instante, el hijo de Karl Hoppe tenía el mismo aspecto que el padre, tal como le recordaba en los últimos días de su vida. La cara estrecha y algo hundida, la barba roja sin cuidar y la cicatriz, la nariz aplastada y los ojos de color azul claro, todo era casi idéntico, pero Victor llevaba el pelo cortado de manera distinta, más largo, mucho más largo de lo que el cura nunca le había visto. Le llegaba casi a los hombros.

El sacerdote carraspeó un poco y decidió romper el hielo. Puso la mano de forma mecánica sobre el frasco que llevaba en el bolsillo, como si confiara en que fuera a transmitirle fuerzas.

—Por lo que he venido... —empezó.

—¿Por qué Jesús murió en la cruz? —le interrumpió en seguida el doctor Hoppe.

El párroco Kaisergruber, extrañado, levantó la vista, pero entonces vio que la mirada del doctor se había clavado en el crucifijo de plata que siempre llevaba prendido en la solapa de la americana. En primera instancia le pareció una pregunta extraña, desde luego para él, pero inmediatamente después pensó que el doctor quizá intentara buscar un apoyo en la religión ante la inminente muerte de sus hijos.

Respondió como siempre lo había hecho:

—Para redimirnos de nuestros pecados. Se sacrificó por nosotros.

—¿Pero entonces fue Dios quien decidió su muerte?

El sacerdote enarcó las cejas. De inmediato volvió a ponerse alerta. La muerte del padre de Victor se le pasó por la cabeza como una exhalación. El doctor probablemente quisiera que le justificara el suicidio.

—No, Jesús fue condenado. Si bien de manera injusta, pero no se opuso. Sufrió su castigo con resignación para demostrar que no guardaba ningún rencor, que sólo tenía buenas intenciones.

Quiso concluir la conversación de cualquier manera, pero el doctor seguía insistiendo, con la mirada dirigida de continuo a la cruz.

—¿Pero, entonces, por qué fue condenado?

—No le comprendieron. Le malinterpretaron. Los hombres no le creyeron.

Ahora el doctor asentía. Se retrepó en su asiento y se llevó la mano al costado.

El sacerdote aprovechó la pausa para cambiar de tema.

—¿Cómo están ahora sus...?

—¿Pero por qué la cruz? —volvió a interrumpirle de nuevo el doctor de forma abrupta—. ¿Por qué tenía que morir en la cruz?

El sacerdote se retrepó ahora a su vez y suspiró.

—¿Por qué en la cruz? —repitió las palabras del doctor—. Porque en aquella época los criminales eran ejecutados de esa manera. Por eso.

—Es algo que no habría pasado ahora.

—No, gracias a Dios.

Por un momento, el doctor le dirigió la mirada.

—Hoy le encerrarían —continuó el sacerdote mientras evitaba la mirada del doctor—. O le absolverían en un juicio justo.

—Y entonces no habría muerto.

—No, probablemente no.

—Y entonces tampoco podría habernos redimido de nuestros pecados.

—Algo así —asintió el sacerdote, que confiaba en que con esto quedara zanjado el tema.

—¿Y el hecho de que Jesús resucitara —preguntó el doctor entonces—, de que volviera a la vida, lo hizo también por los hombres?

«Está buscando de verdad —pensó el sacerdote—. Quizá me haya equivocado con él. Quizá se haya arrepentido por fin.»

—Con eso demostraba Jesús que estaría aquí para siempre y para todos —explicó—. Él está por encima de la vida y de la muerte.

Cada vez era más intensa la sensación que tenía de estar iniciando a alguien en la doctrina cristiana, y eso que Víctor había estado durante años en el colegio religioso de Eupen. Probablemente allí habían rebotado contra él, como lanzas contra un escudo, todas las clases de religión y todas las oraciones. O quizá allí le tomara manía

a la religión, porque por aquella época no estaba aún receptivo. No era lo suficiente maduro.

—Ya lo entiendo —dijo Victor, realmente como un alumno al final de la clase.

—Me alegro —dijo el párroco Kaisergruber, y hablaba en serio. Inmediatamente después, retomó la palabra para evitar que el doctor se pusiera a hacer más preguntas.

—¿Pero cómo están ahora los niños, Herr Doktor?

—Bien —respondió el doctor sin más.

—Así pues, todo ha vuelto...

El doctor Hoppe asintió. El sacerdote se sintió aliviado.

—¿Entonces no hace falta que les administre los santos óleos? Porque en realidad venía para eso. —Dio unos leves golpecitos en el frasco que se encontraba en el bolsillo de su chaqueta.

—No, claro que no.

—Ésas son buenas noticias, Herr Doktor —dijo el párroco mientras se estaba incorporando ya para marcharse—. Ésas son, en efecto, buenas noticias. Ahora sabemos qué debemos agradecer el domingo a Jesús. Durante la peregrinación a La Chapelle. Allí...

El sacerdote no terminó la frase. Había recordado demasiado tarde que el nombre del pueblo podría despertar malos recuerdos en Victor, pero el doctor no mostró ninguna reacción. Probablemente apenas recordara algo de su época en el convento de las hermanas clarisas. ¿Cómo podría ser de otra forma? No tenía ni cinco años cuando su padre le sacó de allí. No obstante, esos años sí que habían servido para algo, sabía el sacerdote ahora. Al final, el mal había cedido. Había sido un largo proceso, pero por fin se había conseguido.

Entonces mirarán al que traspasaron.

Victor llevaba ya días con la herida abierta. Tan pronto como aparecía una costra, se la quitaba y metía en el corte primero un dedo, luego dos dedos y, por último, tres dedos hasta la segunda falange.

Cuando la herida aún era reciente, había reaccionado casi con incredulidad, pero la había mirado y sentido: la herida en su costado era auténtica.

Eso había hecho que en su interior volviera a ponerse algo en marcha.

Ocurrió poco después de haber combatido el mal.

Hasta el sábado por la tarde, Lothar y Vera no recibieron la llamada redentora:

—Les espero mañana por la mañana a las nueve.

—¿Ha salido bien? —preguntó Lothar entusiasmado.

—Ha salido bien. Tengo tres embriones.

—¿Tres? ¿No son demasiados?

—No es seguro que los tres se desarrollen del todo. Debemos tenerlo en cuenta.

—¡Ah, sí! Lo comprendo.

A continuación, Lothar preguntó cuánto tiempo llevaría y si después su esposa debería guardar reposo, porque les gustaría participar en la peregrinación a La Chapelle. Este año incluso le habían otorgado el honor de llevar el estandarte eclesiástico. El doctor dijo que sólo duraría un rato. Era una intervención sencilla. Vera ni siquiera lo sentiría y después no le molestaría nada.

Esa tarde encendieron una vela. Junto al retrato de su hijo Gunther.

A la mañana siguiente, llamaron a las nueve menos cinco al timbre de la verja de la vivienda del doctor. Era el domingo 21 de mayo de 1989. Un día especial. Los dos estaban nerviosos y cansados. Esa noche había hecho un calor sofocante en el dormitorio, por lo que les había costado mucho más conciliar el sueño. Los días pasados había subido mucho la temperatura durante el día y el calor ya se había instalado en la casa. También ese día sería un día veraniego, pero a partir de ahora ya se terminaría el buen tiempo, habían predicho.

Vera Weber se sentía muy insegura cuando llamaron. ¿No tendría que haberse resignado a la voluntad de Dios? ¿No estaría jugando con su salud? ¿Y con la del futuro niño? Los días pasados se le había presentado cada vez con mayor frecuencia este tipo de pensamientos. Naturalmente, los nervios desempeñaban un papel importante. Era consciente. Pero también era consciente de que podía dar marcha atrás. Quizá debería esperar. Un mes o algo así. Para tener mayor seguridad acerca del feliz desenlace.

—Lothar... —empezó a hablar. Pero en ese mismo instante llegaba el doctor—. Nada. Déjalo. Luego.

El doctor Hoppe estaba pálido. Siempre estaba pálido, pero esta vez tenía un aspecto aún más pálido. Blanco. Blanco como la leche.

—¿Está usted bien, Herr Doktor? —preguntó Lothar tan pronto como entraron en casa.

—Sí —respondió éste, pero a Lothar no le pareció que sonara convincente. Probablemente, el doctor también estuviera nervioso. Tampoco es que fuera una intervención que hacía todos los días.

—He oído buenas noticias sobre los chicos —dijo Lothar para romper un poco la tensión mientras ahuyentaba una mosca que daba vueltas alrededor de su cabeza.

El doctor asintió.

—Ya era hora —dijo—. Dios ha esperado mucho. Estaban en los huesos. Si ustedes quieren, los traigo un momento. Entonces podrán verlos con sus propios ojos.

Lothar negó con la cabeza.

—Otra vez quizá. Déjelos descansar.

Comprendió que el doctor se sentía aliviado ahora que lo peor había pasado y quería mostrárselo a todo el mundo, pero lo que él quería ahora era que la intervención terminara lo antes posible. Además, su esposa ya estaba medio desnuda.

—En cualquier caso, ya se ha combatido el mal —dijo el doctor Hoppe—. Esa tarea ya se ha cumplido.

Lothar asintió. Le tranquilizó que el doctor hubiera buscado y encontrado apoyo en la religión. Dios estaba de momento de su lado y tal vez mostrara también buena disposición para con ellos.

—Me alegro por usted —dijo sincero.

Vio cómo el doctor se llevaba una mano al costado. En esa parte la bata tenía manchas parduzcas y una mosca pasaba por encima. Otra mosca descansaba en la mano del doctor. De pronto, llamó la atención de Lothar la gran cantidad de moscas que había en la habitación. También flotaba un olor extraño en el aire que nunca antes había percibido y que no pudo identificar.

Su esposa había vuelto a tenderse sobre la camilla, colocando las piernas sobre los soportes. Él siguió con la mirada al doctor Hoppe, que tomó asiento junto a una mesita y se inclinó sobre un gran microscopio, bajo el cual deslizó un platito.

«Allí está la vida —pensó Lothar—; ahora mismo la introduciré dentro de mi esposa.»

Concebir sin mácula.

Le oía gritar aún a Jacques Meekers aquella vez en el Terminus.

Al cabo de un rato, el doctor Hoppe se levantó y se dirigió hacia Vera con un aparato que sólo parecía un hierro largo y estrecho.

—¿Herr Doktor? —oyó Lothar de repente decir a su mujer con voz cohibida. La miró con el ceño fruncido. Tenía la cabeza apoyada en una almohada y la mirada fija en el techo. De nuevo sonó su voz—: Herr Doktor, ¿podríamos aplazarlo? ¿Hasta el mes que viene o así?

Lothar se sorprendió. ¿Por qué decía eso? ¿Le había entrado miedo de repente? Miró con los ojos muy abiertos al doctor, quien reaccionó de inmediato.

—No, no se puede. Es imposible. Tiene que ser ahora.

—¿Pero saldrá todo bien? —preguntó ella—. ¿Tengo tanto miedo de que pueda salir algo mal!

—No hay razón para tener miedo —dijo el doctor—. Tengo buenas intenciones con usted. Y ha sido bendecida.

Lothar no comprendió a qué se refería el doctor, pero su mujer no entró en el comentario. Ella quería saber otra cosa.

—Pero el niño, Herr Doktor. ¿Saldrá sano el muchacho?

—Saldrá sano, Frau Weber. Seguro que será un niño sano.

—¿Así que no... no será sordo?

—No será sordo.

Lothar oyó suspirar a su esposa. Parecía tranquilizada y su cabeza volvió a hundirse en la almohada. Sin embargo, él tenía aún algunas preguntas, pero decidió guardar silencio. Su mujer estaba ahora tranquila y el doctor ya preparado para pasar a la intervención. En realidad, habría querido saber qué pasaría si dos o tres embriones se desarrollaban hasta convertirse en bebés. ¿Se parecerían entonces entre sí? ¿Los tres serían capaces de oír? ¿Y qué pasaría si su mujer no se quedaba embarazada? ¿Lo intentaría el doctor de nuevo? ¿Pero ellos seguirían estando dispuestos? No lo había hablado todavía con su esposa. Quizá entonces ya sí que deberían resignarse.

—Ya está —sonó entonces. El doctor Hoppe se echó hacia atrás y volvió a llevarse la mano al costado.

—¿Ya está? —preguntó Lothar.

—Sí, ya está —dijo el doctor, pero en su voz podía oírse poco entusiasmo, como si no hubiera hecho más que cumplir con su deber. Acaso debía acostumbrarse a la idea de que ya había pasado todo. Al menos para él. Ya había hecho su trabajo. Ahora le tocaba a Vera.

Lothar vio cómo su mujer se incorporaba lentamente. Ahora llevaba una vida en el vientre. Una vida nueva. Casi no podía creerlo. Sintió que él también estaba emocionándose. No lo esperaba. De repente, se puso a pensar en Gunther y tuvo que contenerse para que no se le saltaran las lágrimas.

Cuando Rex Cremer se acercaba a la cumbre del Vaalserberg, comprobó para su sorpresa que la torre de Balduino había desaparecido. Siguió con el coche un poco más y luego se detuvo. El lugar donde estaba la torre se había transformado en un enorme solar en construcción cercado por una verja con vallas de seguridad. En el suelo habían excavado un gran agujero cuyo fondo no podía verse y desde el que se elevaban sólidos bloques de hormigón. De esos bloques salían largas barras de hierro. En la cerca colgaba un cartel rectangular con un dibujo de otra torre y un rótulo en cuatro idiomas.

—Aquí se construirá la nueva torre de Balduino —leyó—. Cincuenta metros de altura. Con un ascensor y una plataforma cubierta que ofrecerá una vista panorámica única.

El croquis de la nueva torre representaba una construcción gigantesca, alrededor de la cual parecía enroscarse hacia lo alto una cadena de escaleras. Le llevó a pensar en la representación aumentada de la espiral de ADN: dos elementos que se habían entrelazado de manera perfectamente armónica. La plataforma de arriba era una construcción octogonal con erguidas paredes de cristal, y en el techo unos pilares de hierro formaban una pirámide sobre la que se colocaría un mástil.

Cincuenta metros de altura.

«No hay quien detenga el progreso», reflexionó Rex mientras pensaba con nostalgia en la torre anterior, a la que había subido cuando aún era un chaval. Le habían demolido un recuerdo de juventud. Esa idea hizo que se sintiera de repente muy viejo. Era una sensación que le asaltaba cada vez más a menudo. Era como si el tiempo se le escapara. Los años parecían sólo días. A pesar de todo, daba siempre la impresión de que acababa de ocurrir, también aunque hiciera bastante tiempo. Así, medio año atrás transitaba por esta misma carretera y ahora tenía la sensación de que había pasado sólo una hora. También los cuatro años que entre tanto llevaba trabajando en Colonia apenas parecían lo que representaban. Era casi como si acabara de presentar la dimisión en la Universidad de Aquisgrán. Y esos años en la universidad, después de todo, se habían concentrado hasta convertirse sólo en algunas instantáneas. Instantáneas en las que, desde luego, Victor Hoppe desempeñó un papel importante. ¿Cómo podía ser de otra manera? Su primer encuentro databa incluso de hacía ya casi diez años. Y el primer contacto fue anterior. Todavía recordaba muy bien la fecha en la que escribió la tarjeta que puso todo en marcha: el 9 de abril de 1979.

Dejó escapar un leve suspiro y llevó de nuevo el pie desde el pedal del freno hasta el del acelerador. El coche se puso en movimiento despacio y pasó lentamente por delante del enorme cráter excavado en el Vaalserberg. Cuando lo dejó atrás, miró el

reloj del salpicadero. Eran las once menos cinco. El día era el domingo 21 de mayo de 1989.

Desde la llamada telefónica de la mujer cinco días antes, súbitamente interrumpida, Cremer ya no había podido volver a relajarse. Naturalmente, se preguntaba qué había sucedido, pero la causa de su intranquilidad se debía sobre todo al sentimiento de culpa que de nuevo se le presentaba con toda su vehemencia. No le había abandonado ni un momento la idea de que, de algún modo, él también era responsable de lo que había sucedido, incluso aunque no conociera todavía el desenlace final. Pero tendría que haber intervenido desde el principio. De eso había llegado a convencerse en estos días. En cualquier caso, no tendría que haber sido tan cobarde. Él no era así. Él nunca había sido así. Quizá, y eso era algo que deseaba en lo más profundo de su corazón, no había motivos para preocuparse; pero si habían sucedido cosas terribles, si Victor Hoppe había vuelto a pasarse de la raya, él, Rex Cremer, debería asumir también sus responsabilidades.

Con esta actitud había salido de Colonia ese domingo por la mañana, a las diez. Firmemente decidido. Seguro de sí mismo. Pero mientras, una hora más tarde, iba descendiendo por la Route des Trois Bornes, todo lo anterior había ido desapareciendo en gran parte y lo único que le quedaba era el nerviosismo y el miedo. Sensaciones paralizadoras que no podía reprimir.

Al entrar en el pueblo, la campana de la iglesia repicaba sin cesar. Vio cómo algunas personas cruzaban la calle deprisa en dirección a la iglesia, donde probablemente empezaría en breve la misa dominical. Fue disminuyendo la velocidad hasta casi detenerse y, cuando la calle se había quedado vacía, siguió la marcha hasta llegar a la casa de Victor Hoppe.

Tan pronto se hubo bajado del coche, le llamó la atención el calor sofocante que hacía. Habían pronosticado una tormenta que terminaría con el calor de los días anteriores, pero antes aumentarían el calor y el bochorno.

Sintió cómo empezaba a sudar. Se pasó la mano por la frente, que ya estaba pringosa, y se dirigió a la valla. Pero antes de llegar, se abrió la puerta y salió Victor. Rex detuvo el paso y respiró hondo. No sabía si el doctor venía a saludarle o iba a alguna parte, siendo así la casualidad lo que le había llevado a salir justo ahora de casa.

—Le estaba esperando —dijo Victor antes de que él pudiera decirle nada. El doctor quitó el pestillo de la cancela y la abrió de par en par. Rex vio que algo había cambiado en su antiguo colega. El pelo y la barba. Lo que más le llamó la atención fue el cabello rojo descuidado. Le llegaba casi a los hombros.

—Sé para qué ha venido —dijo Victor—. Usted ha venido a traicionarme. Lo sé.

—¿Qué está diciendo?

Rex le miró sorprendido, con los ojos como platos, pero el doctor evitó su mirada.

—Usted viene a traicionarme —repitió—. Dentro de poco regresará acompañado de mucha gente y entonces me traicionará.

No había amenaza en la voz, pero Rex sintió que el miedo se incrementaba en su interior. Victor siempre se había portado de manera extraña, pero de la manera en que estaba allí, un poco renqueante, la cabeza gacha, una mano en el costado, moviendo la otra como si se tratara de una garra, así no le había visto nunca.

—No me comprenden —continuó Victor—. No me creen. ¿Sigue usted creyéndome?

Rex decidió no responder. No quería provocarle, no quería provocarle aún más. Pero Victor no necesitaba ninguna respuesta. Impasible, siguió hablando.

—No pueden encerrarme. Es imposible. Eso no. Si me encierran no podré realizar mi labor. Tengo una misión.

—Victor, tal vez...

De pronto Victor levantó el brazo y, amenazante, estiró el dedo índice hacia delante.

—¡Usted me traicionará! —alzó la voz—. ¡Usted lo hará! ¡Pero ay de aquel que me traicione, mejor habría sido para él no haber nacido! Usted terminará ahorcado, ¿lo sabe? ¡Usted acabará ahorcado!

Rex retrocedió. Por un momento cruzó la mirada con Victor. Estaba vacía. Como si estuviera ciego. Como si mirara, pero sin ver nada. Rex retrocedió un paso más. Victor bajó el brazo estirado y con una mano se agarró la parte inferior de la camisa.

—No me cree, ¿verdad? Todavía sigue sin creerme —dijo sacándose la camisa del pantalón, cada vez más, hasta que dejó desnudo su vientre escuálido y blanquísimo.

Rex meneó la cabeza.

—¿Quiere verlo? ¿Lo creerá entonces? —gritó Victor. Se levantó aún más la camisa. Tenía en el costado un corte de casi diez centímetros—. Tal vez quiera tocarlo. ¿Me creerá entonces?

Victor se llevó una mano a la herida con gesto ampuloso y metió en ella dos, tres dedos. Se abrió, no, se desgarró la herida.

Desviando la mirada, Rex intentó seguir retrocediendo sin llamar la atención, sintió cómo le aumentaba el sofoco, todo empezó a darle vueltas. Entonces giró rápido sobre sus propios pies y salió corriendo hacia el coche. Abrió la puerta, entró e introdujo la llave en el contacto. Miró un instante por encima del hombro para ver si le seguía, pero Victor estaba aún junto a la valla, con los dedos metidos todavía en la herida.

Se detuvo en el Punto de los Tres Países porque se sintió indispuerto.

La voz. Las palabras. La herida. Los dedos en la herida. Además, el calor

sofocante. El bochorno. Era demasiado para Rex. Se detuvo y vomitó. La sensación de sofoco fue desapareciendo despacio, pero la voz de Victor seguía resonando en su interior.

Usted ha venido para traicionarme. Dentro de poco regresará acompañado de mucha gente. Usted me traicionará.

Ésas fueron las cosas menos terribles que dijo Victor. Eran alucinaciones, pero no tenía ni idea de dónde las había sacado o quién se las había metido en la cabeza.

¡Usted terminará ahorcado!

Esa frase le preocupó más. Cuantas más vueltas le daba, tanto más sentía las palabras rodeándole el cuello, como si se trataran realmente de una soga. De ellas había inferido que Victor le arrastraría en su caída imparable. Victor intentaría declinar toda responsabilidad. Diría que Rex Cremer lo sabía todo y que nunca había intervenido, que le había animado incluso, y había puesto además todo en marcha entonces, ese día, el 9 de abril de 1979. Y mostraría las pruebas. Eso estaba, esta vez sí, fechado y escrito a mano.

Usted le ha dejado a Dios con un palmo de narices.

Atormentado por esas ideas, Rex Cremer deambuló por la cumbre del Vaalserberg. Fue al Punto de los Tres Países. Después al punto más elevado de los Países Bajos. De vuelta al Punto de los Tres Países. Lo rodeó. Países Bajos. Alemania. Bélgica. No encontró sosiego en ningún lado.

Por fin, se dirigió a la cerca del pozo de edificación. Miró hacia abajo y no pudo ver el fondo, a más de diez metros de profundidad. Los cuatro pilares de hormigón con barras de hierro parecían emerger del interior de la tierra con una fuerza infernal, como si quisieran aferrar algo. Se quedó junto al pozo unos cuantos minutos, con la mirada clavada en la profundidad y los dedos trenzados en el alambrado de la cerca.

—¡No salte, señor! —gritó alguien de repente.

Se asustó y miró a sus espaldas. Un hombre pasó sonriendo por delante de él.

La voz del hombre le sacó de sus cavilaciones. Por supuesto que no habría saltado. Ni se le había ocurrido. Había estado preguntándose qué debía hacer ahora, si debía volver a casa para esperar allí el desarrollo de los acontecimientos sin hacer nada, como había hecho siempre hasta entonces. Esperar con paciencia, sólo que esta vez vendrían por él. Y aunque lo negara todo cien veces, nadie le creería. Tampoco a él le creerían. No le comprenderían. Como a Victor.

¿O debería regresar a Wolfheim? ¿Debería intentar que Victor entrara en razón? Quizá no fuera tan grave. Quizá habían ocurrido muchas menos cosas de las que él temía.

Desde el pozo de edificación volvió al coche. Tenía que hacer algo. Ya no podía quedarse esperando. Tenía que intentar convencer a Victor de que se pusiera en tratamiento. Y debía ir a ver cómo estaban los niños. No podía abandonarlos a su

suerte. Ya no.

Así se insuflaba ánimos Rex mientras arrancaba el coche y se ponía en marcha, descendiendo despacio por la Route des Trois Bornes hasta el final, pasando por debajo del puente, entrando en el pueblo, hasta la casa.

La cancela se encontraba todavía abierta, así como la puerta principal. Victor había desaparecido. Rex bajó del coche y miró a su alrededor. La plaza del pueblo estaba vacía. Las aceras estaban vacías. No se veía a nadie. Miró su reloj. Eran las doce y cuarto.

Todavía hacía un calor sofocante. Habían empezado a formarse nubes que ocultaban el sol, pero precisamente por eso el calor era más agobiante.

Luego regresará usted acompañado de mucha gente. Usted me traicionará.

Había regresado. En eso Victor tenía razón. Pero estaba solo. Y no había venido para traicionarle, había venido para ayudarlo.

Se dirigió a la puerta principal caminando con cautela por la senda del jardín y entró en la casa. Apestaba. El olor era horrible. No le dejaba respirar. Se llevó la mano a la nariz y la boca y miró en derredor. No había nadie en el vestíbulo. Una puerta estaba abierta, la que conducía a la consulta.

Además de la pestilencia, había también moscas por todas partes. Grandes moscardas azules de la carne. Había algo pudriéndose en algún lugar. Allí ponían sus huevos, y cuando los huevos eclosionaban, las larvas tenían así alimento en seguida.

Se le ocurrió de repente, mientras entraba en la consulta. También ésta estaba vacía. Y llena de moscas. Detrás de la mesa había otra puerta abierta, como si le hubieran trazado una ruta. Quizá fuera una emboscada.

Fue arrastrando los pies hasta la puerta, con una mano tapándose la nariz y con la otra espantando los numerosos moscardones que zumbaban y revoloteaban alrededor de su cabeza. Por un instante pensó encontrar a Victor en la habitación. Vivo, o muerto. Quizá lo último fuera lo mejor.

Pero Victor no estaba allí. O sí que estaba. Tres veces incluso. VI. V2. V3. Aparecía escrito respectivamente en el primero, el segundo y el tercer recipientes de cristal.

Ya casi no eran unos niños. Lo comprobó cuando se acercó. Parecía como si se hubieran convertido de nuevo en fetos. Tan delgados. Tan pequeños. Tan lampiños. Con una cabeza tan grande. Y luego la postura. Igual que un feto en el útero materno. Como si Victor les hubiera obligado a adoptar esa postura y sólo entonces los hubiera introducido en formol.

Le produjo un gran sobresalto que aumentó al ver la fecha en las etiquetas. Tres fechas diferentes: 16 de mayo de 1989, 17 de mayo de 1989 y 13 de mayo de 1989.

Había llegado demasiado tarde. Se dio cuenta y a la vez fue consciente de que era culpa suya. De que él, también él, tenía su parte de responsabilidad. De que habría

podido evitarlo.

Volvió a agobiarse, pero al mismo tiempo sintió el deseo de abrir los recipientes de cristal. No para liberar a los niños ni para ofrecerles aire en lugar de agua, sino para aniquilarlos, borrar el daño y la vergüenza, eliminar las pruebas. Rápido. Dio un paso adelante y extendió los brazos.

Entonces la vio.

Estaba en el suelo, tendida en diagonal bajo la mesa. Al moverse, las moscas habían alzado a cientos el vuelo del cuerpo y habían vuelto a posarse a la vez, como si en algún lugar, de repente, se hubiera levantado la tapa de una olla, y eso fue lo que le llevó a bajar la mirada y a verla. Yacía boca arriba y, aunque ya no recordaba su rostro, no lo recordaba desde la única vez que la había visto, supo que era ella. Tenía el torso desnudo, y aunque una de las heridas era más grande, mucho más grande, vio primero la otra, la herida pequeña. Desde la cabeza bajó la mirada hacia el pecho, donde había un corte, apenas de la anchura de un pulgar, pero ese corte era tan preciso, tan quirúrgicamente preciso, que supo que esa única escisión justo en ese lugar, justo al lado del esternón, le había causado la muerte. En pocos segundos. Y por eso sabía también que la otra herida, mucho más grande, que vio a continuación, se había producido después. Con esa herida se había abierto una herida antigua de manera impecable a lo largo de la cicatriz. Y supo de golpe que Victor había sacado algo de ese vientre, que era lo mismo que en ese instante volvían a poner en él las moscas, esos cientos y cientos de moscardones de la carne que huevo tras huevo tras huevo dejaban en el pútrido regazo para que surgiera nueva vida de allí.

Rex estuvo observando esta imagen durante tres segundos. En esos tres segundos fue como si la tierra se abriera bajo sus pies y fuera succionado hacia las profundidades. Quiso dar un grito, pero antes de ese grito apareció de nuevo la nauseabunda sensación subiendo desde el vientre, que le ardía como si también allí hubiera moscas, cientos de moscas que quisieran salir en tropel al exterior.

Vomitó. Por segunda vez ese día. También lloró. Por primera vez. Por primera vez en años incluso. Se sentía como alguien que hubiera sufrido un arrebató alucinógeno y después se percatara de lo que había hecho en ese momento de enajenación. Ésa era la sensación. Como si hubiera sido él quien había cometido esta atrocidad. Los niños en los recipientes. La mujer en el suelo. Ésa era su obra. No volvió a pensar en Victor Hoppe ni por un instante, miraba y veía lo que él mismo había provocado, fue asumiéndolo, esta vez durante mucho más de tres segundos, como si de esa manera quisiera castigarse. Y mientras seguía mirando y también seguía llorando, como un niño pequeño, pensó que lo que él estaba viendo ahora no podía verlo nadie más, que la única manera de repararlo consistía en borrarlo todo. Todo.

Entonces hizo lo que quiso hacer antes. Abrió el primer recipiente y lo vació encima de la mujer, todo el contenido, la formalina y con la formalina también el

cuerpo, que fue a parar al lugar de donde una vez había salido. Las moscas levantaron el vuelo formando una negra masa en forma de remolino, pero volvieron a posarse de inmediato, obligadas por el deseo instintivo de reproducirse.

También su deseo era instintivo. Actuaba para sobrevivir. Era consciente de ello y, al mismo tiempo, no lo era. Cada acción había sido planificada a conciencia, pero la ejecución de esas acciones sucedía en gran parte de manera inconsciente. Sabía bien lo que hacía, pero no que lo estaba haciendo.

El contenido del segundo y del tercer recipientes siguió el mismo camino que el del primero. Los niños regresaban como fetos. Del tercer recipiente reservó una parte de formol y fue trazando con él un rastro sobre el suelo hasta llegar a la puerta. Luego regresó para buscar más líquidos que a continuación esparció por la habitación. Y sabía que esa combinación y esa cantidad de líquidos eran más que suficientes para borrarlo todo.

Y durante ese tiempo, mientras estaba disponiendo los últimos detalles, no se preguntó dónde se encontraba Victor ni tampoco si estaba allí. Eso no importaba.

Y cuando por fin realizó su última acción, con la que todo terminaría borrándose, tampoco pensó en Victor. Pensó en sí mismo. Como había hecho siempre.

La época en que los habitantes de Wolfheim iban a pie a la peregrinación de La Chapelle hacía ya tiempo que había quedado atrás. Incluso la pesadísima imagen de Santa Rita, que era transportada por seis hombres durante la procesión, ya no salía de la iglesia, y la banda de música, que otrora contaba con veinte hombres y los mismos instrumentos, se había reducido ahora a un tambor y a una tuba. La única tradición que se conservaba era que la dirección parroquial cada año elegía a un habitante meritorio al que se le permitía llevar el estandarte eclesiástico durante el vía crucis en el calvario. El domingo 21 de mayo de 1989 ese honor había recaído en Lothar Weber. Le habían elegido a él para levantarle un poco el ánimo tras la pérdida de su hijo. Primero se negó, porque bien mirado no había hecho ningún mérito, pero su esposa le dijo: «Lothar, hazlo. Gunther estaría orgulloso de ti».

Y, así pues, lo hizo por Gunther, porque lo cierto es que no le gustaba destacar.

A las once de la mañana se celebró una eucaristía en la que el párroco Kaisergruber pidió a Santa Rita que protegiera durante todo el año al pueblo y sus habitantes de las calamidades que habían conmovido tan profundamente los meses pasados a algunos de sus residentes. El sacerdote no dio nombres, pero Lothar sabía que, entre otros, se refería a su familia. Tomó la mano de Vera y la mantuvo bien agarrada a lo largo de toda la celebración.

Al terminar la ceremonia, una caravana de coches se dirigió a La Chapelle. Casi la totalidad de los doscientos habitantes de Wolfheim se encontraba presente, y, mientras se reunían en la entrada del calvario, Lothar recibió varias palmadas en el hombro dándole ánimos. Eso le llegó al alma.

A las doce en punto ya estaba todo el mundo preparado y podía empezar la peregrinación. El párroco Kaisergruber se había colocado delante con un gran crucifijo de plata sobre un báculo y, algo detrás, se encontraba Lothar Weber con el estandarte eclesiástico, en el que habían sido bordados el nombre de su pueblo y la efigie de Santa Rita. Detrás se colocaron Jacob Weinstein y Florent Keuning, los dos con un cirio en la mano. Los demás lugareños se situaron en dos largas filas; primero los niños, luego los hombres y las mujeres y los mayores delante. Josef Zimmermann y algunos ancianos eran transportados en sillas de ruedas. La procesión la cerraba la orquesta de dos hombres: Jacques Meekers, tuba, y René Moresnet, tambor.

Lothar sintió un escalofrío recorriéndole las extremidades cuando el párroco Kaisergruber levantó en alto el báculo con la cruz, dando la señal para que empezara el vía crucis. Detrás, Jacques Meekers y René Moresnet entonaban *Du hast uns, Herr, gerufen* ^[3] mientras los demás feligreses comenzaban a rezar el padrenuestro. Era un murmullo de muchas voces que le llevó a pensar al abanderado en el zumbido de las abejas.

Ese mediodía hacía un calor sofocante y el sol ya estaba oculto tras grandes cúmulos. Al atardecer habría tormenta, ésas eran las predicciones.

Cuando la procesión se detuvo en la primera estación: «Jesús es condenado a muerte», las primeras gotas de sudor recorrían ya el rostro de Lothar. El estandarte era más pesado de lo que había pensado y el tejido del excelente traje que llevaba era demasiado grueso para un tiempo tan caluroso. Pero no tenía otro. Era el mismo traje con que había llevado a Gunther a la tumba.

—Te adoramos, Señor, y te bendecimos —impostó el párroco Kaisergruber. La música dejó de sonar.

—Porque por tu santa cruz redimiste al mundo —respondieron los lugareños a coro.

—Jesús mío, lo sé, no sólo Pilatos te condenó a muerte —empezó el sacerdote a leer de un libro de oraciones—, también mis pecados son la causa de tu muerte...

La cabeza de Lothar empezó a divagar. Pensó en su hijo Gunther, pero también en ese otro hijo que estaba en camino y que se parecería a Gunther. Aunque aún tenía él sus dudas. Como en los meses pasados le resultaba difícil de creer que ya no fuera padre, así ahora no podía creer que fuera a ser padre de nuevo. Su esposa parecía sentir ya algo. Había visto cómo se pasaba una mano por el vientre mientras se cambiaba de ropa, como lo hacía antes cuando estaba embarazada de Gunther. Según el doctor Hoppe, los embriones que había implantado esta mañana debían anidar primero en el útero para poder hablar de embarazo, pero Lothar estaba casi seguro de que eso ya había ocurrido. Quizá fueran gemelos o trillizos. Pero ni siquiera esa idea despertaba en él ningún sentimiento paternal. Ya vendría, supuso. Confió.

Los golpes secos en el tambor sacaron al abanderado de sus cavilaciones y el cortejo se puso de nuevo en marcha. Los lugareños ya habían comenzado a entonar el padrenuestro. Lothar miraba arriba, hacia el cielo, donde empezaban a acumularse algunas nubes grises. La tormenta estallaría antes del atardecer.

En la octava estación: «Jesús consuela a las hijas de Jerusalén», pudo ver por fin a su mujer. La estuvo buscando en vano un par de veces entre la multitud. Tenía la mirada perdida y soñadora y entonces volvió a ver cómo se ponía la mano en el vientre. Sí, estaba embarazada, desde luego.

—Concédeme la fuerza —oyó en ese momento leer al párroco Kaisergruber— para olvidar mi propia tristeza y poder así consolar a otros.

Le pareció muy bonito y, cuando en ese mismo instante su mujer levantó la vista hacia él, por segunda vez en ese mediodía, un escalofrío le recorrió las extremidades. La sonrió y ella le devolvió la sonrisa. Después ella realizó una leve inclinación de cabeza como para indicarle que lo estaba haciendo muy bien, lo que le dio fuerzas para seguir caminando con el debido orgullo, la espalda erguida y la cabeza elevada, como si el estandarte eclesiástico de pronto ya no pesara.

Al cabo de tres cuartos de hora, la procesión llegaba a la undécima estación: «Jesús clavado en la cruz». Lothar deslizó la mirada por la obra escultórica. Aunque las figuras eran por entero de piedra blanca y bastante pequeñas, parecían casi reales. Era como si se hubieran detenido un momento antes de volver a entrar en acción. Sobre todo la representación de las emociones en los rostros estaba muy lograda. Los jueces soberbios, las mujeres tristes, los esforzados trabajadores manejando sus martillos y, por último, Jesús, dejándose clavar en la cruz con resignación.

—Con paciencia has sufrido estos tormentos —leyó el sacerdote.

Lothar buscó de nuevo a su esposa, pero esta vez no la encontró. Probablemente la vería luego, cuando llegaran a la gran explanada poco antes de la duodécima estación. Ése era siempre un momento especial. No sólo porque la procesión ya estaba a punto de terminar, sino también porque todos los años ofrecía un espectáculo impresionante. Después de haber recorrido once estaciones por un caminito estrecho y serpenteante, rodeado de altos árboles, aparecía de pronto ese enorme espacio abierto. Entonces realmente era como si el cielo se desgarrara y cayera desde allí una gran cantidad de luz. También la obra escultórica que representaba la duodécima estación a Lothar siempre le había parecido majestuosa. Esas siete figuras de tamaño natural en lo alto de la pequeña colina, con Jesús crucificado en el medio y a su derecha y a su izquierda los dos malhechores. También estas imágenes parecían reales. De carne y hueso. Parecían tan reales que siempre se preguntaba cuánto tiempo aguantarían allí, en esa cruz.

—Te adoramos, Señor, y te bendecimos —dijo el párroco Kaisergruber. Había terminado la oración de la undécima estación.

—Porque por tu santa cruz redimiste al mundo —respondieron los lugareños.

La comitiva se puso de nuevo en movimiento. La orquesta de dos hombres entonó *Herr, gib uns deinen Frieden* [4]. Lothar respiró hondo y elevó el estandarte un poco más al cielo. Miró un momento atrás, donde vio a Florent Keuning, y le saludó con una inclinación de cabeza. El fontanero le mostró el pulgar hacia arriba. Lothar se sintió por primera vez en su vida apoyado realmente por todos, y eso le complació. No mucho después le asaltó una sensación muy distinta. Tras las huellas del párroco Kaisergruber, alcanzó la última curva y así llegó de pronto a la gran explanada vacía que se extendía muchos metros ante él. La explosión de luz que había esperado fue, sin embargo, mucho menor, porque una nube amenazadora y negrísima había oscurecido el sol. Pero al instante siguiente experimentó una segunda decepción, quizá mayor, mientras se desplazaba arrastrando los pies y dirigiendo la mirada a la colina en la que se veía representada la duodécima estación. ¡Habían desaparecido dos imágenes! En seguida se dio cuenta, porque eran los dos malhechores. Ya no estaban en la cruz, sólo Jesús seguía allí. Lothar miró de reojo hacia atrás, a Florent Keuning, que fue palideciendo visiblemente hasta que se quedó lívido, igual de

pálido que la imagen de Jesús en la cruz. Lothar volvió a dirigir la mirada hacia delante, continuó caminando y entonces oyó de repente a sus espaldas algunos cuchicheos y, acto seguido, muy rápidamente, los primeros gritos. Sobre todo de mujeres. Chillidos. Y entonces también lo vio él. De golpe y porrazo. Y también lo oyó. Todo el mundo lo oyó entonces. Y al mismo tiempo empezaron a caer gordas gotas de lluvia, mucho antes de lo previsto.

El párroco Kaisergruber sabía que Jesús y los dos malhechores no estarían en la cruz este año. Las esculturas de arenisca estaban demasiado porosas y amenazaban con desprenderse de la cruz, por eso las hermanas clarisas las habían quitado y habían encargado a un escultor hacer tres figuras nuevas, pero esta vez en bronce. Las otras cuatro imágenes de arenisca, al pie de la cruz, se encontraban todavía allí: María, María Magdalena, Juan y el soldado romano. Lo que ya no sabía era que habían terminado una de las figuras y la habían vuelto a colocar. Eso lo vio cuando, como cabeza de la procesión, llegó el primero a la gran plaza que se extendía ante la gruta con la duodécima estación. Era una estatua especial. Muy expresiva. Pero no era de bronce. Si lo hubiera sido, tendría que ser verde o marrón. Esta estatua volvía a ser de arenisca. El color pálido contrastaba con las nubes negras acumuladas sobre la colina. Era un espectáculo fabuloso.

El párroco Kaisergruber continuó hacia delante despacio y arrastrando los pies. Realista. El escultor había hecho un buen trabajo para reproducir a Jesús de manera realista. Lo vio por la herida del costado, allí donde un soldado había atravesado a Jesús con una lanza. Esa herida parecía en verdad abierta. Parecía incluso como si el escultor hubiera aplicado pintura roja para intensificar el efecto. Ese mismo rojo lo había empleado también en las heridas producidas por los clavos en pies y manos. Y casi con el mismo rojo, pero con un tono algo más claro, el escultor había coloreado el cabello y la barba de Jesús. Eso le extrañó. «Una licencia artística», pensó por un momento, pero apenas un instante después empezó a caer en la cuenta. Al principio no podía creerlo, aunque lo viera, pero a sus espaldas oyó murmullos y resonó un par de veces el mismo nombre. En ese mismo instante, mientras gritaban tras él, vio cómo en la cruz se levantaba la cabeza y cómo por un momento se abrían los ojos, y esos ojos le miraban a él, más allá de él. Y entonces resonó una voz y esa voz podía reconocerse de entre miles:

—¡Consumado es!

El párroco Kaisergruber se sintió como si hubiera sido atravesado por una lanza no una vez, sino cientos de veces, y luego lo peor estaba aún por llegar. La cabeza en la cruz fue bajando, profundamente, cada vez más abajo, y mientras bajaba la cabeza, el cuerpo también se inclinaba cada vez más. Tanto, que las manos iban desgarrándose de los clavos, muy despacio, tendón tras tendón, hueso a hueso, y

luego se acabó, de repente ocurrió muy rápido. El cuerpo cayó a plomo de la cruz con un solo movimiento. En ese movimiento se desprendieron también los pies de los clavos y entonces ya no hubo nada que lo retuviera, siguió cayendo colina abajo y fue a dar en el suelo con un fuerte batacazo, entre la verja y la gruta con el altar.

El párroco Kaisergruber sintió cómo todo se volvía negro ante sus ojos. Se mareó. Miró atrás y vio cómo ya se habían desmayado unas cuantas mujeres de la estirada fila que formaba la procesión. Otras estaban desplomándose también en ese mismo instante. Entre ellas, reconoció a Vera Weber. Entonces estalló la tormenta. Tal vez, tal vez eso fue lo que peor le sentó.

Todos los habitantes de Wolfheim estaban convencidos de que lo había hecho la mujer, de que ella era la causante de todo. Ella había anestesiado al doctor Hoppe y le había clavado en la cruz. Hacía falta fuerza, desde luego, pero ella era corpulenta. Podía confirmarlo todo aquel que la hubiera visto. Pero antes había asesinado a los niños, o tal vez después. También podía ser. En cualquier caso, había regresado a casa del doctor y le había prendido fuego, para después suicidarse. Así pues, primero anestesió al doctor, después anestesió a los niños o los mató cuando el doctor estaba colgado en la cruz, luego regresó, luego prendió fuego y luego se mató. Por ese orden. Así debió de haber ocurrido. Eso le contaron los habitantes del pueblo a la policía. La mujer era la responsable de todo.

Pero esta hipótesis fue debilitándose poco a poco. La policía científica iba descubriendo cada vez más cosas. Que la mujer llevaba muerta ya varios días cuando se declaró el incendio. Y luego que también los niños estaban ya muertos. Apenas pesaban. Pero eso no se lo creyó nadie. Los cuerpos estaban carbonizados. ¿Cómo podían saber entonces el tiempo que llevaban muertos la mujer y los niños? Quizá la hubieran ayudado. Debían seguir esa pista.

Más adelante, los residentes del pueblo se enteraron de que en el martillo encontrado junto a la cruz se hallaron las huellas dactilares del doctor, pero también eso fue considerado por todo el mundo como un ardid del verdadero autor, que le había puesto el martillo en la mano antes de clavarle.

No obstante, una vez hubo en el café Terminus una discusión sobre si era posible que el doctor pudiera haberse clavado a sí mismo en la cruz o no. Aunque esa discusión terminó rápido, porque nadie se hacía una idea de cómo diablos podría haber llegado a clavarse en la práctica.

—Eso sólo sería posible con tres brazos —había concluido René Moresnet.

Así pues, era imposible. En este punto, todo el mundo estaba de acuerdo. Salvo una persona. Pero esta persona se había mantenido al margen durante toda la discusión. Florent Keuning había guardado silencio, y seguiría guardándolo. Por respeto al doctor, pero sobre todo porque de alguna manera se consideraba a sí mismo

culpable, ya que tendría que haberlo sabido, pero entonces no se paró a pensarlo. Incluso se rió burlón. Y eso le reconcomía.

A veces lo que parece imposible es sólo difícil.

Victor Hoppe se lo había estado pensando. La propia inmolación era segura. Que debía morir en la cruz, también. Después de todo, el mal había sido combatido, pero aún debía repararse aquello que había causado el mal. Debían borrarse todos los pecados, por eso debía quitarse la vida para, al mismo tiempo, dar así la vida. Lo hacía por la humanidad. Después debería resucitar de entre los muertos. También se había ocupado de eso. No ocurriría en tres días, bien es cierto, pero ocurriría en cualquier caso. De eso estaba seguro.

Pero ¿la muerte en la cruz? ¿Cómo? Había estado reflexionando y de pronto lo había comprendido. Se dirigió a casa de Florent Keuning.

—Un martillo y tres clavos —le había dicho al fontanero—. Necesito un buen martillo y tres clavos grandes.

—¿Tiene que colgar algo pesado? —le preguntó Florent—. Si usted quiere, puedo ayudarle, oiga.

—Podré hacerlo yo solo.

Obtuvo el material del fontanero, le dio las gracias y le dijo que muy pronto le serían perdonados sus pecados.

Sabía que todo el pueblo iría ese mediodía al vía crucis. Lo consideró una señal. Vendrían a verle, así que debía estar allí a tiempo. Pero antes había llegado también Rex Cremer, que le había querido traicionar. También eso había sido una señal. Lo que hacía él, Victor Hoppe, era bueno. Eso era lo que había aprendido.

Tan pronto como Cremer se hubo marchado, Victor partió. Tardó tres cuartos de hora en llegar a pie al calvario. El martillo le pesaba en la mano. Se había dejado caer un par de veces y luego se había vuelto a levantar.

La valla del calvario estaba cerrada, pero no con candado. Siguió el camino, pasando por delante de las once grutas con las once estaciones, y en seguida llegó a la duodécima estación.

¡Jesús no estaba! Lo comprobó y de nuevo, una vez más, lo consideró una señal. La cruz estaba esperándole. Sólo a él.

Subió por la colina, por el mismo camino de tantos años atrás, cuando aún era un niño. Todavía un niño, pero ya predestinado. Fue consciente de ello.

Al igual que entonces, llegó por la derecha, pero esta vez no había espectadores. Aún no. Se desnudó, quedándose sólo en calzoncillos. Volvió a abrirse la herida del costado con los dedos y empezó a manarle la sangre. Eso estaba bien.

Entonces se colocó delante de la cruz, se puso de puntillas y observó que las manos le llegaban justo al travesaño. La cruz estaba hecha a su medida. Cogió el

martillo y los clavos. Por un instante se preguntó si los clavos podrían aguantar el peso de su cuerpo, pero con Jesús habían aguantado, así que ya no dudó.

Era zurdo, por eso clavó primero uno de los clavos en el travesaño, allí donde iría su mano izquierda. A lo lejos ya oía la música. Música sombría.

Luego se agachó y puso la mano izquierda en el suelo, cogió el martillo con la mano derecha, tomó un segundo clavo y se lo clavó en la mano. Todo fue como la seda. Le dolió, pero era inevitable, debía sufrirlo con abnegación. Introdujo el clavo hasta el fondo en su mano izquierda y subió la mano. Se sacó el clavo de la mano por debajo, donde había ahora un agujero. Lo miró. Miró a través de la mano y se la enrolló con una venda.

A continuación volvió a situarse en la cruz, con los pies apoyados en el suelo. Se puso de puntillas, colocó un pie sobre otro, se inclinó hacia delante y con la mano izquierda se introdujo otro clavo en los pies. Sintió un dolor abrasador. En la mano y en los pies. Sin embargo, continuó. Tenía una misión.

Volvió a incorporarse y estiró el brazo derecho. Situó la mano derecha en el extremo del travesaño y se la atravesó con otro clavo. Golpeó el clavo hasta que quedó fijo y profundo en la madera del travesaño. El dolor ya no era tan intenso.

Con un último esfuerzo, lanzó el martillo entre los pinos que rodeaban la colina. Después se quitó la venda de la mano izquierda con los dientes, volvió a mirar el agujero y luego llevó la mano al clavo que ya había insertado en la cruz. El clavo se deslizó sin problemas a través del agujero.

Ya estaba colgado.

Esperó con paciencia. La música se acercaba.

Sabía que si se doblaba y, al mismo tiempo, levantaba los pies del suelo, se le romperían las piernas y, a continuación, se le bloquearían los pulmones. Había pensado en ello. También pensó en su última frase. No era larga. Juan, capítulo 19, versículo 30. Allí estaba.

Y entonces vio aparecer la procesión con el párroco Kaisergruber a la cabeza. Hasta él tendría que creer por fin en su bondad. Estuvo seguro de ello cuando miró al sacerdote y el sacerdote le miró a él.

—Aquí, en el Punto de los Tres Países. Aquí cayó la última víctima. Un tal Rex Cremer. Un alemán. —Jacques Meekers dio unos golpecitos con el dedo índice en el mapa topográfico de Wolfheim y alrededores—. En realidad, el accidente ocurrió antes de la muerte del doctor, pero la víctima no murió hasta esa misma noche en el hospital de Aquisgrán. Y nosotros también nos enteramos después. Al día siguiente. Porque los acontecimientos aquí en La Chapelle, naturalmente, acaparaban toda la atención. Pero ese hombre conducía a demasiada velocidad. Diferentes testigos lo vieron. Iba subiendo a toda prisa desde este lado del Vaalserberg hacia el Punto de los Tres Países, cuando en ese mismo instante llegaba un autobús desde Vaals por el otro lado. El conductor del autobús tocó la bocina y ese hombre, ese alemán, debió de asustarse tanto que dio un volantazo. Pudo esquivar el autobús, pero no el hoyo. Ese enorme pozo de edificación donde se estaba levantando la nueva torre. El hombre se dirigió derecho al hoyo con el coche, atravesando la cerca. Uno de los pilares de hormigón fue...

—Ya está bien, Jacques. Ya has contado esa historia cientos de veces. Y ese accidente no tiene nada que ver con los otros acontecimientos. Fue pura casualidad.

—Y mira, ¿lo ves? —ignoró Jacques Meekers la observación—, si desde aquí, desde la casa del doctor, donde estaba el nogal, trazas una línea hacia el Punto de los Tres Países, verás cómo la desgracia se ha propagado como las raíces del árbol.

El sábado 19 de mayo de 1990 se inauguró oficialmente la nueva torre de Balduino en el Punto de los Tres Países. Entre los numerosos asistentes se encontraban Lothar y Vera Weber. Llevaban una cuna de viaje con su bebé dentro, que justo ese día cumplía cuatro meses. Era un niño. Le llamaron Isaak.

Dos días antes, les habían dado la buena noticia. Las pruebas en el hospital habían indicado que la capacidad auditiva del pequeño Isaak era normal. Fue un gran alivio, sobre todo después de la mala noticia que habían recibido tras el nacimiento.

Era la primera vez que mostraban en público a su hijo. Ahora sí podían. Ahora que ya había pasado la operación. Había salido bien. Había quedado impecable. Con las técnicas más modernas. Por eso, cuando creciera, apenas podría distinguírsele nada. Una cicatriz que no llamaría la atención. No lo que tenía antes.

Muchos habitantes del pueblo fueron esa tarde a admirar al niño y todos observaron de paso la anomalía. Sin embargo, nadie la mencionó. Al igual que nadie dijo nada durante los cuatro meses anteriores. Y, sin embargo, todo el mundo sabía cuándo y dónde había ocurrido. El día del vía crucis, cuando Vera se asustó tanto. Fue entonces. Y es que en ese momento ya debía de estar embarazada.

Notas

[1] «Toda mujer cree que su hijo es un pavo real». [N. del T.] <<

[2] Los psicópatas autistas en la niñez. [N. del T.] <<

[3] Tú, Señor, nos has llamado. [N. del T] <<

[4] Señor, danos tu paz. [N. del T.] <<